

JOHN NORMAN

CRONICAS
DE LA CONTRATIERRA

LA ESCLAVA DE



Lectulandia

Su nombre es Judy Thorton, una delicada muchacha que se considera a sí misma poetisa, una destacada estudiante en inglés. Un día despierta por la mañana para ir a clase... y descubre con espanto que se encuentra en un mundo hostil, alucinante, salvaje y cruel.

Judy Thorton ha sido llevada a Gor por los siniestros Otros, para servir como mensajera en una más de sus maquiavélicas intrigas para destruir Gor y la Tierra.

Y así, la frágil poetisa pasará de amo en amo, de látigo en látigo. Conocerá la crueldad de los hombres de Gor, será marcada a fuego con la señal del Amo, servirá como la más baja de las sirvientes. Ella ya no es una estudiante joven y destacada... es carne de esclavitud.

Lectulandia

John Norman

La esclava de Gor

Crónicas de la Contratierra 11

ePUB v1.0

RufusFire 07.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Slave Girl of Gor*
John Norman, 1977
Traducción: Sonia Tapia, 1989
Ilustración: Boris Vallejo
Diseño/retoque portada: RufusFire

Editor original: RufusFire (v1.0)
Corrección de erratas: arant
ePub base v2.0

1. EL COLLAR

Yacía sobre la hierba cálida. Podía sentir cada una de sus suaves y caldeadas hojas verdes bajo mi mejilla izquierda; también bajo mi cuerpo, bajo mi estómago, en los muslos. Me estiré, extendí los dedos de los pies. Estaba adormecida. No quería despertar. El sol se posaba caliente en mi espalda, intenso, casi incómodo. Me acurruqué de nuevo sobre la hierba. Tenía la mano izquierda extendida y con los dedos tocaba la tórrida suciedad de entre las hojas. Con los ojos cerrados me resistía a retornar a la consciencia pero ésta parecía llegar lenta, imperceptiblemente. Me apetecía prolongar aquel calor, aquella placidez. Moví ligeramente la cabeza. Mi cuello parecía llevar un peso; oí el suave tintineo, un leve movimiento, de pesadas anillas de metal.

No lo comprendía.

Soñolienta, volví la cabeza a su posición original. De nuevo sentí el peso circular, duro, en mi cuello; otra vez oí el sonido, el movimiento simple pero real de pesadas anillas metálicas.

Entreabrí los ojos. Veía a contraluz la hierba verde y cercana; cada una de sus hojas me parecía, en su proximidad, ancha, sucia. Con los dedos escarbé la tierra ardiente. Cerré los ojos. Comencé a sudar. Tengo que levantarme, desayunar rápidamente y correr a clase. Debe ser tarde ya. Tengo que darme prisa.

Recordé el paño sobre mi boca y mi nariz, aquel olor, la fuerza del hombre que me sostenía. Aunque me resistiera, el yugo de su abrazo me retenía, desamparada. Luché, pero en vano. Estaba aterrorizada. No sabía que un hombre pudiera ser tan fuerte. Él esperaba, paciente, sin prisa ninguna, a que yo respirara. Yo trataba de no hacerlo. Hasta que, jadeando impotentes, los pulmones inhalaban al fin profunda y desesperadamente el punzante, asfixiante aroma hacia el interior de mi cuerpo. En un instante, ahogada en el horripilante e implacable olor, incapaz de expulsarlo, incapaz de evitarlo, enferma, perdí el conocimiento.

Abrí los ojos y vi las hojas de hierba pegadas a mi cara. Delicadamente abrí la boca y sentí el cepillo de la hierba en mis labios. Mordí una hoja y noté su jugo en mi lengua.

Cerré los ojos. Tengo que despertarme. Recordé el paño, la fuerza del hombre, aquel olor.

Escarbé hondo en la suciedad con mis dedos. La arañé. La sentí entre mis uñas. Levanté la cabeza y rodé sobre mí misma gritando, despertando, enredándome con la cadena y la hierba. Me senté. En un instante me di cuenta de que estaba desnuda. Mi cuello cargaba su pesado círculo; la recia cadena, atada al collar, caía entre mis pechos y sobre mi muslo izquierdo.

—¡No! ¡No! —chillé—. ¡No!

De un salto me incliné hacia mis pies. La cadena pendía pesada, graciosamente del collar. Sentía el empuje del collar contra la clavícula. La cadena me pasaba ahora entre las piernas, levantándose detrás de la pantorrilla, tras el talón izquierdo. La sacudí con todas mis fuerzas. Traté de quitarme el collar por la cabeza, hacia arriba. La giré y lo volví a intentar. Sólo conseguí herirme en la garganta; dolía. Al levantar la barbilla vi el cielo claro, azul, con sus inquietantes nubes blancas. Pero no pude liberarme del collar. Se me ajustaba con precisión. Solamente el dedo meñique cabía entre su peso y mi cuello. Gemí. El collar no se podía quitar. No había sido hecho para ser quitado. Irracional, locamente, sin nada en mi conciencia más que mi propio miedo y la cadena, eché a correr y caí dañándome las piernas, encadenadas. De rodillas, la agarré, tiré de ella sollozando. De rodillas, traté de empujar hacia atrás, pero mi cabeza fue devuelta cruelmente hacia delante. Sostuve la cadena. Medía unos cinco metros. Se extendía hasta un pesado aro unido a un disco que a su vez estaba clavado a una gran roca de granito, de forma irregular, pero de unos siete metros cuadrados de base y unos diez de altura. El disco, con su aro, se hallaba aproximadamente en el centro de la piedra, bajo, a un metro sobre la hierba. La roca parecía estar taladrada y el disco sujeto por cuatro tornillos. Quizás cruzasen la piedra entera para ser fijados al otro lado. No lo sabía. De rodillas, tiré de la cadena. Lloré. Grité. Empujé de nuevo. Me dañé las manos y ni siquiera se movió un centímetro.

Me incorporé quejándome por mis pies dolidos, por mis manos encadenadas. Era una peña prominente. No había otra igual a la vista. Me encontraba en un terreno ondulado, de suave pasto, amplio y extenso, sin señal alguna. No veía nada que no fuera hierba movida por el dulce y perezoso viento, el horizonte distante, las raras nubes blancas y el azul del cielo. Estaba sola. El sol calentaba. Detrás de mí se alzaba la roca. Sentía la brisa sobre mi cuerpo, mas no directamente, puesto que el disco estaba en su parte más protegida. Me pregunté si aquel viento era usual. Me pregunté si cadena y disco estaban situados de aquel modo para resguardar al prisionero del viento, tal y como yo lo estaba. Me estremecí.

Respiré profundamente. Nunca en mi vida había yo aspirado un aire similar. A pesar de la cadena, eché hacia atrás la cabeza. Cerré los ojos. Me bebí la atmósfera con los pulmones. Quienes no han respirado semejante aire no pueden conocer las sensaciones que sentí en aquel momento. Algo tan simple como el aire que inspiré me llenó de júbilo. Era limpio y claro; fresco, casi vivo, chispeante de regocijo con tan ligero, abundante, prístino oxígeno. Parecía el aire de un mundo nuevo, incontaminado por las toxinas de la masa humana, de los dones ambiguos pero nunca puestos en duda, ponzoñosos, de la civilización y la tecnología. Mi cuerpo se vivificó. Así de sencillo fue el efecto inmediato sobre mis sentidos y conciencia de una oxigenación adecuada de mi organismo. Aquellos que nunca han respirado el aire de un mundo limpio no pueden entender mis palabras.

Miré hacia el sol. Me cegaba, miré hacia abajo, crucé los campos con mi mirada.

Era consciente ahora, como no lo había sido nunca, de la nueva sensibilidad de mi cuerpo, de sus movimientos. Parecía haber incluso una diferencia sutil en mi propio peso. Rechacé de mi mente esta idea. No la podía admitir. Pero sabía que era cierta. Intentaba expulsar de mi mente lo que sabía que era la explicación de este fenómeno inusual.

Torpemente levanté la cadena que colgaba del collar amarrado a mi cuello. La miré, incrédula. Las anillas eran de un tosco hierro negro, bien ajustadas, pesadas. No parecía una cadena especialmente buena o cara. Pero me sujetaba. Palpé el collar. Sin verlo deduje que debía ser del mismo material, simple, práctico, sin ninguna ostentación. Abrazaba mi cuello estrechamente. Supuse que sería también de color negro; tenía a un lado, bajo mi oído derecho, una bisagra de la que colgaba la cadena por debajo de mi barbilla. Del otro lado, a la izquierda, note un candado que no admitía sino una llave de grandes dimensiones. Me di la vuelta y miré la enorme roca, las líneas del feldespató sobre el granito.

He de despertarme, me dije. Debo despertar. Reí amargamente. ¡Sin duda era un sueño!

Entonces recordé el hombre, su fuerza, mi inútil resistencia, el terrible olor, la asfixia. Esto, lo sabía, no había sido un sueño.

Golpeé la roca hasta que me sangraron los puños, la roca de granito que el feldespató delineaba, Miré detrás de ella, sobre la vasta pradera.

La plena conciencia de estar despierta, de que todo era real se impuso finalmente en mi mente, me inundó, abrumadora, irrefutablemente.

Estaba ahí sola, desnuda, indefensa, ante la gran peña, mirando los campos.

Estaba sola, asustada, y llevaba una cadena al cuello.

Al fin hundí la cara entre mis manos llorando desesperadamente. Entonces fue como si la tierra hubiese girado bajo mis pies y la oscuridad me rodease, penetrando en mi interior, y perdí el conocimiento.

2. EL SÉQUITO

Sentí que, rudamente, alguien me volvía cara arriba. “Veck, Kajira”, decía una voz áspera. Miré asustada. Grité de dolor. Una punta metálica se posó sobre mi cuerpo, entre mi cadera izquierda y el vientre. La punta de la lanza se levantó al tiempo que recibía un duro golpe en el muslo derecho con el otro extremo del asta. Al llevarme la mano a la boca, él me la apartó de una patada; calzaba una alta sandalia atada con cintas a su pierna; era recia, parecía una bota abierta. Llevaba barba. Estaba tendida entre sus piernas. Alcé la vista hacia él, aterrorizada.

No estaba solo. Tras él había otro hombre, a corta distancia. Vestían sendas túnicas rojas; de sus cinturas colgaban sendas espadas envainadas; cada uno llevaba en el cinturón un cuchillo adornado. El hombre de atrás tenía una adarga de cuero trenzado y metal, y una lanza de cuya hoja colgaba un penacho de pelo oscuro y arremolinado; llevaba alrededor de su cuello un collar de dientes de algún animal carnívoro. El que se hallaba frente a mí había dejado casco y adarga a un lado; estos yelmos debían de cubrir la cabeza entera y la mayor parte de la cara, con una abertura en forma de Y. El cabello de ambos era largo; el del primero atado por atrás con un estrecho pedazo de ropa doblada.

Me escurrí de entre los pies del hombre que se alzaba sobre mí, retrocediendo. Nunca había visto un hombre semejante. Me sentí tan vulnerable. Se veían poderosos, fieros. Me acuclillé. La cadena colgaba de mi collar. Me quedé quieta y traté de taparme como pude con mis manos. No me atrevía ni siquiera a hablar.

Uno de los hombres me ordenó algo con un gruñido. Movié su mano, airadamente. Yo aparté las mías de mi cuerpo. Me di la vuelta, todavía en cuclillas. Comprendí que querían mirarme. El de la barba se me acercó. No me atrevía a mirarle a los ojos. No podía concebir tales hombres. Mi mundo no me había preparado para entender que tales hombres existieran.

Vi la negra correa de cuero amplia y brillante que cruzaba su cuerpo, a la que se sujetaba la espada que pendía de su cintura. Vi las gruesas fibras rojas rudamente tejidas de su túnica. Supe que iba a levantarme en sus brazos para estrecharme contra su pecho con tal fuerza que la correa y las fibras de su túnica se imprimirían en mis pechos.

Sentí la punta de su daga bajo mi barbilla. Dolía. Me pinchó. Chillé, levantándome casi de puntillas. Luego me quedé de pie ante él, derecha, tan derecha como no lo había estado nunca en mi vida.

Entonces el hombre retrocedió un paso y ambos me inspeccionaron, completamente, caminando a mi alrededor. Hablaban de mí cándidamente. No podía comprender su diálogo. Mi barbilla se mantenía erguida, tal y como la dejó la punta de la daga. Temblé. Oí el leve movimiento de la cadena en la abrazadera del collar.

Me pregunté cuál sería la condición de las mujeres en este mundo, un mundo en el que habitaban hombres de este tipo.

Completar su examen les llevó varios minutos. No se daban prisa.

Ahora estaban ambos ante mí, uno un poco más atrás, mirándome.

Sentía el peso del collar en mi clavícula; la cadena colgaba entre mis pechos; sentía anillas sobre mi cuerpo. Me mantenía inmóvil.

El de la barba se me acercó. Me golpeó sin más con su mano derecha, un rápido, salvaje bofetón. Salí despedida, rodando, hasta el extremo de la cadena, que me frenó cruelmente por el cuello arrojándome al suelo. Mi labio y mi mejilla se cortaron. Me pareció que me explotaba la cabeza. Noté el gusto de la sangre.

El hombre bramó una de sus órdenes. Desesperada de pánico, con una sacudida de la cadena, corrí de nuevo a mi sitio poniéndome ante ellos tan derecha como pude, con la barbilla alzada, exactamente como estaba antes.

Me pregunté otra vez cuál sería la situación de las mujeres entre tales hombres.

No me volvió a golpear. Le había aplacado con mi obediencia.

Me volvió a hablar. Le miré a los ojos. Nuestras miradas se cruzaron por un momento. Me arrodillé.

El otro hombre me hizo bajar el torso hasta posarme sobre mis talones. Tomó mis manos y me las colocó sobre los muslos. Alcé la vista hacia ellos. Soy morena, mi pelo es de un castaño muy oscuro al igual que mis ojos, de complexión ligera; mi figura, aun sin ser de formas muy remarcadas, es atractiva.

Los hombres me contemplaban desde arriba. Por aquel tiempo llevaba el pelo corto. Sentí la punta de la espada bajo mi barbilla, la enderecé, quedando mi cabeza bien levantada.

Mi nombre es Judy Thornton, y soy licenciada en inglés y poetisa.

Estaba arrodillada ante unos bárbaros, desnuda y encadenada.

Estaba terriblemente asustada.

Me arrodillé exactamente donde ellos me ordenaron, apenas atreviéndome a respirar. Temía moverme lo más mínimo. No quería ser golpeada de nuevo, irritarles u ofenderles lo más mínimo. No sabía cómo podían reaccionar aquellos poderosos y terribles hombres, tan impredecibles y primitivos, tan distintos a los hombres de la Tierra, si no les complacía enteramente. Me decidí a no darles ningún motivo de enojo. Decidí darles mi obediencia absoluta. Así me mantuve sin moverme, de rodillas ante ellos. Sentí el viento removerme el cabello de la nuca.

El hombre dijo algo. No le comprendía.

Entonces, con el mango de su lanza, para mi horror, me separó bruscamente las rodillas.

No pude evitar un gemido al sentirme tan indefensa, en aquella postura.

La posición en la que me encontraba, de rodillas ante ellos, era la que después

conocería como la de la esclava goreana del placer.

Satisfechas ya, las bestias me dieron la espalda. Algo les mantenía ocupados cerca de la roca. Parecía que buscaban algo. En un momento dado, el de la barba se me acercó. Dijo algo. Era una pregunta. La repitió. Yo miraba al frente, aterrorizada, con los ojos llenos de lágrimas.

—No sé —murmuré—. No entiendo. No sé lo que quiere.

Se fue otra vez y volvió a empezar su búsqueda. Al cabo de un rato, airado, regresó para mirarme. Su compañero iba con él.

—¿Bina? —dijo bien claramente—. Bina, Kajira. ¿Var Bina, Kajira?

—No sé lo que quiere —susurré—. No le entiendo.

De pronto, salvajemente, me golpeó la boca con el dorso de su mano derecha. Salí despedida, cayendo sobre la hierba. Fue un revés violento, me dolió mucho más que el primero. No podía dar crédito a su rudeza, a su fuerza, a su rapidez. Me hizo perder el mundo de vista; me quedé sosteniéndome sobre las manos y las rodillas, con la cabeza gacha. Escupí sangre sobre la hierba. ¿Cómo me pudo golpear así? ¿Es qué no sabía que yo era una mujer? Me arrastró por el collar ante sus rodillas, repitiendo su pregunta mientras me sujetaba el pelo con ambas manos.

De otro golpe me lanzó al suelo, donde quedé recostada, aterrorizada. Con un rápido movimiento se quitó el cinturón de cuero, dejando a un lado las armas. Luego oí el silbido del látigo en el aire. Me hacía chillar de dolor mientras me azotaba una y otra vez, con saña. Después se detuvo, irritado. Ni siquiera fui capaz de alzar la cara, sólo era capaz de llorar, cubriéndome aún la cabeza con las manos, la cadena oscilando entre mis piernas, bajo mi cuerpo.

Le oí colocar las armas de nuevo en el cinturón y atárselo a la cintura. No le miré, continuaba sollozando, encadenada, y temblando. Haría cualquier cosa que él me pidiera, cualquier cosa.

Los dos hombres se consultaron. Horrorizada, vi como el de la barba se me acercaba, desenvainando su espada. No decía nada. El otro se agachó detrás de mí; con la mano izquierda me agarró el pelo echándome la cabeza hacia atrás, mientras que con la derecha empujaba el collar hacia arriba. Olía. Mi yugular sobresalía bajo el círculo metálico.

Noté la fina hoja de su espada en mi cuello.

—¿Var Bina Kajira? —inquirió—. ¿Var Bina?

—¡No me maten! —imploré—. ¡Haré lo que ustedes quieran! ¡Tómenme! ¡Soy suya! ¡Soy su cautiva, su prisionera! ¡Utilícenme para lo que deseen! ¿Es qué no soy bella? ¿No les puedo servir? ¿Es qué no les puedo complacer? —Y, con una voz que salía desde lo más profundo de mi ser, exclamé—: ¡No me maten! ¡Quiero ser su esclava! ¡Seré su esclava! ¡Déjenme serlo! ¡Deseo ser su esclava!

Me estremecí de horror por lo que acababa de decir, por el desaliento, el

escándalo que entrañaba tal afirmación. Pero insistí con resolución, con la cabeza hacia atrás fuertemente sujeta por su mano.

Noté el filo de la espada en mi cuello. A través de su acero percibía la mano del hombre que la sostenía, lista para actuar. Mi garganta iba a ser cortada.

Pero se detuvo. Se separó de mi cuello. El hombre miraba a lo lejos. Entonces yo también lo oí. Un hombre cantaba con desenfado una melódica y repetitiva canción.

Molesto, el de la barba envainó su espada. Ambos blandieron el escudo y la lanza; el de atrás se colocó el casco.

Volví a colocarme de cuatro patas sobre la hierba. Casi no me podía mover. Vomité. Intenté inútilmente zafarme del collar y la cadena. Si solamente hubiera podido correr, o huir arrastrándome... Pero estaba firmemente atada.

Torpemente levanté la cabeza. El individuo se acercaba sin prisa. Parecía estar de buen humor. Cantaba feliz con una voz plena. Su pelo era negro y abundante. Vestía como los otros, armado del mismo modo. Cargaba un zurrón en el que supuse habrían víveres y una cantimplora. Llegó cantando y sonriendo, pero los otros no parecían muy contentos de su aparición. Su túnica era algo distinta, tenía una marca sobre el hombro izquierdo que los otros no tenían. Para mí eran diferencias sutiles, pero tal vez no lo fueran para quien las pudiera interpretar correctamente.

El hombre dejó de cantar a unos veinte metros de nosotros y se detuvo risueño. Les saludó levantando la palma de su mano derecha, mientras con la otra sujetaba la lanza con los objetos que de ella colgaban.

—¡Tal, Rarius! —dijo el barbudo.

El recién llegado se quitó la cantimplora del cinturón y descargó su zurrón.

El de la barba agitó con desdén su mano, hablando airadamente. Le estaba ordenando que se alejara. Señaló a su compañero: eran dos. El otro sonrió, dejando la lanza sobre el suelo y aflojando su casco.

El barbudo se colocó entonces el suyo, ocultando sus rasgos.

Sin la más mínima hostilidad, el hombre se fue acercando, como casualmente.

De nuevo se le indicó que se alejase. Él de nuevo, sonrió.

Los tres hablaron entre ellos. Nada pude entender. El recién llegado hablaba muy relajadamente; una vez se golpeó el muslo al reírse. Los otros dos parecían más nerviosos, el que no llevaba barba sacudía su lanza.

El recién llegado no le prestó atención. No les miraba a ellos sino a mí. Me sonrió.

Sin quererlo, me sonrojé. Bajé la cabeza. Estaba furiosa. ¿Por quién me tomaría? ¿Por una esclava encadenada, cuya belleza iba a pertenecer al más fuerte, o al más poderoso, al más rápido con la espada, o al mejor postor?

Me señaló. Habló. El de la barba volvió a gruñir, agitando su brazo, ordenándole que se fuera. El nuevo se rió, provocando que gesticulara más aún. Me miró más de

cerca y pronunció una palabra que ya había oído antes, la que me habían dicho después de haberme azotado, cuando mantenían mi cabeza sujeta con la espada en mi garganta. Enderezando la cabeza me arrodillé, la cadena colgando frente a mi cuerpo, sobre la hierba. Me apoyé sobre los talones con la espalda bien derecha, las manos sobre los muslos, la cabeza alta y mirando al frente. Eché los hombros hacia atrás, los pechos hacia delante. No olvidé la posición de mis rodillas, las abrí tanto como pude, como sabía que ellos querían. Me arrodillé ante ellos en la postura más elegante y sumisa en la que un hombre podía colocar a una mujer.

El recién llegado habló con decisión. Los otros dos replicaron con enojo. El primero, lo veía por el rabillo del ojo, me señalaba; sonreía. Me hizo estremecer. ¡Me pedía! ¡Les estaba diciendo que me entregasen a él! ¡Cómo le odié, por su atrevimiento, y al mismo tiempo, cómo me complacía! Los hombres se rieron; yo me asusté. ¡Eran dos contra uno! ¡Debía escapar, salvar su vida!

—¡Kajira canjellne! —dijo. Aunque me señalaba a mí con su lanza, no quitaba el ojo de los dos hombres.

El de la barba le miró furioso.

El recién llegado retrocedió unos pasos. Se agachó para recoger un puñado de hierba que empezó a masticar.

El barbudo se me acercó. De su túnica sacó una fina tira de cuero negro. Se inclinó a mi espalda para atarme de manos y pies, al tiempo que abría mi collar con una enorme llave. La sentí girar bajo mi oído izquierdo, sobre mi cuello. Una vez abierto lo dejó sobre la hierba, junto con la cadena. ¡Al fin me había librado de él! Lo pude ver por primera vez, era tal como lo había imaginado.

Pero estaba atada, indefensa. Inútilmente intenté deshacerme de mis ligaduras.

El de la barba me levantó sin esfuerzo. Yo no pesaba nada para él. Miró al extraño, que se hallaba a unos metros.

—¿Kajira canjellne? —preguntó. Estaba claro que le ofrecían la posibilidad de retractarse. Quizás había un error, un malentendido...

El otro asintió con la cabeza. No, no había ningún error.

Entonces el primero trazó un círculo con su espada en el suelo. Me dejó ahí; yo me arrodillé. Tuvieron un corto diálogo, como si establecieran ciertas normas.

El extraño se incorporó. Se colocó el casco y preparó sus armas. En su mano derecha empuñó la espada. Ésta era de bronce, ancha en su base y de punta muy afilada, deduje que debía ser un arma realmente peligrosa; dudé que sus escudos fueran lo suficientemente resistentes para protegerles de un ataque frontal de una espada así. Sin duda, con un arma semejante, se podía atravesar sin esfuerzo el cuerpo de un hombre.

Los dos hombres intercambiaron algunas palabras. El que no tenía barba avanzó unos pasos con el escudo en su brazo y la espada en la mano. Se paró ante el extraño.

Ninguno se movía. Pasaron largos minutos. Entonces, de repente, el extraño, hundió el asta de su lanza en el suelo, riendo.

—¡Kajira canjellne! —exclamó con una carcajada.

Era el ritual del tiro de lanza.

La del que fuera mi guardián salió despedida tras chocar contra el escudo del extraño, clavándose inútil en el suelo. La del contrincante consiguió hundirse en su escudo; entonces, con un veloz movimiento, sin darle tiempo a deshacerse de él, agarró la lanza por el asta, alzándola en el aire y derribándolo a sus pies. La espada del recién llegado se hundió sin piedad en la garganta de su oponente, bajo su casco.

Dejando a un lado su propio escudo, con la espada en ristre, aguardaba en pie.

El otro, enfurecido, desenvainó desafiándole, y en un instante ambos estaban enzarzados en un terrible cuerpo a cuerpo.

En mi horror, comprendí que no eran humanos, no lo que yo entendía por humanos. Eran guerreros brutales, bestias.

El miedo me hizo gritar.

Siempre había tenido miedo de las hojas metálicas, incluso de un simple cuchillo. Ahora me encontraba, de rodillas, desnuda e indefensa, ante dos hombres fieros, fuertes y expertos en el arte de blandir el acero.

Peleaban.

Uno de ellos retrocedió, gruñendo, cayendo de rodillas para quedar tendido, retorciéndose de dolor, sobre la hierba, con ambas manos en el vientre y la espada abandonada a un lado.

El extraño también retrocedió, con su espada ensangrentada para observarlo mejor.

El barbudo, desde el suelo, levantó el escudo.

El extraño se dirigió hacia el escudo de su primer rival para extraer su lanza. Su enemigo yacía doblado sobre sí mismo; se mordía, sangrando, el labio superior para no chillar de dolor; sus manos plegadas sobre su medio partido cinturón, la hierba teñida de rojo a su alrededor.

En el instante en que el vencedor arrancaba su arma del escudo, el barbudo se levantó, gritando salvajemente, corriendo hacia él con la lanza en la mano.

Antes de que yo pudiera reaccionar, el extraño ya se había puesto en guardia. En el momento en que el grito de terror escapaba de mis labios, la lanza pasó rozando el casco del extraño, quien se apartó del escudo. El de la barba palideció. El otro no corrió hacia él, sino que se mantuvo en su posición, en guardia. Con su espada hizo un gesto indicando que la lucha recomenzaba.

Con un alarido de rabia, el barbudo se le acercó corriendo, protegiéndose con el escudo y la espada horizontal. El extraño ya no estaba ahí. Dos veces más atacó, pero su rival parecía desaparecer del punto donde se debía de haber producido el choque.

A la cuarta embestida, éste se hallaba detrás de él, a su izquierda. Se miraron, desafiantes.

La lucha se volvió a entablar.

Entonces me di cuenta, como no lo había hecho antes, de la habilidad del extraño. Se había reservado hasta el final, y con un sutil y experto golpe dejó a su rival tendido, mirándole humillado, comprendiendo que si no había acabado ya con él era porque había decidido dejarlo con vida. Atada, de rodillas en el círculo, me alegré de comprobar que el extraño era en realidad el amo de los otros dos. Con toda la autoridad de su mirada, le obligó a desarmarse y a cargar con el cuerpo de su compañero, no sin haber dejado antes también sus armas a un lado. Con él a cuestas, se alejó lentamente.

El extraño permanecía en pie, observando su partida hasta que desaparecieron en la distancia.

Terminó de arrancar su lanza del escudo, la enarboló como un estandarte. Luego se sentó junto a él.

Y me miró.

Empezó a acercárseme lentamente. Estaba aterrorizada.

Se detuvo ante mí.

Jamás me había sentido tan asustada. Incliné mi cabeza a sus pies. Permanecía de pie, sin moverse. Yo era terriblemente consciente, indefensa, de su presencia. Esperaba que hablase, que me dijera algo. ¡Tenía que comprender mi terror! ¿Es que no se daba cuenta, ante mi cuerpo desnudo y atado, de mi total vulnerabilidad? Yo esperaba que dijera alguna palabra amable, algo que me tranquilizase. Temblaba. No dijo nada.

Yo no alzaba la cabeza. ¿Por qué no hablaba? Cualquier hombre bien educado, tras advertir mi belleza, hubiera tratado de consolarme, de sacarme del trance en el que me encontraba.

Se quitó el yelmo, lo dejó a un lado sobre la hierba. Sentí su mano en mi cabello, sin crueldad, pero con firmeza. Luego sentí como me echaba hacia atrás la cabeza, con la mano sobre mi rodilla, hasta hacerme tocar el suelo con ella; quedé con la espalda arqueada, mirando hacia el cielo asustada. Estaba examinando toda mi belleza. Siempre me había sentido orgullosa de ella. Luego me tendió, de costado, para examinar mi perfil. Yacía sobre el lado derecho. Dio unos pasos a mi alrededor, observándome. Me enderezó los pies, para así poder verme completamente extendida. Entonces se agachó a mi lado. Sentí su mano en mi cuello. Con su pulgar recorrió la marca que el collar me había dejado. Me escocía. Pero no era una herida profunda. Me palpó el brazo, el antebrazo y los dedos, moviéndolos. Pasaba sus manos firmemente por mi cuerpo, siguiendo sus curvaturas. Me colocó una mano en la espalda y la otra en el tórax para sentir mi respiración. Luego sobre mi muslo; me

hizo flexionar la pierna. No era precisamente lo que un caballero hubiera hecho. Nunca anteriormente un hombre me había tocado como él lo hacía; ningún hombre en la Tierra, estaba segura, hubiera actuado de este modo. Me sentía examinada como un animal. En un momento determinado me hizo abrir la boca introduciéndome en ella dos dedos de cada mano; me examinaba la dentadura. Tengo los dientes bonitos, pequeños y bien alineados, aunque con dos empastes ya que había tenido caries. Se fijó en ello, pues, como más tarde pude saber, era uno de los rasgos para determinar el origen terráqueo. También supe que no era la primera mujer terrestre que veía. Y aprendí también que los goreanos no padecían de caries; seguramente debido a una dieta más adecuada, sin azúcares, y a su cultura. Una cultura en la que el concepto de edad no iba unido al de deterioro. Después me recostó sobre el otro lado para seguir examinándose.

Me horrorizaba la franqueza, la simplicidad con la que me trataba.

¿Es que me tomaba por un animal? ¿Se creía que era únicamente de su propiedad?

Me dijo algo. Noté su aliento sobre mi cara. Temblé.

—No le entiendo —dije—. Por favor, desátame.

Pareció satisfecho, o más bien resignado, con mi reacción. Entendió que no podía comunicarse conmigo, que no podíamos hablarnos. Se alzó sin mirarme. Evidentemente, no estaba contento. Yo me encogí de hombros, enojada. ¡No era culpa mía si no nos entendíamos! Pero agaché la cabeza, humillada, mientras él recorrió el campo, el círculo, la roca con su mirada. Me sentí tan pequeña, sola en la hierba...

Al rato, tras haber examinado el terreno, tal vez buscando la clave de mi presencia allí, el desconocido me miró otra vez.

Levanté la vista hacia él, temblando.

Me agarró por el pelo y me dobló sobre el vientre a sus pies. Le oí desenvainar la espada.

—¡No me mate! —grité llorando—. ¡No me mate, se lo ruego!

Aterrorizada, escuché como su espada cortaba con toda facilidad el cuero que me ataba los tobillos.

Luego me dejó, cargó con sus cosas y se marchó sin mirarme.

Observé su partida; desentumecí los pies, con las manos aún firmemente atadas a mi espalda. El cielo se oscurecía. Me sobresalté al ver tres lunas aparecer en el horizonte. El hombre estaba ya lejos.

Corrí tras él.

—¡Deténgase, por favor! ¡Espéreme! —grité.

Jadeando, le seguí; tropecé, me caí varias veces.

Se volvió. Me detuve sin aliento, a unos doscientos metros de él. Mas dióme la

espalda para continuar su marcha. Empecé a correr otra vez. De nuevo se volvió, al tiempo que yo, instintivamente, agachaba la cabeza. Continuó su camino, y por dos veces repetimos la misma operación; yo bajaba siempre la cabeza, hasta que, finalmente, se me acercó, deteniéndose a un metro de mí.

Me contempló durante unos minutos; tras esto se quitó el yelmo, cogió su zurrón y su cantimplora y me los colgó al cuello. Después, ajustando las correas, me colocó el escudo en la espalda. Vacilé bajo su peso. Luego, con el yelmo en la mano, prosiguió la marcha.

Durante cuatro horas caminamos sobre la hierba.

De vez en cuando me caía, no podía soportar la incesante marcha bajo el peso del escudo. Hasta que me desplomé exhausta. Se me acercó. Me miró furiosamente, al tiempo que se desabrochaba el cinturón. ¡Iba a azotarme! Me levanté de un salto. Se colocó de nuevo el cinturón y prosiguió su camino. Volví a andar tras él.

Hacia el amanecer cruzamos varios riachuelos; algunos árboles aislados, de copa plana, iban apareciendo en el paisaje. Nos paramos bajo un grupo de ellos, junto a un pequeño arroyo. Me quitó la carga. Me desplomé, inconsciente. Debió de durar unos segundos; me despertó con una sacudida. Luego me dio de comer unos pedazos de carne seca; me di cuenta de cuán hambrienta estaba. Me incorporó, haciéndome sentar sobre la hierba. Me dio de beber. Bebí con delirio. Luego me recosté, él me levantó en sus brazos y me colocó junto a un arbusto, al cual me amarró por el tobillo. Al instante me quedé dormida.

Me pareció que estaba en mi propia cama, cálida y placentera.

Cuando desperté, vi que me encontraba en el bosquecillo, en un mundo extraño. Hacía calor, el sol estaba alto, filtrándose entre las ramas. Mis muñecas estaban libres, aunque seguía desnuda, atada por el tobillo al arbusto. Sentada, observé al hombre. Estaba absorto en la tarea de engrasar, con un fino aceite, la hoja de su espada. No me miró. Me enojé; yo no era tan insignificante como para ser ignorada así, especialmente por un hombre. ¡Ellos que siempre se habían mostrado solícitos a mi menor capricho!

No me daba cuenta de que, en este mundo, éramos nosotras quienes debíamos obedecerles, complacerles, cumplir exactamente cualquier orden que de ellos proviniera.

Le miraba.

Era atractivo. Me pregunté si sería posible establecer algún tipo de relación significativa con él. Para esto debía aprender por supuesto, a respetarme como mujer.

Al finalizar su tarea, dirigió su mirada hacia mí.

Yo le sonreí. Quería que fuéramos amigos. Él se palmeó el tobillo, señalándoselo con el dedo, ordenándome que acudiera.

Me dispuse a desatarme el lazo que me sujetaba el pie. Con una áspera orden, me

indicó que debía deshacer primero el nudo que me unía al arbusto. Sin duda me tomaba por una estúpida, como si no supiera que la última atadura que debía ser desechada era la de mi propio cuerpo. Pero yo venía de la Tierra y no conocía estos asuntos. Me costó, y tuve miedo de estarme retrasando demasiado. Mas él esperó paciente; sabía que sus nudos no eran nada fáciles.

Me ordenó situarme ante él, a su derecha. Le sonreí, pero él me respondió con dureza. Inmediatamente me coloqué en la postura que tan dramáticamente aprendí el día anterior, es decir, la espalda bien derecha sobre los talones, manos sobre los muslos, cabeza alta, y rodillas bien abiertas. Entonces me miró satisfecho.

¿Cómo podía yo entablar amistad con él, arrodillada de aquel modo? ¿Cómo podía hacer que me respetase como persona, que me considerase su igual?

Me tuve que inclinar para recoger con la boca el pedazo de carne que me ofrecía; no me permitió cogerla con la mano.

¡Qué miserable me sentía, en un mundo en el que no se me permitía alimentarme por mí misma!

Luego me dio a beber de la cantimplora.

Atardecía. Se tendió a dormir. Yo no dejé mi postura. No tenía permiso. Quizás me mantenía así para disciplinarme. No lo sabía. Tenía miedo a romper la posición, él podía despertar y darse cuenta; o tal vez me estaba observando con los ojos entrecerrados. Pero, en mi corazón, yo sabía que si no rompía la posición era porque no tenía permiso para ello. Le temía. Temía romper la posición. Le obedecía.

Debí de mantenerme así, en esta postura tan simbólica de la subyugación femenina por más de dos horas. Se despertó. Me miró, pero no me ordenó descansar. Le vi prepararse para la marcha, cargando él mismo con el escudo, la cantimplora y el zurrón. ¿Es que no me iba a permitir que se los llevase?

Tras eso, con un chasquido de dedos, me permitió relajarme. Moví mis miembros, agradecida, me desentumecí. Vi que me observaba. Avergonzada, me detuve. Pero, a una orden suya, continué. Él me miraba mientras yo estiraba lujuriosamente mi cuerpo, mientras me frotaba las piernas para restablecer la circulación. Y me di cuenta de que no estaba realizando todos estos movimientos del mismo modo que los haría si hubiese estado sola, sino que me estaba comportando como una hembra ante él. Me miró, risueño. Me ruboricé. Enojada, me tumbé sobre la hierba.

Miré al cielo; había oscurecido. El hombre al que yo pertenecía se alejaba. No tuve miedo de que no regresara, sabía que no estaba enfadado conmigo; lo había visto en su mirada y en su sonrisa.

Percibí su regreso. Me recosté sobre mi codo. Estaba en pie junto a mí.

Alcé mi mirada hacia él.

Pero no me ordenó arrodillarme; no me obligó a separar las rodillas.

Con un gesto, me indicó que me levantase. Así lo hice.

Después hizo desaparecer las pocas señales que dejamos en el lugar. No habíamos encendido fuego.

Luego se quedó inmóvil, apoyándose en su lanza, sin prestarme atención. Yo estaba allí, simplemente, a la espera.

Mi mente caviló con rapidez. Contrariamente a ayer, que viajamos a la luz del día para pasar la noche bajo ese bosquecillo, hoy partíamos a oscuras sin dejar rastro. Esto me hizo pensar que tal vez nos encontráramos en una región hostil. Me estremecí; miré con temor a mi alrededor, a las sombras de los árboles. ¿Habría enemigos al acecho? ¿Seríamos objeto de algún ataque, de alguna emboscada? Se oyó un crujido que le hizo ponerse en guardia. Estuve a punto de chillar de horror; intenté agarrarme a su pierna izquierda, pero él me apartó con la base de su lanza. Caí de espaldas sobre la hierba. Retrocedí, aterrorizada. El empujón no fue nada suave. Luego me acurruqué detrás suyo. Si hubiera tenido algún arma civilizada, un pequeño revólver, por ejemplo, me hubiera sentido menos asustada; pero sólo le tenía a él y a su acero, entre mí y el tenebroso crujido. Me llevé la mano a la boca. Lo vi emerger del arbusto en la oscuridad. Pensé, primero, debido a su sinuoso movimiento, que se trataba de una enorme serpiente; pero no lo era. Luego pensé en un gran reptil. Pero, cuando la luna cayó sobre él, vi, en lugar de escamas, un grueso y largo pelo rizado. Sus ojos brillaban como centellas. Gruñía y resoplaba. Tenía patas. Se acercaba sinuosamente, emitiendo silbidos. El hombre le habló con suavidad, su lanza encarándole. Giró a nuestro alrededor; el hombre también le seguía, siempre apuntándole con la lanza. Después la bestia desapareció en las sombras. Yo me desplomé a sus pies, temblando. Él no me amonestó; no fui castigada. Él actuó sin temor ante el monstruo; y no porque fuera simplemente valiente, o tuviera experiencia en la caza de semejantes animales, sino porque, como más tarde comprendí, conocía bien sus hábitos. La bestia no quería convertirnos en su presa; en realidad, andaba tras otro animal, algún tipo de antílope, y nosotros no habíamos sido más que un estorbo en su camino. Estos animales son unos cazadores obstinados, y a menudo se les utiliza como rastreadores. Una vez tras un rastro, lo seguían infatigablemente. Su tenacidad, aparentemente era la causa de su supervivencia. Afortunadamente, no fuimos lo que primero olfateó en su cacería; de haber sido así, la situación hubiera sido muy distinta. Eslín era el nombre de aquel animal.

El hombre levantó la cabeza y miró a lo lejos, a través de los árboles.

Se dio la vuelta y emprendió la marcha. Le seguí sin demora.

No caminamos mucho.

Se giró hacia mí, indicándome que permaneciera inmóvil y en silencio.

En la oscuridad se nos aproximaban unas veinte antorchas. Estaba asustada, sin saber con qué tipo de gente íbamos a encontrarnos.

Era un cortejo de unos setenta u ochenta individuos. Su línea de marcha era de

unos cuarenta o cincuenta metros de longitud, por unos diez de anchura, flanqueada por unos diez hombres armados a cada lado. Éstos llevaban las antorchas. Otros cinco, también armados, lo precedían; y unos diez o doce más ocupaban posiciones en el centro. Dos plataformas eran llevadas a hombros por unos diez hombres, y, más atrás, avanzaba un carromato tirado por dos extraños animales, como bueyes, que a su vez eran conducidos por otros dos hombres. Tanto los hombres que cargaban las plataformas como los que guiaban los animales, no iban vestidos de un modo distinto a los guerreros.

El cortejo se acercaba. Nos escondimos entre unos árboles. No parecía sorprendido con el encuentro, más bien era como si ya lo supiera, como si lo estuviera esperando.

Iban a pasar muy cerca de nosotros, de nuestro escondite, en el que nos agazapábamos en silencio.

Cuando estaban junto a los árboles, pude distinguir unas cinco figuras de mujer en la primera de las plataformas. En la segunda había algunos cofres y cajas cubiertos con un material brillante; en el carro otras cajas de apariencia más tosca junto a objetos de acampada, armas y bidones.

Retrocedimos algo más hacia el interior del bosquecillo.

Mi guardián dejó a un lado sus armas y se colocó detrás mío, con sus manos sobre mis hombros. A la luz de las antorchas, contemplamos el paso del cortejo.

Me estremecí ante la visión.

La vanguardia de la procesión se nos acercaba. Me di cuenta de cuán distintos a los humanos eran estos seres.

Pude ver sus armas. Sus túnicas escarlatas, cascos y escudos no tenían la misma forma, ni estaban decorados del mismo modo que los del hombre al que yo pertenecía, el bárbaro que me sujetaba por los hombros.

Parecía que quería evitar ser visto.

De repente, quise chillar. Me quedé congelada. Su mano izquierda me cubría la boca, mientras sentía en mi garganta la fría hoja de su cuchillo. No podía emitir un sonido ni moverme en lo más mínimo.

¡Quizás estos hombres de los que se ocultaba podían rescatarme! ¡Quizás me salvarían! ¡Quizás encontrarían el modo de devolverme a la Tierra!

Me fijé en las mujeres que transportaban en la plataforma. Eran muy bellas. Era obvio que esos hombres las trataban con el respeto apropiado, con reverencia, no como animales.

Tuve la intención de chillar, pero su mano, tal vez intuyéndolo con anticipación, sujetó aún con mayor firmeza mi boca. Tenía un cuchillo en el cuello. ¿Qué podía hacer, sino permanecer totalmente inmóvil y en silencio? Sentía su filo sobre mi garganta.

La vanguardia del cortejo pasó ante nosotros.

Vi el palanquín con las mujeres. Eran cinco chicas. Cuatro de ellas vestían blancos trajes de corte clásico, sin mangas. Extrañamente, teniendo en cuenta la elegancia de su indumentaria, iban descalzas. Eran morenas y, en mi opinión, de gran hermosura. En sus cuellos me pareció distinguir un collar dorado, así como un brazalete igual en sus muñecas. Se encontraban recostadas o arrodilladas alrededor de un trono instalado en la plataforma. Ahí, grácilmente sentada, había otra chica, cuyos rasgos no pude distinguir porque traía la cara cubierta con un velo. Me quedé maravillada ante el esplendor de sus ropajes, multicolores y brillantes. También llevaba medallones de oro y piedras preciosas. Sus guantes eran blancos con ribetes dorados, y bajo su vestido vi asomar la punta de unas zapatillas de oro. Sólo en un mundo bárbaro se podía dar tal grado de fastuosidad en los ropajes, pensé.

Luego pasó el segundo palanquín, y más hombres con antorchas. Vi los cofres cubiertos de ricos tejidos.

Supuse que se trataba de un cortejo nupcial; los cofres del segundo palanquín debían contener ricos regalos, o la dote de la novia.

En el camarote que seguía seguramente habría las provisiones para el viaje, que, supuse, sería sin duda largo.

Luego, el cortejo se perdió en la distancia.

Se habían ido.

El hombre me quitó la mano de la boca y el cuchillo de la garganta. Me temblaban las rodillas. Me sentía débil, estuve a punto de caerme. Envainó su cuchillo y me hizo girar cara a él. Levantó mi barbilla para que le mirase. Brevemente encontré sus ojos y bajé la cabeza. Él sabía que había intentado gritar, delatarle. Pero no había podido.

Con horror pensé que iba a ser castigada o azotada. Me arrodillé ante él y, abrazando su alta sandalia con delicadeza, le besé, llena de temor, los pies.

No me pegó. No me dejó amarrada a algún árbol para que un monstruo me devorase. No me azotó como hubiera merecido.

Le seguí en su marcha. Pensé para mis adentros que ahora ya sabía cómo tratar con él. Simplemente tenía que satisfacer su vanidad. Me sentí tan lista ante alguien tan estúpido que se dejaba manipular por una muchacha... No sabía entonces con qué suavidad me había tratado, ni que la paciencia de un hombre como aquél tenía un límite. Pronto lo aprendería.

Era yo la estúpida e ignorante. Pero iba a aprender que la estupidez y la ignorancia no eran toleradas en Gor.

3. EL CAMPAMENTO

Con desgana atendía el brasero, de rodillas, aventando el carbón, cuyas ardientes chispas salpicaban mi cuerpo.

Eta pasó ante mí. ¡Cómo la odiaba! Era morena e increíblemente bella. Su cabello negro caía hasta su cintura. Se le permitía ir vestida. A mí no. Yo envidiaba su corta blusa sin mangas que tan bien resaltaba su figura; la sujetaban unos simples ganchos, muy fáciles de desabrochar.

A un lado un hombre, sentado, bebía un fuerte brebaje llamado Paga. Nos encontrábamos en un desfiladero boscoso; las lanzas estaban clavadas en el suelo, y los escudos apoyados en las rocas y los troncos. Un pequeño riachuelo cruzaba el campamento, uno de los muchos riachuelos de la zona. Por un lado la propia pared del desfiladero, y por el otro un muro construido de ramas y arbustos, nos protegían de los animales. Estábamos bien camuflados. Llegamos al campamento después de varios días de viaje. El hombre nada me dijo durante este tiempo, lo que me hacía sentir segura, pues vi que no pretendía utilizarme como hembra. Pero al mismo tiempo me irritaba. ¿Es que no me encontraba suficientemente atractiva? Me sentía afortunada de que no abusara de mí, y al mismo tiempo le odiaba por ello. No me permitía comer más que de su propia mano, y arrodillada; del mismo modo me daba de beber, excepto cuando encontrábamos un arroyo, que me obligaba a beber tendida boca abajo sobre los guijarros. Alimentándome de este modo, siempre con su mano en mi pelo, ¿no era suya? ¿Es que no le atraía físicamente? ¿Por qué no me obligó a servirle como mujer? Me mantenía totalmente bajo su dominio, y cuando esperaba su caricia, ni siquiera me miraba. Los dos últimos días de nuestra travesía viajamos a plena luz y me permitió cargar con su escudo, lo que significaba que habíamos dejado el territorio enemigo. Pero, ¿por qué no me había utilizado en la soledad de nuestro camino? ¡Le odiaba!

Eta pasó ante mí de nuevo, con su gran pedazo de carne a sus espaldas que ensuciaba su cabello de grasa. Andaba con energía, descalza, bronceada. Su cuerpo se insinuaba bajo su breve blusa. La única alhaja sobre su cuerpo era un tosco, aunque atractivo collar en la garganta. Era sensual, de mirada penetrante; el tipo de mujer que, en la Tierra, atemorizaría a los hombres hasta el punto de no permitirles siquiera soñar con ella. En cambio, aquí, parecía encajar perfectamente entre los fieros hombres de Gor, quienes sin duda sabrían exigir, y lo obtendrían, todo de ella.

¡Cómo me desagradaba! ¡La odiaba!

Llevaba ya dos días en el campamento. Al acercarnos, mi amo tomó su escudo, pues ningún guerrero se acerca a un campamento, ni siquiera al suyo propio, desarmado. No sabe lo que puede haber ocurrido en su ausencia.

Me dejó sola, de rodillas, para inspeccionar. Poco después regresó y me ordenó

seguirle.

Se acercó al campamento cantando y golpeando la empuñadura de su espada.

Se intercambiaron las contraseñas con los centinelas.

Fue recibido con efusión por los hombres del campamento y alguien que parecía el comandante en jefe de la plaza le dio personalmente la bienvenida. Sus compañeros le sonreían, golpeándole la espalda. Yo me mantenía detrás, quieta y asustada ante tales hombres. Cerca de la entrada se mantenía Eta, la chica que todas hubiéramos deseado ser. Cuando mi amo se lo indicó, fue a arrodillarse ante él, radiante, jubilosa. A una orden suya se levantó, y, ya en sus brazos le besó. Nunca había visto a ningún ser humano besar de ese modo, tan profundo y sensual. Me quedé impresionada. No era un beso de amantes: era el beso de un amante que pertenecía a alguien, y al mismo tiempo, el beso del amante-dueño.

Él rió y la puso a su lado. Ambos me miraron.

¡Cómo hubiera deseado que él me besara así! Estaba celosa. Y luego, al sentir el modo con que me miraban, estuve asustada.

Se me acercaron. Yo me mantenía bien derecha. Se movían a mi alrededor. Me ruboricé. Intercambiaban comentarios. Me sentí observada y valorada como un animal. Algunos de sus comentarios, me pareció, eran degradantes. Lo que más me humilló, cruelmente, fue su risa. Quizás no daba las medidas adecuadas, o no me mantenía en la postura correcta. Quizás había pequeñas imperfecciones de las que ni siquiera podía llegar a ser consciente. Quizás aflorasen en mi cara todos los traumas de mi educación que negaba nuestra biología y cualquier tipo de manifestación sexual. Había aprendido a tratar a los hombres como mis iguales, y no puramente como hombres; por esto me sentí ahora tan pequeña e indefensa ante los goreanos. Ante un terrestre me solía sentir irritada, y lo único que me apetecía era deshacerme de ellos con un empujón cuando se atrevían a ponerme la mano encima. ¿Qué podía hacer ante un goreano? Lo que deseaba era estar entre sus brazos. Más adelante entendí la razón de por qué no conseguía excitar a mis guardianes; era porque aún no había sido enseñada a comportarme como mujer ante ellos, como lo que ellos entendían por mujer. No podía conocer su hombría porque aún no había descubierto mi propia feminidad. Lo único que podía hacer era caer ante sus pies. Como la mayoría de las chicas de la Tierra, yo era sexualmente negativa e inerte.

Solamente en Gor, ante mi amo, empecé a intuir la existencia de un mundo increíble y glorioso de experiencias no prohibidas, donde me podría realizar plenamente como hembra. Sólo tenía que atreverme a ser yo misma. Pero en Gor no sería yo quien decidía a qué atreverme: iba a ser forzada a ser yo misma.

Mucho se rieron los compañeros de armas de mi captor de su escuálida presa. En sus bromas se golpeaban mutuamente. Luego entraron todos en el campamento, dejándome, sola, en la puerta. Estaba sola, abandonada, rechazada. No estaba

preparada para esto; era lo último que hubiera esperado de él. Sentí las piedrecillas del camino bajo mis pies, el sol quemaba mi piel. Apreté los puños. ¿Quién se creían estos bárbaros que eran? No hacerme caso a mí, Judy Thornton, la más bella de la escuela... Pero me di cuenta de que aquí, ni mi belleza, ni la de mi rival, Elicia Nevins, eran particularmente relevantes.

Crucé el muro de ramas y arbustos y entré en el campamento. Quería ser protegida y alimentada. Sabía que me costaría un precio. La puerta se cerró detrás de mí.

Ahora ya llevo dos días en el campamento. Furiosa, aventó el brasero, de rodillas. Las chispas saltan encima de mí. Del brasero sobresale una barra de hierro.

Muchas fueron las tareas que me obligaron a realizar.

No me gustaban.

Fui obligada a encender fuego, a cocinar, a ayudar a servir la comida y escanciar la bebida de los hombres, como una criada. Se me obligó a retirar las sobras y limpiar los utensilios. Tuve que coser las ropas, y una vez que Eta no quedó satisfecha con una costura, tuve que empezar de nuevo. Para mi humillación, me hicieron lavar la ropa sobre las rocas, arrodillada junto al riachuelo que cruzaba el campamento. Fuera de él, me mandaron a recoger moras y otras frutas silvestres, siempre acompañada de algún guerrero. En la Tierra, yo pertenecía a una clase económicamente elevada, y nunca había tenido que realizar semejantes tareas. Me gustaba incluso dar órdenes al servicio en mi casa. Pero aquí era yo quien realizaba las labores más degradantes, bajo las órdenes de Eta. Esto parecía estar bien para ella, pero no para mí, Judy Thornton, una estudiante brillante que escribía poesía. Algunas veces cuando no había hombres alrededor, me negaba a hacer alguna de las labores que me encargaban; entonces, Eta, las realizaba sin rechistar, aunque de mala gana. Cuando nos podía ver algún hombre, siempre hacía lo que ella me mandaba. Les temía.

El campamento lo formaban unos sesenta hombres, aunque durante el día nunca permanecían más de cinco o seis en el interior.

Mi propio amo fue quien me ordenó aventar el brasero, en el que se calentaba la barra de hierro.

No me atreví a desobedecerle.

Mi dueño se levantó y se acercó hacia el brasero donde yo estaba. Con un grueso guante, cogió la barra que se calentaba en él. Estaba incandescente. Me tuve que apartar de tanto calor como desprendía. Lo volvió a colocar dentro, ordenándome que continuase con mi labor, cosa que hice al instante.

Regresó con sus asistentes y continuó su discusión.

Eta cantaba por lo bajo mientras se encargaba de preparar la carne. De vez en cuando me miraba. No me gustaba el modo con que me sonreía. Parecía de un buen humor muy extraño, dado que al mediodía me había negado varias veces a ayudarla.

¡Yo no era su criada! Era yo la que decía de ser servida. Era demasiado exquisita como para servir.

No entendía el propósito de la barra de hierro en el brasero. Era claramente un acero para imprimir una marca, pero no había ningún animal. Pensé que tal vez mi dueño quisiera marcar algún objeto de su propiedad, algún arnés o coraza de cuero. Parecía razonable. Vi el dibujo de la barra; era una florecilla, parecida a una rosa, extremadamente bella y delicada. Era un diseño tan lindo que no me hubiera importado marcar algo mío con él. Lo único que me inquietaba era cómo una marca tan delicada podía encontrarse sobre algún objeto de aquellos bárbaros, todos tan toscos y viriles. Parecía mucho más apropiada para marcar algo femenino.

El sol se escondía y se acercaba la hora de la cena. Los carbones ardían en el brasero.

En el interior del campamento había un tronco de árbol caído.

Miré a mi alrededor, a los hombres, a Eta. Eran hombres rudos, que practicaban juegos crueles. El día anterior tuve que ayudar a Eta a servirles la cena, llevándoles la comida entre mis dientes. Cuando me lo solicitaban, les tenía que servir el vino o el Paga, y besar el vaso antes de ofrecérselo. Después de la cena, tomaron a Eta y llenaron su cuerpo de campanillas, en los tobillos, en las muñecas, alrededor del cuello. Cinco hombres se colocaron ante ella, a unos cinco metros. Otro en función de árbitro, le quitó la blusa, lo que hizo gritar de satisfacción a los demás, dándose palmadas en el hombro izquierdo con la palma de la mano derecha. Eta los miró arrogante, con las campanas que envolvían su cuerpo, cayendo alrededor de sus pechos. En su muslo izquierdo había una marca que no pude ver claramente en la oscuridad. Le ataron las manos a la espalda. El juez le ató una cinta a la cintura, en la que, sobre su cadera izquierda colgaba una campana algo mayor que las demás, que, con su sonido más grave, guiaría a los hombres. Mientras se mantenía orgullosa en pie, se le echó una tela opaca sobre la cabeza, amarrada bajo su barbilla. Se la encapuchaba para no influir en el resultado final del juego. Sospeché que se divertirían persiguiéndola hasta que uno la atrapase, sin ella saber quién era. Estos bárbaros encontraban este juego divertido. A los cinco hombres se les encapuchó igualmente. Eta se mantenía completamente inmóvil, sin provocar el menor sonido de las campanillas. Se desorientó a los participantes a base de darles vueltas por el campamento, lo que originó una carcajada general. El árbitro, con una vara en la mano, se acercó a Eta. Era indignante; sentí compasión por mi desafortunada hermana, pero también curiosidad por saber quién sería el primero en atraparla. Yo sabía bien a cuál de los cinco habría escogido, de haber tenido la ocasión, para que pusiera sus manos sobre mí. Era un gigante rubio de largo pelo que caía sobre su hombro; sin duda, para mí, el más atractivo de todo el campamento, aparte de mi amo. Pero él no participaba, dado su alto rango, aunque observaba divertido y con

interés. Se llevó la jarra de Paga a los labios. Pensé que él también habría hecho ya su apuesta.

El árbitro levantó su vara.

Gritó una palabra que más tarde aprendí significaba “Caza”. Era la señal que indicaba el comienzo del juego, que empezaba la captura de la chica. Al mismo tiempo que lanzaba su grito, azotó a Eta con su vara en el trasero; un breve y preciso golpe que la hizo chillar al tiempo que iniciaba su carrera bajo el tintineo de todas sus campanas. Los hombres se dirigieron en dirección a ese sonido. De repente, ella se paró, agachándose inmóvil con las manos atadas a su espalda. No estaba autorizada a permanecer quieta más de cinco ihns, tiempo equivalente a algo menos de cinco segundos. En caso de que, atemorizada o cansada, no se moviera en este tiempo, el árbitro, con el mismo golpe de vara con que inició el juego, identificaba su posición ante los participantes. Un instante antes de que transcurriesen los cinco ihns, Eta cambió de posición. Dos de los hombres gritaron airados, pues pasó entre ellos sin que pudieran cogerla. El árbitro les amonestó duramente. No podían identificarse bajo ninguna excusa, pues esto podía condicionar la conducta de la chica en el caso que tuviera preferencias a la hora de ser capturada por algún macho en especial. Por supuesto que de la chica se espera una buena actuación; si se deja atrapar demasiado pronto, se la ata con las muñecas por encima de la cabeza para ser azotada. Raramente, sin embargo, hay que llegar a tales extremos. Las chicas se enorgullecen de sus habilidades en el juego de la Caza, les gusta participar en él, esquivar a sus perseguidores, aunque saben que al final, inevitablemente, serán capturadas.

Eta era experta en el juego. Pero también lo eran los hombres. Sospeché que lo habían practicado a menudo.

Por dos veces tuvo el juez que incitar a la bella con su vara para que se pusiera en movimiento.

Al fin, ya no supo hacia qué lado escabullirse. Los hombres la rodeaban silenciosos.

Ciega, encapuchada, fue a parar a los brazos del joven gigante rubio. Con un rugido de placer la tomó y la echó sobre la hierba, ensartándola bajo su cuerpo. La había cogido.

El árbitro gritó una palabra que, como más tarde aprendí, significaba “Captura”. Y le dio una palmada al hombre en la espalda. Los demás retrocedieron, y, horrorizada, contemplé la violación de Eta, atada y encapuchada, envuelta en sus campanas.

Cuando hubo terminado, el joven se alzó, quitándose la capucha, mientras los demás hombres alzaban sus copas vitoreándole. Él sonreía, había ganado. Regresó a su lugar. Hubo intercambio de dinero. Ella yacía olvidada por todos. Sentí tanta lástima por mi pobre hermana... Pero al mismo tiempo la envidiaba.

Poco después el juez regresó, ordenándole que se incorporase. Se levantó tambaleándose, lo que provocó la agitación de todas sus campanillas.

De nuevo dio la señal de empezar, tras azotarla otra vez con su vara. La caza volvió a comenzar, el segundo puesto estaba en juego. A los pocos minutos fue capturada y poseída con rudeza y placer. Cómo la envidiaba, secretamente, bajo la lástima que sentía por ella. Vi obtener del mismo modo el tercer y cuarto puesto. Cuando el quinto hombre se quitó la capucha, hubo una gran risotada, pues al haber sido el perdedor, no obtuvo el derecho a gozar de ella, de la hermosa mujer campana.

El árbitro le quitó la capucha y le desató las manos. Ella sacudió su cabeza, su cabello brilló en la penumbra. Tenía una expresión algo cansada y sudorosa, pero se la veía radiante por el placer obtenido. Curiosamente, parecía tímida. Se sentó sobre la hierba, para quitarse las campanillas de encima. Cuando se quitaba las del tobillo izquierdo, miró hacia mí.

Le devolví la mirada, con enojo.

Ella sonrió. Cuando se desembarazó de la última campana, se me acercó, riéndose, y me besó.

Ni siquiera la miré.

Luego fue a recoger su blusa, y llevándola perezosamente a rastras, fue a tenderse a los pies de mi amo. Recordé su mirada. Era la mirada de una mujer que, sabiéndose increíblemente bella y atractiva, se había puesto a merced del deseo de unos hombres a los que supo satisfacer plenamente.

Estaba furiosa con ella. La envidiaba. Me había mirado como si yo fuera una pobre chica ingenua.

Era ya de noche.

Cerca de mí se encontraba el tronco caído.

Vi a Eta terminar de preparar la comida. Dos hombres quitaron la carne del fuego y la pusieron sobre la hierba, lista para ser cortada. Me alegré de que ya fuera hora de cenar.

Seguía atendiendo el brasero, que ardía en la oscuridad.

Dos hombres se acercaron y se pusieron a mi lado. Les miré, alarmada. Me tomaron en sus brazos y me llevaron al tronco caído. Me hicieron apoyar de espaldas, con la cabeza echada hacia atrás; me ataron las manos y me las hicieron pasar por encima de ella. Estaba completamente estirada, con una pierna a cada lado del tronco.

—¿Qué están haciendo? —grité, mientras sentía que me amarraban el cuerpo estrechamente al árbol—. ¡Deténganse! —dije intentando resistirme al sentir las cuerdas sobre mi vientre, en el cuello, en los tobillos. Tenía las piernas más altas que la cabeza. No me podía mover, estaba atada al árbol. Los hombres retrocedieron unos pasos.

Mi amo se acercó al fuego, de donde extrajo, con el guante de cuero, la barra de

hierro. Sentí el calor que desprendía incluso desde ahí. Dos hombres, de entre los más fuertes, me sujetaban firmemente el muslo izquierdo.

Le miré a los ojos.

—¡No, por favor! —le rogué—. ¡No, por favor!

Y, cabeza abajo, indefensa, fui marcada como esclava goreana.

Todo duró, creo, unos segundos. Esto es indudable, pero puedo dar testimonio de que, para una chica marcada, el recuerdo de estos segundos es muy largo.

Al principio es una sensación fugaz, un contacto instantáneo sobre la piel. Pero luego se hace eterno, lo sientes penetrar, implacable, en la carne, firmemente fijo en tu cuerpo. No podía creer lo que me estaban haciendo; no podía aceptar aquel dolor. No solamente lo sentí, sino que también pude escucharlo mientras se imprimía en mí. Era un sonido siseante, hiriente, y un olor a carne quemada... Mi propio cuerpo había sido marcado; nunca había chillado tanto en mi vida. Me marcó, limpia y profundamente. Luego, sin prisas, el hierro ardiente fue retirado.

Olí mi propia carne quemada. Los hombres soltaron mi muslo y contemplaron su obra. Parecían satisfechos de su trabajo.

Luego se retiraron, dejándome atada en el tronco.

Estaba psicológicamente hundida con lo que acababa de sucederme. El dolor había disminuido. Era insignificante comparado a mi estado de ánimo. Había sido marcada. Gemí. Lloré. La herida cicatrizaría, pero la marca iba a permanecer, no desaparecería tras el dolor. Me identificaría ante todos definitivamente. Sabía que ahora era profundamente distinta a antes. ¿Qué debía significar esa marca? Casi no me atreví a imaginarlo. Sólo podía tener un significado. Sólo los animales llevaban marcas de este tipo. Permanecí miserablemente atada al tronco, inmovilizada.

Oía el ruido de los hombres cenando. Alcé la vista y vi las tres lunas en el firmamento. Podía oler la carne asada, escuchar los sonidos de la noche, de los insectos. Las lágrimas se habían secado sobre mis mejillas. Me seguía preguntando cuál era la naturaleza de este mundo al que había llegado, un mundo en el que una muchacha podía ser tan brutalmente marcada.

Algunos hombres, y también Eta, se me acercaron.

Mi amo me sujetó la cabeza de modo que pudiera verle. Debía mirarle. No había piedad en sus ojos. “Kajira”, me dijo llana y simplemente. “Kajira”. Luego me soltó la cabeza. Le continué mirando. “Kajira”, dijo. Entendí que debía repetir la palabra. “Kajira”, dije. Ya había escuchado esta misma expresión varias veces en este mundo. “La Kajira”, dijo Eta, señalándose a sí misma. Se levantó su ligera blusa para mostrarme la marca que ella misma llevaba en el muslo. Me di cuenta de que ella era también una mujer marcada, esto era lo que me pareció distinguir en la penumbra el día anterior, corriendo como una hermosa presa ante los hombres. Entonces no lo entendí, no podía concebir la idea de llegar a ser marcada; para mí era solamente una

señal sin ningún significado especial. Ahora éramos ambas mujeres marcadas, de igual rango, creí. Sin embargo, su marca era ligeramente distinta a la mía; era más delgada, parecía una espiga ornamentada. Más tarde supe que, en la escritura goreana, era la inicial de la palabra “Kajira”. La de la mía era “Dina”, una pequeña florecilla de múltiples pétalos que crecía en las montañas del norte. Allí se la conocía como la Flor Esclava.

Eta se inclinó ante mí. Me mostró su collar. Tenía una inscripción que no pude descifrar. Se le adaptaba perfectamente, como si hubiera sido hecho a medida. Luego, con horror, vi que no tenía broche. Sencillamente estaba soldado a su cuello. ¡Era imposible desprenderse de él!

Luego miró a mi amo. “La Kajira”, dijo sumisamente, agachando la cabeza ante él. De haber sido un hombre, creo que hubiera enloquecido de deseo sólo con el modo en que lo dijo. Entonces se giró hacia mí, sonriendo y señalándome la boca. No la entendí. Señaló la suya y pronunció “La Kajira”, haciendo de nuevo la reverencia. Volvió a señalar la mía. Atada como estaba, alcé la vista hacia mi amo. “La Kajira”, le dije. Luego cerré los ojos y giré la cabeza a un lado, ya que no podía inclinarme ante él.

De nuevo me dejaron sola. ¿Qué pasaría conmigo en este mundo? ¿Es que iba a ser tratada como un animal? Sólo después de haberme marcado, noté en ellos un interés por darme a conocer su lenguaje. Sabía que tendría que aprender rápido y bien, pues no iban a tener mucha paciencia conmigo. Sabía que mi estado actual, como el de Eta, era Kajira, y que ésta era la palabra que debía pronunciar ante mi amo. ¿Qué podía significar? Sabía que me sería ajustado un collar al cuello, como a Eta. El muslo me escocía. Sabía que era menos que una sirvienta, una esclava. Y entonces entendí que lo que pronuncié ante mi amo, “La Kajira”, significaba “Soy una esclava”.

Lloré larga y angustiosamente. “Kajira” y “La” eran las primeras palabras que una chica de la Tierra traída a Gor debía aprender. Poca cosa más que una esclava podía ser una mujer terrícola ante los salvajes hombres de Gor.

Cuando desahugué todo mi llanto llegaron varios hombres que, tras desatarme, me llevaron a mi amo, que se hallaba sentado con las piernas cruzadas ante el fuego. Me arrodillé, con la cabeza sobre la hierba; una esclava ante él.

Hasta entonces siempre había sido obligada a alimentarme por su propia mano. Eta se acercó con dos tazones de gachas en las manos. Se arrodilló ante mi amo. Colocó uno de ellos ante mí. Un hombre me agarró firmemente del pelo, sujetando mi cabeza para que no perdiera detalle de lo que estaba ocurriendo. Ella tomó su tazón y se lo ofreció; él sin decir nada, se lo devolvió. Todos me miraron. Entonces entendí lo que debía hacer. Cogí mi tazón con ambas manos y, arrodillada como estaba, se lo ofrecí a mi amo. Él lo tomó en las suyas y, sin pronunciar una palabra,

me lo entregó. Ya podía comer. Entendí el simbolismo del ritual, era de él de quien recibía mi alimento. De él dependía que yo comiera. Si él no lo quería, entendí, yo no recibiría mi comida. Con la cabeza baja, imitando a Eta, comí mi ración de gachas. No se nos dieron cucharas. Las tuvimos que comer con los dedos y terminarlas lamiendo el tazón como gatas. Era insulso. No había sido condimentado de ningún modo, no le habían echado sal, ni azúcar. Eran gachas de esclava. Durante varios días fue lo único que se me ofreció para comer. Otras veces, los hombres permitían a las esclavas comer con ellos tras servirles la comida, siempre siguiendo el ritual. Si al hombre no le gustaba o no le terminaba de complacer lo que había cocinado, se la dejaba sin comer. De este modo, además, no sólo regulaban la correcta alimentación de las esclavas, con sus calorías, vitaminas y proteínas, sino que controlaban su línea de modo que conservasen su esbelta belleza. Con el control de la comida controlaban a la chica y la mantenían sumisa. Ellas intentaban satisfacerles en todo para no quedar hambrientas. Terminé mis gachas, agradecida. Éste fue el primer ritual que aprendí. Luego supe que había muchos más. Cada mes se celebraba el día de la adquisición de la esclava, pues su posesión verdaderamente enorgullecía a su dueño y hacía que la chica se esforzara todavía más en complacerle.

Dejé el tazón de gachas en el suelo.

Alguien puso una vara en las manos de Eta. Yo bajé la cabeza ante ella, que se alzaba ante mí. No me golpeó, pero me di cuenta de que era la primera chica en el campamento y debía obedecerla en todo. La temí. Antes sólo la obedecía cuando nos encontrábamos en presencia de algún hombre. Ahora sabía que tendría que realizar cualquier tarea que me mandara sin rechistar.

Me llevó con ella al arroyo, donde fregamos y secamos los tazones de cobre. Luego limpiamos el campamento.

Ya entrada la noche, los hombres fueron a sus tiendas. Eta y yo recogimos las sobras y limpiamos el campamento. Eta me dio una fina manta de un áspero tejido en la que acurrucarme para dormir. “¡Eta!”, llamó un hombre. Se dirigió a su tienda. A la luz de las lunas, la vi despojarse de su blusa para ser apresada en sus brazos. Me sentí asustada. Con la manta sobre los hombros me acerqué al muro de arbustos que limitaba el campamento. Lo desconocido se extendía frente a mí, a la luz de las lunas. Llena de temor regresé al lugar donde Eta me dejó. El verdadero deber de una esclava, pensé, no es tan sólo cocinar o servir a su dueño, sino ofrecerle el más profundo y exquisito placer que se puede obtener de una bella hembra; complacerle en todo, ser para él cualquier cosa que desee, más allá de la propia belleza, de la ingenuidad e imaginación. Cualquier cosa y mucho más.

“Kajira”, escuché.

Horrorizada, me incorporé, poniéndome otra vez la manta sobre los hombros. Me quedé un momento en cuclillas viendo al hombre que me llamaba en pie frente a su

tienda. En su interior podía distinguir las frazadas a la luz de una lamparilla.

No quise hacerme llamar dos veces, por temor a ser azotada.

Con la manta encima, me dirigí hacia él. Me ofreció una taza, que bebí con una mano mientras con la otra me sujetaba la manta. Era un brebaje de extraño sabor. No sabía que era vino de esclava. Los hombres rara vez se apareaban con las esclavas para procrear. En este caso, éstas eran apareadas con otros esclavos, ambos encapuchados, bajo la supervisión de sus dueños. Casi nunca se cruzaban esclavos de una misma casa, pues las relaciones íntimas entre ellos estaban absolutamente prohibidas. Algunas veces, sin embargo, como disciplina, una esclava podía ser arrojada a un grupo de esclavos para su placer. El efecto del vino de esclava duraba varias lunas, pero podía ser contrarrestado por otro brebaje de sabor más suave en caso de que interesase su apareamiento, o de que su dueño quisiera convertirla en una mujer libre, cosa casi impensable en Gor, donde sólo un loco, se decía, liberaría algo tan delicioso y deseable como una esclava.

Mi amo cogió la taza y la tiró al suelo. No me había quitado los ojos de encima mientras la bebí. Sentí sus manos en mis hombros levantar la manta y dejarla caer a mis tobillos. Me miró. Estaba a pocos centímetros de él. Me tomó del brazo izquierdo y me hizo entrar en su tienda. El techo era bajo, me tenía que mantener en cuclillas, medio arrodillada. Se quitó las armas y las dejó a un lado. Me miró. Yo bajé la vista. Me sentí muy pequeña comparada con él. Acercando la lámpara, examinó la marca de mi muslo. Me asusté al contacto de su mano sobre mi piel. Era tan poderosa. Yo también la miré, la bella y delicada Dina, la Flor Esclava, grabada con toda precisión sobre mi cuerpo. Luego le miré a los ojos. Nunca me había sentido tan débil, tan vulnerable, tan femenina. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Sabía que le pertenecía. Puso la lámpara a un lado. Dirigí mis labios hacia los suyos. Sentí sus fuertes brazos cerrarse sobre mí.

Con un gemido de éxtasis, cerrando los ojos, me sentí apretada contra la frazada.

Sentí que me separaba las piernas.

—Te quiero —susurré indefensa en sus brazos—, amo.

4. LA KAJIRA

Desperté a sus pies en el alba goreana. Puse mis manos sobre sus tobillos suavemente para que no se supiera sujeto. Besé sus pies con toda mi delicadeza, sintiendo el aire entre mis labios, para que no se supiera besado. No quería que se enojase porque una esclava lo había despertado. Luego me tendí a su lado llena de júbilo, feliz. Miré el techo de la tienda, oscilando con la brisa de la mañana. El amanecer era de un gris suave. Fuera podía ver el rocío sobre la hierba. Escuché a los pájaros llamarse unos a otros. Me incorporé de medio cuerpo sobre mi estómago, mis pechos libres ante él, para ver mejor al hombre que me había poseído. Fui suya por casi toda la noche. En el interior de mi muslo izquierdo, de un pardo rojizo, ahora ya seca, quedó un hilo de sangre, mi sangre de virgen que ya nunca más volvería a manar de mi cuerpo. Él, como parte de un rito ancestral, me obligó a probarla. La tomó en la punta de un dedo que toscamente introdujo en mi boca, haciendo que entrase en mi propio cuerpo la consecuencia de su victoria, de mi violación, de mi desfloramiento, al tiempo que me sujetaba firmemente la cabeza para que lo mirase profundamente a los ojos mientras la tragaba. Nunca olvidaré su sabor, ni el modo tranquilo y seguro que tuvo de mirarme, como amo. Luego, a pesar de que mi cuerpo se estaba aún recuperando de su primer asalto, volvió a gozar de mi vulnerable y fresca suavidad. No me tuvo ninguna consideración, puesto que era una esclava. Me apreté contra él, amándolo. Mucho obtuvo de aquella chica, esa noche. Qué obediente y excitada me mostré, a pesar de mi herida, sabiendo bien que si no lo hacía así iba a ser cruelmente castigada. Qué feliz fui sirviéndole de esta manera, completamente a su merced. Ninguna chica que no haya sido poseída, poseída de verdad, conoce el gozo de ser una esclava. Yo no lo hubiera creído si no lo hubiera experimentado en mi propia piel.

El rocío aún no se había evaporado de la hierba. Me arrastré fuera de la tienda.

Estaba a las órdenes de Eta. Como esclavas, debíamos preparar el campamento para que cuando los hombres despertaran lo encontrasen todo a punto. Había mucho que hacer: traer el agua, madera, encender el fuego, preparar los desayunos. Todo debía de estar listo en el momento en que nuestros amos decidieran levantarse.

Yo cantaba por lo bajo mientras trabajaba. Eta también parecía feliz. En un momento dado me besó.

Cuando el primer hombre, perezosamente, se acercó al fuego, ya estábamos listas para servirle. Nos arrodillamos con la cabeza sobre el suelo, a sus pies. Éramos sus muchachas.

Eta puso varios huevos en un plato, con pan amarillo. Yo le ofrecí con ambas manos el tazón de metal con su oscuro brebaje, el café, o vino negro.

Cuando mi amo se acercó al fuego, me arrodillé con tanta reverencia frente a él

que provoqué las risas de los demás.

Recordé la noche pasada. Bien me enseñó el significado de mi marca. ¡Le amé tanto!

Me indicó que me levantase, lo que hice de un salto. Me mantuve bien derecha ante él, orgullosa del placer que había sabido darle. De las miradas de los otros hombres deduje que mi manera de estar en pie era ya muy distinta a la de cuando llegué al campamento; que la esclava de ahora era mucho más valiosa que la chica asustada que trajo su jefe. Sus miradas me decían que era ahora mucho más deseable, mucho más bella. Ya sé que no debería pensar esto, pero, ¡me sentía feliz y jubilosa en mi sumisión!

Me tendió su tazón de metal. Agradecida, lo llené de nuevo de vino negro.

Bajé los ojos y, como esclava, le entregué el tazón lleno.

Fue con alegría que, a media mañana, recibí de mi amo un pedazo de ropa marrón con que cubrir mi cuerpo. Era un harapo sin mangas, un jirón de tela de esclavo. Se lo agradecí como si hubiera sido un vestido de gala, con sus guantes y perlas, de París. Ahora me podría sentir algo menos expuesta ante los hombres. Fue la primera ropa que se me entregaba en Gor.

Mi amo empuñó su cuchillo. Me estremecí, pero no me atreví a huir. Cerré los ojos. Noté como recortaba los bajos del vestido. Lo convirtió en algo escandalosamente corto. Antes había pertenecido a Eta, que era más alta y tenía las piernas más largas. Casi no me atrevía a moverme.

Le dio instrucciones a Eta con respecto a mí y dejó el campamento con sus camaradas. Nos quedamos solas. Eta trajo agujas e hilos. La primera orden, según parecía, era ajustar a mi medida mis nuevos vestidos. Debían encajarme, haciendo resaltar las formas de mi cuerpo de esclava, perfectamente. Después ya podríamos encargarnos de tareas menos importantes. Me levanté y me arrodillé muchas veces bajo su atenta mirada. Decidió acortar aún más el vestido. Me ruboricé. Me pregunté si realmente había alguna diferencia entre aquello e ir desnuda. Eta era una soberbia costurera, pero aun así, no dejé de notar varias veces el pinchazo de la aguja. Luego dio varias vueltas a mi alrededor. Fue en busca de un espejo y lo puso ante mí. Me podía ver de cuerpo entero. Me sorprendí de lo provocativa que podía llegar a ser. No podía ser yo, esta bella, hermosa esclava. ¿Cómo era posible? Miré a Eta. Ella asintió y me sonrió. Yo no sabía que pudiera ser tan linda. Pero luego me asusté pensando en los fieros hombres que habitaban este mundo. ¿Cuál de ellos no intentaría capturarme? Me quedé muda, ante el espejo, contemplando a la esclava que en él se reflejaba.

Eta tiró de su pequeña blusa. “Ta-Teera”, dijo. Miré mi escandalosamente corto paño y, sonriendo, lo repetí. “Ta-Teera”. Yo llevaba puesta una “Ta-Teera”.

—¿Var Ko-lar? —preguntó Eta. Yo señalé su collar—. ¿Var Ta-Teera? —Señalé

su vestido de esclava. Parecía complacida. Así empezaron mis lecciones de goreano.

Entonces, vacilante, le pregunté:

—Eta, ¿var-var Bina?

Ella me miró sorprendida.

Me había acordado de los dos hombres que acudieron a mí en la roca. “¿Var Bina?”, decían. Yo no les pude comprender, ni satisfacerles con una respuesta, lo que hizo que no dudasen en prepararse a cortarme el cuello.

Eta se levantó con presteza y se dirigió a la cueva que utilizaban como almacén. Al poco salió con varios collares con cuentas hechas de pedazos de madera coloreados. No tenían ningún valor, aunque eran realmente bonitos. “Da Bina”, dijo alegremente. Entendí que “Bina” significaba collar, o gargantilla.

Luego entré en la cueva con ella, donde levantó la tapa de varios cofres en los que había otros collares, esta vez valiosos, de perlas, oro y rubíes. “¿Bina?”, pregunté. Riéndose contestó “Bana”. “Ki Bina. Bana”. De otro cofre extrajo collares como los primeros. Entonces entendí que Bina se utilizaba para los ornamentos baratos, sin otro valor que su propio encanto estético. Más tarde aprendí también que, como sinónimo de Bina, a veces se utilizaba la expresión “bana” en un tono despectivo. La más exacta traducción de Bina sería probablemente “Bisutería de esclava”.

Salimos al exterior para seguir con nuestra lección. Todavía no podía entender lo que me pasó en la roca. “Var Bina. ¡Var Bina, Kajira!”, me exigían. Y entonces lo comprendí. La “Bina”, o joya de esclava, tenía para ellos más valor que mi propia vida. No era yo lo que en realidad les importaba.

A una orden del juez me quité la Ta-Teera. Estaba de pie entre los hombres. Las campanillas me fueron enrolladas alrededor del cuerpo. Miré a mi amo con reproche, angustiada. El tintineo de mi cuello, pechos, tobillos y cintura era sensual y a la vez angustioso. Me colocó las manos a la espalda y las ató con una tira de cuero. ¿Cómo podía mi amo permitir aquello? ¿Es que no significaba nada para él, el haber conquistado mi virginidad? ¿Es que no le daba ningún valor a haberme tenido durante horas dándole placer con mi cuerpo en mi entrega, jadeando en mi aceptación? Intenté avanzar un paso hacia él. Las campanillas sonaron, pero no conseguí moverme, pues la mano del árbitro me sujetó por el brazo. Le miré angustiada. Estaba sentado, cruzado de piernas, como los demás. Eta le servía Paga. ¿Es que no me amaba como yo le amaba a él? Hizo una seña. Uno de sus hombres trajo la tela que me iba a servir como capucha. Me encapucharon, atando la oscura tela bajo mi barbilla. No podía ver.

Me sentí abandonada y miserable. Oía las risas de los hombres. Cinco de ellos serían los contendientes.

Escuché las risas de los hombres mientras los contendientes eran colocados en sus puntos de salida.

Habían sido también encapuchados. Pero ellos no llevaban campanas, ni iban atados.

Mis mejillas, dentro de la capucha, estaban llenas de lágrimas. El interior de la tela estaba mojado.

Al instante en que el juez dio la salida, noté el impacto de la vara sobre mi cuerpo. Salté, llorando; huyendo.

Era una esclava sin nombre en un mundo extraño, a merced de unos guerreros primitivos; su mero trofeo de un juego de campaña.

El trofeo se detuvo, jadeando, intentando ver a través de la opaca tela de su capucha.

Oí a un hombre cerca. No sabía si se trataba del árbitro o de uno de mis perseguidores.

Sentí la vara tocar mi cuerpo.

Me estremecí, con el consiguiente campanileo. Pero había sido un toque suave. Era el árbitro que, ayudándome, me indicaba su presencia.

Respiré profundamente. Las campanillas tintinearón. Oí acercarse a alguien más, buscándome a tientas. Y luego otro, a mi izquierda.

Estaba aterrorizada.

Entonces escuché el silbido de la vara y, simultáneamente, el aviso disciplinario, que me hizo saltar para la diversión de los espectadores. Fue un rápido y ardiente golpe en las nalgas. Huí a toda velocidad, humillada y ultrajada. Me ardían los ojos de tantas lágrimas. Así fui escapando, hasta que caí en los brazos de uno de los hombres. Grité de espanto, lo que hizo que me arrojase lejos de sí. Oí las risas de los demás. No era uno de los contendientes, sino el árbitro, evitándome el choque contra una roca. Más tarde ocurrió lo mismo cuando iba a caer de bruces sobre la muralla de arbustos. Seguí corriendo, errando desorientada. Una vez conseguí escabullirme de entre los brazos de uno de mis perseguidores. Poco a poco me volvía más diestra en el juego, aunque todavía un par de veces tuve que ser disciplinada por el árbitro; una en el brazo izquierdo, y otra, más cruel, encima de la pantorrilla derecha, cuando, tratando de mantenerme silenciosa, permanecí inmóvil más de lo establecido.

Al fin caí en los brazos de uno. Creí que esta vez también me soltaría, pero no fue así. Se me echó al hombro. Se oían risas. Escuché al juez golpearle la espalda, pronunciando la palabra que más tarde aprendí como “captura”. Estaba inmovilizada en su hombro, sin posibilidad de tocar el suelo; su prisionera. Oí cómo los demás le felicitaban. Luego me bajó, jugando con mi cuerpo. Se oía entre los gritos la voz de Eta, divertida con el espectáculo. ¿Es que no era mi hermana? ¿Es que no podía entender mi desesperación? El vencedor estaba impaciente por poseerme. Sentí sus manos en mis tobillos. Giré la cabeza a un lado, con un gemido.

Cuando terminó conmigo me dejó tendida, atada, sobre el polvo. Luego fue

desencapuchado y se le ofreció el Paga de la victoria.

Yo yacía, llorando, sobre el polvo. Las campanas acompañaban con su sonido el ritmo de mis movimientos; las campanas para esclavas.

Al poco rato sentí las manos del árbitro levantarme por los brazos. De nuevo escuché la voz de salida, con el consiguiente golpe de vara. De nuevo corrí.

Y así lo hice por cuatro veces, presa de los crueles juegos de su velada.

Por cuatro veces fui capturada y tumbada boca arriba sobre el polvo, para ser rudamente violada por alguien a quien no conocía.

Cuando, más tarde, fui desatada y desencapuchada por Eta, quise ser reconfortada en sus brazos, pero no lo hizo. En cambio me besó, contenta, y una a una me desprendió de las tiras de campanas, dejando para el final la de mi cadera. Luego me indicó que debía de ayudarla a servir. La miré, consternada. ¿Cómo podía ponerme a servir? ¿Es que no había visto lo que me acababan de hacer? ¿Es que no era nada el que me hubieran violado cuatro veces sin la menor consideración, sólo para el placer de un puñado de hombres? Vi la respuesta en sus ojos, que me miraban sonriendo. Exacto: no tenía la menor importancia; ¿todavía no sabía que era una esclava? ¿Qué otra cosa esperaba? ¿Es que no me había gustado?

Empecé a servirles, uno a uno, el vino.

Me quedé helada. En la túnica de uno de ellos vi restos de polvo. Nuestros ojos se encontraron. Sabía que era uno de los que me habían poseído. Y ahora le estaba sirviendo. Me miró. Le tendí la copa. No la aceptó. Se volvieron a cruzar nuestras miradas. Tomé la copa y besé su borde, ofreciéndosela de nuevo. Me seguía mirando.

No fui autorizada, tras el juego, a ponerme de nuevo el vestido. Mi amo pronunció una corta palabra. Debía permanecer desnuda. Es costumbre que el premio se muestre en toda su belleza ante los ganadores, para el escarnio del perdedor, y la admiración de los presentes, incitándoles a participar en el siguiente torneo para conseguirla.

Sus ojos se mantenían sobre mí.

Con rencor, con el inútil rencor de una esclava, volví a apretar mis labios contra la copa, esta vez larga y apasionadamente.

Se la volví a tender.

Esta vez la tomó.

Entonces, sin volver a mirarme, se giró hacia su camarada. Le odié con toda mi alma. ¡Acababa de violarme y ahora tenía que servirle, desnuda, como esclava!

Serví también a los demás. Eta y yo nos manteníamos a la sombra, fuera del círculo luminoso del fuego, atentas a cualquier llamada. Otras veces les servíamos caminando entre ellos, o permaneciendo arrodilladas, pero no esta noche. Estaban hablando seriamente. Deduje que asuntos importantes eran discutidos. En momentos así los hombres no querían ser distraídos por los cuerpos de las esclavas.

Yo les observaba con enojo. Mi amo, con la ayuda de una piedra, dibujaba un mapa sobre el suelo. Mapa que ya había visto en anteriores discusiones a solas con sus lugartenientes. Hablaba rápidamente y con decisión, apuntando de vez en cuando una parte del mapa con la piedra. Otras veces señalaba a las tres lunas que se alzaban sobre nosotros; en pocas noches sería el plenilunio. Yo me mantenía en pie, ahí, en las sombras, recién violada, desnuda y resentida, con un jarrón de vino apoyado en la cadera, observando. Me pregunté cuál sería la naturaleza de aquel campamento. No parecía ser uno de cazadores, aunque a veces salieran de cacería. Tampoco creí que fuera un refugio de bandidos; al menos esos hombres no tenían aspecto de forajidos. En sus túnicas llevaban medallas que establecían una jerarquía claramente organizada. Además se trataba de hombres disciplinados, responsables, limpios y atractivos; no se veía el caos que hubiera reinado en un campamento de malhechores. Llegué a la conclusión de que debía de encontrarme en alguna guarnición móvil de soldados pertenecientes a alguna ciudad o país.

Uno de los hombres levantó su copa y me apresuré a servirle. También su túnica tenía señales de polvo. Le miré con rabia mientras imprimía mis labios contra el recipiente. Él, luego, lo tomó distraído, y sin darme la menor importancia volvió a concentrarse en el mapa. Me pregunté cuál de los cuatro había sido. Con cada uno de ellos había sido distinto, aunque para ellos no hubiera sido más que una mera esclava.

Con disimulo me fijé en el guerrero rubio que me parecía, después de mi amo, el más atractivo del campamento. Fue el primero que tomó a Eta la noche anterior a que me marcasen. No llevaba polvo en la túnica. Esto me tranquilizó. Si hubiera sido uno de ellos, sabía que habría corrido a echarme en sus brazos.

Mi amo señalaba un punto en el suelo. Ahí era donde algo iba a suceder. Los hombres asintieron. Se trataba de un arroyo, o, mejor dicho, la confluencia entre dos ríos en un bosque. No había más preguntas. Todos parecían satisfechos. Y yo, secretamente, me emocionaba de pertenecerle.

Se levantaron y se dirigieron a sus tiendas, hablando entre sí.

5. EL ASALTO

—¿Cuál es tu deber? —preguntó mi amo.

—Obediencia absoluta —respondí en goreano. Besé el látigo que acercó a mis labios—. Obediencia absoluta —repetí.

Eta estaba detrás de mí, y prendía en mi rostro el primero de una serie de cinco velos. Era éste un velo de seda blanca, fino y tenue, casi transparente. Luego me fue poniendo uno tras otro el Velo de la Libertad o Velo de la Ciudadanía, el Velo del Orgullo, el Velo del Hogar y el Velo de Calle, cada uno de ellos más grueso y pesado que el anterior. El Velo de Calle es el que se lleva en público; es grueso y totalmente opaco, tanto que ni siquiera deja que se transparente la línea de la nariz o las mejillas. El Velo del Hogar se lleva dentro de la tienda en presencia de extraños, y para conversar o entretener a los amigos del señor de la casa. Las mujeres libres de Gor llevan los velos en diversas combinaciones, que varían según las preferencias personales o las castas.

Las esclavas pueden llevar velos o no, dependiendo de la voluntad de sus amos. A la mayoría de las esclavas se les prohíbe velarse, y no sólo se les niega la dignidad del velo, sino que generalmente se las viste con exiguas y provocativas ropas y ni siquiera se les permite recogerse el pelo. Estas mujeres, fuertes y saludables, sueltos los cabellos, realzados sus encantos por la escasez de ropajes, son consideradas por los hombres como uno de los más hermosos espectáculos de una ciudad. ¿Son las esclavas de Ar, por ejemplo, más hermosas que las de Ko-ro-ba, o las de Tharna? Los hombres, en su rudeza, suelen discutir acaloradamente este tipo de cuestiones.

Sentí el último velo en mi rostro. Ahora estaba ornada como si fuera una goreana rica, quizás un personaje de los dramas cantados de En’Kara.

—Qué hermosa —dijo Eta dando un paso atrás para mirarme. Mi amo me observaba como valorándome.

Trajeron una capa negra y me envolvieron en ella.

—Ven, esclava —dijo mi amo.

—Sí, amo.

Se dio la vuelta y, pertrechado con las armas, salió a grandes zancadas del campamento. Yo le seguía los pasos, como corresponde a una esclava.

Eta se quedó atrás. Los hombres, los guerreros, nos seguían en fila.

—Silencio —dijo mi amo.

No dije nada. Observamos juntos el campamento, con los hombres a nuestra espalda. Ahora había más carros en la comitiva. Cuando la vi por primera vez, unos días atrás, sólo había un carro cargado con útiles y víveres.

La mayor de las tres lunas goreanas era una luna llena.

Habían instalado el campamento en un claro entre los árboles, junto al lecho de

un río, que se unía a otro afluente unos doscientos metros abajo.

Había centinelas apostados.

—Tranquila es la noche —le dijo uno a otro. Obtuvo una respuesta similar.

Podía entender lo que decían puesto que por aquel entonces ya había adquirido los rudimentos del idioma goreano. Eta había sido muy eficiente conmigo, y ahora era capaz de responder con presteza a muchas órdenes. Conocía los nombres de muchas cosas, e incluso sabía algo de gramática, con lo que podía formular frases simples. Ahora mi amo podía dirigirse a mí, a la chica bárbara, en su propia lengua, y yo, la encantadora esclava de la Tierra, podía responder en el idioma de mis amos. Sí, sin poderlo evitar, me sorprendía pensando en el goreano como la lengua de mis amos. Es un lenguaje bello, melodioso y expresivo, y al mismo tiempo resonante y poderoso en boca de los hombres. Cuando a una chica le hablan en goreano, ha de obedecer.

Veía a los centinelas hacer la ronda entre los árboles. Había varias tiendas en el campamento. Una de ellas, grande como un pabellón, se alzaba en el centro sostenida por diez palos. De la tienda salió una mujer vestida con el tradicional ropaje blanco que dejaba desnudos los brazos. La mujer se acercó al río, llenó una calabaza de agua, y volvió a entrar en la tienda. Llevaba un collar dorado al cuello y una pulsera en la muñeca izquierda. Uno de los hombres la miró al pasar. Por el vértice de la tienda salía el humo del fuego que ardía dentro, a cuya luz se perfilaban las sombras de otras dos mujeres. No muy lejos había otra tienda, igualmente grande, en cuyo poste central ondeaba un estandarte. Supuse que sería la tienda del jefe. Unos días atrás, al ver la comitiva había calculado que contaría con unos ochenta hombres. Algunos de ellos se sentaban ahora al aire libre alrededor de varias hogueras. Pensé que los demás estarían en las tiendas, tal vez durmiendo.

Dentro del campamento, vi los dos palanquines que habían traído entre veinte hombres, y que habían colocado boca abajo para protegerlos, imaginé, del rocío y la lluvia. Uno de ellos albergaba varias cajas y cestas que contenían las riquezas del cortejo. Junto al carro que yo ya conocía, había otros cuatro carros, todos desjaezados. Cada carro solía ir uncido por dos boskos, unas criaturas velludas parecidas a bueyes. Más de diez boskos pacían y renqueaban entre los árboles al otro lado del campamento.

Aunque tal vez no fuera correcto, Eta escuchaba a menudo las conversaciones de los hombres y ahora que mi goreano iba mejorando, me hacía partícipe de ciertas informaciones.

Aquella comitiva era el cortejo de dote del compromiso de Lady Sabina, una joven de la pequeña ciudadela comerciante llamada Fuerte de Saphronicus, alzada en los lindes de Ti, de las Cuatro Ciudades de Saleria, de la Confederación Saleriana. Ti yace en el Olni, tierra tributaria del Vosk, al norte de Tharna. Tharna, llamada a veces

la Ciudad de la Plata, es conocida por la riqueza de sus minas. Está gobernada por Lara, una Tatrix. Esto parece paradójico, porque Tharna es una de las ciudades goreanas donde la mujer está peor considerada. El distintivo de un hombre de Tharna consiste en dos cordeles amarillos en el cinto, destinados a atar los pies y manos de una hembra. Al parecer hubo un tiempo en que era la mujer la que dominaba en Tharna, situación que cambió drásticamente con la revolución de los hombres. Y ahora, años después de aquello, muy pocas son las mujeres de esta ciudad que han conseguido librarse del collar de esclava.

Miré los nuevos carros que se habían incorporado a la comitiva. El carro que yo había visto anteriormente estaba casi vacío, tal vez repartidos los víveres al final de la jornada, y los postes y tiendas utilizados para levantar el campamento. En cambio, los otros carros estaban cargados hasta los topes.

Según me contó Eta, el padre de Lady Sabina, Kleomenes, un poderoso y pretencioso mercader del Fuerte de Saphronicus, había prometido a su hija con Thandar de Ti, miembro de la Casta de los Guerreros y el menor de los cinco hijos de Ebullius Gaius Cassius, administrador de Ti. El compromiso se había establecido mediante un contrato autorizado tanto por Ti como por el Fuerte de Saphronicus. Los prometidos, Lady Sabina, del Fuerte de Saphronicus y Thandar de Ti, de las Cuatro Ciudades de Saleria, de la Confederación Saleriana, habían prometido no poner jamás sus ojos en ninguna otra persona después de que sus padres hubieran decidido su matrimonio, costumbre bastante extendida en Gor. El compromiso se había instituido a instancias de Kleomenes, que estaba interesado en una alianza comercial y política con la Confederación Saleriana. Este tipo de alianzas eran bien recibidas, ya que contribuían a la expansión de la Confederación. Y este compromiso en concreto podía significar la entrada del Fuerte de Saphronicus en la Confederación que se estaba convirtiendo en una gran potencia del norte del país. Era además bastante probable que el matrimonio fuera políticamente ventajoso para ambas partes. El Contrato había sido debidamente negociado en presencia de Escribas legales tanto del Fuerte como de la Confederación de Saleria.

Se consultaron los auspicios, mediante la lectura del hígado de un verraco sacrificado, operación que estaba a cargo de los miembros de la Casta de los Iniciados. En cuanto se determinó que los augurios eran favorables, dio comienzo el Viaje de Compromiso, consistente en una marcha a pie desde el Fuerte de Saphronicus hasta Ti. Estaba programado para varios días que fueron prolongados con el fin de visitar las cuatro villas tributarias del Fuerte. No es extraño que las ciudades goreanas tengan en la vecindad varias aldeas, que pueden ser tributarias o no, a las que suministran alimentos y materiales, además de hacerse cargo de la defensa de la villa. Si una aldea se abastece en el mercado de una ciudad, es costumbre goreana que dicha ciudad se alce en defensa de la aldea. Es éste un tipo de

relación que redundaba en beneficio de ambas partes. Para la ciudad supone una expansión del mercado, y para la villa, la seguridad de la protección militar.

El sistema del Fuerte de Saphronicus consistía en extender su hegemonía política a las villas vecinas, incluso a aquellas exentas de tributo. Este modo de proceder, aunque no carecía de precedentes, tampoco era la norma general. La mayoría de las villas goreanas son aldeas libres. El campesino goreano es hombre fuerte y decidido, honesto y testarudo, orgulloso de su tierra y de su estado soberano. Es además un avezado maestro en el tiro con arco, lo cual suele ser una garantía de libertad. Dice un proverbio montano que todo aquel que puede tensar el arco, no puede ser esclavo.

El Matrimonio o Viaje Ceremonial, incluye el circuito de las cuatro villas, en cada una de las cuales se celebra una fiesta, y cada una de las cuales está obligada a entregar un carro cargado para incrementar la dote que ha de presentarse ante Ebullius Gaius Cassius, padre de Thandar de Ti, dote destinada a engrosar el tesoro de Ti. La presencia de los cuatro carros en el campamento era indicativo de que ya habían sido visitadas las cuatro villas tributarias. Las mercancías que se entregaban con los carros no poseían gran valor, pero eran un símbolo de la subordinación de las villas al Fuerte de Saphronicus. Por otra parte, la visita a las villas proporcionaba la posibilidad de anunciar el matrimonio, y de conocer, en las fiestas y celebraciones, la reacción del pueblo ante el evento. ¿Están contentos? ¿Surgirán problemas? ¿Habrá que deponer o encarcelar a algún jefe? Para mantener el poder es esencial que el opresor disponga de una información precisa acerca del oprimido.

Otra chica salió de la tienda central del campamento tocada, como las otras mujeres, con un vestido sin mangas, y adornada igualmente con collar y pulsera. Se dirigía hacia el carro de suministros. Se alejó de la tienda con paso tranquilo, pero tan pronto como estuvo fuera de la vista, echó hacia atrás la cabeza sacudiéndose el cabello y caminó altaneramente hasta el carro. Me quedé boquiabierto. Aquellos andares sólo podían ser los de una esclava. Fue entonces cuando me di cuenta de que las chicas que atendían a la mujer velada que viajaba en el palanquín, eran esclavas. Los collares que llevaban eran collares de esclava y las pulseras, símbolos de esclavitud. Pero eran evidentemente esclavas de categoría a juzgar por la delicadeza de su indumentaria. Se trataba sin duda de las esclavas de Lady Sabina. Me pregunté cuándo habría sido la última vez que un hombre puso las manos en ellas.

Mañana el cortejo seguiría viaje hasta Ti, donde dentro de dos días saldría a recibirles una comitiva de bienvenida. Al menos, éstos eran los planes.

Mi amo me cogió del brazo, no rudamente, pero sí con firmeza. Estaba en su poder.

No entendía cuál era mi papel en los sucesos que iban a tener lugar. No sabía para qué habíamos venido al campamento ni por qué permanecemos en sus aledaños.

Un mes lunar después —medido por las fases de la luna mayor—, y tras días de

preparativos, se aprobó la consumación de la ceremonia que habría de tener lugar en Ti y que uniría en matrimonio a Thandar de Ti, y a Lady Sabina. Yo deseaba que fueran felices. No era más que una esclava, pero no me consideraba menos libre que Lady Sabina, con cuya belleza se estaba comerciando en pro de intereses económicos y políticos. Tal vez tuviera yo que ir medio desnuda embutida en un Ta-Teera, pero a ella la consideraba tan esclava como yo, a pesar de la riqueza de sus vestidos y sus joyas. Sin embargo, no me inspiraba ninguna compasión, porque había oído decir a Eta que era una mujer arrogante y pretenciosa que trataba con crueldad a sus esclavas. La mayoría de las hijas de mercaderes eran mujeres orgullosas ya que los mismos mercaderes tendían, en virtud de su poder, a la vanidad y al orgullo, y a reivindicar, con justicia o sin ella, la inclusión de su casta entre las altas castas de Gor. Sus engreídas hijas desconocían el trabajo y la responsabilidad. Ostentosamente ataviadas y educadas en las mayores banalidades, solían ser niñas necias y consentidas.

Yo esperaba que Lady Sabina fuera feliz. Se decía que estaba encantada de ascender de casta, y que a través de este matrimonio se convertiría en una aristócrata de la Confederación Saleriana, una potencia que no dejaba de crecer. La verdad es que Thandar de Ti no me importaba mucho, por el hecho de ser un hombre. Suponía yo que no debía gustarle mucho casarse con una chica que no perteneciera a las castas altas, pero seguramente apreciaría el significado político del matrimonio, y le agradaría contribuir de ese modo al engrandecimiento de su ciudad. Desde el punto de vista de su padre, era un buen matrimonio, porque Thandar era el menor de sus hijos, y el menos importante por lo tanto. Distinto hubiera sido que su primogénito o su segundo hijo se casara con la hija de un mercader. Además, aquel enlace era beneficioso tanto a nivel económico como a nivel político. Por otra parte, si el matrimonio no resultara del agrado de Thandar, siendo éste un goreano de alta casta, siempre podría consolarse comprando mujeres que rivalizarían por servir a un hombre como él.

Aquella esclava, con anillas en el cuello y la muñeca, se acercó al carro de suministros y rebuscó en un saco hasta encontrar una larva. Yo observaba escondida entre las tinieblas, y creo que ella no se dio cuenta de que Lady Sabina había salido de la tienda grande y la seguía con las otras dos esclavas a sus talones. La chica del carro de suministros revolvía en el saco. Uno de los guerreros del campamento estaba muy cerca, y su presencia no debía pasarle desapercibida, aunque ella no daba signo alguno de haberse percatado. Él le puso las manos en la cintura y ella se volvió para mirarle, sin mostrarse sorprendida. Levantó la larva, con la cabeza bien alta, y la mordió. Le miró entre la oscuridad, masticando el fruto. Él se inclinó hacia ella, y yo pude ver el destello de la anilla que llevaba al cuello. De repente le rodeó con los brazos y le besó. Ella, una esclava, en los brazos de un soldado en la oscuridad. Yo le

veía la mano en la espalda del hombre, todavía sosteniendo la larma mordisqueada.

—¡Esclava desvergonzada! —gritó Lady Sabina.

La pareja deshizo el abrazo, y ella se arrojó gimiendo a los pies de su ama. El hombre se alejó enfadado.

—Ten piedad, ama —gimió la chica estrechando la cara contra las sandalias de su señora.

—¿Qué pasa aquí? —un hombre acababa de salir de la tienda central que yo pensaba que era el centro de operaciones del campamento. El hombre llevaba descuidadamente una espada al hombro. Vestía únicamente una túnica y las pesadas sandalias de soldado.

—¡Mira! —gritó Lady Sabina señalando a la chica inclinada—. ¡Una esclava lasciva!

El soldado, que debía ser el jefe del campamento, se sentía bastante molesto por haber sido interrumpido, pero tuvo buen cuidado en mostrar la debida deferencia.

—La he seguido —continuó Lady Sabina—, y la he encontrado aquí, en brazos de un soldado, besándole.

—¡Piedad, ama! —gimoteó la chica.

—¿Es que acaso no te he enseñado a comportarte debidamente, Lehna? —preguntó Lady Sabina con severidad—. ¿No te he educado para que actúes dignamente? ¿Así es como traicionas mi confianza?

—Perdóname, ama —suplicó la esclava.

—Mi padre te sacó de las prisiones de Ar cuando tenías doce años, para entregarte a mí.

—Sí, ama.

—Y se te trató con suma amabilidad. No te destinaron a las cocinas, te llevamos a tus propios aposentos, se te permitió que durmieras en mi propia cámara, a los pies de mi lecho. Se te educó para ser doncella.

—Sí, ama —dijo la esclava.

—¿Acaso no es un gran honor para una perra esclava?

—Sí, ama.

—Y después de todo —dijo tristemente Lady Sabina— ¿cuál es el pago que obtengo?

La chica agachaba la cabeza temblando, sin atreverse a contestar.

—El pago que obtengo es la ingratitud —terminó Lady Sabina.

—¡Oh, no! —exclamó la chica—. ¡Lehna está agradecida a su ama!

—¿Te he flagelado muchas veces?

—¡No! —gritó la esclava—. ¡No!

—¿Crees que soy débil?

—No, ama.

—Suplícamelo.

—Suplico que me flagelen.

El jefe del campamento, que había salido de la tienda grande con la espada al hombro, miró al soldado que había besado a la chica, e hizo un gesto hacia ella con la cabeza.

—Desnúdala y átalala —dijo.

El hombre le arrancó a la esclava el vestido, la arrodilló y con un trozo de cuerda le ató las manos a la espalda, por detrás de un radio de una de las ruedas del carro de suministros.

—Eres despreciable —dijo Lady Sabina a la esclava atada—. Deberías estar sirviendo Paga en una taberna.

La esclava gimió al sentirse tan degradada. Ahora se habían acercado unos cuantos hombres a contemplar la escena. El capitán estaba evidentemente irritado.

—Ya hablaré contigo más tarde —dijo despidiendo al soldado.

Lady Sabina extendió el brazo hacia una de las dos esclavas que la acompañaban, y que puso en su mano enguantada la fusta que llevaba. La señora se acercó entonces a la esclava temblorosa.

—¿No te he dado siempre ejemplo de nobleza, dignidad y amor propio? —preguntó.

—Sí, ama.

—¡Mala, mala, esclava lasciva! —gritó Lady Sabina, golpeándola.

La chica gritó de dolor. Yo estaba asombrada ante la furia con que Lady Sabina fustigaba a la esclava atada. La golpeó una y otra vez con la vara en la espalda y en el cuerpo, castigándola por su lujuria. Después, fatigada y furiosa, tiró la fusta y volvió a su tienda seguida de las dos esclavas, una de las cuales había recogido la vara. La chica castigada se acurrucaba junto a la rueda del carro, todavía atada. Entre su oscuro pelo destellaba el oro de su collar.

Dejaron a la chica sola, todavía atada a la rueda del carro.

Mi amo dirigió los ojos hacia las lunas. Del otro lado del campamento llegó lo que yo pensé que sería el canto de un pájaro, el gorjeador nocturno que suele cazar en estos bosques. El canto se repitió por tres veces.

Mi amo se puso a mi espalda, agarrándose con la mano izquierda. Sentí cómo su cuchillo se deslizaba entre los velos, junto a mi garganta, la punta presionando en mi yugular.

—¿Cuál es el deber de una esclava? —me preguntó.

—Obediencia absoluta, amo —susurré asustada.

Finalmente retiró el puñal, y me arrancó la capa que cubría los ricos y blancos atavíos en los que había sido envuelta.

—Corre —dijo mi amo señalando un sendero entre los árboles que llegaba hasta

el final del campamento—. Y no dejes que te atrapen.

Me dio un empujón, y yo empecé a correr, confundida, asustada. No había dado ni diez pasos cuando oí gritar a uno de los centinelas del campamento.

—¡Alto! ¡Alto ahí! ¡Nombre! ¡Ciudad! ¡Alto!

En vez de detenerme aceleré mi carrera.

—¿Quién es? —gritó un hombre.

—¡Una mujer libre! —oí.

—¿Es Lady Sabina? —gritaron—. ¡Detenedla!

—¡Tras ella!

Corrí enloquecida.

Ahora pienso que aquellos hombres debieron sentirse tan confundidos como yo. Yo sólo sabía que me daban miedo, y que me habían ordenado correr. Mi amo me había dicho que no me dejara atrapar, y yo corría con todas mis fuerzas, aterrorizada.

Tropecé y caí, y me levanté y seguí corriendo. Los hombres gritaban, y oí a varios salir del campamento, golpeando sus pies en el camino, corriendo entre la maleza en mi búsqueda. Ahora me encontraba entre los árboles, fuera de la vista del campamento. Ignoraba cuántos hombres me perseguían.

Huí aterrorizada.

—¡Lady Sabina! —oí—. ¡Alto! ¡Detente!

Entonces me di cuenta de que eran mínimas las posibilidades de que hubiera en las proximidades del campamento una mujer libre, vestida, que no fuera Lady Sabina. ¿Habría escapado del campamento? Tal vez, por alguna razón, quisiera escapar del compromiso con Thandar de Ti, al que nunca había visto. Algunos de los hombres del campamento debían de haber ido a ver si Lady Sabina se encontraba aún entre ellos, pero muchos de los hombres no habrían tenido tiempo de ello, ya que sólo tuvieron unos segundos para reaccionar. Si la mujer fugitiva era Lady Sabina, había que atraparla, porque su pérdida significaría el fin de las alianzas entre la Confederación Saleriana y el Fuerte de Saphronicus. Por otro lado, había que atraparla de inmediato porque de noche los bosques eran peligrosos. Tal vez cayera en las fauces de las alimañas o en manos de forajidos. Así pues, cuanto antes la encontraran, mejor. Era de noche, y en la mañana su rastro se habría desvanecido, sería difícil de seguir.

Y si la mujer no era Lady Sabina, tendrían que llevarla al campamento de todas maneras. Ciertamente, una mujer libre en el bosque en medio de la noche es un misterio que requiere solución. ¿De quién se trata? ¿Por qué huye? ¿Está sola?

Yo no tenía tiempo para pensar. Tan sólo corría.

Corrí entre la espesura, oyendo a mis espaldas a mis perseguidores. No sabía cuántos eran, pero sospechaba que de los setenta u ochenta hombres del campamento al menos veinte de ellos se habían lanzado tras de mí de inmediato. Tal vez más. Seguramente todos se habían dirigido al extremo del campamento en que me vieron

por primera vez. Allí empezaron los hombres a escudriñar la oscuridad, allí se habían organizado en grupos de defensa o en batidas de búsqueda.

—¡Alto! —oí—. ¡Detente! ¡Detente!

Seguí corriendo, apartando ramas y arbustos de mi camino que rasgaban mis ropas.

Y entonces unas manos me cogieron.

—Espera, Lady —dijo el hombre.

Yo me agité en sus brazos.

—¿Por qué has escapado, Lady Sabina? —me preguntó—. Es muy peligroso. —Y luego gritó—: ¡Ya la tengo!

Intenté escapar, pero estaba firmemente cogida.

En un momento me vi rodeada de varios hombres, y entonces el que me tenía atrapada me soltó. Yo volví la cabeza sin decir nada.

—¿Es Lady Sabina? —dijo una voz.

—Mírame —ordenó alguien.

Yo mantuve la cara apartada, y sentí que me ponían las manos en los hombros. Me obligaron a girarme para mirar a mi interlocutor.

—Levanta la cabeza —me dijo—. Alza la cara a la luz de la luna.

Yo continué con la mirada baja, pero él me levantó la cabeza con la mano, de forma que la luz de la luna bañara mi rostro velado.

Vi entonces que se trataba del jefe del campamento. Supe de repente que no debía haberse lanzado en mi persecución, sino que habría tenido que permanecer en el campamento.

Él observó atentamente mis ojos a la incierta luz de la luna. Dio un paso atrás y estudió las ropas que me ataviaban. Entonces me preguntó.

—No eres Lady Sabina. ¿Quién eres?

Silencio.

—¿Huías de alguna mala compañía? —preguntó—. ¿Ha caído tu cortejo en una emboscada? ¿Huyes de la justicia?

Seguí sin dar respuesta.

—¿Intentabas escapar de los cazadores de esclavos? Nosotros somos hombres honrados, no somos mercaderes de esclavos —me miró—. Entre nosotros estás a salvo.

La luz de la luna se filtraba entre la maleza.

—¿Quién eres? —repitió.

Callé una vez más. Ahora pareció enfadarse.

—Si no hablas, te arrancaré el Velo del Orgullo.

Me pregunté qué harían conmigo estos hombres si descubrían que no era una mujer libre. Comencé a temblar.

Me despojaron del Velo del Orgullo. Me sentí como si me hubieran desnudado.

Ahora los rasgos de mi rostro eran visibles a través del Velo de la Ciudadanía. El último velo, sumamente tenue y transparente, no es más que una prenda simbólica.

—Tal vez ahora te decidas a revelar tu nombre y tu ciudad y los asuntos que te han traído hasta aquí a estas horas de la noche.

Yo no me atrevía a responder. Volví la cabeza a un lado con un sollozo, y sentí que me arrancaban el Velo de la Ciudadanía. Sólo me cubría ahora el último velo. Era como si me hubieran despojado del último reducto de dignidad, como si hubieran arrancado mis vestiduras dejándome tan sólo con una leve túnica dispuesta a caer ante la mano del amo.

Por fin, aquel hombre extendió la mano hacia mi último velo. Pero tuvo un instante de duda.

—¿No será una mujer libre? —preguntó uno de los hombres.

—Tal vez —dijo el jefe bajando la mano.

—Es demasiado bonita para ser libre —observó otro soldado. Algunos estuvieron de acuerdo.

—Esperemos, por tu propio bien, que seas una mujer libre, querida.

Yo incliné la cabeza.

—Considérate mi prisionera. —El hombre palpó mis antebrazos, dándose cuenta que era diestra. Me ataron la muñeca derecha con una cuerda de cuero que sostenía un soldado. Entonces mi captor encaminó sus pasos hacia el campamento seguido de sus hombres. Me llevaron con ellos, atada.

En pocos minutos nos acercamos al campamento en el que había gran confusión y un gran número de antorchas encendidas.

Un hombre se acercó a nosotros llevando una antorcha.

—¡Lady Sabina ha desaparecido! —exclamó—. ¡Se la han llevado!

Con un rugido de furia, el jefe corrió hacia las tiendas seguido por sus hombres que me arrastraban a trompicones. Nos dirigíamos al pabellón de Lady Sabina.

Uno de los soldados me arrastraba, atada con el cordel de cuero. Me empujaron al interior de la tienda. El hombre que allí había se volvió, pálido, a mirar al jefe.

—Vinieron —dijo—, y se la llevaron.

A un lado yacían dos soldados heridos. Las doncellas de Lady Sabina estaban aterrorizadas. Una de ellas se cubría con la mano el hombro, en el que tenía un gran arañazo.

—¡Ellas estaban aquí! —dijo un soldado, señalando a las temblorosas esclavas.

Habló la chica del rasguño en el hombro. Habían rasgado la parte trasera de la tienda.

—Entraron por la fuerza. Eran muchos. Intentamos defender a nuestra señora, pero nos apartaron a golpes. Eran guerreros, estábamos indefensas. —Señaló hacia la

parte trasera del pabellón—. Entraron por ahí, y capturaron a nuestra ama.

Había sido una astuta estrategia. Los hombres de mi amo eran menos numerosos que los soldados del campamento, pero en el momento del ataque, su número era muy superior. Veinte hombres pueden tomar un muro defendido por cien si los veinte atacan en un punto que sólo está defendido por dos. En la confusión que habían creado, dirigiendo la atención de los soldados hacia otra parte, las fuerzas de mi amo habían sido irresistibles. No tuvieron ninguna dificultad en conseguir su objetivo.

Tragué saliva con dificultad. Me di cuenta de que yo no había sido más que una maniobra de distracción. Me sentí humillada y aterrorizada.

—¿De qué ciudad venían? —preguntó el jefe a uno de los soldados heridos.

—No lo sé —respondió éste.

Yo había visto cómo los hombres de mi amo se quitaban las insignias antes de la acometida.

—Pero sabemos por dónde han huido —dijo uno de los soldados—. Si actuamos con presteza, podemos organizar bien la persecución.

—Que se armen todos los hombres. Que lleven los arcos. Quiero que estén aquí listos en diez ehns.

Todos salieron de la tienda. Se llevaron a los soldados heridos.

Entonces el capitán se volvió a mirarme, y yo retrocedí. En la tienda, además del jefe, había otros cuatro hombres, uno de los cuales sostenía la correa atada a mi brazo.

El jefe extendió la mano hacia mi último velo, detrás del cual podía verse mi rostro asustado. No era más que una prenda simbólica, pero cuando me la quitaron, mi cara apareció desnuda ante los hombres.

Cerré los ojos avergonzada y enrojecí. Era como si me hubiera despojado del último resto de dignidad y modestia.

—Me pregunto si eres libre, preciosa —dijo el jefe.

Ahora mi boca estaba desnuda ante él, nada la separaba de su propia boca, de su lengua, de sus dientes. Sin embargo, desde su punto de vista, yo tenía tantas posibilidades de ser una mujer libre como de ser una esclava.

Le miré.

—Suéltale la correa —le dijo al soldado que me tenía atada.

—Una correa en el brazo no concuerda con la dignidad de una mujer libre —me dijo el jefe.

Se acercó a mí, como se acerca un hombre a una mujer. Tenía la sensación de que me veía desnuda a través de mis ropas.

—Quítate las zapatillas —dijo.

Le obedecí temblando.

—Si eres una mujer libre —dijo el jefe—... eres demasiado bonita para serlo.

—Capitán —dijo una voz desde el exterior—, los hombres están preparados.

—Enseguida estoy con vosotros —dijo él.

El capitán volvió a centrar su atención sobre mí. Estaba furioso. Hablaba en voz baja pero amenazadora.

—Te has burlado de todos nosotros —dijo—. Así que espero que seas libre. —Su espada subió un poco sobre mi muslo. Yo no dejaba de temblar—. Esta pierna no está mal —continuó—, es lo bastante bonita para ser la pierna de una esclava. Me pregunto si no será de hecho la pierna de una esclava.

Me levantó la túnica hasta la cadera, donde sentí el frío de la espada. Los hombres de la tienda gritaron de furia. Las esclavas dieron un respingo retrocediendo.

—Tal como imaginaba —dijo el jefe. Dio un paso atrás, pero no enfundó la espada—. Te doy veinte ehns para quitarte esa ropa de mujer libre y caer desnuda a mis pies.

Me despojé gimiendo de mis vestiduras y me arrojé boca abajo ante él.

El jefe habló rudamente con dos de los hombres de la tienda. Luego se dirigió a una de las esclavas que inclinó la rodilla ante él y se alejó de la tienda.

Yo podía oír a los hombres en el exterior. Hasta mí llegaba el fragor de las armas.

En ese momento trajeron a la tienda a la chica que habían atado anteriormente al carro de suministros. Ella me miró y se tendió tristemente en un rincón. La otra esclava entró también.

El capitán se dispuso a salir de la tienda para tomar el mando de sus hombres.

El jefe me miró y dijo a uno de sus hombres:

—Átala.

Sentí cómo me ataban de pies y brazos. El capitán me hizo dar la vuelta con el pie. Luego dobló una rodilla junto a mí, poniendo en mi vientre la punta de su espada.

—Te veré más tarde —dijo—, preciosa Kajira.

Y tras ponerse el casco, se volvió y salió de la tienda.

Las otras esclavas me miraban con enfado, con excepción de la chica que había sido azotada, que yacía tristemente en un rincón. Una de las esclavas se frotaba el rasguño del hombro.

—Kajira —siseó. Yo me volví de lado y sollocé. Era una esclava capturada, atada en la tienda de los enemigos.

Intenté mover los pies y las manos con disimulo, porque no quería que volvieran a golpearme. Pero no lo conseguí, me habían atado con correas y no con cuerdas. Los nudos, simples y resistentes, habían sido hechos por un guerrero.

Oí el grito de un gorjeador. Me incorporé.

Las esclavas gritaron, y luego se hizo el silencio. Unas espadas ceñían sus gargantas.

Mi amo entró en la tienda a través de la pared de seda, seguido por sus hombres.

—¡Amo! —exclamé llena de júbilo. Forcejeé para incorporarme. Se acercó a mí y cortó con la espada la correa que me inmovilizaba. Me arrojé a sus pies, besando sus sandalias. ¡Había vuelto! No me había abandonado.

Mi amo se apartó de mí para gritar unas órdenes a sus soldados. Las cuatro esclavas estaban aterrorizadas en el centro de la tienda, mientras les apuntaban las espadas. Algunos hombres salieron.

—Arrodillaos para que os ate —dijo uno de los hombres. Las chicas obedecieron, arrodillándose una junto a otra. El soldado llevaba una cadena con seis anillas para los brazos. Ató primero a la chica que había sido azotada por Lady Sabina—. Extended el brazo izquierdo.

Todas obedecieron asustadas. Curiosamente, el hombre que estaba atando a las chicas no le puso a la primera de ellas la primera anilla, sino la segunda. De tal forma que cuando las cuatro esclavas estuvieron atadas quedaba una anilla libre en cada extremo de la cadena.

—En pie, esclavas —dijo el hombre—. Bajad la cadena.

Las esclavas se levantaron y bajaron los brazos. Estaban atadas en línea.

En el exterior se oía cómo uncían los boskos a los carros. Oí también que otros boskos eran liberados y llevados a los bosques.

Me pregunté si quemarían el campamento, pero pronto supuse que no lo harían porque el resplandor del fuego en la noche advertiría a los soldados de lo ocurrido.

Lo que habían hecho los hombres de mi amo era dejar un rastro que pudieran seguir fácilmente los del campamento y dar luego un rodeo para volver a él. El rastro se iría haciendo cada vez más confuso hasta desaparecer. Y así, mientras los soldados seguían una pista falsa, los hombres de mi amo volvieron al campamento del que luego saldrían en otra dirección.

Mi amo se disponía a salir de la tienda. Yo quería correr tras él, pero no me lo permitió. Me apartó de un empujón. El hombre que había atado a las chicas dio un paso atrás mirándolas.

—¿Puedo hablar? —pidió la primera de la fila, la que había sido azotada.

—Sí —dijo él.

—Odio a mi señora —afirmó la esclava—, y estoy dispuesta a amarte a ti, amo.

—¿No te gusta pertenecer a una mujer? —preguntó el hombre.

—Quiero amar a un hombre.

—Esclava desvergonzada —gritó la última chica de la línea.

—Soy una mujer y una esclava —exclamó la primera—. Quiero un hombre. ¡Necesito un hombre!

—No temas, esclava —dijo el soldado que la había atado—. Nos acordaremos de ti cuando necesitemos una zorra.

—Gracias, amo —dijo ella muy erguida y con orgullo.

Oí que un carro salía del campamento. Pensé que iría cargado con las riquezas de Lady Sabina, del Fuerte de Saphronicus. Yo ignoraba el paradero de la señora, pero estaba sin duda en lugar seguro, probablemente amordazada y encadenada a algún árbol. Me pregunté si le habrían permitido permanecer vestida.

—¿Tienes unas piernas bonitas? —preguntó el soldado a la primera de la hilera.

—Sí, amo —contestó sonriendo.

—¿Conoces el castigo por engañar a un hombre libre?

—Míralas tú mismo, amo —dijo ella con una ancha sonrisa—. No será necesario que me castigues.

La última chica de la hilera gritó indignada. El hombre cortó con su cuchillo gran parte de la túnica que llevaba la chica, acortándola considerablemente, hasta convertirla en una provocativa faldilla sobre sus muslos.

—No, no será necesario castigarte —admitió.

—Gracias, amo —respondió ella.

La última chica resopló con enfado, agitando la cabeza.

—¿Y tú, tienes unas piernas bonitas? —preguntó el hombre a la segunda chica.

—No lo sé, amo —murmuró la esclava—. No soy más que la doncella de una dama.

—Vamos a verlo —dijo él, mientras, al igual que había hecho antes, convertía la clásica vestimenta que ella llevaba en jirones.

—¿Puedo hablar? —preguntó la segunda chica.

—Sí.

—¿Son bonitas mis piernas? —preguntó.

—Sí —dijo él.

—Me agrada saberlo. —Y como las otras, se mantuvo erguida.

—¡Sois todas unas desvergonzadas! —gruñó la última chica de la hilera.

—¿Y tú? —preguntó el hombre.

—Yo soy la esclava de una mujer —dijo ella con orgullo—. Estoy por encima de esas cosas —afirmó sin mirarle—. Tengo dignidad.

—Pero una esclava no tiene dignidad. Vamos a ver tus piernas. —Y entonces acortó su túnica con el cuchillo del mismo modo que había hecho con las otras. Y ella quedó ante él con las piernas desnudas.

—Unas piernas excelentes —dijo él.

Ella se alzó de hombros, pero no creo que le desagradara tal apreciación. Todas las mujeres desean resultar atractivas a los hombres.

—Yo... yo quiero ser la esclava de una mujer —dijo ella con cierta vacilación.

—¿Tanto te asustan los hombres?

Ella no respondió.

—Lo que tú quieras no importa. ¿No es así?

—Sí, amo.

Le acarició la barbilla y el cuello.

—¿Nunca te has preguntado lo que se siente al contacto con un hombre? —preguntó.

—Ven conmigo —dijo la primera chica—. Te amaré como nadie te haya amado jamás.

—¡Me está tocando! —gritó la última esclava.

—Esclava lasciva —rió la primera.

El hombre se acercó a ella y la tomó en sus brazos. La esclava gritó de placer y se estrechó contra él. Él apretó su boca y sus labios en un beso que podría haber sido el preludio de una furiosa violación.

—Yo también te puedo besar —exclamó la última chica—. ¡Amo! ¡Por favor, amo!

—No —susurró la primera—. Ella no es nada. Quédate conmigo. Yo soy sensual. No sabrás lo que es gozar con una esclava hasta que no hayas estado conmigo.

Oí cómo sacaban otro carro del campamento. Pensé que sería uno de los carros con la dote. Pero luego sabría que habían cargado el tesoro en dos carros, renunciando a parte de la dote con el fin de aligerar la marcha.

Mi amo volvió a entrar en la tienda.

—Ya la violarás después —le dijo al soldado que aún tenía a la esclava entre los brazos, y que la apartó de mala gana.

—Sí, capitán —gruñó.

—Ya que vais a poseernos y habremos de servirlos como esclavas —suplicó la primera chica—, poseedme a mí la primera, quiero ser la primera en servirlos.

—No nos olvidaremos de ti, mi preciosa zorra —prometió el soldado.

—Gracias, amo —murmuró ella.

—No olvidéis a Donna tampoco —dijo la segunda chica.

—Ni a Chanda —pidió la tercera.

—Ni a Marla —dijo la última.

—Lehna es la primera —dijo la chica.

El soldado miró a la cuarta esclava, que se mantenía muy erguida atada a la cadena. La anilla se cerraba sobre su muñeca izquierda, uniéndola a las otras chicas.

—¿Ni a Marla? —preguntó él.

—Ni a Marla —contestó ella.

—¿No eres la esclava de una mujer?

—Guárdame un sitio a tus pies, amo. Soy la esclava de un hombre.

Mi amo observó a las esclavas.

—Cuatro bellezas —dijo—. Un buen botín. Nos darán mucho placer, y luego si queremos venderlas obtendremos un buen precio por ellas. —Y mirándome, añadió

—: Encadenadla.

Me puse rígida. Aquella cadena no podía ser para mí. Yo era su esclava, no una chica nueva. Le había servido bien.

El soldado silbó, como llamando a un animal, y abrió la última anilla de la cadena. Yo me acerqué a él.

—Tenemos que darnos prisa.

Yo estaba furiosa por ir atada con las chicas nuevas. Sentía la cadena colgar de mi brazo, yendo a unirse a la chica que estaba junto a mí. No podía escapar.

Mi amo me miró, y yo bajé los ojos.

La cadena tiraba de mí. Me apresuré trastabillando.

No sabía hacia qué cautiverio me dirigía. Sólo sabía que mi esclavitud era absoluta.

6. EL FUERTE DE TABUK

Mi amo tendió la copa hacia mí y yo me arrodillé para llenársela de Paga de sul. Llevé los labios a la copa y luego se la ofrecí con los ojos brillantes, casi borracha con los vapores.

Luego me retiré.

—Excelente —dijo mi amo bebiendo el sul.

—Vino, esclava —dijo Marla tendiéndome la copa.

Dejé el sul de mala gana, y fui a buscar la jarra de Ka-la-na de Ar para llenarle la copa. Ella no me miró ni me dio las gracias, porque yo era una esclava. ¿Acaso no lo era ella también? La miré, envuelta en sus blancos ropajes, poniendo cuidadosamente el vino en los brazos de mi amo. Se había convertido en la favorita entre los amos, desplazando incluso a Eta. Desde el principio yo había temido que fuera demasiado popular. Aparentemente mi amo estaba encantado con ella. Yo la odiaba. Eta tampoco la miraba con mucho afecto.

Marla me miró y sonrió.

—Eres una esclava muy bonita —me dijo.

—Gracias, señora —le respondí conteniéndome. Puesto que ahora era la primera chica del campamento, estábamos obligadas a servirla y a tratarla de “señora”. Aunque no llevaba ornamento alguno ni ropas finas, era la primera esclava del campamento.

Habían pasado meses desde el ataque al campamento de Lady Sabina. La mayor parte de ese tiempo lo habíamos empleado en un largo viaje.

—Dame de beber —me dijo Thurnus.

—Sí, amo. —Le acerqué la jarra de Ka-la-na.

Thurnus era un hombre corpulento de anchos hombros, desgñados cabellos rubios y enormes manos. Era jefe de casta en el Fuerte de Tabuk. El Fuerte de Tabuk era una gran ciudad que albergaba a unas cuarenta familias. Estaba rodeada de una empalizada y se alzaba como el eje central de sus campos, que eran lenguas de tierra largas y estrechas que salían de la ciudad como los radios de una rueda. Thurnus poseía cuatro de estas franjas. El Fuerte de Tabuk debía su nombre al hecho de que el campo Tabuk, en un tiempo, solía atravesar el Verl, tributario del Vosk. El Verl estaba al noroeste del Vosk. Nosotros habíamos cruzado el Vosk hacía dos semanas. Ahora el campo Tabuk cruzaba a unos veinte pasangs a noroeste del Fuerte de Tabuk, pero la ciudad, fundada en el área por la que primariamente cruzaba el campo, conservó el nombre original. El Fuerte de Tabuk es una villa muy rica, pero es más conocida por sus ganados de eslín que por su abundante agricultura, debida a los oscuros y fértiles campos del sur de Verl. Thurnus, de la Casta de los Campesinos del Fuerte de Tabuk, era uno de los ganaderos más conocidos de Gor.

Thurnus me miró y gruñó:

—Te he dicho que me des de beber, preciosa —dijo, poniendo énfasis en la palabra “beber”.

—Perdóname, amo. —Volví a llenarle la copa de Ka-la-na.

Thurnus levantó la copa y yo me dispuse a escanciar el sul. Entonces él sostuvo la copa muy cerca de su cuerpo y yo tuve que acercarme más.

—Acércate más, preciosa —dijo Thurnus.

Yo me acerqué de rodillas, llevando el Paga. Iba vestida con la provocativa y escasa Ta-Teera, que tanto realza los encantos de una chica.

Tenía miedo de Thurnus. Le había visto fijarse en mí muchas veces.

Vertí el sul en su copa, inclinando la cabeza muy cerca de él. Mi pelo había crecido mucho desde que llegué a Gor, aunque aún lo tenía más corto que la mayoría de las esclavas, que llevan los cabellos largos y sueltos, o recogidos a veces con una cinta en cola de caballo. Mi pelo caía ante mis hombros sobre la Ta-Teera.

Mi amo y sus hombres se sentaban con las piernas cruzadas en el gran barracón de Thurnus. La cabaña era alta y de forma cónica, con suelo de tablas levantado algunos centímetros sobre la tierra para evitar la humedad y para proteger la casa de insectos y sabandijas. Ante la puerta de entrada había unos escalones estrechos y bastos, similares a los de la entrada de la mayoría de las cabañas de esta villa. Thurnus era jefe de casta. En el centro de la cabaña había una pieza redonda de metal en la que colocaban los braseros o unos pequeños hornos de cocina. Junto a las paredes se alineaban las pertenencias del señor de la casa. En algún lugar de la villa estarían los almacenes y los establos. El suelo estaba cubierto de esterillas. En las paredes colgaban pieles y enseres. En el techo había un agujero para dejar salir el humo. La cabaña, probablemente debido a su construcción, no era de ambiente cargado, y a pesar de no tener ventanas y de disponer de una sola puerta, no estaba oscura a esa hora del día. A través de la paja del techo y las paredes se filtraban los rayos del sol. En verano la cabaña es luminosa y aireada. Está construida de Ka-la-na y madera de tem. El tejado y las paredes se rehacen cada tres o cuatro años. En el invierno, que no es muy duro en estas latitudes, las cabañas se cubren de lonas pintadas o, entre las familias ricas, con pieles de bosko ricamente ornamentadas y barnizadas con aceite.

La villa de Tabuk se extiende unos cuatrocientos pasangs. El camino del Vosk fue el camino utilizado muchos años atrás por las hordas de Pa-Kur cuando se aproximaban a la ciudad de Ar. Nosotros habíamos viajado por el camino del Vosk antes de cruzar el río en barcas. El camino es muy ancho, y está señalado con piedras que marcan los pasangs. Supongo que, dada su naturaleza, es un camino militar que lleva hacia el norte, lo bastante ancho para que avance un batallón de guerra, con los miles de carros de suministros y las máquinas de asedio. Estos caminos permiten el

avance rápido de miles de hombres, y son muy útiles también para la defensa de fronteras, para el encuentro de dos ejércitos, o para la expansión del imperialismo y la conquista de los débiles.

Thurnus me miró.

—Besa mi copa, esclava —me dijo.

Puse los labios en la copa que sostenía en la mano.

—Y no separes los labios de la copa —dijo Thurnus— hasta que te lo diga.

Me mantuve con los labios en la copa y la cabeza inclinada. Una esclava goreana no se atreve a desobedecer.

—Thurnus —dijo su compañera, una corpulenta mujer libre que estaba arrodillada a su lado. No parecía muy contenta.

Cerca de allí había una especie de corral donde Thurnus tenía a sus chicas. No atendía los campos él solo.

—Calla, mujer —dijo.

A un lado de la cabaña, sobre una pequeña mesa, había una piedra de formas irregulares que Thurnus había cogido de sus propios campos hacía años, cuando fundó la villa que sería la comunidad del Fuerte de Tabuk. Después de muchos meses de vagar con el arco a la espalda, la vara en la mano y el cinto lleno de semillas, había llegado, hacía ya muchos años, a un lugar que le agradó, situado en la cuenca del Verl. Había sido expulsado de la villa de su padre por cortejar a una mujer libre del lugar. Le había roto los brazos y las piernas a su hermano, y la mujer le había seguido convirtiéndose en su compañera. Con él habían ido también otros dos hombres y dos mujeres que vieron en él los rasgos de un jefe de casta. Habían vagado durante meses, siguiendo la cuenca del Verl, hasta llegar a un sitio de su agrado, donde los animales vadearon el río. No les siguió más allá, sino que clavó en el oscuro suelo la estaca amarilla de propiedad y permaneció allí junto a la estaca con las armas en la mano hasta que el sol alcanzó su cenit y luego se puso lentamente. Fue entonces cuando cogió de sus propias tierras la piedra que ahora descansaba en su cabaña. Era la Piedra del Hogar de Thurnus.

—Thurnus —dijo su compañera.

Él no prestó ninguna atención. Habían pasado muchos años desde que ella le siguiera desde la villa de su padre. Él la mantuvo a su lado, como es costumbre entre los campesinos. Ahora era una mujer descuidada y gorda, y no podría volver a la villa de su hermano.

Yo seguía con los labios en la copa de Thurnus, que se la acercó más a sí.

Thurnus era un hombre fuerte y necesitaría muchas mujeres, o pediría mucho de una sola mujer. Yo suponía que su compañera ya no le resultaba atractiva o tal vez, debido a su orgullo de mujer libre, fuera demasiado distante para merecer su atención. Para un hombre es más fácil ver a una mujer que está a sus pies suplicando

atención.

—Eres una esclava muy bonita —me dijo Thurnus, tocándome la pierna.

Yo no podía hablar con los labios en la copa.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Thurnus a mi amo.

—No tiene ningún nombre —respondió.

Melina, la compañera libre de Thurnus, se levantó enfadada y salió de la cabaña.

—Tal vez deberíamos darle un nombre —sugirió Marla.

—Quizá —dijo uno de los hombres mirándome.

—¿Qué tal Chica Estúpida? —preguntó Marla.

Los hombres se echaron a reír.

—O Chica Torpe —continuó ella.

—Sí, mejor —dijo un hombre.

Yo estaba furiosa con Marla, y celosa de ella. Era una esclava muy insolente. Si yo hubiese hablado tan frescamente y sin permiso, me habrían azotado.

Pero ella era la primera esclava.

—Tienes razón —dijo mi amo—. Es torpe y estúpida, pero también es cada vez más inteligente y más bella.

Enrojecí de placer al oírle.

—Vamos a darle un nombre más apropiado para una esclava que quizá algún día pueda complacer a los hombres.

Mis labios seguían en la copa de Thurnus, y no podía evitar sus caricias. Comencé a sentirme violenta.

Thurnus rió. Y entonces sugirió dos nombres, ambos bastante descriptivos y embarazosos.

Moví las piernas. ¡Estaba furiosa! Era una esclava, y no podía hacer nada.

Me enfurecieron igualmente las risas que despertaron las sugerencias de Thurnus, porque sabía que si me daban alguno de esos obscenos nombres, tendría que llevarlos.

—Pensemos un poco más —bromeó mi amo. Era Clitus Vitellius, de la Casta de los Guerreros, de la ciudad de Ar.

Thurnus se acercó un poco más la copa, obligándome a adoptar una postura más forzada. Me apoyaba con las manos en el brazo que sostenía la copa que yo cogía con los dientes.

—Marla es un bonito nombre —dijo mi amo mirando a Marla entre sus brazos—. ¿No crees que Marla es un nombre muy bonito para una esclava?

—Oh, sí, amo —susurró ella—. Marla es un nombre estupendo para una esclava —y empezó a besarle en el cuello y en la barbilla.

—Tal vez debería llamarla Marla —dijo él.

Y en ese instante supe que mi nombre sería Marla. Me estremecí.

—Pero ya tenemos a una Marla entre nuestras esclavas —sonrió mi amo.

Yo no sabía qué nombre me pondrían.

—Si esta esclava sin nombre te interesa —le dijo mi amo a Thurnus, señalándome con la cabeza—, puedes hacer con ella lo que quieras.

—Pero tú has venido para inspeccionar el eslín —dijo Thurnus riéndose.

—Es cierto —mi amo se encogió de hombros.

—No perdamos más tiempo jugando con las esclavas. —Thurnus me miró—. Puedes apartar los labios de la copa —me dijo.

Retiré los labios de la copa, y él dejó de tocarme y se levantó.

Me arrodillé en el suelo con los ojos muy abiertos. Hubiera querido rascar con las uñas las esterillas del suelo.

Mi amo se levantó también y con él sus hombres. Marla, enfadada, se arrodilló. Éramos sólo chicas, y los hombres tenían asuntos que atender más importantes que nosotras.

Yo hubiera querido rodar gritando por el suelo.

Miré la Piedra del Hogar. En esta cabaña Thurnus era el soberano. En esta cabaña, aunque Thurnus hubiera sido un rufián o un ladrón, era el Ubar, porque aquí estaba la Piedra del Hogar. Un palacio sin Piedra del Hogar no es más que una barraca, y una barraca con una Piedra del Hogar es un palacio.

En esta casa, en este palacio, Thurnus era el jefe supremo. Podía hacer lo que gustara. Sus derechos y su supremacía eran reconocidos por todos los huéspedes, que compartían la hospitalidad de su Piedra del Hogar.

Si Thurnus me hubiera reclamado a mi amo, me habría tenido de inmediato. Una negativa de mi amo habría supuesto una grosería inexcusable, una traición, una falta de hospitalidad y de buenas maneras.

Pero Thurnus, aunque yo estaba segura de que tenía bastante interés por mí, no me reclamó. Me pregunto si con su actitud hacia mí no habría estado probando a mi amo, con el fin de conocerle mejor. Thurnus me había impresionado por su astucia. Mi amo había respetado su casa y su soberanía. Satisfecho con el reconocimiento de su poder, Thurnus no me había reclamado. Habiendo conformado el respeto de mi amo por sus derechos, había preferido, magnánima y noblemente, no hacer uso de ellos. Y yo seguía siendo propiedad de mi amo. De esta forma los dos hombres se habían mostrado respeto, a la manera goreana.

Eta me había advertido que en la fiesta que se celebraría esa noche habría un intercambio de esclavas, y que las chicas de la villa estarían a la disposición de los hombres de mi amo, mientras que sus esclavas, entre las cuales me encontraba, estarían al servicio de los hombres de la comunidad.

Los hombres se disponían a salir de la cabaña. Mi amo chasqueó los dedos y Marla se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta. Los hombres la siguieron.

Me quedé a gatas con los ojos llenos de lágrimas. Extendí la mano hacia mi mano.

—Siento haberte hecho enrojecer, esclava —dijo Thurnus volviendo la cabeza hacia mí.

—Por favor, amo —susurré yo.

—No tiene importancia —dijo él. Luego se encaminó a las escaleras—. Vamos a ver el ganado.

Cuando me quedé sola en la cabaña empecé a dar puñetazos a las esterillas. Al poco tiempo entró uno de los hombres de mi amo y me ató las manos a la espalda.

—Enfurécete y agítate hasta la fiesta, bomboncito —dijo—. Y entonces estarás preparada.

7. CLITUS VITELLIUS

—No me hagas correr, amo —gimió Collar de Esclava—. Una vez fui una mujer libre.

—A la línea —dijo mi amo.

Collar de Esclava se puso en la larga línea trazada en tierra en la villa del Fuerte de Tabuk. Iba vestida con los restos de lo que habían sido sus prendas interiores bajo la ropa de compromiso. Las mangas estaban desgarradas, la túnica había sido acortada hasta descansar por encima de los muslos, el escote estaba abierto hasta el vientre. Iba descalza, como es costumbre entre las esclavas.

—¿Hacia dónde correremos? —gimió Collar de Esclava.

—No hay ningún sitio hacia el que correr —le contesté. La ciudadela estaba rodeada por una empalizada cuya puerta estaba apuntalada.

—No quiero correr como una esclava —lloriqueó Collar de Esclava cubriéndose los ojos con las manos.

—Deja de gimotear —dijo Lehna.

—Sí, señora —dijo Collar de Esclava. Tenía miedo de Lehna. Una de las primeras cosas que habían hecho con ella después de marcarla había sido ponerle un Sirik y entregarla a Lehna para que le enseñara disciplina.

Hacía ya meses que mi amo y sus hombres habían raptado a Lady Sabina del Fuerte de Saphronicus durante su viaje para reunirse con Thandar de Ti. Al parecer el motivo del rapto, así como el motivo del compromiso de Lady Sabina y Thandar de Ti, era meramente político. El compromiso se había establecido para sostener las relaciones comerciales y políticas entre el Fuerte de Saphronicus y la Confederación Saleriana, que era una poderosa liga de naciones al noreste del Vosk. El creciente poder de la Confederación Saleriana no era visto con buenos ojos por la ciudad de Ar, que yacía en el hemisferio norte de Gor, y que es la mayor fuerza entre el Vosk y el Cartius y el Voltai y Thassa, el mar. Se dice que el Ubar de Ar, llamado Marlenus, es hombre ambicioso y brillante, orgulloso y valiente, y con ínfulas imperialistas. Pensaba que, de continuar creciendo, la Confederación Saleriana podría suponer una amenaza para Ar, tanto para su seguridad como para sus ambiciones. Por razones geográficas y políticas, en los territorios del Vosk yacían diseminadas una multitud de pequeñas ciudades desunidas. Para un estado fuerte como el de Ar, esto suponía una frontera estable y segura, y, respecto a sus ambiciones, era una fuente de riquezas y poder muy atractiva. Por otra parte, el crecimiento de la Confederación Saleriana ponía esta situación en detrimento de Ar. Si las ciudades de Salleria se multiplicaban y crecían en fuerza, su poder podría exceder el de Ar.

Marlenus, que había visto su ciudad amenazada por una liga de ciudades en tiempos de Pa-Kur, veía con malos ojos el crecimiento de la Confederación Saleriana.

Y un Ubar debe anticiparse a los acontecimientos. Por otra parte, se piensa que la mayor amenaza que supone la Confederación Saleriana no se refiere tanto a la seguridad de Ar como a sus ambiciones. El gran margen de desolación que una vez flanqueó Ar, justo al sur del Vosk, había desaparecido. Era una gran franja de terreno salvaje y despoblado, un área desértica sin agua. Los pozos fueron envenenados y los campos quemados para evitar que los ejércitos se acercaran por el norte. Pero en los últimos años se había convertido en una zona verde, se habían excavado nuevos pozos y algunos campesinos se instalaron allí. Se dijo que era esto un plan para ganar tierras cultivables, pero se considera como una abertura de este territorio como paso militar a gran escala. Incluso se ha poblado de boscos. De su anterior estado sólo conserva el nombre, el Margen de la Desolación. Nosotros no tuvimos ninguna dificultad para atravesarlo. Desde que el Margen de la Desolación ha florecido se ha dicho que los ojos de Ar se han vuelto hacia el norte. De hecho, alguna de las pretensiones imperialistas de la Confederación Saleriana han tenido éxito porque las ciudades del norte temen el posible imperialismo de Ar. Pero cualquiera que sea la verdad de estos intrincados asuntos geopolíticos, parece bastante claro que Marlenus, por alguna razón, no cree apropiado fomentar el crecimiento de la Confederación Saleriana.

Clitus Vitellius, mi amo, era un jefe de Ar. Yo suponía que su cargo se lo había confiado Marlenus de Ar, Ubar de la ciudad, para prevenir la inminente alianza entre el Fuerte de Saphronicus y la Confederación de Saleria.

Mi amo había secuestrado a la hija del mercader. En un asalto en el que yo había participado, penetraron en el campamento, raptaron a la chica y se dieron, aparentemente a la fuga, dejando un rastro visible. Los guerreros de la comitiva habían salido en su persecución siguiendo el rastro todavía fresco. Entonces mi amo había vuelto al campamento para coger también la dote y las doncellas de Lady Sabina. Nos encadenaron y nos hicieron caminar en la noche tras los carros en los que habían metido la dote de Lady Sabina. Llegamos hasta un pequeño árbol a menos de un pasang de distancia del campamento. Ataron a Lady Sabina al árbol, vestida con las ropas de compromiso.

Yo había visto que a Lady Sabina le habían bajado los guantes para que la anilla de hierro se ciñera sobre la muñeca. Los secuestradores raramente colocan las cadenas sobre la ropa, por cuestiones de seguridad.

Mi amo había desatado y tirado el degradante pañuelo, que hasta ahora escondía el rostro de Lady Sabina. Ella volvió la cara para que no la viéramos. Pero, para mi placer, mi amo la cogió por el pelo y le hizo girar la cara, exponiéndola ante nuestra vista. Ella se debatió, pero no pudo volver la cabeza. Él la sostuvo ante nosotros dejándonos estudiarla durante todo un ehn. Luego la soltó. Ella sollozaba y nos miraba con enfado, pero ya no intentaba esconder el rostro. Ya no tenía ningún

sentido. Mi amo no había visto apropiado tolerar su jugueteo pudoroso, y había desnudado su rostro en público.

Mi amo se detuvo para que ella pudiera verle claramente a la luz de la luna.

—¿Quiénes sois? —musitó. Había depuesto su arrogancia. Estaba asustada.

—Soy tu captor —dijo mi amo.

—Pagaré un gran rescate —dijo ella.

Él le puso el dedo en la barbilla para obligarla a alzar la cabeza. Era una chica muy bonita, de finos rasgos. Tenía un cuello muy hermoso. Tal vez él estaba considerando qué tipo de collar le sentaría mejor. Su cabello era oscuro.

—Sálvame, y tendrás un rescate, guerrero —dijo ella muy asustada. Creo que sabía que miraban su cuello y su rostro como habrían mirado los de una esclava.

Mi amo le quitó la mano de la barbilla.

—Sería una tontería renunciar a mi rescate —dijo ella—. Mi rescate será mucho más elevado que cualquier precio que pudieras obtener por mí en el mercado.

Esto era cierto, sin duda, aunque era una chica muy hermosa.

—Seguramente —continuó ella—, no habrás atacado mi comitiva sólo para llevarte a una esclava.

—No —dijo mi amo—. Por supuesto que también contaba con la dote.

—Claro —dijo ella. Ahora respiraba con más tranquilidad—. Sois bandidos corrientes. Habéis hecho bien, sois muy astutos. Vuestro botín es muy valioso. La dote es de gran riqueza, y el rescate os proporcionará mucho más de lo que habéis robado. Pero devolvedme mis velos y mis sandalias, porque el rescate será menor si se sabe que mi pudor y mi modestia se han visto comprometidos. Tu osadía será nuestro secreto.

—Lady Sabina es muy generosa —dijo mi amo.

—Sólo te pido —dijo ella— que no me dejes caer en manos de la gente de Ar.

—Ah, precisamente ahí reside tu auténtico valor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con aprensión.

—Tenemos ante nosotros un largo camino —contestó mi amo—. Debemos movernos entre la espesura y entre los árboles, y a través de los campos. Para tal viaje deberás vestir ropas más apropiadas.

Y entonces, y para su espanto, mi amo desgarró con el cuchillo las ropas de compromiso, hasta dejarla en sus ropas interiores. Entonces rompió las mangas de la túnica que cayeron a los costados colgando de las muñecas.

Luego rompió un trozo del vestido por encima de la cadera. Cuanto más se quejaba ella más le desgarraban las vestiduras.

Ahora tenía tan escasas ropas como Donna, Chanda y Marla. Lehna y yo íbamos desnudas. A ella la había desnudado su ama en el campamento, y a mí el jefe del campamento. Lady Sabina tenía las piernas preciosas. Se debatía atada al árbol sin

dejar de llorar.

Mi amo dio un paso hacia atrás para admirar a la chica.

—Creo que éste es un atavío mucho más práctico para viajar a pie que las ropas de compromiso, ¿no estás de acuerdo?

—¡Mis ropas! —dijo ella—. Devuélvemelas.

Ante este comentario le rasgó la túnica por el lado izquierdo hasta la cadera, de forma que podía verse la línea de su pecho izquierdo.

—¿Tienes más objeciones que hacer a tu vestido de viaje? —preguntó él con las manos en los hombros de la chica.

—No —dijo ella.

Él se volvió hacia nosotras haciéndonos un signo para que nos acercáramos. Nos dirigimos hacia él encadenadas.

—Lady Sabina, te darás cuenta —dijo mi amo— de que la primera anilla de la cadena está libre. Ha sido reservada para ti. —Y levantó la anilla abierta.

—Mi rescate será muy alto —musitó ella. Uno de los hombres rió y la chica le miró asustada—. Sólo pido que no me dejéis caer en manos de la gente de Ar.

—¿Puedo presentarme, Lady Sabina? —preguntó mi amo.

—Sí.

Él ajustó la anilla de esclava en su muñeca izquierda.

—Soy Clitus Vitellius.

—¡No! —gritó ella.

Por la forma en que gritó deduje que el nombre de mi amo no era desconocido en este mundo.

—¡No serás el capitán de Ar! —balbució ella.

—Hay muchos capitanes en Ar, Lady Sabina —sonrió mi amo.

Ella apoyó la mejilla en el tronco del árbol.

—Pocos como Clitus Vitellius —dijo.

Yo me sentí orgullosa de mi amo. ¡Qué maravilla ser la esclava de un hombre así!

Ahora Lady Sabina estaba encadenada junto a nosotras.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó.

—Te voy a llevar hasta mi campamento secreto, y una vez allí te marcaré como una esclava. Entonces te llevaremos a la ciudad de Ar y serás vendida en el mercado al mejor postor.

La chica apretó la mejilla contra el árbol y sollozó derramando abundantes lágrimas. A una señal de mi mano, el hombre que había sido su guardián la liberó de las ataduras. Ahora ella estaba a la cabeza de la cadena.

—¿No pediréis un rescate por mí?

—Eres demasiado valiosa políticamente para ser rescatada.

—No me conviertas en esclava, capitán —dijo ella—. Véndeme a la

Confederación. Cuando vuelva a ella como mujer libre te proporcionaré inmensas riquezas. Si me devuelves a la Confederación, tú y tus hombres seréis más ricos de lo que nunca habéis soñado.

—¿Me estás pidiendo que traicione a Ar?

—No, capitán —murmuró.

—Considerando tu futuro estado, será mejor que empieces a dirigirte a los hombres libres con el tratamiento de “amo”. La experiencia y la práctica te vendrán muy bien.

—Sí... amo.

—Detrás de ti, Lady Sabina, tienes a la esclava Lehna.

—Sí, amo.

—Esta tarde —dijo él—, la has castigado a tu gusto.

—Sí, amo.

—Dale un látigo a Lehna —dijo mi amo a uno de sus hombres. Lehna recibió un látigo—. Lehna, si Lady Sabina hace cualquier intentona para escapar de la cadena, es tu tarea retenerla.

—Sí, amo —dijo Lehna. Yo no envidiaba la situación de Lady Sabina.

—Siento haberte azotado, Lehna —dijo ella.

Lehna la golpeó salvajemente con el látigo y Lady Sabina gritó de dolor, incrédula ante el escozor del látigo. Supuse que sería la primera vez en su vida que era azotada.

Mi amo se volvió para hablar a sus hombres. Y poco después se alejó entre los árboles seguido de ellos. Uno de los hombres caminaba unos metros detrás de la cadena de esclavas.

—¡En pie, Lady Sabina! —exclamó Lehna. Lady Sabina se levantó de un salto—. A mi señal echarás a andar con el pie izquierdo. Más tarde aprenderás a andar con gracia atada a la cadena. De momento sería mucho esperar de una ignorante.

—Sí, señora —dijo Lady Sabina.

—Comienza a andar con el pie izquierdo cuando dé la señal.

—Sí, señora.

—¡Ahora! —indicó Lehna dándole un golpe. Lady Sabina dejó escapar un grito de desesperación mientras echaba a andar torpemente—. ¡Más deprisa! —Volvió a golpearla.

—Sí, ama.

Todas nos apresuramos, caminando entre las sombras de los árboles bajo la luz de las tres lunas, siguiendo a los hombres, nuestros amos.

—Yo no quiero correr para placer de los hombres —gimió Collar de Esclava.

—Silencio, esclava —la cortó Lehna.

—Sí, ama.

Las chicas de Clitus Vitellius, yo entre ellas, nos alineábamos sobre una raya trazada en el suelo en la villa del Fuerte de Tabuk. Los jóvenes de la ciudad nos miraban con placer. Todas éramos chicas bonitas y vivaces, y lo que era más excitante, éramos esclavas. No todos los días veían correr a las chicas de un guerrero. Nuestro cautiverio significaba que cuando nos capturaran seríamos maravillosas con ellos.

Hubo una discusión acerca de las leyes de la caza. También se corrieron apuestas. Algunos de los jóvenes se aproximaron para vernos de cerca.

—¡Oh! —exclamó Collar de Esclava. Uno de los hombres le había puesto la mano en la pierna.

—Buena mercancía —dijo un joven.

—Sí —confirmó otro.

Otro de los jóvenes me puso las manos encima. Yo intenté retirarme un poco, pero no me resistí demasiado. Era una esclava y no deseaba que me azotara.

Marla estaba al otro lado de Donna, con la cabeza bien alta, fingiendo ignorar las caricias de los hombres.

Miré a Collar de Esclava y vi que estaba llorando con la cabeza entre las manos mientras dos hombres apreciaban su cuerpo con la vista y con las manos, con la misma inocencia con la que hubieran examinado a cualquier animal doméstico.

Volví la vista hacia las hogueras, donde mi amo se sentaba con hombres de la villa, Thurnus, los jefes de casta y los amos del ganado entre ellos.

Me estremecí de placer mirando a Clitus Vitellius. Pero él estaba hablando con Thurnus y no me advirtió. Era el tipo de hombre que siempre imponía su voluntad a las mujeres, incluso a las mujeres libres. No discutía con ellas, ni utilizaba la persuasión o la negociación, sino que entendía que una mujer debía someterse igual que una esclava. Era muy simple: la mujer había de estar sometida a él, totalmente, igual que si fuera una esclava atada en una cadena. Incluso en una relación, él tenía que ser el amo. Y ninguna mujer que no entendiera esto podía ser aceptada.

Había oído que su collar era uno de los más deseados en Ar.

Cuando mi amo caminaba por las calles las mujeres libres solían arrojarse a sus pies rasgando sus velos y suplicando llevar su collar.

La propia libertad es un bajo precio a pagar, murmuraban entre ellas algunas mujeres de alta cuna, por llevar diez días el collar de Clitus Vitellius.

—¡Listas para correr, esclavas! —dijo un campesino.

Miré a mi amo. El calor que sentía en los muslos me impelía a correr hacia él, pero no me atreví a alejarme de la línea.

Esa mañana Thurnus me había poseído, y ninguno habíamos quedado satisfechos. Pasé la tarde sintiendo la tristeza de una esclava.

Clitus Vitellius, a pesar de los deseos de las mujeres de Ar, nunca había tomado

compañera.

—Cuando baje la antorcha —dijo un campesino levantando una antorcha encendida—, echaréis a correr.

—Sí, amo —le dijimos.

—Cuando la antorcha toque el suelo, tendréis de tiempo doscientos latidos de corazón de esclava. —Hizo una señal a la esclava de un campesino que estaba allí cerca—. Luego seréis perseguidas.

Calculando el tiempo que tardaría la antorcha en tocar el suelo y su corazón en dar doscientos latidos, pensé que tendríamos una ventaja de tres minutos sobre nuestros perseguidores. Miré a la chica. Tenía los labios ligeramente separados. Eso no me gustó. La mano del hombre sobre su pecho la excitaba. Se estrechaba ligeramente contra él. Su corazón latiría más rápidamente. Al fin y al cabo ella era una esclava como nosotras. ¿Por qué no habrían tomado como medida cien latidos del corazón de un bosko? La excitación sexual de la chica ante el contacto del hombre disminuiría nuestra ventaja. Pensé que no dispondríamos más que de dos minutos. La chica sería de aquel hombre esta noche. Después de que él usara su corazón como cronómetro del acontecimiento deportivo. No era extraño que ella se excitara. A mí no me parecía justo, pero no me quejé. Son los hombres los que deciden lo que es justo o injusto, y en este caso harían lo que quisieran.

Eta estaba en la línea, a la derecha. Luego venían Marla y Donna. Yo estaba entre Donna y Collar de Esclava. Luego estaba Chanda, y al final Lehna.

—No quiero correr para placer de campesinos —dijo Collar de Esclava—. He sido una mujer libre.

—¿Es que Collar de Esclava quiere volver a ser azotada? —preguntó Lehna.

—No, ama —dijo ella rápidamente. Collar de Esclava tenía miedo de Lehna, a cuyo cargo la habían puesto desde que la capturaron. Generalmente la encadenaban junto a Lehna, y realizaba sus tareas bajo su supervisión.

Después de capturar a Lady Sabina habíamos vuelto al campamento secreto al que mi amo me había llevado al principio. La noche de nuestra llegada habían desnudado a Lady Sabina y la habían atado de espaldas al tronco caído de un árbol, con la cabeza hacia abajo, igual que habían hecho antes conmigo. Luego habían marcado su piel con el hierro, con lo que aquella mujer había perdido todo su valor político, como era la intención de mi amo y de la gente de Ar. Ahora no era más que una esclava.

—Hay que darte un nombre —había dicho mi amo—. Sabina... Sabina... —decía, como pensando—. ¡Ah!, parece que en tu nombre ya llevabas un magnífico nombre de esclava.

—Oh, no, no, amo —gimió ella.

—Tu nombre anterior —dijo él—, era muy sabio. Parecía ser el nombre de una

mujer libre, y sin embargo llevaba escondido el secreto de tu verdadero nombre. Muy lista, esclava, pero ahora te hemos descubierto y llevarás tu auténtico nombre, ése que yo ahora te asigno, como tu amo.

—¡Por favor, amo! —lloriqueó.

—Eres Bina —dijo él.

Ella se cogió la cabeza con las manos y empezó a llorar, La expresión “Bina” en goreano significa “collar de esclava”.

—Poned a Collar de Esclava en un Sirik —dijo mi amo.

Y a la nueva esclava le ajustaron un brillante Sirik. El collar ceñía su cuello, y de la anilla colgaba una cadena. Le ataron las delgadas muñecas a los brazaletes que había en la cadena, y esa cadena fue atada a otra más pequeña que llevaba un par de anillas para los tobillos, que fueron cerradas alrededor de las piernas de Collar de Esclava. Ahora estaba indefensa, atada en el Sirik. Estaba muy hermosa. Yo nunca había llevado un Sirik.

—¡Corred! —dijo el hombre bajando la antorcha. Y todas las chicas salimos de la línea.

Me detuve a unos cien metros, entre la maleza, para mirar atrás.

La antorcha ya había caído al suelo. La esclava que llevaba la correa de Thurnus al cuello se estrechaba contra el hombre de mi amo. Tenía la cabeza sobre su hombro y los ojos cerrados. El hombre ponía la mano en su pecho, contándole los latidos del corazón.

Miré a mi alrededor y luego seguí corriendo entre las cabañas. Entonces mis manos chocaron contra la empalizada que rodeaba la villa. Me estreché contra la madera. Di un paso atrás y miré hacia arriba. Los postes se alzaban unos metros sobre mi cabeza. Me di la vuelta para mirar el estrecho y oscuro camino que se abría ante mí. Desde allí alcanzaba a ver el resplandor de las hogueras encendidas en la ciudad que alumbraban los rostros de los hombres. Vi cómo se ponían en pie.

—¡No hay ningún sitio donde esconderse! —gritó Collar de Esclava junto a mí.

—Somos esclavas —exclamé yo—. Tienen que atraparnos.

Vi a los hombres escupirse en las manos y frotárselas en los muslos. Eso dificultaría que las chicas se les escurriesen de las manos.

Yo sabía que más de uno me deseaba. Se habían corrido apuestas acerca de quién me tendría como esclava esa noche. También había apuestas sobre las otras chicas. Un tipo enorme y pelirrojo y otro más pequeño de pelo oscuro habían apostado sobre quién de ellos obtendría a Collar de Esclava.

Vi que Chanda se metía en una cabaña.

Collar de Esclava se alejó de mí por el perímetro de la empalizada.

Yo la seguí y luego corrí entre las cabañas. Casi me muero de miedo cuando oí de repente cerca de mí un coro de malignos gruñidos. Di un grito con la mano en la

boca. Sentí cómo me miraban cientos de ojos desde dentro de uno de los corrales de la villa. Contra los barrotes se apiñaban los hocicos y los dientes. Retrocedí y volví a echar a correr.

No veía a Marla ni a Eta ni a Lehna. También había perdido de vista a Collar de Esclava.

Entonces vi un tobillo medio oculto por una piel de cuero. Era Donna.

—Será mejor que escondas el tobillo, o te encontrarán enseguida, esclava —dije ocultándole el pie con la piel de cuero. Donna se encogió aún más, temblando, con la cabeza bajo las manos. Era una chica bonita de pechos pequeños y piernas bien formadas. Tenía los ojos oscuros y el pelo negro.

Oí un grito que provenía del centro del campamento. Los cazadores habían emprendido la persecución.

—No te asustes, Donna —le dije—. No te harán mucho daño. Éstos no son más que campesinos y no distinguen a una esclava de otra.

Me alejé de ella entre las cabañas.

Oí a un joven acercarse a la carrera. Me escondí entre las sombras. No quería que me cogieran. Estaba atrapada en el interior de la empalizada. ¡No tenía dónde esconderme!

Oí el grito de una chica. Ya habían cogido a una de nosotras, pero no sabía de quién se trataba.

No quería que me pusieran una correa al cuello. No quería que me llevaran cautiva al círculo de antorchas.

Dos hombres se acercaban llevando teas encendidas. Me escondí entre los pilares de las cabañas.

Poco después de que los hombres hubieran pasado, los eslines que había encerrados en un corral cercano empezaron a gruñir. Los hombres corrieron hacia allí. Algo los había perturbado. Tal vez se trataba de una chica.

Se acercaban otros dos hombres, uno de ellos con una antorcha. Volví a encogerme entre los pilares conteniendo el aliento. Pasaron de largo.

Les vi detenerse junto a una cabaña unos metros más lejos. El que llevaba la antorcha la alzó para iluminar lo que parecía un montón de pieles. Se quedaron allí sin moverse. Donna les debía haber oído acercarse, y tenía que estar aterrorizada sabiendo que la habían descubierto. Qué terriblemente debería sentirse allí bajo las pieles. Qué aterrorizada debía estar. Ellos permanecieron cruelmente inmóviles durante más de un minuto. Donna debía oír el crepitar de la antorcha. ¿Conocían ellos su escondite? ¿Estaban jugando a atormentarla? Se quedaron quietos un rato más y luego intercambiaron miradas y uno de ellos dio de repente un grito y levantó de golpe las pieles. Levantaron a la temblorosa Donna de un tobillo y un brazo y la echaron a la espalda del hombre que la había descubierto. Ella se debatió en vano.

—¡Capturada! —gritó el joven.

—¡Capturada! —gritó otro que venía en la dirección del corral en el que poco antes el ganado se había puesto a gruñir. Tras él venía Lehna, cogida del brazo que el hombre le sostenía a la espalda en dolorosa posición. Ella gemía de dolor con la cabeza hacia atrás.

—¡Por favor, amo! —gemía. Lehna era más alta que yo. Era muy fuerte para ser una chica. Collar de Esclava le tenía pánico. Pero en manos de un hombre era débil y estaba indefensa. Para ellos no era más que otra esclava en su poder.

Con el joven que había capturado a Lehna venían otros cuatro, dos de ellos con antorchas. El joven que había capturado a Donna se la había echado al hombro, sosteniéndola con el brazo izquierdo.

—A ver tu pieza —dijo uno de los recién llegados.

—Átale los tobillos —dijo el hombre que sostenía a Donna. Otro de los hombres que llevaba una larga cuerda ató a Donna por los tobillos.

—¿Quién es tu señor de la noche? —preguntó a Lehna su captor retorciéndole la muñeca a la espalda.

—¡Tú! ¡Tú, amo! —gritó ella—. ¡Tú eres mi señor de la noche!

—Ponedle la trailla en los tobillos —dijo el hombre que la tenía atrapada. Y otro le ató la correa. La trailla de los tobillos es una cosa cruel. Proporciona un total control de la chica. Un amo habilidoso puede hacer infinidad de cosas con esa correa. Para empezar, la chica puede ser arrojada a sus pies en infinidad de posiciones a elección del amo. El joven que había atrapado a Donna la alzó riendo sobre sus hombros. Donna cayó al suelo ante él, intentando frenar la caída con las manos. La cuerda que tenía atada a los tobillos llegaba hasta los hombros del joven, que cogió el extremo de la cuerda y le elevó las piernas en el aire. Donna yacía boca abajo.

—Esta es mi presa —dijo—. ¡Rueda! —le ordenó a Donna. Ella rodó hasta estar de espaldas, con los pies aún colgados de la cuerda—. Amigos, ésta es mi presa.

—Una belleza —dijo otro de los jóvenes.

—¡Yo la quiero! —dijo uno de los hombres.

—Yo tengo el derecho de mi presa —dijo el que la había atrapado—, pero seré generoso y la compartiré contigo. —Al oír esto hubo una calurosa aclamación entre los hombres. Donna se debatió retorciéndose, pero no podía hacer nada con los pies en el aire atados de una cuerda.

—¿Y mi presa, qué os parece? —dijo el joven que había capturado a Lehna en el corral. La tenía atada con la trailla y dio un paso atrás para apreciar a la esclava medio desnuda, exhibiéndola. Tuve que admitir que ella también era una soberbia pieza. Aquellos chicos no solían tener mujeres como éstas. Ella era pertenencia de un guerrero.

—¿Cómo podemos saber si es bonita? —dijo uno de los jóvenes.

—¡Así! —contestó otro rasgando la corta túnica que cubría las caderas de Lehna. Se oyeron risas. Era muy hermosa.

—Todavía quedan tres —dijo un joven. Hacía poco que yo había oído un grito y supe que habían cogido a otra chica. No sabía de quién se trataba. Lehna y Donna estaban en poder de los cazadores. Si sólo quedaban tres libres, habían tenido que atrapar a otra chica más.

—Vamos a llevar a éstas al círculo de antorchas, las ataremos bien y luego podemos ir a cazar a las otras.

Los captores dudaban.

—A éstas podéis hacerles una marca con carbón —dijo otro.

—De acuerdo —convino uno de los captores.

Se llevaron a Lehna atada por los tobillos y también de la muñeca. El captor de Donna se la llevó arrastrándola por el suelo mediante la cuerda que tenía atada a los pies. Vi desaparecer a todo el grupo por el camino.

Me estremecí en la oscuridad. No quería que me capturasen.

En mi mente comenzó a forjarse un plan. Me moví entre las tinieblas, avanzando furtivamente en las sombras. A veces me arrastraba, y mientras podía me mantenía entre los pilares de las cabañas. Dos veces pasaron cerca de mí jóvenes con antorchas, y yo me acurrucaba entre sombras. Entonces me tendí en el suelo boca abajo. A unos diez metros vi a Chanda corriendo salvajemente. Iba bajando una calle cercana. Llevaba una cuerda en la muñeca. Era una correa de cuero de unos treinta centímetros de largo anudada en su brazo. Yo me quedé quieta. Detrás de ella iban dos jóvenes con una antorcha.

—Yo fui el primero en verla —decía uno.

—Y yo fui el primero que le puso la correa —dijo el otro. El primer hombre levantaba la antorcha buscando alrededor con la mirada.

—No discutamos más —dijo—. Continuemos con la caza.

—Muy bien.

Pensé que los guerreros no habrían perdido a una chica de ese modo. Las chicas no escapan de los guerreros.

Yo esperaba que Chanda escapase.

Seguí avanzando, escondida entre las cabañas. Generalmente me arrastraba, porque no quería dejar las huellas del pequeño pie de una esclava. De pronto casi grité de desesperación, porque el camino que quería seguir bajaba por una calle oscura al final de la cual podía ver el centro de la villa, donde había varios hombres sentados: hombres de la ciudad y mi amo y sus soldados. Atravesé la calle arrastrándome sobre el vientre y luego volví a deslizarme entre las sombras detrás de las cabañas.

Por el momento estaba de nuevo a salvo.

No tenía mucho miedo de que me siguieran, porque aunque las esclavas fuéramos descalzas, en la villa habría numerosas huellas de esclavas, no sólo las mías. Sería imposible, en una ciudad tan populosa y a la sola luz de las antorchas seguir el rastro de una chica sin el uso de eslines, animales que por suerte para nosotras no eran usados en esta caza. Si los chicos no podían encontrarnos por sí mismos, entonces no podrían poseernos esta noche, nos habríamos librado de sus agresiones. Yo había decidido escapar.

Finalmente llegué a la posición que buscaba tan ansiosamente. Era el terreno, dentro de la ciudad, donde mi amo y sus hombres habían establecido su campamento. Me arrastré entre el follaje al abrigo de la oscuridad. No habían levantado ninguna tienda.

Oí los gemidos de una chica.

—Deprisa, hembra —dijo un hombre.

—Sí, amo.

Yo no me atrevía a moverme, ni siquiera a respirar. Me quedé tumbada, tan encogida, silenciosa e inmóvil como pude. Tres figuras pasaron cerca de mí. Tal vez me hubieran visto de haber mirado. Cuando pasaron de largo levanté la cabeza con mucho cuidado. Habría rodeado el área de nuestro campamento, y ahora volvía hacia el centro de la villa. Miré por encima y vi que a Chanda le habían atado las manos a la espalda y estaba temblando. Le habían rasgado la túnica hasta las caderas. Lloraba. Uno de los jóvenes la agarraba por los cabellos, y casi la arrastraba. No envidié su suerte. Su escapada había enfurecido a los hombres. Sin duda le harían pagar caro tal temeridad. Confié en que no la azotaran demasiado. Los vi llevarla hasta el círculo de antorchas. Una vez allí la ataron de pies y manos, y le hicieron una marca en el cuerpo con un trozo de madera quemada. Seguramente sería su marca de propiedad por aquella noche.

Me arrastré hasta las pieles de mi amo. Por primera vez comencé a respirar con más facilidad.

Oí hablar a dos hombres.

—¿Cuántas quedan todavía en libertad?

—Dos.

Yo no sabía quién sería la otra.

Me deslicé bajo las pieles, cubriéndome la cabeza. No creía que pudieran encontrarme allí. ¿Quién pensaría que una esclava sería tan osada como para esconderse entre las pieles de su amo? Por otra parte, pensaba que los jóvenes no se atreverían a revolver entre las pieles de un guerrero. Seguramente tendrían aprecio a sus vidas. Así que me sentí segura. Aquél era seguramente el único lugar de la ciudad donde estaría a salvo.

Oí un grito y me quedé muy quieta. Oí que los chicos gritaban triunfantes y

encantados. Cuando me atreví, miré entre las pieles. Era Collar de Esclava, y la llevaban al círculo de antorchas. Un joven velludo la llevaba al hombro. Iba atada de pies y manos, por los tobillos, por los muslos, con los brazos a la espalda. Además, un joven iba delante sosteniendo una cuerda que iba atada a su cuello, y otro caminaba detrás con una cuerda atada a su tobillo izquierdo. Había varios jóvenes en el grupo. Al parecer la habían perseguido como a un cervatillo confuso y aterrorizado.

Ahora yo era la única chica que había escapado de ellos.

Me quedé quieta en las pieles durante más de un ahn. A veces los hombres se acercaron, pero no entraron en nuestro campamento. Uno caminó a pocos metros de mí llevando una antorcha, pero yo me quedé muy quieta. No levantó las pieles de mi amo, ni las de los otros soldados.

Sentí que levantaban las pieles.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo él.

—Espero que mi amo no esté enfadado con esta muchacha —dije yo. La noche anterior él me había tocado el cabello casi con ternura, Luego, como enfadado consigo mismo, me abofeteó con dureza y me mandó a que Eta me diera trabajo. Aquello no me disgustó, aunque sangraba por la boca. Por la mañana me arrodillé ante él.

—Suplico violación —le había dicho. Él me había mirado con enfado.

—Viólala —le dijo a un soldado que pasaba. Luego se fue. Yo sonreí en brazos del soldado. Creo que había molestado a mi amo. Creo que intentaba luchar contra sus sentimientos hacia mí, contra el deseo que experimentaba por mí. Entonces grité con un placer no deseado, y arañé con las uñas al soldado y, sin yo quererlo, me invadió la imagen de mi amo cuando aquel soldado me llevó, gritando y retorciéndome, hasta un abrumador orgasmo de esclava.

—Tal vez debería azotarte —dijo mi amo.

—Mi amo puede hacer conmigo lo que le plazca —dije yo.

No le había gustado mucho la forma en que me había rendido al soldado. Pero yo no había podido evitarlo.

—Esclava —dijo más tarde mi amo, de pie junto a mí.

—Sí, amo —respondí yo mirándole avergonzada—. Soy una esclava.

Y entonces él se fue enfadado. Llamó a Marla para utilizarla para su placer, y ella se apresuró a acudir.

Él estaba junto a las pieles y abrió su túnica.

—Quítatela Ta-Teera —me dijo. Yo me senté quitándome la túnica por encima de mi cabeza y dejándola a un lado. Él se unió a mí en las pieles, cubriéndonos con ellas.

Yo oía los gritos provenientes del círculo de antorchas, donde los jóvenes campesinos jugaban cruelmente con sus bellezas capturadas.

Pero yo estaba en brazos de mi amo. Gemí de placer.

—¿Me vas a entregar a los jóvenes campesinos? —le pregunté en la oscuridad con aprensión.

—No —respondió en las tinieblas.

—Entonces —dije respirando con más tranquilidad—, me he escapado de ellos.

—Pero no te has escapado de mí.

—No, amo —me estreché contra él—. No he escapado de ti.

—Corres muy bien. Y eres valiente. Hace falta mucha valentía para esconderte entre las pieles de tu propio amo. Esta esclava debería ser azotada por tal valentía.

—Sí, amo.

—Pero no me disgusta la valentía en una esclava. Una chica valiente es capaz de idear maravillas de placer para su amo que una chica tímida ni siquiera se atrevería a contemplar.

—Sí, amo —dije asustada.

—Y además, el lugar donde te has refugiado indica una gran inteligencia.

Entonces grité y me estreché contra él, abiertos los labios, porque me había tocado.

—Saltas como una hembra de tark —me dijo. Yo me mordí el labio—. Eso es porque eres inteligente. Supongo que eso no lo sabías ya que eres de la Tierra.

Me quedé sin aliento. La sensación que comenzaba a invadirme no me dejaba hablar.

—Los cuerpos inteligentes —continuó él— son más sensibles. Tu inteligencia te convierte en esclava. —Le abracé—. Me complace poseer chicas inteligentes como tú. Las chicas inteligentes son excelentes esclavas —observó.

—Cada vez que me miras o me tocas —dije yo—, me conquistas de nuevo. —Sentía su pecho en la mejilla. Le abracé en la oscuridad—. Me has conquistado por completo, amo. Soy tu esclava.

—Tal vez mi esclava debería tener un nombre.

—Como mi amo desee.

Me cogió por los hombros y me dio la vuelta, poniéndose encima de mí. Sentí en mi espalda el contacto de las pieles, y sus brazos ciñéndose alrededor de mí cuerpo. Gemí y le agarré con fuerza mientras me penetraba.

—No te muevas —me dijo.

—Sí, amo. —Quería gritar.

—Te daré un nombre.

Me quedé tumbada en la oscuridad, prisionera de la fuerza de sus brazos, esperando a saber quién sería yo.

—Puesto que eres una chica corriente sin importancia —continuó—, tu nombre será un nombre sin importancia, un nombre corriente y simple, el nombre apropiado

para una chica sin valor, para una ignorante esclava como tú.

—Sí, amo.

—Además, eres una chica bárbara.

—Sí, amo.

—A mí en particular me encanta poner a prueba a cualquier chica, bárbara o civilizada.

—Sí, amo.

—¿Sabías que en las convulsiones del orgasmo de una esclava no hay diferencias entre una chica civilizada y una chica bárbara?

—No, amo.

—Es muy interesante. En los espasmos del orgasmo todas son idénticas.

—Somos mujeres. Sólo mujeres —dije—, en brazos de nuestros amos.

—Sin duda es así —musitó.

—¡Déjame entregarme! —supliqué.

—No te muevas —respondió.

—Sí, amo —dije apretando los dientes. Era totalmente suya. ¿Por qué no me poseía?

—Hablas el goreano con acento —me dijo.

—Sí, amo. Perdóname, amo —rogué.

—No cambies. El acento te hace ser tú. Te hace diferente y más interesante.

—Tal vez por eso mi amo encuentra interesante a esta esclava.

—Tal vez. Pero ya he tenido otras muchachas bárbaras.

—¿Otras chicas de la Tierra? —susurré.

—Claro. No te muevas.

—No, amo —dije. De repente odiaba a todas las otras chicas en el fondo de mi corazón. ¡Qué enfadada y qué celosa me sentía!

—La pequeña esclava está enfadada —observó—. No te muevas.

—No, amo.

Allí yacía yo, tumbada en la oscuridad intentando no moverme.

—¿Qué fue de las otras chicas de la Tierra que has poseído antes, amo? —pregunté.

—¿Se le ha dado a la esclava permiso para hablar?

—Perdóname, amo. ¿Puedo decir algo?

—Sí.

—Has poseído a otras chicas de la Tierra —dije—. ¿Dónde están?

—No lo sé —respondió.

—¿Qué hiciste con ellas?

—He tenido cinco mujeres terrícolas, sin contarte a ti, querida. Dos las he regalado y tres las he vendido.

—¿Y a mí vas a venderme o a regalarme? —pregunté.

—Quizás.

—¿Ellas te amaban?

—No lo sé. Tal vez, tal vez no.

—¿Expresaron su amor por ti?

—Claro —dijo él—. Esas cosas son corrientes entre las esclavas.

—¿Y aun así las regalaste o las vendiste?

—Sí.

—¿Cómo pudiste hacer eso, amo? —pregunté.

—No eran más que esclavas —dijo por toda explicación.

Yo ahogué un grito de angustia. También de mí podría desembarazarse del mismo modo.

—Fuiste muy cruel, amo.

—¿Cómo se puede ser cruel con una esclava?

—Sí —exclamé—. ¿Cómo se puede ser cruel con una esclava?

—Estás gritando.

—Perdóname, amo.

Yacíamos juntos en la oscuridad. Yo no tenía permiso para moverme. Oí cómo los jóvenes campesinos terminaban con mis hermanas de esclavitud. Después les pondrían los arneses de esclavas.

—¿Cuál era tu nombre bárbaro?

—Judy Thornton, amo.

—Los bárbaros tienen unos nombres muy complicados.

—Son dos nombres, amo —señalé—. Mi primer nombre era Judy, mi segundo nombre, Thornton.

—No me gustan esos nombres. Así que no serán los tuyos.

—Sí, amo. —Supuse que aquellos nombres sonarían extraños y bárbaros a oídos goreanos.

Me había hecho llegar hasta un punto en el cual con un solo movimiento más me habría precipitado en la experiencia sexual más increíble y fantástica que puede sentir una mujer, en la cual ella se sabe física y emocionalmente sometida por completo a un amo, el momento del arrebató del espasmo de sumisión, el orgasmo de esclava.

—Debo alejarte de mi mente —me dijo. Yo gemí—. ¿Cuál es tu marca? —me preguntó.

—La Flor de la Esclava, la Dina —grité.

Yo era la única Dina entre las chicas. Era una marca común. Generalmente las esclavas que llevaban tal marca eran llamadas Dina. Era un nombre apropiado para una chica corriente que no se distinguía de las demás.

—No olvides tu nombre.

—¡Tengo que entregarme, amo! ¡No puedo evitarlo! ¡No puedo hacer nada más que rendirme!

—¿Te entregarías aunque eso significara la muerte?

—¡Sí, amo! —grité.

—Pues ríndete, esclava.

Y yo me entregué a él con un suspiro.

—Eres Dina —me dijo riendo con voz gutural—. Eres la esclava Dina, a quien yo poseo. —Rió de placer por su triunfo sobre su esclava.

—¡Sí, amo! —exclamé yo—. ¡Soy Dina! ¡Soy Dina! —Me abracé a él, me aferré a él completamente rendida—. ¡Dina ama a su amo! —suspiré—. ¡Dina ama a su amo!

Más tarde yacía a su lado, una esclava feliz junto al poderío de su señor.

¡Cómo le amaba!

—Qué extraño —dijo él mirando las estrellas goreanas.

—¿Sí...? —pregunté.

—Es evidente que no eres más que una chica común.

—Sí amo. —Comencé a besarle con ternura en el hombro. Era verdad. Él era Clitus Vitellius, un capitán de la ciudad de Ar. Yo sólo era Dina.

—Temo empezar a interesarme por ti —me dijo.

—Si Dina ha encontrado el favor de su amo, se siente muy contenta.

—Debo luchar contra esta debilidad.

—Azótame —le dije.

—No.

—No eres tú el débil, amo. Es Dina quien pierde la fuerza en tus brazos. —Le besé.

—Debo ser fuerte.

—A mí no me pareces débil, amo, cuando ríes y cuando me tomas y me llamas Dina. Pareces magnífico en tu orgullo y en tu poder.

—Me inquietas —dijo él con enfado.

—Perdóname, amo.

—Debería librarme de ti.

—Amo —le dije.

—Sí...

—¿Te ha complacido Dina esta noche?

—Sí.

—Quiero llevar tu collar.

Hubo un prolongado silencio. Luego dijo:

—Eres una chica de la Tierra, y aun así me suplicas que te ponga un collar.

—Dina quiere el collar de su amo —susurré besándole. El collar me haría igual a

Eta.

—Yo decido qué esclavas llevarán mi collar —dijo él.

—Sí, amo —contesté obediente. Si veía apropiado ponerme su collar, así lo haría.

—¿Son míos tus sentimientos, estás totalmente a mi merced sin que te quede rastro de orgullo o dignidad?

—Sí, amo —susurré.

—¿Reconoces que eres una esclava desesperadamente enamorada de mí?

—Sí, amo.

—Es curioso —dijo él.

—¿El qué, amo?

—Yo y los hombres y las otras chicas abandonaremos el Fuerte de Tabuk por la mañana. Tú te quedarás atrás. Voy a entregarte a Thurnus.

8. LA VOLUNTAD DE LA MUJER NO CUENTA

Corrí hacia la jaula. ¡Debía alcanzarla!

Me arrojé dentro de rodillas. Me volví rápidamente, vi la barra y la cerré tras de mí. El hocico de la bestia se metió entre las rejas. Yo me estremecía y temblaba y siseaba. Me encogí en la pequeña jaula. Al otro lado de los barrotes de la puerta de la jaula me observaban unos ojos de eslín. Grité de desesperación. Si hubiera corrido más despacio me habría atrapado y me habría despedazado. El animal volvió la cabeza y mordió los barrotes con su doble fila de colmillos. Oí cómo los dientes rechinaban en el metal. El eslín empujó la jaula y la agitó hasta que quedó atrapada entre la cadena y el poste. Luego se puso a dar vueltas alrededor, con sus seis patas, frotando con enfado su enorme cuerpo contra los barrotes. Intentó alcanzarme desde otro ángulo. Yo me arrodillé bajando la cabeza, tapándomela con las manos, temblando en el centro de la pequeña jaula. En una ocasión su hocico me rozó y di un respingo. Podía oler su aliento, sentía su calor en la piel. Los barrotes estaban mojados allí donde los había mordido, también el suelo estaba mojado donde había caído la saliva de aquella bestia en su furor, en su ansia de matar.

—¡Atrás! —dijo Thurnus acercándose al eslín y poniéndole una cuerda al cuello. Lo apartó de la jaula—. ¡Calma, calma, fiera! —Acercó la cabeza a su hocico sin dejar de arrullarle con las manos en la cuerda que rodeaba su cuello. Le susurró palabras al oído. La bestia se tranquilizó. Thurnus cogió un gran pedazo de carne y lo lanzó al animal que empezó a devorarlo.

—Excelente —dijo Clitus Vitellius.

Yo estaba de rodillas en la jaula de esclavas con las manos en los barrotes.

Yo misma me había encerrado en aquella jaula. Al cerrar la puerta tras de mí, dos travesaños unidos a un barrote al final de la puerta se habían deslizado en sendos pestillos de hierro asegurando la puerta. Era imposible que yo abriera esos pestillos, que sólo respondían a una llave que llevaba Thurnus al cuello. Era forzoso cerrar la puerta no sólo porque el animal me seguía muy cerca, sino porque si los pestillos no están echados la bestia puede deslizar el hocico por debajo de la puerta y luego levantar la cabeza abriendo la jaula. En esta situación la chica no tiene elección. O se encierra en la jaula quedando prisionera de su dueño o el animal la despedaza.

Observé asustada como el eslín desgarraba el trozo de carne.

Estaba arrodillada en la jaula aferrada a los barrotes. La jaula era diminuta, pero sólida. Podía estar de rodillas o sentada con las piernas encogidas. Tiene la altura de la cintura de un hombre. Está construida de forma que pueda ser unida a otras jaulas. Aunque el suelo es de madera, bajo él también hay barrotes. Así pues toda la jaula está rodeada de pesados barrotes. La jaula en la que estaba encerrada no sólo podía retener a una chica, sino que también hubiera servido para un hombre fuerte. Era,

desde luego, una jaula de esclava.

Miré hacia arriba a través de los barrotes. Clitus Vitellius no me prestaba atención. Me había entregado a Thurnus.

La jaula estaba dentro de un corral de eslines rodeado por una valla de madera y sembrado de arena. Dentro del corral había varias personas; mis hermanas de esclavitud, aquellas que todavía pertenecían a Clitus Vitellius y otra chica enjaulada como yo, Chanda, que estaba sentada en su prisión vendándose la pierna sangrante con un trozo de tela. También estaba Thurnus, y Clitus Vitellius y alguno de sus hombres. Había varios eslines dentro del corral atados a sus postes por correas de cuero, y varios trozos de carne y cuerdas y látigos utilizados para entrenar a los animales. Al otro lado de la valla varias personas observaban el entrenamiento: los hombres de Clitus Vitellius, algunos ciudadanos y jóvenes campesinos, y Melina, la gruesa compañera de Thurnus.

Melina me miraba. Bajé la vista.

Yo era una bonita esclava que había sido entregada a su compañero. No me hubiera importado mirarla a los ojos. Esperaba que no fuera muy cruel conmigo. Pero ella era de la Casta de los Campesinos, y yo no era más que una esclava.

Miré a Chanda al otro lado de la arena. Ella también estaba prisionera en una pequeña jaula. Estaba sentada con las piernas encogidas y se vendaba muy despacio la pantorrilla. La sangre salía a través de la tela. La escasa túnica que llevaba también había sido rasgada por la bestia que la había perseguido, y a la que también habían premiado con un trozo de carne. Los hombres discutían acerca de los animales y sus méritos.

Me aferré con las manos a los barrotes bajando la cabeza y cerrando los ojos. Apoyé la cabeza. ¿Qué esperanzas tenía una chica de escapar en un mundo en que vivían los eslines?

Chanda y yo habíamos sido utilizadas para hacer una demostración.

Nos habían acercado al eslín para que conociera nuestro olor. Un hombre nos agarraba mientras el eslín nos olía. Luego habían soltado a Chanda, que echó a correr. Poco después me soltaron a mí, y corrí tras ella.

Después de que Clitus Vitellius me entregara a Thurnus yo había echado a correr con todas mis fuerzas. En mi histeria había tomado la seria determinación de escaparme. ¡Qué esclava más estúpida era!

Había corrido hasta el límite. Ya estaba casi desfallecida cuando una figura oscura me pasó a toda velocidad.

Vi cómo se volvía hacia Chanda y comenzó el ataque. Ella volvió a toda prisa al corral de entrenamiento. Tropezó una vez y la bestia le cogió la pierna. Chanda gritó y al instante estaba de nuevo en pie corriendo con las manos extendidas ante ella. Yo seguí corriendo. Di un grito. Allí estaba, justo delante de mí, con la cabeza levantada.

Di un paso hacia atrás con la mano en la cara. El animal dio un espantoso gruñido. Distraída con el primer eslín que había perseguido a Chanda ni siquiera había visto a éste, que tenía mi olor en el cerebro. El eslín había trazado un círculo a mi alrededor y ahora se acercaba.

—¡No! ¡No! —grité—. ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete, por favor!

Estaba a unos dos metros de mí, con la cabeza levantada, husmeando y gruñendo.

—¡Vete, por favor! —gemí.

El animal se echó en el suelo, la cabeza aún levantada sin dejar de mirarme. Agitaba la cola y sus ojos relampagueaban. Tenía dos filas de colmillos.

Me di la vuelta y salí corriendo gritando de miedo. Me dirigí hacia el corral de entrenamiento, hacia la jaula que había sido construida para albergar a una esclava de la Tierra.

Corrí con todas mis fuerzas. El animal corría tras de mí, gruñendo y dando dentelladas. Sentía su aliento en las piernas y sus dentelladas junto a mis tobillos. Me quedé sin aliento mientras seguía corriendo más y más.

El eslín estaba bien entrenado. Sabía cómo pastorear a una esclava. Tenía sentido de la distancia y de mis limitaciones, de su velocidad y su resistencia, que imaginé sería muy superior a la mía. Y me mantenía en el límite, impidiéndome pensar, dejándome tan sólo correr, correr frenética, locamente hacia mi jaula.

Estaba a su merced. Él me señalaba el camino que debía seguir si quería vivir.

Seguí corriendo, gritando de miedo.

Me condujo a la perfección.

Mi única esperanza de sobrevivir era alcanzar la jaula y encerrarme dentro donde esperaría, así confinada, complacer a mi amo.

Me arrojé a la jaula de rodillas, me volví y cerré la puerta, que quedó asegurada. La bestia intentó alcanzarme, pero no pudo. Estaba a salvo en la caja, pero también prisionera, a merced de mi amo.

Abrieron y retiraron la puerta de mi prisión, después de que los hombres de Thurnus se llevaron a los eslines a sus jaulas. Los hombres de Clitus Vitellius se habían ido de la arena, acompañados por las esclavas, entre ellas Chanda, a quien también habían liberado. La pequeña multitud que había asistido a la demostración se había disuelto, con excepción de Melina, la compañera de Thurnus, y dos o tres jóvenes campesinos que me observaban. Sandal Thong, una de las chicas de Thurnus que había estado en la arena, había marchado a atender otras tareas, incluida la de abreviar a los eslines. Iba vestida con una corta túnica blanca de esclava, de lana de hurt, y un collar de cuerda. Era una chica alta y pecosa, de largos miembros, que pertenecía a los campesinos. Clitus Vitellius, ataviado con su túnica de guerrero, permanecía en la arena, esperando acompañar a Thurnus hasta su cabaña.

Thurnus golpeó los barrotes de la jaula con un látigo de eslín.

—Vamos, pequeña esclava —me dijo.

Salí a gatas de la jaula arrastrándome con la cabeza gacha sobre la arena caliente. Era la primera vez que me habían enjaulado. Comencé a ponerme en pie sin pensarlo y recibí un fuerte latigazo que me arrojó al suelo. Sorprendida, me quedé tirada en la arena. Me habían hecho daño. Sentía en los dedos y en las piernas el calor de la arena.

—¿Amo? —pregunté asustada. ¿En qué le había ofendido?

—¿Acaso se te ha dado permiso para levantarte, esclava? —me dijo.

—No, amo —respondí con miedo—. Perdóname. —En Gor es corriente que una chica salga de su jaula a gatas o arrastrándose, según el tamaño de la abertura de la puerta, y que permanezca a los pies de su amo esperando sus órdenes. Pero entonces yo no lo sabía. Nunca me habían enjaulado antes.

Me quedé tumbada en la arena a sus pies. No quería ser azotada.

—Es una preciosidad, ¿verdad? —dijo Thurnus.

—Me alegro de que te guste —dijo Clitus Vitellius.

—Te agradezco tu regalo —respondió Thurnus.

—No es nada. No es más que una bonita bagatela.

—Ponte a gatas, esclava —ordenó Thurnus.

Obedecí. Me ató al cuello una cuerda de eslín que fue anudada a uno de los barrotes de la jaula. Quedaban treinta centímetros de cuerda entre la jaula y yo.

—Mírame, esclava —me dijo Thurnus.

Obedecí.

—Has intentado escapar —continuó.

—No tenía ninguna oportunidad de escapar —dije yo—. Lanzaron un eslín en mi persecución.

—Es verdad. No tenías ninguna oportunidad de escapar. Pero tú, esclava ignorante, no lo sabías.

Estaba asustada. Me quedé en silencio.

—¿Intentabas escapar? —me pregunto.

—Sí, amo —musité.

—Siéntate con la espalda contra la jaula y las piernas encogidas —me dijo. Obedecí, con el cuello atado a uno de los barrotes. Él se agachó junto a mí.

Sacó un cuchillo de eslín.

Me tocó las pantorrillas.

—Bonitas piernas.

—Gracias, amo.

—¿Sabes qué músculos son éstos? —preguntó tocándome los tendones detrás de mi rodilla derecha.

—Tendones, amo.

—¿Sabes para qué sirven?

—Controlan el movimiento de la pierna —respondí—. Sin ellos no podría andar.

Sentí la hoja del cuchillo en el tendón de mi pierna derecha. Si Thurnus movía la hoja me cortaría el tendón.

Volvió a guardar el cuchillo.

Entonces me abofeteó dos veces con la palma y el revés de la mano.

—Esto —me dijo— es por intentar escapar.

—Sí, amo.

Me cogió las piernas apretando con los pulgares los tendones de las rodillas. Me incliné hacia atrás por el fuerte dolor, echando la cabeza a un lado entre los barrotes.

—Recuérdalo, pequeña preciosidad.

Le miré con horror.

—Sí, amo.

—A gatas, esclava.

Obedecí, y él soltó la cuerda de los barrotes y la arrojó junto a mí sobre la arena, todavía atada a mi cuello.

—Mírame, niña —dijo.

Le miré.

—Ve a la cabaña.

—Sí, amo.

Entonces Thurnus y Clitus Vitellius se alejaron de mí.

—Debo partir antes del atardecer —iba diciendo Clitus Vitellius—. Hay cuatro esclaves que me interesan.

—Vamos a discutirlo Clitus.

Se marcharon del corral de entrenamiento dejándome allí de rodillas sobre la arena caliente, con la cuerda al cuello. Yo miré a mi alrededor, vi el montón de látigos y cuerdas, las correas de eslín, las jaulas, la barrera de madera que rodeaba el corral, y entonces me dirigí a gatas hacia la cabaña de Thurnus, arrastrando la cuerda tras de mí.

Ahora comenzaba a entender lo que significaba ser la esclava de un campesino.

Me detuve en la calle de la villa ante unos pies que se alzaban en mi camino. Miré hacia arriba desde el suelo. Se trataba de dos jóvenes campesinos.

—¿Qué esclava es ésta? —preguntó uno. Era Bran Loort, el jefe de los chicos campesinos, un rudo adolescente al borde de la madurez. Poseía los rasgos de un jefe de casta.

—Es la inteligente y bonita esclava que anoche consiguió escapar de nosotros —dijo su compañero.

—Es verdad —reconoció Bran Loort.

—Me han dicho que se la han regalado a Thurnus.

—Entonces se quedará en la ciudad —dijo Bran Loort.

—Eso parece.

—Por favor, amos, dejadme pasar.

—Dejémosla pasar —accedió Bran Loort. Se hicieron a un lado como si yo hubiera sido una mujer libre. Pasé gateando en el polvo junto a ellos, arrastrando la cuerda atada a mi cuello.

En las inmediaciones de la cabaña de Thurnus, junto a uno de los carros robados en el campamento de Lady Sabina, estaba Clitus Vitellius.

Me arrastré a sus pies sollozando.

—¡Quédate conmigo! ¡Quédate conmigo, amo! —supliqué.

Él me miró. Atardecía.

Yo le miré con los ojos llenos de lágrimas.

—Te amo, mi señor —gemí.

—No quiere ser la esclava de un campesino —se burló uno de los hombres.

—Te quiero, amo.

Clitus Vitellius cogió del suelo la cuerda que tenía atada al cuello.

Yo alcé los ojos llenos de lágrimas hacia él poniéndole las manos en las rodillas. En sus manos tenía la cuerda atada a mi cuello.

—Soy tu esclava conquistada —lloré—. Por favor, llévame contigo.

Él puso el pie sobre la cuerda y la acercó hacia sí, arrastrando mi cabeza hasta el polvo a sus pies.

—Eres una esclava de la ciudad de Tabuk —dijo. Luego tiró al suelo la cuerda y se alejó.

Yo lloré arañando el polvo junto a la rueda del carro.

9. LLUVIA

Golpeé la tierra seca pegada en las raíces de la planta de sul. Llevaba veinte días como esclava en el Fuerte de Tabuk.

La azada campesina tiene unos dos metros de largo. La cabeza es de hierro, con un borde afilado de unos diez centímetros. Está unida al mango por una pieza de ajuste que encaja en un agujero con forma de anilla. Al extremo del mango hay una cuña que sirve para ajustar la madera en el agujero.

Yo era demasiado pequeña para utilizar bien tal herramienta. No era una buena esclava campesina.

Es difícil soportar la dureza de la esclavitud en una villa campesina, especialmente para una chica débil como yo.

Me incorporé estirando la espalda. Me dolía. Entorné los ojos.

En el camino del Fuerte de Tabuk vi a Tup Ladletender, el buhonero, tirando de su carro.

Me miré las manos. Estaban despellejadas, llenas de ampollas y sucias. Metí un dedo por dentro de mi collar, separándolo un poco del cuello para secarme el sudor y el polvo. La cuerda me arañaba la piel, pero debía llevarla. Era un símbolo de mi esclavitud.

El día comienza muy temprano, antes del amanecer, cuando Melina abre los cerrojos de nuestra jaula.

Entonces salimos y nos arrodillamos ante ella, inclinando la cabeza hasta el suelo. Melina sostiene el látigo ante nosotras. Es nuestra ama.

Hay que ordeñar a los verros, recoger los huevos de los vulos y abreviar y dar de comer a los eslines y limpiar sus jaulas.

A mitad de la mañana volvemos a la cabaña de Thurnus, detrás de la cual han puesto unas cazuelas de gachas de esclava para nosotros. Hay que comerse las gachas y lamer la cazuela hasta dejarla limpia. Las esclavas de campesinos han de comer arrodilladas o tumbadas boca abajo, sin usar las manos.

Después de comer comienza el verdadero trabajo del día. Hay que transportar agua, recoger leña y atender los campos. Las tareas de una villa campesina son muchas y muy variadas y pesadas, y la mayoría de ellas está a cargo de las esclavas. Tenemos que hacerlas o morir. A veces los muchachos nos sorprenden en los campos, nos atan y nos violan. No importa, porque no somos más que esclavas.

Me dolían todos los huesos del cuerpo.

Hacía diez días Thurnus me había utilizado para arar. No tenía boscos. Las chicas son más baratas.

Me uncieron al arado con las otras esclavas y, desnudas y sudorosas, habíamos

marcado los surcos bajo el látigo de nuestro amo. Lentamente, hundiendo los pies en la tierra, tensábamos nuestros músculos bajo los arneses y poco a poco la gran hoja, gobernada por nuestro amo, había comenzado a moverse bajo el sol inclemente. Después de unos metros me sentí morir. ¿Quién se daría cuenta si no me esforzaba al máximo? Fue entonces cuando sentí el látigo por primera vez. No era el látigo de esclava de cinco colas, inventado para el duro y perfecto castigo de una esclava incompetente, sino el látigo simple de bosco, que era poco más que una correa de cuero, un mero incentivo para alentar a la bestia, pero lo sentí en la espalda como una serpiente al rojo vivo, con el estampido de un disparo de rifle. Ni siquiera podía creer el dolor que sentí. Era la primera vez que me azotaban con un látigo.

—Vamos, Dina, tira con más fuerza —dijo Thurnus.

—¡Sí, amo! —grité yo, tirando del arnés. No se había enfadado. Pero mi espalda me dolía como si me hubieran golpeado con un cable ardiente.

Era increíble el dolor del látigo. Ni siquiera podía imaginar lo que sería sentir en mi cuerpo un auténtico látigo de esclava. Pero sabía que una esclava podía ser condenada a una tanda de azotes con el auténtico látigo de esclava por una falta tan leve como haber dejado de complacer a su amo en una cosa tan íntima que ni siquiera comprendiera. Y no sólo eso, también podía ser condenada a los azotes sin otra razón que el placer del amo. Ahora yo conocía el látigo. Gruñí de dolor. Ahora tenía una nueva visión de mi condición de esclava, y pondría más empeño aún en obedecer la voluntad de mis amos.

Pero en menos de una hora caí inconsciente atada a los arneses.

Recuerdo que me ató las manos a la espalda y los tobillos, y que me dejó tirada en un surco. Entonces volví a desmayarme. Esa noche Thurnus me llevó sobre el hombro a la ciudad y me arrojó entre los pilares de su cabaña.

—¿Qué pasa? —preguntó Melina.

—Ésta es muy débil —dijo Thurnus.

—Yo la mataré —sugirió Melina, sacándose un cuchillo de las vestiduras. Me incorporé sobre el codo, desnuda y atada, indefensa a sus pies, y la miré con horror. Se acercó a mí con el cuchillo.

—¡Por favor, no, ama! —sollocé.

—Entra en casa, mujer —dijo Thurnus enfadado.

—El débil eres tú —replicó Melina. Luego guardó el cuchillo—. Fue un error seguirte.

Él la miraba en silencio.

—Podías haber sido jefe de casta —continuó ella—. Pero en cambio no soy más que la compañera de un jefe de aldea. Podía haber sido compañera de un jefe de distrito. Apestas a eslín y a esclava. —Dijo eso aunque había esclavas presentes—. Eres débil y estúpido, Thurnus. Te desprecio.

—Entra en casa, mujer —dijo él. Melina se volvió furiosa y subió los escalones de la cabaña. Cuando llegó arriba se dio la vuelta.

—No seguirás dando órdenes mucho tiempo en el Fuerte de Tabuk, Thurnus. —Y desapareció en el interior de la casa.

—Desatad a Dina y llevadla a la jaula —dijo Thurnus.

—Sí, amo —respondieron las esclavas.

—Pobre Dina —dijo Thurnus mirándome mientras desataban mis débiles miembros—. Eres una hembra de bosko muy débil. —Hizo una mueca y se marchó.

Golpeé con furia el suelo con la azada. Para mí era difícil incluso llevar agua a los campos, temblando bajo el peso del enorme barril sobre mis hombros. A veces caía derramando el agua. Y era muy lenta. Las otras chicas, Sandal Thong, Radish, Turnip y Verr Tail, que eran mis amigas, hacían parte de mis tareas más pesadas y a cambio yo hacía muchos de sus trabajos más ligeros. Pero no me gustaba esto, porque para ellas era más duro. Yo quería hacer mi parte. Sólo que era muy débil para ser la chica de un campesino.

Alcé la mirada otra vez. Ahora la carreta de Tup Ladletender, el buhonero, estaba más lejos en el polvoriento camino que lleva a la carretera principal, formada de bloques de piedra, que lleva a Ar.

Se me consideraba muy poca cosa en la villa, aunque mis compañeras de celda eran amables conmigo. Yo no era lo bastante fuerte ni lo bastante fornida para ser una buena esclava de campesino.

Odiaba a los campesinos. ¡Qué idiotas eran! Había cosas mejores que hacer con una bella esclava que atarla a un arado.

—Esta villa no es un buen lugar para ti, Dina —me dijo Turnip en una ocasión—. Tú eres una esclava de ciudad. Deberías estar encadenada a los pies de un hombre en la intimidad de sus alcobas, acurrucándote y ronroneando como una hembra eslín satisfecha.

—Tal vez —dije yo.

—Yo podría ronronear a los pies de Thurnus —dijo Sandal Thong. Y todas reímos. Pero ella no bromeaba. Me resultaba extraño pensar en la enorme Sandal Thong esperando someterse al dominio de un hombre. Pero me dije que ella también era una mujer.

Debido a mi falta de fuerza, Thurnus a menudo me utilizaba para que le ayudara con el eslín. Llegué a conocer a algunos animales, pero en general me daban miedo. Ellos lo percibían y solían portarse mal conmigo.

—¿Es que no sirves para nada? —me preguntó Thurnus exasperado. Yo retrocedí en el corral de entrenamientos donde habíamos estado trabajando. El calor había apretado, y la arena estaba caliente. No llovía hacía varios días. La Sa-Tarna corría peligro de sequía.

Thurnus me cogió de los brazos y me sacudió.

—No sirves para nada —me dijo furioso.

Yo me estremecí ante su contacto.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Yo bajé los ojos avergonzada.

—Perdóname, amo —le dije—, pero hace varios días que no me toca ningún hombre, y soy una esclava.

—Ah.

Le miré alzando los ojos. Era muy alto.

—¿Tal vez el amo querría tomar a esta esclava?

—¿La esclava está suplicando que la tomen?

—¡Sí, amo! —dije de pronto abrazándole—. ¡Sí! ¡Sí! —no podía controlarme.

Me arrojó en la arena rasgando mi túnica en el pecho. Estaba tumbada a los pies de una celda de esclavas. Me penetró y yo me agarré a los barrotes de la celda gritando. Me agité de placer. Una vez grité de miedo porque vi a Melina espiando detrás de la pared de madera.

—¡Es el ama, amo! —dije.

Él rió.

—Yo hago lo que quiero con mis esclavas —dijo—. Que nos mire si eso le agrada, y que aprenda del comportamiento de una esclava complaciente.

Pero Melina se había marchado furiosa. Y entonces yo volví a rendirme a los placeres de mi amo entre gemidos con los que le expresaba mi gratitud de esclava. Se había dignado a tocarme. Cuando terminó yo me arrodillé a sus pies y los besé.

—Gracias, amo —le dije.

Él rió, me hizo levantar y me miró. Y entonces, de muy buen humor, me arrojó sobre la arena a sus pies. Alcé los ojos hacia él.

—Ya veo, Dina, que después de todo sí que sirves para algo. Bajé la mirada con timidez.

—Gracias, amo.

La tarde estaba ya avanzada.

El carro de Tup Ladletender desaparecía en la distancia levantando una nube de humo tras de sí.

Esa mañana me había tasado como esclava.

Fue esa misma mañana cuando me había dado cuenta de que era una prostituta. Pero supongo que toda esclava ha de ser una prostituta, y una prostituta maravillosa.

Él no me había poseído, pero al tasarme intentó examinarme bien.

Me pregunté si volvería a verle.

—Quédate atrás, Dina —había dicho Melina, la compañera de Thurnus. Las otras chicas habían salido de la villa a llevar agua. Thurnus también estaba fuera, y no

volvería hasta tarde. Había ido a otra ciudad a comprar vulos.

Yo tenía miedo de Melina. Era mi ama, y una vez había estado dispuesta a matarme, el día que no pude tirar del arado. Y además me había visto en brazos de Thurnus, aunque no me había amenazado por eso. Y supongo que era consciente de que Thurnus poseía a todas sus chicas. Radish era violada más veces que yo. Seguro que Melina lo sabía. Solamente a Sandal Thong la utilizaba muy raramente.

—Sí, ama —dije con aprensión.

Sabía que yo no le gustaba a Melina, pero no creo que me odiara más que a las otras esclavas. Era obvio que yo no era la favorita de Thurnus. Él prefería mujeres más altas, más anchas de caderas y más abultadas de pecho que yo, más del tipo que debía haber sido Melina cuando era libre, antes de convertirse en una mujer gorda y floja.

—Ven aquí, bello pajarito —dijo Melina haciéndome un gesto desde las sombras entre los pilares de la cabaña. Obedecí. Fui hacia ella porque ella era una mujer libre y yo una esclava. Me arrodillé a sus pies, gacha la cabeza.

—Quítate la túnica, Dina —me ordenó.

—Sí, ama. —Me quité la corta túnica de lana quedando desnuda.

—Ve a ese pilar y arrodíllate allí.

Eso hice.

—¿Te gusta nuestra villa? —me preguntó.

—¡Oh, sí, ama!

—Rodea el pilar con los brazos y cruza las muñecas.

Obedecí.

—¿Eres feliz aquí?

—Sí, ama.

—¿Te gustaría marcharte de la ciudad?

—¡Oh, no ama! —Y añadí—: A menos que ésa fuera la voluntad de mi ama.

Se desató de las ropas una correa y me ató las muñecas fuertemente alrededor del pilar.

¿Te retendrá eso?

—Sí, ama.

Dio un paso atrás, me miró y luego subió a su cabaña volviendo prontamente con una cuerda. Ató uno de los extremos a mi collar, dejó libres unos treinta centímetros de cuerda y ató el otro extremo al pilar a la altura de mi cuello. El cabo de cuerda que sobraba lo tiró al suelo.

Alcé los ojos hacia ella.

—Qué hermosa —dijo.

—Gracias, ama.

Atada, desnuda, arrodillada, era por completo su prisionera.

—Hay un buhonero en la ciudad.

Yo ya lo sabía. Su nombre era Tup Ladletender. Radish me lo había dicho y yo le había visto llegar arrastrando su carreta llena de estantes y compartimentos que albergaban una variada miscelánea de baratijas, y cuerdas y ganchos de los que colgaban muchos utensilios, sartenes y cazuelas. Los cajones que había a los lados de la carreta contenían también un sinfín de cosas como hilos, ropas, tijeras, botones y remiendos, cepillos y peines, hierbas, especies, paquetes de sal y filtros medicinales. Nadie sabía todo lo que podía contener aquel extraño carro.

—Voy a encargarle que te eche una mirada —dijo Melina.

Me dio un brinco el corazón. Melina iba a venderme, pensé, mientras Thurnus estaba fuera.

—Tienes que darle una buena impresión, zorrita —me advirtió Melina— o te azotaré hasta matarte.

—Lo haré, ama —prometí. ¡Ya lo creo que lo haría! ¿Cuándo volvería a tener otra oportunidad de escapar de aquella aldea? Y habría hecho cualquier cosa por dejar de ser una esclava campesina.

—Ésta es la esclava —dijo Melina.

Me agarré al poste repentinamente asustada, en una reacción involuntaria. Y atada como estaba el mío fue un bello abrazo. Entonces me di cuenta de que Melina había querido sorprenderme con lo repentino de su aparición. Así aquel hombre había visto la reacción de una hermosa esclava asustada y atada a un poste. Había sido algo completamente natural.

—¿Cómo estás, pequeño vulo? —me dijo él.

—Bien, amo.

—Abre la boca —dijo el hombre.

Obedecí.

—¿Ves? —le dijo a Melina. Me metió los dedos en la boca abriéndomela del todo —. Hay un pequeño trozo de metal en la última muela de arriba, a la izquierda.

—¿Eres de un lugar llamado Tierra? —preguntó el hombre.

—Sí, amo.

—Soy Tupelius Milius Lactantius, de Lactantii, de los Mercaderes de Ar —me dijo—. Pero sobre nosotros cayeron tiempos difíciles. Y yo, aunque por entonces sólo tenía ocho años, caí también, siendo ése mi deber, mi disciplina de casta, mi orgullo familiar y eso.

Sonreí.

—Sonríe bien —dijo—. En las ciudades soy conocido como Tup Ladletender.

—¿Qué piensas de ella? —preguntó Melina. El hombre me miró.

—Obviamente es carne de collar —dijo.

Me sentí avergonzada. Para los ojos de un hombre goreano era obvio que yo era

una esclava. Lo único cuestionable se refería a mi precio y a mi posible amo.

—¿No es bonita? —preguntó Melina.

—En las ciudades son muy corrientes este tipo de chicas. Sólo en Ar se venden cada año en el mercado miles de esclavas como ésta.

Me estremecí.

—¿Cuál es su valor?

—Lo máximo que yo ofrecería por ella sería un puñado de tarks de cobre.

De repente, sin previo aviso, me tocó y yo solté un grito estrechándome contra el poste, aferrándolo con las manos, cerrando los ojos. No pude evitarlo.

—Ah. —dijo él.

Abrí los ojos sorprendida.

—Es una esclava ardiente —dijo—, eso está bien. Está muy bien.

—¿Es muy ardiente? —preguntó Melina.

Volvió a tocarme y yo grité allí atada. No podía hacer nada.

Él rió.

—Muy ardiente —dijo riendo—. Tranquilo, pequeño vulo —me dijo.

—¡Amo, no, por favor! —supliqué.

Grité de nuevo y me estremecí en el poste, arañando la madera.

—¡Basta! —gemí—. ¡Basta, por favor, amo!

Apartó las manos y yo me froté contra el poste, temerosa de que pudiera volver a tocarme.

—¿Es muy ardiente? —preguntó Melina.

—Lo bastante para ser una zorra.

—¡Excelente! —dijo Melina.

—¿Cuál es tu nombre, pequeño vulo? —me preguntó Tup Ladletender.

—Mi amo ha tenido a bien llamarme Dina —respondí.

—Si tu amo ha tenido a bien llamarte Dina —dijo Ladletender—, entonces eres Dina.

—¡Oh, sí, amo! —dije prontamente. No quería dar a entender que mi nombre podía haber sido otro. Melina me miraba.

—¿La quieres? —preguntó Melina.

—Tienes las manos curtidas —dijo Ladletender, cogiéndome las manos y frotándome las palmas con los pulgares. Me estremecí—. Tienes las manos ásperas, Dina —me dijo.

—Soy una chica campesina, amo —dije yo. Mis manos estaban callosas de cavar y lavar y manejar aperos.

Sentí como frotaba sus dedos pulgares en las palmas de mis manos. Me apreté contra el poste con los ojos cerrados.

—Pueden suavizarse —dijo— con algunas lociones, y así serán adecuadas para

atender a los hombres.

—¿Qué me ofreces por esta pequeña hembra de eslín? —preguntó Melina.

Ladletender me tocó el cuello, metiendo el dedo por dentro del collar de cuerda y separándolo un poco.

—Llevas un collar de cuerda —dijo—. Debe ser áspero e incómodo.

—Lo que le place a mi amo —dije—, es lo que a mí me place.

—Está intentando ser complaciente —dijo Melina— ¿No te gustaría tenerla desnuda entre tus pieles? Te la puedo vender, barata.

—¿Sabe Thurnus que la vendes? —preguntó él.

—Lo que Thurnus sepa no importa. Soy una mujer libre, y compañera de Thurnus. Puedo hacer lo que quiera.

—¿Te gustaría llevar un bonito collar de acero, preciosa Dina, tal vez esmaltado? —me preguntó Ladletender tocándome el cuello.

—Nunca he tenido un collar —dije yo.

—Y no lo tendrás —señaló Ladletender.

—Sí, amo —dije, humillada.

—¿Qué me das por ella?

—Dos tarks de cobre —dijo.

Me invadió una extraña sensación. Me di cuenta de que habían ofrecido un precio por mí. Naturalmente, el precio, aunque fuera el de una chica de la Tierra como yo, no era realista, sino que fue ofrecido sólo para comenzar el regateo. Seguramente mi precio en cualquier mercado sería al menos cuatro o cinco tarks de cobre.

—Te la voy a vender por menos —dijo Melina.

Ladletender parecía atónito.

Yo abrí los ojos, también sorprendida.

—Necesito alguna cosa de tu carro —dijo ella. Me miró fijamente—. Alejémonos del poste —le dijo a Ladletender. Me dejaron allí atada y ellos fueron al carro para hablar allí. No pude oír lo que decían. Me moví un poco para poder mirar con disimulo a Melina y Ladletender en el carro. Tenía mucha curiosidad. Tup Ladletender sacó de uno de los cajones un paquete diminuto, como los que contienen medicinas o polvos y se lo dio a Melina. Luego volví a moverme para que no se dieran cuenta de que los había observado. Melina volvió al poco tiempo, me desató y, para mi sorpresa, me quitó la cuerda larga, pero no la cuerda del cuello. Yo esperaba que me ataran las muñecas a la espalda, y el cuello al carro de Ladletender para seguirle como esclava suya, desnuda y descalza.

—Ponte la túnica —me dijo Melina—. Coge una azada y vete a los campos de sul. Bran Loort irá a buscarte cuando sea el momento. No hables con nadie.

—Sí, ama —dije.

—Date prisa.

Me puse la túnica de lana.

Melina parecía muy agitada.

—¿Puede hablar la esclava, ama? —pregunté.

—Sí.

—¿No he sido vendida, ama?

—Tal vez, hermosa Dina —dijo Melina—. Ya veremos.

—Sí, ama —respondí atónita.

—Mañana, mi hermosa hembra de eslín, pertenecerás a Tup Ladletender o a Bran Loort.

Yo la miré con asombro.

—¡Vete! —me urgió—. ¡Date prisa! ¡Y no hables con nadie!

Yo me di la vuelta y corrí a buscar una azada.

Golpeé con la azada en la tierra seca de las raíces de la planta de sul.

No había llovido en quince días, y la tierra ya estaba seca con anterioridad.

El carro de Tup Ladletender había desaparecido por el camino que llevaba al Fuerte de Tabuk. Ni siquiera se veía la nube de polvo que dejaba tras de sí.

La tarde estaba avanzada.

Estaba totalmente sola y desprotegida en los campos.

Recordé un extraño sueño que había tenido, en el que aparecía desnuda y con un collar, arrodillada sobre azulejos en una hermosa habitación en la que me habían ordenado hacer un collar.

—¿Y quién me lo ordena? —pregunté.

—Te lo ordena Belisarius, esclava —fue la respuesta. Una respuesta que yo ya esperaba, aunque no conocía a ningún Belisarius.

—¿Y cuál es la orden de Belisarius, amo de esta esclava? —había preguntado yo.

—Es muy simple —dijo la voz.

—Sí, amo.

—Haz un collar, esclava.

—Sí, amo.

Entonces fui a coger los hilos y las copas llenas de cuentas de encima de la mesa, y me desperté. No había entendido el sueño. Bran Loort estaba cerca de los barrotes de la jaula, mirándome.

—Voy a ser el primero en el Fuerte de Tabuk —me susurró—. Y cuando lo sea, Melina te entregará a mí. —Después de decir esto se alejó de los barrotes, y yo me acurruqué temblando entre la paja.

Hoy pensé que había sido vendida, y tal vez era cierto, pero no lo sabía. Tup Ladletender había abandonado la villa sin mí. A mí me habían enviado a los campos. Tup Ladletender le había dado a Melina un paquete de medicina. No sabía qué pensar. Bran Loort vendría a buscarme, me habían dicho, y hasta entonces debía

quedarme en los campos. Yo no entendía gran cosa de todo esto.

Volví a doblarme en mis arduas tareas.

Me enderecé de pronto.

—¡Bran Loort! —grité.

Se quedó quieto a unos metros de mí, con una cuerda en las manos. Mis manos se crisparon en la azada.

Me miró.

Bajé la azada. Una esclava no se atreve a levantar un arma ante un hombre libre. A algunas chicas las han matado, o les han cortado las manos sólo por tocar un arma.

—He venido a buscarte, Dina —me dijo.

Miré a mi alrededor. A mi izquierda había otro muchacho campesino que también llevaba una cuerda. Me volví con presteza. Detrás de mí había otros cuatro, y detrás de Bran Loort aparecieron dos más, uno de ellos con otra cuerda.

No había lugar al que escapar.

—Es aquella chica lista que nos eludió en el juego de la caza de chicas en la villa —dijo uno de los campesinos.

Extendí hacia Bran Loort las muñecas cruzadas para que me las atara.

—Me vas a llevar a mi amo —dije.

Él rió.

Bajé las muñecas y miré con miedo a mi alrededor. Los muchachos se acercaron más cerrando el círculo en torno a mí.

Yo eché a correr, pero caí en brazos de uno de los campesinos que me arrojó bruscamente al centro del círculo. Intenté de nuevo romper el círculo, pero volvieron a cogerme. Ahora estaban muy cerca de mí.

Extendí hacia Bran Loort las muñecas cruzadas.

—¿Vas a atarme, Bran Loort? —pregunté.

—Eso y más —dijo él.

—A Thurnus no le va a gustar —protesté.

—Esta noche me perteneces.

—No entiendo —dije.

—Esta noche, vas a ser una fiesta para nosotros, Dina.

Me eché a temblar.

—Agarradla —dijo Bran Loort.

Dos chicos me cogieron por los brazos.

—Ponedle la correa en ambos tobillos.

Le obedecieron y quedé atada ante ellos.

—Pon los brazos a los costados, un poco separados del cuerpo —me dijo Bran Loort.

Eso hice.

Me ataron las muñecas. Las cuerdas que apresaban mis manos y mis pies no eran todas las que habían traído a los campos. Bran Loort y uno de sus compinches sostenían el resto de las cuerdas. Sabía que me iban a azotar con ellas.

—Vas a obedecer —dijo Bran Loort.

—Sí, amo.

—Quítate el pañuelo.

Yo alcé mis manos atadas y me quité el pañuelo, soltándome los cabellos.

—Rompe el pañuelo —dijo Bran Loort.

—Por favor —dije yo. No quería romper el pañuelo. Tanto él como yo pertenecíamos a mi amo. Dina era responsable del pañuelo, y al amo no le gustaría que lo rompiera. Azotaría a Dina.

—Rómpelo —repitió Bran Loort. Rompí el pañuelo con cierta dificultad. Los muchachos se burlaron de mi debilidad.

—Tíralo al suelo y písalo hundiéndolo en el polvo.

Eso hice, pisándolo con el tobillo de mi pie atado. Ahora estaba segura de que sería azotada al regresar a la aldea.

Miré a los chicos y de pronto me di cuenta de que tenía más que temer de ellos que del látigo de la ira de Thurnus o de Melina. Sus ojos me aterrorizaron. Estaba atada. Era su prisionera.

—¿Eres dócil y complaciente? —preguntó Bran Loort.

—Sí, amo —susurré.

—Desnúdate.

—Sí, amo. —Me dispuse a quitarme la túnica por encima de mi cabeza. Esperaba que acabaran pronto conmigo.

Pero mis manos atadas no alcanzaban hasta el borde de la túnica. Mis dedos lucharon por llegar hasta él. Intenté de nuevo agarrar la túnica, pero las cuerdas no me lo permitían. Miré a Bran Loort con alarma, con la protesta en mis ojos.

—Desnúdate —repitió, restallando contra su mano la cuerda a modo de látigo. Detrás de mí había otro campesino con un látigo similar.

De nuevo intenté quitarme la túnica, pero en vano. Entonces intenté desgarrar el cuello del vestido, pero los muchachos no me lo permitieron.

—Eres una esclava rebelde —dijo Bran Loort.

—¡No, amo!

—Obedece entonces.

De nuevo intenté romper la túnica. De nuevo me lo impidieron.

—Esclava rebelde —dijo Bran Loort.

De repente restalló la cuerda que sostenía el campesino a mi espalda, y fue a dar contra mis muslos.

—¡Oh! —grité.

Al mismo tiempo Bran Loort me azotó con su cuerda entre los hombros y el cuello.

Los campesinos tiraron de la cuerda atada a mis tobillos y a mis muñecas, tirándome al suelo boca abajo abierta de brazos y piernas.

Bran Loort y el otro me azotaron una y otra vez con las cuerdas hasta que, sollozando y toda marcada incluso debajo de la túnica, me obligaron a arrodillarme con los brazos abiertos. Tenía la cara y el cuerpo sucios de polvo y la túnica sudada y ennegrecida, y en la boca sabor a tierra.

—Traedla —dijo Bran Loort.

Me levantaron tirando de las cuerdas y me arrastraron por los campos de sul, dejando atrás la azada y el pañuelo destrozado.

Son muchas las cosas que se le pueden hacer a una esclava que tiene los miembros atados. Los muchachos se divertieron conmigo a sus anchas. Me hicieron caer cuando querían y como querían; a veces me tiraban boca abajo, a veces me llevaban suspendida en el aire entre cuatro, a veces me arrastraban tirando de la cuerda del tobillo o de la muñeca. Me hicieron caminar hacia donde quisieron, por las rocas o la grava.

Me arrastraron tirando de las cuerdas en medio de las espigas del arbusto. Grité de dolor, supliqué una clemencia que me fue negada. Los espinos me arañaron las ropas y el cuerpo. Me arrastraron rudamente a través del matorral. Yo gritaba agitando la cabeza de un lado a otro, manteniendo los ojos cerrados para no quedar ciega.

—¡Por favor, amos! —grité. Pero ellos no tuvieron a bien mostrar piedad. Con el cuerpo ensangrentado, lleno de heridas y arañazos, me sacaron del matorral. Ahora estaba desnuda.

Me azotaron con las cuerdas y continuamos nuestro viaje. Ellos iban cantando mientras me arrastraban sobre la hierba hacia el lugar donde celebrarían su fiesta.

Allí me ataron las manos alrededor de un árbol y me azotaron. Y allí atada al árbol, apoyando la mejilla en su corteza, sollozando, temblando ante los latigazos, me pregunté qué les habría hecho para que fueran tan crueles conmigo.

Entonces me acordé que yo, una esclava, les había eludido unos días atrás en el juego de la caza de esclavas, en el que yo fui más lista que ellos. Pero ahora no me sentía muy lista, ahora iba a pagar mi inteligencia. Qué estupidez es que una esclava intente superar a un hombre libre, porque algún día puede convertirse en su amo.

Grité. Bran Loort fue el primero en poseerme.

Yo yacía a los pies de Bran Loort, acurrucada en el suelo, ante la cabaña de Thurnus. Tenía las manos atadas a la espalda y el cuerpo cubierto de suciedad y sangre seca. Bran Loort sostenía la cuerda que me había atado al cuello. Yo tenía la mejilla en tierra, hacía frío y me dolía todo el cuerpo por las cuerdas y los abusos a

los que había sido sometida. Creo que estaba conmocionada, ni siquiera podía ya llorar. El único sentimiento que quedaba dentro de mí era el miedo por los hombres libres.

Era de noche y los hombres deambulaban con antorchas. Allí estaban los ocho jóvenes de Bran Loort y otros de la villa. Allí estaban los hombres y las mujeres libres y algunas esclavas a las que no habían enjaulado. Sandal Thong, Turnip, Verr Tail y Radish también estaban allí. Melina había querido que vieran lo que iba a ocurrir. No había ningún niño. A nuestro alrededor estaban los habitantes de la aldea y las esclavas. Todos los ojos estaban fijos en el umbral de la cabaña de Thurnus. De ella salió Melina y bajó las escaleras. La cabaña de Thurnus estaba cerca del centro de la villa. En el frío aire de la noche llegó hasta mí el olor del eslín. Refrescaba.

Tenía la espalda y las piernas doloridas y cubiertas de latigazos, Melina estaba al pie de la escalera. También ella se volvió para mirar la entrada.

Alcé los ojos hacia Bran Loort, que estaba espléndido, tan fuerte y orgulloso, con la cuerda de una esclava en la mano como prueba de su hombría. La vara que llevaba media unos dos metros de altura.

—Voy a ser el primero en el Fuerte de Tabuk —me había dicho una vez—. Y cuando sea el primero, Melina te entregará a mí.

—¡Sal, Thurnus! —llamó Melina desde la escalera.

Yo miré hacia el umbral de la cabaña. Estaba oscuro y vacío.

Todos los ojos estaban dirigidos al umbral de la cabaña.

Los hombres llevaban antorchas, cuyo crepitar era el único sonido de la noche.

Hubo un murmullo entre la multitud. Thurnus estaba en la puerta de su cabaña.

—Saludos, Thurnus —dijo Bran Loort.

—Saludos, Bran Loort —dijo Thurnus.

Sentí en el vientre el pie de Bran Loort, calzado con pesadas sandalias. Grité de dolor.

—De rodillas, esclava —dijo Bran Loort.

Yo me arrodillé. Él tensó la cuerda atada a mi cuello, poniendo mi cabeza a unos centímetros de su pierna. Se me nubló la vista. Cuando se aclaró mi visión vi que Thurnus me miraba.

Me observaba.

Mucho habían abusado los jóvenes del Fuerte de Tabuk de la chica de la Tierra, la que fuera Judy Thornton y ahora Dina, una esclava goreana.

Bajé la cabeza ante la mirada de mi amo. Pero no se me permitió tal cortesía. La cuerda que sostenía Bran Loort anudada a mi cuello, me hizo alzar la cabeza.

Iba a exhibirme ante Thurnus.

—Tengo algo que te pertenece —dijo Bran Loort.

—Ya veo —respondió Thurnus.

—Es una pequeña esclava ardiente —dijo él—, lista y bonita.

—Lo sé.

—Ahora yace de rodillas a mis pies.

—Ya lo veo.

Bran Loort soltó la cuerda y me arrojó a un lado con el pie. Caí al suelo y me di la vuelta para mirarle. Sostenía la vara con ambas manos, la derecha en el centro y la izquierda más abajo. Pareció intranquilo por un momento. Miraba a uno de sus amigos y luego a otro.

Entonces se volvió de nuevo hacia Thurnus que permanecía silencioso en la escalera, a unos metros sobre el nivel del suelo.

—He abusado de tu esclava —dijo Bran Loort.

—Para eso son las esclavas —contestó Thurnus.

—¡Hemos obtenido mucho placer! —exclamó Bran Loort enfadado.

—¿La habéis encontrado complaciente?

—Sí.

—Entonces no será necesario que la mate ni que la azote.

Bran Loort parecía atónito.

—Seguramente sabrás, Bran Loort —dijo Thurnus—, que el deber de una esclava es ser complaciente con los hombres. En caso contrario se hace merecedora de severo castigo que incluye hasta la tortura y la muerte si ése fuera el deseo del amo.

—La hemos tomado sin tu permiso —dijo Bran Loort.

—En eso habéis violado el código.

—Los códigos son ruidos sin sentido que se les enseña a los niños —dijo Bran Loort.

—Los códigos son la línea que distingue al hombre del eslín y el larl —dijo Thurnus.

—¿Me estás amenazando, Thurnus?

—Si me hubieras pedido permiso —dijo Thurnus señalándome con un movimiento de cabeza—, te habría dado temporalmente todos los derechos de posesión sobre ella sin pensarlo dos veces.

Yo observaba desde el suelo, con las manos atadas a la espalda y la cuerda en el cuello. Lo que Thurnus decía era verdad. Me habría entregado temporalmente a Bran Loort y yo habría tenido que servirle como a mi propio amo.

—Pero no me pediste permiso —dijo Thurnus.

—No —replicó Bran Loort enfadado—. No lo hice.

—Ya habíais hecho antes este tipo de cosas tus amigos y tú, aunque no de la gravedad de ésta.

Era verdad. Algunas veces los muchachos nos habían cogido a las esclavas de Thurnus o a las de los otros y nos habían atado y violado en los campos, pero era algo

propio de jóvenes fanfarrones y matones el tener a las esclavas a su merced. No había habido ninguna intención ni propósito de insulto en ello. No era más que una actividad fiera e inocente de muchachos llenos de fuerza y energía. Pero lo que me habían hecho hoy era algo diferente de aquellas esperadas exhibiciones de agresión masculina a las que las esclavas estábamos acostumbradas.

—He tenido mucha paciencia, Bran Loort —dijo Thurnus.

—Te agradecemos tu paciencia —dijo Bran Loort, mirando sonriente a sus secuaces. Dejó la vara en el suelo.

Supe que se invocarían los códigos. Lo que Bran Loort y sus compañeros habían hecho excedía las normas de las costumbres, las tácitas licencias de una comunidad campesina; por lo común los códigos no se ven, existen no para controlar la vida humana, sino para hacerla posible. Pero en lo que había hecho Bran Loort hubo propósito de insulto. El campesino goreano, como todos los goreanos en general, tienen un agudo sentido del honor. Bran Loort sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Estoy dispuesto a ser clemente, Bran Loort —dijo Thurnus mirándome—. Puedes pedirme permiso ahora para lo que le has hecho a esta esclava.

—Pero no voy a pedírtelo —respondió Bran Loort.

—Entonces debo convocar al consejo, para decidir qué hacemos contigo.

Bran Loort echó hacia atrás la cabeza y rió. Lo mismo hicieron sus secuaces.

—¿De qué te ríes, Bran Loort? —preguntó Thurnus.

—Sólo el jefe de casta puede convocar el consejo, y yo no pienso llamarlo a reunión.

—¿Tú eres el jefe de casta en el Fuerte de Tabuk? —dijo Thurnus.

—Sí.

—¿Quién lo ha dicho?

—Lo digo yo —dijo Bran Loort, y haciendo un gesto a sus amigos—: Lo decimos nosotros.

—Yo hablo en nombre de Thurnus, jefe de casta en la ciudad del Fuerte de Tabuk —dijo Thurnus—. Y él dice que no es así.

—Soy el primero —dijo Bran Loort.

—¿Haremos la prueba de las cinco flechas? —preguntó Thurnus.

Durante esta prueba todos los ciudadanos, excepto los dos contendientes, salen de la ciudad y las puertas se cierran. Cada oponente lleva su arco, el gran arco de campesino, y cinco flechas. El que abre la puerta para dejar entrar a los ciudadanos es el jefe de casta.

—No —dijo Bran Loort algo nervioso. No quería enfrentarse al arco de Thurnus, cuya habilidad con el mismo era legendaria incluso entre los campesinos.

—¿Prefieres entonces la prueba de los cuchillos?

En este caso son los dos contendientes los que salen de la villa para entrar en un bosque oscuro. Aquel que vuelve a la aldea es el jefe de casta.

—No —dijo Bran Loort. Pensé que muy pocos hombres estarían dispuestos a enfrentarse a Thurnus armado de acero en la oscuridad del bosque. El campesino es una parte de la tierra. Puede convertirse en una roca o en un árbol, o en esa luz que de repente surge del cielo oscuro.

Bran Loort levantó la vara.

—Soy de los campesinos —dijo.

—Muy bien —convino Thurnus—. Someteremos este asunto a la sentencia del palo. Hablará la vara. Decidirá la madera de nuestra tierra.

—¡Bien! —dijo Bran Loort.

Advertí que Sandal Thong se había escabullido entre la multitud. Ningún otro pareció darse cuenta de su ausencia.

Lentamente, paso a paso, Thurnus descendió los escalones de su cabaña.

Melina dio un paso atrás al pie de la escalera, con los ojos brillantes. Todos los ciudadanos y las esclavas se apartaron haciendo sitio alrededor de la cabaña de Thurnus.

—Encended el fuego de la aldea —dijo Thurnus. Los hombres se apresuraron a obedecer. Thurnus se abrió la túnica y se desnudó hasta la cintura. Flexionó los brazos y se subió la falda de la túnica doblándola sobre el cinto hasta que la tuvo por encima de los muslos. Bran Loort hizo lo propio.

Thurnus vino hacia mí y me hizo poner en pie cogiéndome por los brazos.

—¿Se debe esto a tu belleza, pequeña esclava? —me preguntó.

Yo no pude ni responder. No podía mantenerme en pie sin su apoyo.

—No —dijo Thurnus—. Hay muchas más cosas en juego.

Me desató las muñecas y la cuerda del cuello.

Me quedé en pie ante él con mi collar de cuerda.

Alcé los ojos hacia él. Había sido bueno conmigo.

—Amordazadla y ponedla en el potro.

Yo le miraba atónita mientras me arrastraban fuera de su presencia. Estaría bien segura en el potro de violación, como trofeo para el vencedor. No sabía por qué tenían que amordazarme.

Los hombres de Bran Loort le rodearon dándole ánimos. Thurnus permanecía a un lado sin prestarles atención.

Con un grito fui lanzada sobre el potro. Me colocaron el tobillo izquierdo en la abertura semicircular del tablón izquierdo inferior; el tablón superior, que tiene otra hendidura semicircular que coincide con la del otro tablón, se ajustó en su lugar en torno a mi tobillo. Me apresaron el tobillo derecho de la misma manera. El potro de violación en el Fuerte de Tabuk es un madero horizontal, cortado en forma de V en la

parte más baja. Me cogieron del pelo y de las muñecas y me tiraron de espaldas, ajustaron las muñecas y también la cabeza, en aberturas semicirculares. El madero quedaba cerrado por un tablón cuyas hendiduras semicirculares coinciden con las del potro. Ahora estaba en el potro, de espaldas, sujeta por los tobillos, las muñecas y el cuello. Apenas podía moverme. Vi que uno de los hombres tenía en la mano una mordaza. Sollocé cuando me la puso en la boca asegurándola con una correa que ató metiéndomela por los dientes. Luego me tapó la parte inferior del rostro con otras tres mordazas. No podía emitir ni un sonido. Pero no sabía por qué me amordazaban. Mi cuello descansaba sobre la abertura semicircular del tablón inferior. Me dolía.

Volví a un lado la cabeza para ver el combate. Turnip me miró con ojos asustados y luego desvió la vista. Radish miraba a Thurnus con alarma. Lo mismo hacía Verr Tail. A Sandal Thong no se la veía por ningún lado.

—¿Estás listo, Thurnus? —preguntó Bran Loort.

Los ciudadanos se agrupaban en torno a un círculo. El fuego estaba alto y cualquiera podía verlo.

—¿No necesitas una vara? —sonrió Bran Loort.

—Tal vez —dijo Thurnus mirando a los ocho amigos de Bran Loort—. Estos hombres que veo no entrarán en la competición.

—Me basto yo solo para poner a un gordo como tú bajo la disciplina de la casta —gruñó Bran Loort.

—Tal vez.

—Necesitas una vara.

—Sí. —Thurnus se volvió hacia uno de los amigos de Bran Loort—. Atácame —le dijo.

El joven sonrió. Fue a golpear a Thurnus, pero él cogió la vara y de pronto tiró del joven hacia él con la fuerza de un larl dando una salvaje patada con el tacón de la bota que alcanzó al muchacho en los dientes. El joven salió despedido de espaldas sangrando por la nariz y por la boca con la cara entre las manos. Ahora Thurnus tenía la vara. Había dientes en el suelo. El joven estaba en tierra aturdido.

—Una buena vara —dijo Thurnus—, es una vara en la que se puede confiar —dijo mirando al joven y esgrimiendo la vara como una lanza—. Y es manejable —añadió golpeando a otro joven que estaba mirando a su compañero herido.

El muchacho cayó al suelo con las manos en las rodillas. No había duda de que tenía alguna rota. El primer joven yacía inerte en el suelo con un charco de sangre junto a la cabeza.

—Pero una buena vara tiene que ser fuerte también —dijo Thurnus.

Los cinco jóvenes que quedaban en pie y el propio Bran Loort esperaban en tensión.

—Ven —le dijo Thurnus a otro de ellos. El muchacho cargó con ira. Thurnus se

puso detrás de él y descargó la vara en sus espaldas. El muchacho cayó al suelo, incapaz ya de levantarse. La vara tenía más de cinco centímetros de diámetro.

—Veréis, la vara —dijo Thurnus aleccionando a los jóvenes—, no es perfecta. Es débil. —Hizo un gesto señalando al joven que yacía en el suelo con la cara crispada en un gesto de dolor—. Ni siquiera le ha roto la espalda. Esta vara no debería utilizarse en un combate. —Se volvió hacia los jóvenes que quedaban en pie—. Dame otra vara —le dijo a uno de ellos. El muchacho le miró asustado y le tiró la vara, no queriendo acercarse a él—. Ésta es mejor arma —dijo Thurnus sopesándola. Miró al chico que se la había lanzado—. Ven aquí —le dijo. El muchacho se aproximó con inquietud—. La primera lección que debes aprender —dijo Thurnus golpeándole inesperadamente y con fuerza en el estómago—, es que nunca hay que darle un arma al enemigo. —El joven se dobló tambaleándose. Thurnus volvió a golpearle salvajemente en la cabeza tirándole al suelo. Luego se volvió hacia Bran Loort y sus dos amigos—. Deberías mantenerte en guardia —le dijo a uno de ellos, quien inmediatamente alzó su vara. Entonces Thurnus golpeó al otro a quien no parecía estar mirando. Se volvió para ver al joven morder el polvo—. Por supuesto tú también deberías estar en guardia. Es muy importante. —De repente, el muchacho que estaba junto a Bran Loort atacó a Thurnus inesperadamente, pero Thurnus esperaba el golpe. Lo paró y metió su vara por debajo de la del otro elevando el extremo de la suya. El joven palideció y cayó—. Está muy bien ser agresivo —dijo Thurnus—, pero hay que tener cuidado con el contraataque. —Miró a su alrededor. De los nueve hombres sólo quedaba uno, Bran Loort. Thurnus sonrió y señaló a los jóvenes caídos—. Estos hombres que estoy viendo, no entrarán en la competición.

—Eres muy hábil, Thurnus —dijo Bran Loort. Alzó el arma lista para el combate.

—Siento tener que hacerte esto, Bran Loort. Pensaba que tenías los rasgos de un jefe de casta.

—Soy jefe de casta.

—El jefe de casta debe conocer muchas cosas —dijo Thurnus—. Se necesitan muchos años para aprenderlas: el tiempo, las cosechas, los animales, los hombres. No es fácil ser jefe de casta.

Thurnus se volvió, bajando la cabeza para atarse la bota. Bran Loort lo dudó solamente un instante, y luego dio un golpe. La vara cayó pegando en el hombro de Thurnus. Fue como golpear una roca. Bran Loort dio un paso atrás.

—Hay que ganarse también el respeto de los campesinos —dijo Thurnus incorporándose y recogiendo su vara, con la bota ya atada—. Un jefe de casta ha de ser fuerte.

Bran Loort estaba pálido.

—Y ahora, vamos a luchar —dijo Thurnus.

Y los dos hombres se enredaron con sus rápidas varas. Hubo un furioso

entrechocar de madera, y el polvo aleteaba en sus pies. Muchos y fieros golpes fueron lanzados y parados. Bran Loort no carecía de habilidad, y era joven y fuerte, pero no era adversario para el poderoso Thurnus. Al final, derrotado y ensangrentado, yacía a los pies de Thurnus, jefe de casta del Fuerte de Tabuk. Alzó la vista con los ojos vidriosos. Cinco de sus secuaces que ya se habían recuperado, se acercaron blandiendo las varas.

—¡Acabad con él! —gritó Bran Loort señalando a Thurnus.

Hubo un rugido de rabia entre la multitud.

Los jóvenes alzaron las varas para cargar todos juntos contra Thurnus, que se había girado aceptando el reto.

—¡Alto! —gritó una voz. Apareció Sandal Thong en el círculo, llevando en cada mano una corta cuerda atada a un eslín. Los animales tiraban de las correas intentando lanzarse hacia delante, brillantes los ojos, goteando sus hocicos saliva que reflejaba el resplandor del fuego—. ¡Azuzaré a un eslín sobre el primero que se mueva!

Los hombres retrocedieron.

Melina gritó de furor.

—Tirad las varas —ordenó Thurnus. Los jóvenes tiraron las armas sin dejar de mirar los eslínes.

—¡No es más que una esclava! —exclamó Melina—. ¿Cómo te atreves a interferir? —le gritó a Sandal Thong.

—La he liberado esta mañana —rió Thurnus. Yo no vi ningún collar de cuerda en su cuello—, se lo había quitado cuando se escabulló del círculo de fuego.

Y ahora estaba allí, sosteniendo a los eslínes, una orgullosa mujer libre aunque todavía llevara los jirones de esclava.

—En pie, Bran Loort —dijo Thurnus.

El joven se levantó, inseguro. Thurnus le arrancó la túnica de la cintura, lo cogió del brazo y lo arrojó rudamente contra el potro donde yo estaba prisionera.

—Aquí está la pequeña esclava que tanto te gustaba, Bran Loort —dijo—. Ahora está indefensa ante ti. —El desdichado Bran Loort me miró—. Es una pequeña belleza, ¿verdad?

—Sí.

—Tómala. Te doy mi permiso.

Bran Loort bajó la cabeza.

—¡Vamos! ¡Tómala!

—No puedo —susurró Bran Loort. Era un hombre derrotado.

Se dio la vuelta y se inclinó a recoger su túnica. Fue hacia la puerta y abandonó la villa del Fuerte de Tabuk.

—El que lo desee que le siga —les dijo Thurnus a los jóvenes que habían

apoyado a Bran Loort. Pero ninguno siguió a su antiguo líder.

Melina había salido del círculo de fuego, volviendo a la cabaña que compartía con Thurnus.

—Celebraremos una fiesta —decretó Thurnus. Hubo una aclamación.

—Pero antes, Thurnus, amor mío —dijo Melina desde la puerta de la cabaña—, bebamos por la victoria de esta noche.

Se hizo el silencio.

Lentamente, con paso majestuoso, Melina descendió los escalones y se aproximó a Thurnus llevando en la mano una copa de metal.

Le tendió la copa.

—Bebe, noble Thurnus, amor mío. Te traigo la copa de la victoria.

De pronto me di cuenta de su plan. Melina era una mujer lista y astuta. Había contado con que Bran Loort y sus secuaces derrotarían a Thurnus, pero en caso de que fallaran, le había comprado a Tup Ladletender unos polvos. Si Bran Loort hubiera resultado victorioso, yo sería su premio. Pero también había sido prometida a Tup Ladletender, el buhonero, a cambio de los polvos, si Bran Loort fracasaba.

—Bebe, amor mío —dijo Melina alzando la copa hacia Thurnus—. Bebe por tu victoria y la mía.

Thurnus cogió la copa.

Yo intenté gritar, pero no pude. Me debatí en el potro, agitando salvajemente los ojos sobre la pesada mordaza.

Thurnus se llevó la copa a los labios. Se detuvo.

—Bebe —urgió Melina.

—La victoria es de ambos.

—Sí, amor mío.

—Bebe primero, compañera —dijo Thurnus.

Melina palideció.

—Bebe —repitió Thurnus.

Ella alzó unas manos temblorosas para coger la copa.

—Yo sostendré la copa —dijo Thurnus—. Bebe.

—No —dijo ella. Bajó la cabeza—. Es veneno.

Thurnus sonrió. Luego echó hacia atrás la cabeza y apuró la copa.

Melina le miraba perpleja.

—Saludos, señora —dijo Tup Ladletender saliendo de entre las cabañas.

Thurnus arrojó la copa vacía.

—Es una droga inofensiva —dijo—. Tup Ladletender y yo hemos pescado y hemos cazado juntos el eslín cuando éramos jóvenes. Una vez le salvé la vida. Somos hermanos por el rito de la garra de eslín. —Thurnus alzó el antebrazo en el que había una cicatriz dentada. Ladletender también alzó el brazo; también tenía una cicatriz

igual, hecha por Thurnus con la garra de un eslín. Habían mezclado su sangre, aunque eran campesino y mercader respectivamente—. Ahora es él quien me ha salvado la vida.

—Me alegro de haber tenido ocasión —dijo Ladletender.

—Me has engañado —le dijo Melina al buhonero.

Él no contestó.

Melina miró a Thurnus y se encogió.

—Peor hubiera sido que fuera veneno auténtico y tú hubieras bebido primero —dijo Thurnus.

—¡Oh, no, Thurnus! —murmuró ella—. No, por favor.

—Traed una jaula —dijo él—, y un collar de eslín.

—¡No, no! —gritaba ella.

Dos hombres se alejaron.

—Azótame con el látigo —suplicó ella—. Azuza a un eslín contra mí.

—Ven aquí, mujer —dijo Thurnus.

Ella obedeció.

—Aféitame la cabeza y envíame deshonorada a la villa de mi padre —suplicó Melina.

Él le puso las manos sobre los hombros y desgarró el vestido dejándolos desnudos.

Trajeron la jaula, una pequeña jaula, diminuta y sólida, y un collar de eslín.

—Mátame, Thurnus —suplicó ella.

Thurnus levantó ante ella el collar. Ella lo apartó con una mano.

—Mátame en vez de esto, Thurnus —rogó—. Por favor.

—Pon las manos junto a tu cuerpo, mujer —dijo Thurnus.

Ella obedeció.

Entonces Thurnus le puso al cuello el collar de piel repujado en metal. Sirviéndose de un punzón hizo dos agujeros en la correa y pasó por ellos las dos hebillas. Cogió luego el largo cabo suelto de correa, lo pasó por las cuatro presillas de la correa y luego cortó el trozo sobrante que sobresalía de la última presilla.

Melina estaba ante él, con los hombros desnudos y el collar al cuello. En un lado había una pesada anilla para atar al eslín.

Al instante la desnudaron y la arrojaron al suelo. Ella alzó los ojos con temor hacia Thurnus.

—A la jaula, esclava —dijo Thurnus.

—¡Thurnus! —gritó ella.

Él se agachó y le cruzó la cara con el dorso de la mano, haciéndole sangre en la boca.

—A la jaula, esclava.

—Sí... amo —murmuró Melina. Se arrastró dentro de la jaula. A un gesto de Thurnus, Sandal Thong puso las correas de los eslínes en manos de un hombre que se los llevó, avanzó luego hacia la jaula y cerró la puerta metálica encerrando a la que fuera su ama.

La multitud vitoreó.

—¡Que se celebre una fiesta! —dijo Thurnus—. Y que en el fuego de la fiesta se caliente un hierro para marcar a una esclava.

Hubo otra aclamación.

Hombres y mujeres se apresuraron a preparar la fiesta. A un gesto de Thurnus, Radish, Turnip y Verr Tail me desamordazaron y me liberaron del potro. Me ayudaron a salir de él y yo caí al suelo. Apenas podía moverme. Aún tenía en la boca el gusto rancio de la pesada y ruda mordaza.

Cuando la fiesta estaba en su apogeo, se abrió la jaula y se ordenó salir a gatas a la prisionera. Al collar se ató una cuerda de eslín y la arrastraron debatiéndose hasta el potro de violación al que me habían atado anteriormente. Cerraron los maderos en torno a los tobillos, las muñecas y el cuello. Varios hombres le agarraron el muslo izquierdo que fue marcado por el propio Thurnus. Ella gritó salvajemente y cuando le soltaron el muslo marcado se retorció en los maderos. Entonces le afeitaron la cabeza. Ella lloró, con suaves sollozos, atrapada su cabeza por los pesados maderos, y hombres y mujeres volvieron a la fiesta olvidándose de ella.

A la derecha de Thurnus se sentaba Tup Ladletender. A su izquierda se sentaba una mujer libre, Sandal Thong, a la que él mismo había liberado esa tarde. La fiesta era atendida por Radish, Verr Tail y Turnip entre otras. A mí no me obligaron a servir. Me quedé tendida junto al potro al que estaba encadenada la nueva esclava, que finalmente se había quedado quieta. Yo no podía imaginar la naturaleza de sus pensamientos. Tampoco me importaban, sólo podían ser los pensamientos de una esclava. Ella, que fuera un ama orgullosa, no era ahora más que yo, sólo una esclava más a merced de los hombres.

Alcé la vista y vi el cielo cubierto de oscuras nubes que surcaban su camino ante las lunas.

Había humedad en el aire. Eso me agradaba.

En la fiesta, Thurnus se levantó alzando una copa de Paga.

—Tup Ladletender —dijo— es mi hermano por el rito de las garras de eslín. Por él alzo mi copa. ¡Bebamos!

Los ciudadanos bebieron. Tup Ladletender se puso en pie.

—Esta noche has compartido conmigo tu Paga y tu marmita —dijo—. Brindo por la hospitalidad del Fuerte de Tabuk.

Hubo una aclamación. Todos bebieron.

Thurnus volvió a levantarse.

—Le pido a esta mujer libre —dijo señalando a Sandal Thong—, que tanto me importa, que acepte ser mi compañera libre.

Hubo un rugido de júbilo entre la multitud.

—Pero —dijo ella—, puesto que soy una mujer libre, ¿no tengo el derecho a rehusar?

—Es cierto —dijo Thurnus perplejo.

—Entonces, noble Thurnus —siguió ella con calma—, rehúso. No seré tu compañera.

Thurnus bajó la copa de Paga. Se hizo un silencio.

Sandal Thong se agachó en el suelo y se tumbó boca abajo a los pies de Thurnus. Le cogió el tobillo derecho y presionó dulcemente los labios contra su pie en un beso. Levantó la cabeza con lágrimas en los ojos.

—En vez de eso —dijo—, permite que sea tu esclava.

—¿Por qué?

—He estado en tus brazos, Thurnus. Y en tus brazos sólo puedo ser una esclava.

—No lo entiendo.

—El amor que siento por ti, Thurnus, no es el amor de una compañera libre, sino el amor desesperado de una esclava enamorada, un amor tan rico y profundo que quien lo siente sólo puede ser una esclava de su hombre.

—Sírreme Paga —dijo Thurnus tendiéndole la copa.

Ella cogió la copa y se arrodilló, la cabeza gacha.

Aunque era libre, estaba sirviendo como una esclava. Los ciudadanos contenían el aliento. Algunas mujeres libres gritaron escandalizadas.

Thurnus asió la copa.

—Que traigan la cuerda. Ponme un collar, Thurnus —dijo ella—. Soy tuya.

—Traed la cuerda.

La trajeron.

Thurnus cogió la cuerda y miró a la chica.

Ella alzó los ojos hacia él.

—Ponme un collar —dijo.

—Si te pongo el collar volverás a ser una esclava.

—Ponme un collar, amo.

Thurnus le anudó la cuerda con dos vueltas al cuello.

Sandal Thong se arrodilló ante él como su esclava. Él la tomó en sus fuertes brazos y la estrechó contra sí apretando sus labios en el beso del amo, cargado de lujuria y posesión, y ella se estrechó contra él, gritando indefensa. Echó la cabeza hacia atrás con los labios abiertos, él comenzó a quitarle la túnica con los dientes.

—Aléjame de la luz del fuego, amo —suplicó ella.

—Pero eres una esclava —rió él.

Le arrancó la túnica y la arrojó entre los fuegos de la fiesta. Ella alzó los ojos hacia él, con una mirada salvaje de sumisión y pasión.

—¡Como desee mi amo! —gritó echando hacia atrás la cabeza, los cabellos en el suelo. Él se acercó a ella y allí, entre los fuegos de la fiesta, la violó. Sus gritos deben haber traspasado la empalizada.

Cuando Thurnus volvió a su sitio, ella se arrastró a sus pies y allí quedó, osando a veces tocarle suavemente con los dedos en el muslo o en la rodilla.

La fiesta se prolongó hasta muy tarde.

Las nubes poblaban el cielo y se olía la humedad. Las lunas se oscurecieron por las lenguas de vapor.

Creo que me quedé dormida por el cansancio y el dolor de los azotes y los abusos que había padecido.

Pero todavía estaba oscuro cuando desperté. Fue el ruido de las anillas cerrándose en torno a mis muñecas lo que me despertó. Alcé los ojos y me encontré con la mirada de Tup Ladletender. Me miré las muñecas, atrapadas en el duro acero.

—Levántate, pequeño vulo —me dijo.

Me puse en pie.

—Ahora eres mía.

—Sí, amo.

Me sentía muy extraña. Con cuánta facilidad había cambiado de manos.

Miré a mi alrededor. La fiesta había terminado y la mayoría de los ciudadanos estaban de vuelta en sus casas. Algunos yacían por allí, cerca de las brasas de los fuegos.

Estábamos cerca del potro en el que estaba cautiva la nueva esclava, que antes fuera una mujer libre, Melina. Thurnus no estaba lejos, y también por allí estaban Sandal Thong, Radish, Verr Tail y Turnip.

—Te doy el nombre de Melina —le dijo Thurnus a la esclava cautiva.

—Sí, amo —dijo ella. Él la había avergonzado al darle como esclava el mismo nombre que había llevado como mujer libre. Ahora era su nombre de esclava.

—¿Puede hablar la esclava? —preguntó.

—Sí.

—¿Por qué me has afeitado la cabeza?

—Para devolvarte deshonorada a la villa de tu padre —respondió Thurnus.

—Por favor, quédate conmigo —murmuró Melina.

—Extrañas palabras viniendo de ti —se burló Thurnus.

—Te suplico que tengas a bien ser mi amo.

—¿Es que la marca que llevas te ha hecho perder el juicio?

—Yo sólo quería ser la compañera de un jefe de distrito.

—Pues ahora eres la esclava de aquel a quien yo te regale o te venda.

—Sí, amo.

—Yo no he hecho nada para ser jefe de distrito —dijo Thurnus— porque tú me urgías a hacerlo. Si yo hubiera buscado un ascenso, habría parecido que lo hacía por tu ambición y para evitar el látigo de tu lengua.

Ella se agitó en el potro, presa por los maderos.

—En su propia cabaña —continuó él— el hombre debe ser el amo, aunque haya elegido una compañera. El deber de la compañera es el de apoyarle y ayudarle, no insultarle y manejarle a su antojo.

—He sido una mala compañera —susurró ella—. Intentaré ser mejor esclava.

—Comenzarás por la mañana, cuando seas azotada públicamente.

—Sí, amo.

Él le puso la mano en el cuerpo.

—¿Encuentras mi cuerpo interesante, amo?

—Sí.

—Y soy fuerte. Puedo tirar del arado yo sola.

Thurnus sonrió.

—Quédate conmigo, amo —suplicó ella.

—¿Por qué?

—Te amo.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Thurnus.

—No lo sé —musitó ella—. Es un sentimiento extraño e inevitable. He yacido aquí en el potro. He pensado mucho.

—Mañana tendrás menos tiempo para pensar y más para trabajar.

—Hace mucho tiempo te amé —dijo ella—, pero como mujer libre. Luego durante años no te he querido, sino que te despreciaba. Y ahora, después de largos años, siento un nuevo amor por ti, sólo que ahora es el amor avergonzado, el inevitable amor de una esclava por su amo.

—Por la mañana serás azotada.

—Sí, amo —dijo ella mirándole—. Eres fuerte, y poderoso. Eres un gran hombre, seas jefe de distrito o no. Mi libertad me hizo ciega a tu hombría y tu valor. No veía lo que eras, sino lo que podías ser realzado por mí. No te veía como un hombre, sino como un instrumento para mis propias ambiciones. Siento no haberte valorado como compañera, no haber disfrutado lo que eras en vez de ver la imagen de lo que podrías llegar a ser. Nunca te conocí. Solamente conocí una imagen de mi propia invención. Nunca te miré de verdad, porque si lo hubiera hecho, te habría visto.

—Te pondré a disposición de la ciudad, como esclava de la aldea.

—Sí, amo.

—Por la noche serás confinada en una jaula de eslín. Durante el día te alimentarás de lo que te arrojen los hombres. Cada día servirás en una cabaña diferente.

—¿No podré alguna vez servir a mi amo?

—Tal vez —dijo Thurnus. Hizo ademán de alejarse.

—Por favor, amo.

Thurnus se volvió a mirarla.

—Por favor, toca a tu esclava.

—Hace mucho tiempo que no me pides que te toque —dijo Thurnus mirándola.

—Te lo ruego, amo —murmuró ella. Alzó el cuerpo prisionero del potro—. ¡Te lo suplico!

—Silencio, esclava —dijo Thurnus.

—Sí, amo. —Y la esclava quedó en silencio.

Yo alcé los ojos hacia ella. Sospechaba que Thurnus jamás la había tratado con tal fuerza y autoridad. Sin duda, hacía muchos años la había amado con la ternura que se le brinda a una mujer libre. Pensé que ésta era la primera vez en su vida que había sentido la lujuria desatada y libre que puede provocar el cuerpo de una esclava. Nunca había tenido una experiencia como ésta. Nunca había sido tan poseída. Miró a Thurnus perpleja, confundida, azorada, arrebatada. Vi que quería gritarle, suplicarle que volviera, pero no se atrevió porque estaba bajo disciplina. Por la mañana sería azotada.

Thurnus se envolvió en su túnica y me miró. Yo me arrodillé bajo su mirada.

—Te he dado a Tup Ladletender —me dijo.

—Sí, amo.

—Fuiste prometida a él como pago por los polvos que le dio a una mujer de la villa. Los polvos fueron utilizados, aunque no tuvieran el efecto deseado por la mujer. Así pues, de parte de la que fue ciudadana de la villa y que ya no puede dedicarse a los negocios por haber caído en el infortunado estado de la esclavitud, yo te entrego como pago por los polvos.

—Pero los polvos no valían nada —me enrabieté.

—Ni tú tampoco, pequeña Dina —dijo Thurnus. Echó la cabeza hacia atrás riéndose.

—Sí, amo —dije enfadada.

Thurnus se volvió hacia Sandal Thong.

—Te declaro mi esclava preferida —le dijo—. Dormirás en mi cabaña y te encargarás de ella.

—La esclava está agradecida, amo.

—También serás la primera chica —dijo él.

—Como desee el amo.

Thurnus se acercó a mí y me puso la mano en la cabeza.

Yo le miré con lágrimas en los ojos.

—Esta villa no es lugar para ti, pequeña Dina —me dijo—. Los días son largos y

el trabajo muy duro. Tú tienes cuerpo de esclava de placer, tu lugar está a los pies de un hombre.

—Sí, amo.

—Ven, esclava —dijo Tup Ladletender cogiéndome del brazo.

Su carro, con las grandes ruedas y las dos asas, estaba cerca de la puerta de la villa.

Nos abrieron la puerta.

Yo esperaba que me atara a la parte trasera del carro, pero para mi sorpresa, me puso entre las dos asas. Me quitó las anillas de esclava y las metió en un cajón a un lado de la carreta.

—Soy demasiado débil para tirar del carro, amo —le dije.

Sacó de otro cajón dos pares de esposas para las muñecas y unas cadenas. Cerró una anilla del primer par en el mango izquierdo y la otra en torno a mi muñeca izquierda. Luego ató el otro par de esposas a mi muñeca derecha y al otro mango del carro. Me encadenó entre las asas de la carreta. Había unos treinta centímetros de cadena entre cada anilla y otra en cada par.

—No puedo tirar del carro, amo —le dije.

Grité al sentir un latigazo en la espalda. Agarré las asas y tiré con todas mis fuerzas, doblada hacia adelante, hundiendo los pies en la tierra.

—¡No puedo, amo! —grité.

El látigo volvió a silbar.

Grité de dolor y tiré de la carreta.

Tiré del carro de Tup Ladletender a través de la puerta hasta el camino que llevaba al Fuerte de Tabuk.

Cayó primero una gota de lluvia, luego comenzó a llover suavemente. Alcé la vista. Las negras nubes surcaban la noche, y tras ellas se veían las lunas. Más gotas de lluvia chapotearon en la tierra. Y las sentía en el pelo y en mi cuerpo desnudo. Tiré de la carreta. Entonces comenzó a llover con fuerza, y resbalé en el barro. Ladletender me ayudó, empujando las ruedas del carro. Al final decidió esperar a que amainara. Entonces me desencadenó y nos sentamos juntos bajo la carreta.

—Se acabó la sequía —me dijo Tup Ladletender.

—Sí, amo.

Y después de un rato le dije:

—¿Me puedes dar un caramelo, amo?

—¿Lo deseas mucho? —preguntó él.

—Sí, amo.

Me cogió en sus brazos y me arrojó al barro debajo de la carreta.

Yo le miré.

—Gánatelo —me dijo.

—Sí, amo —respondí acercándome a él.

La lluvia caía en torrentes del cielo oscuro. Apenas se veían los árboles y la carretera.

10. SOY UNA MERCANCÍA

Me adentré en la charca todo lo que me permitía la correa que llevaba al cuello y chapoteé en el agua.

—Lávate bien, Dina —dijo Tup Ladletender—. Debes estar radiante.

—Sí, amo.

Me había arrodillado junto a la charca para lavarme el pelo. Luego se me permitió bañarme. Las cicatrices de los golpes de Bran Loort y sus compañeros ya se habían cerrado. Solamente tenía cuatro marcas en el cuerpo, causadas por el látigo que Tup Ladletender había utilizado para animarme a tirar de su carreta. Pero estas marcas casi habían desaparecido. Generalmente me castigaba a bofetadas. Yo le respetaba, me manejaba bien.

Llevaba dos semanas siendo su esclava.

Habíamos visitado varias ciudades, pero sin apartarnos de la carretera de Ar. Debía reabastecerse de mercancía. Yo estaba muy contenta de que no me hubiera vendido a ningún campesino. Sabía que tenía otros planes para mí.

Cuando llegamos a la gran carretera, me regocijé. Era una carretera ancha y lisa, construida como un muro hundido en la arena. No era difícil tirar del carro en un camino así. De tanto en tanto veíamos alguna ciudad, ahora con más frecuencia; de vez en cuando también encontrábamos pensiones y tabernas en el camino. A mí me gustaba ver pasar a las caravanas y a los aldeanos con sus carros tirados por boscos. Una vez nos pasó una gran caravana de esclavas. Contaba con más de cuatrocientos carros cargados de mujeres encadenadas. Era una caravana de Mintar, el gran mercader. Otra vez nos pasó una pequeña caravana de esclavas, de pocas carretas quemadas y destartaladas. Los carros llevaban mercancías y hombres heridos, y entre las carretas caminaba una cadena de cuarenta chicas, algunas muy bonitas. Iban encadenadas por el cuello, con las muñecas esposadas a la espalda. Caminaban con la cabeza baja.

—¿Qué pasa? —preguntó Tup Ladletender.

—Invasores de Treve —dijo desde una carreta un hombre con el hombro vendado.

La gran carretera de Ar está marcada con mojones de piedra. Habíamos seguido esa carretera hasta llegar a dos pasangs de Ar, luego la abandonamos y seguimos durante dos días un camino secundario. Los alrededores todavía estaban relativamente poblados.

El carro de Tup Ladletender estaba en la cabaña de un ciudadano que conocía.

Desde la charca, en la distancia, pude ver las blancas paredes de la casa del mercader, las Piedras de Turmus, un puesto fronterizo con licencia para almacenar mercancías dentro del reino de Ar. Estos puestos no son extraños en Gor. Son muy

útiles para mantener la seguridad del comercio. Su función no es militar, sino meramente comercial. Turia es uno de los mayores centros comerciales de Gor. Se encuentra muy al sur, en las latitudes medias del hemisferio sur.

—¡Mira, Dina! —dijo Tup Ladletender señalando hacia arriba.

Alcé la vista y vi unos cuatro tarnsmanes volando. Llevaban las banderas amarillas de paz.

—Seguro que se dirigen a Puerto Kar —dijo Tup Ladletender— donde tomarán un barco para Cos.

Yo había oído que había una guerra declarada entre Ar y Cos que tenía que ver con el apoyo que Cos había prometido a los piratas del Vosk. El Vosk es un gran río que fluye hacia el oeste para desembocar en un gran delta antes de llegar hasta Thassa, el mar. En realidad, la causa de las hostilidades era, al parecer, de índole económica y tenía que ver con los monopolios comerciales que querían mantener ambas ciudades en los territorios que bordean el Vosk. Ar reclamaba la ribera sur del río. Cos, y el otro gran Ubarato marítimo, Tyros, controlaban tradicionalmente el gobierno en estos territorios mediante conexiones mercantiles transterritoriales.

Sentí un tirón en la correa que llevaba atada al cuello.

—Ya voy, amo —dije.

Nadé hasta la orilla de la charca. Ladletender me dio una toalla. Ató mi cuerda a un árbol.

—Debes estar radiante, Dina —me dijo.

—Sí, amo.

Tup Ladletender me dio un peine de gruesas púas. Comencé a peinar mis cabellos con largas pasadas, sin dejar de mirar la Casa de las Piedras de Turmus. Era grande y magnífica. Mi futuro amo estaba dentro de esas paredes.

Habíamos pasado la noche en una aldea cercana en la que Ladletender tenía un amigo. Su carreta se había quedado allí. Esta mañana yo no había tenido que tirar de ella; era necesario que estuviera descansada.

—Cepíllate el pelo —dijo Ladletender.

—Sí, amo.

Cuando terminé, Ladletender cogió el cepillo y el peine y se los metió en el zurrón.

Me miró y yo me sonrojé ante una mirada goreana de valoración. Sólo llevaba la correa al cuello.

—En pose de esclava —me dijo.

Yo erguí la espalda, alta la cabeza, vientre contraído y caderas giradas. Ninguna mujer puede adoptar pose más hermosa que una esclava goreana.

—Excelente —dijo Ladletender chasqueando los labios.

—El amo está complacido —dije yo.

—Sí.

—Entonces la esclava también está complacida.

—Mira —me dijo. De una bolsa de piel extrajo un bolso, de los que se usan para llevar verduras. Yo lo miré atónita. Estaba doblado. Era muy pequeño. Él me quitó la correa del cuello. Yo sacudí la cabeza y los cabellos.

Él hizo un gesto hacia el bolso. Había en él marcas que indicaban que había sido usado para llevar verduras.

—Póntelo.

Abrí el saco. Dentro había una abertura para la cabeza y dos para los brazos. Me lo pasé por encima de la cabeza. Era muy abrigado. Me lo ciñó al cuerpo con una cuerda.

Tup Ladletender dio un paso atrás.

—Encantadora —dijo. Me llegaba por encima de los muslos, y caía en los hombros con un aire descuidado que respetaba mi figura. Pero la cuerda que lo ceñía con fuerza a mi cintura acentuaba mis pechos y mis caderas. Había un asomo de lujuria oculto tras un atavío de apariencia tan negligente. Estaba muy bien ideado para dar la impresión a quien me miraba, de que yo era una zorra barata, pero apetitosa.

Enrojecí.

—Mira —dijo Ladletender, sosteniendo un collar de cuentas de esclava. Yo fui a cogerlo sonriente—. No tan deprisa —dijo él. Bajé la mano, y él se puso el collar al cinto—. Date la vuelta.

Ladletender me ató las muñecas a la espalda con esposas de esclava, y luego me ató el collar al cuello.

Retrocedió ante mí.

—Eres muy hermosa, Dina —me dijo.

—Gracias, amo.

Entonces se volvió.

—Ven.

Yo le seguí, descalza, atadas las muñecas a la espalda.

Pronto tomamos el camino hacia las Piedras de Turmus. En menos de un ahn habíamos llegado ante sus enormes puertas. Ante mí se alzaban los grandes muros blancos, de más de veinte metros de altura. Me sentí muy pequeña. Seis torres se alzaban en las murallas, una en cada esquina y dos defendiendo la puerta. De pronto sentí el impulso de salir corriendo, pero estaba encadenada, y en Gor no había lugar alguno al que pudiera huir una chica como yo. Era una esclava.

Se abrió un panel esculpido en una puerta pequeña en la gran entrada.

—Soy Tup Ladletender.

—Saludos, Ladletender —dijo una voz reconociéndole.

—Vendo una esclava.

La pequeña puerta se abrió, y nosotros entramos.

11. SEDA Y PERFUME

—Te doy por ella cuatro tarks de cobre —dijo el capitán.

—Diez —aumentó Ladletender.

—Seis —dijo el capitán.

—Hecho.

Me dolía el cuerpo. Tenía las muñecas presas en unas anillas atadas a su vez a una cadena colgada del techo. Todo el peso de mi cuerpo descansaba en aquella cadena, y apenas alcanzaba a tocar el suelo con las puntas de los pies.

Estaba desnuda y había sido examinada a la manera goreana.

Me había sentido incapaz de resistir el contacto de las manos del capitán, y me había agitado en la cadena suplicando a gritos piedad.

—Hay que domarla un poco —dijo el capitán—. Pero ya nos encargaremos de eso.

Le dieron a Tup Ladletender el dinero que sacaron de una caja de hierro en la oficina del capitán.

Luego el buhonero se marchó.

—Mírame, esclava —me dijo el capitán.

Abrí los ojos.

—Ahora eres una esclava turiana.

—Sí, amo.

—¿Estás domada?

—Sí, amo.

Fue hacia su mesa y sacó de uno de los cajones un collar de esclava, muy distinto a la mayoría de los collares de Gor; era un collar turiano. La mayoría de los collares goreanos, decorados o no, son generalmente una banda circular con unos goznes que se ciñen al cuello de la esclava. Pero el collar turiano es como una anilla, y se ajusta con más holgura en la garganta. Un hombre puede pasar los dedos por el collar turiano para arrastrar a la chica. Sin embargo no queda lo bastante suelto como para que pueda quitarse, claro. Los collares goreanos no están hechos para que las chicas que los llevan se los quiten.

El capitán arrojó el collar sobre la mesa. Yo nunca había llevado un auténtico collar, y de repente me sentí aterrorizada ante la posibilidad de que me lo pusiera. Una vez que lo cerrara ya no podría quitármelo.

—No, amo —dije—. Por favor, no me pongas un collar.

Él se acercó a mí y abrió con una llave las esposas que ataban mis muñecas. Caí en el suelo a sus pies.

—¿No quieres llevar un collar? —me preguntó.

—No, amo —murmuré.

—Yo haré que supliques llevar un collar —dijo el hombre.

Alcé la vista asustada. Él se alzaba ante mí con un látigo de esclava en la mano.

—¡No, amo! —grité.

Me castigó a conciencia por mi insolencia. No había ningún sitio al que escapar. Me azotó como un amo goreano hasta que quedé tumbada a sus pies llorando a lágrima viva.

—Creo que ahora estás domada —me dijo.

—Sí, amo —sollocé—. ¡Sí!

—¿Me suplicas ahora que te ponga el collar?

—¡Sí, amo!

—Suplícamelo.

—Te suplico que me pongas un collar —gemí.

Y entonces me ató al cuello el collar, que se cerró con un ruido metálico. Yo caí desmayada.

Él se volvió para dejar el látigo de esclava en la pared, donde colgaba convenientemente a mano. Hizo sonar un timbre. Se abrió una puerta y apareció un soldado.

—Ve a buscar a Sucha —dijo el capitán—. Hay una nueva esclava.

Yo yacía en el suelo de piedra. Cuando el capitán ya estaba sentado en su mesa ocupado en su trabajo y estuve segura de que no me miraba, toqué tímidamente el collar de brillante acero. Estaba bien cerrado en torno a mi cuello. Ahora llevaba un collar. Sólo cuando me marcaron había sido tan consciente de mi esclavitud. Sollocé.

Oí el tintineo de unas pequeñas campanas, campanas de esclava, y advertí junto a mí los pies desnudos de una mujer.

Las pequeñas campanas colgaban en cuatro filas de su tobillo izquierdo. Sentí un latigazo en la espalda y me estremecí.

—Levanta, niña —dijo una voz de mujer. Alcé los ojos. Ella llevaba una túnica de seda amarilla, y los negros cabellos recogidos por una cinta también de seda amarilla.

Me levanté.

—En pose de esclava.

Obedecí, adoptando la hermosa pose.

—Soy Sucha —dijo la mujer.

—Sí, ama.

—¿Por qué te han fustigado?

—Pedí que no me pusieran el collar —musité.

—Quítatelo —me dijo.

Yo la miré atónita.

—Quítatelo —repitió.

Lo intenté, retorciéndolo hasta que grité. Intenté quitármelo con todas mis

fuerzas. Le di la vuelta y exploré la cerradura con los dedos. El cierre era perfecto, inamovible.

Miré a la mujer con desesperación.

—No puedo quitármelo —le dije.

—Es cierto, esclava. Y no lo olvides.

—Sí, ama.

—¿Cómo te llamaban?

—Dina.

Sucha miró al capitán.

—Es aceptable —dijo él.

—Entonces de momento, hasta que los amos decidan otra cosa, te seguirás llamando Dina —dijo Sucha.

—Sí, ama.

—Sígueme, Dina —me dijo. Yo fui tras ella. También Sucha llevaba un collar turiano.

Caminamos por un largo pasaje, del que luego nos desviamos para tomar otros. Pasamos por delante de muchos almacenes cerrados con puertas de barrotes. En un momento pasamos a través de una pesada puerta de hierro vigilada por un centinela. Al otro lado de la puerta me dijo:

—Ve delante de mí, Dina.

—Sí, ama.

Caminamos a lo largo de otro pasaje, flanqueado igualmente por puertas de barrotes que daban paso a almacenes.

—Eres muy hermosa, ama —dije sobre mi hombro.

—¿Quieres probar mi látigo? —me preguntó.

—No, ama. —Permanecí en silencio.

Sabía por qué ahora tenía que ir yo delante. Era una costumbre goreana muy extendida. Debíamos estar acercándonos a las habitaciones de las esclavas. Si me daba la vuelta para huir, ella estaría detrás de mí para detenerme con el látigo. A veces las chicas nuevas tienen miedo a la entrada de las salas de esclavas. Hay algo terrible en ser encerrada como una esclava.

—Aquí está la entrada a las celdas de las esclavas —dijo Sucha.

Yo retrocedí. Era una gruesa y pequeña puerta de hierro, de unos dos metros de altura.

—Entra —me dijo Sucha, sosteniendo el látigo detrás de mí.

Yo giré el picaporte de la puerta y me arrojé hacia dentro de bruces.

Sucha me siguió.

Me levanté y miré con curiosidad a mi alrededor. La sala era alta y espaciosa, con numerosos pilares blancos y ricos cuadros, y una piscina. Estaba embaldosada de

púrpura. Los muros satinados se cubrían de ricos mosaicos que representaban escenas de esclavas al servicio de sus amos. Toqué con inquietud el collar que llevaba al cuello. A través de los barrotes de las ventanas, muy altas en las paredes, se filtraba la luz. Aquí y allá, alrededor de la piscina, yacían algunas chicas indolentes que no tenían trabajo. Me miraron estudiando mi cara y mi figura, sin duda comparándolas con las suyas.

—La sala es muy hermosa —dije.

—De rodillas —me ordenó Sucha.

Me arrodillé.

—Eres Dina —me dijo—. Ahora eres una esclava de la Casa de las Piedras de Turmus. Ésta es una casa de comercio, bajo el estandarte y el escudo de Turia.

—En la plaza fuerte —continuó Sucha— hay cien hombres, cinco oficiales y cinco auxiliares: un médico, porteros, escribas, etc.

Las otras chicas se acercaron a mí, arrodillada ante Sucha. La mayoría de ellas iban desnudas. Todas llevaban collares turianos.

—Una nueva chica de seda —dijo una.

Yo me erguí. Me gustó que me vieran como una chica de seda.

—Hay veintiocho chicas en Piedras de Turmus —siguió diciendo Sucha—. Provenimos de diecinueve ciudades. Seis de nosotras hemos nacido en cautiverio.

—Es muy bonita —dijo otra chica.

Sonreí.

—Enseñadle que no tiene valor —dijo Sucha.

Una de las chicas me cogió del pelo y me tiró al suelo. Yo grité. Entonces las otras chicas me golpearon y me patearon. Grité retorciéndome en los azulejos.

—Ya basta —dijo Sucha. La paliza no había durado más que unos segundos, tal vez no más de cinco o seis. Su propósito no había sido otro que el de intimidarme. Yo alcé la mirada, horrorizada, mientras todavía me obligaban a agachar la cabeza cogiéndome del pelo. Me habían mordido en una pierna y sangraba.

—Soltadla —dijo Sucha—. De rodillas, Dina.

Me soltaron el pelo y me arrodillé.

—No tienes valor —me dijo Sucha.

—Sí, ama. —Estaba aterrorizada. Ni siquiera me atrevía a mirar a los ojos a las otras esclavas, pero podía sentir su fiereza, sentía que estaban dispuestas a ponerme bajo disciplina a la menor provocación.

A unos metros de distancia se oyó un entrechocar de hierros y una autoritaria voz de hombre. Todas, incluida Sucha, escuchamos con atención.

—La chica Sulda —dijo la voz— es llamada al diván de Hak Haran.

—Date prisa, Sulda —musitó Sucha—. A Hak Haran no le gusta esperar.

—Sí, ama —dijo una preciosa chica morena, sofocada la cara de placer. Se alejó a

toda prisa.

—La esclava oye y obedece —dijo Sucha.

—Está bien —contestó el hombre.

—A mí nunca me llaman si no es al diván de Fulmius —dijo otra de las esclavas.

Las demás se rieron de ella.

—Dejadnos —dijo Sucha.

Las chicas se fueron, algunas dirigiéndome una última mirada.

—No les gusto —afirmé.

—Eres muy bonita —dijo Sucha—. Es normal que se sientan resentidas contigo.

—Creí que estarían domadas.

—Están domadas para los hombres, que son sus amos. Pero no entre ellas mismas.

—No quiero que me hagan daño.

—Entonces recuerda que eres una esclava de baja posición. Complácelas. Compórtate con cuidado entre tus hermanas de esclavitud.

—Sí, ama.

—Levanta. Sígueme.

—Sí, ama.

Yo sabía que generalmente se permitía que las esclavas establecieran sus propias leyes entre ellas mismas, y los amos no solían intervenir en estos asuntos. Las salas de esclavas podían ser auténticas junglas, generalmente bajo el dominio de la más fuerte y de sus secuaces. El orden casi siempre se imponía por la fuerza física. Las primeras chicas, que ya tenían su dominio asegurado, solían prescindir de establecer leyes entre las demás, dejando que ellas determinaran sus propias jerarquías. Las riñas entre esclavas son muy desagradables. Cuando se pelean gritan y ruedan por el suelo entre arañazos, mordiscos, patadas y tirones de pelo. Pero más vergonzoso aún es el hecho de que otras chicas encuentran divertidas estas reyertas y alientan a las contendientes. A veces una chica fuerte le ordena a otras dos esclavas que peleen hasta que venza una de ellas.

—Aquí está tu celda —dijo Sucha—. Por la noche serás encerrada aquí cuando no estés sirviendo a los hombres.

—Sí, ama.

Era una celda grande con una pequeña puerta de barrotes. Para entrar y salir había que ir a gatas. De esta manera la esclava no puede escapar corriendo, y es fácil encerrarla a latigazos. Y tal vez lo más importante sea que sólo puede entrar o salir de su “lugar” con la cabeza gacha y de rodillas, siendo esto un claro recordatorio de su situación de esclava. La celda medía unos tres metros de largo y uno de ancho por uno de altura, de forma que yo no podía estar de pie dentro de ella. Los únicos muebles que albergaba consistían en un colchón púrpura y una raída sábana de

teletón.

—Confío en que encuentres satisfactoria tu sala.

—Sí, ama —sonreí. De hecho era la celda más lujosa que había visto. Era seca, y había un colchón. Aparte de ser encadenada a los pies de un hombre entre sus pieles, ¿qué más podía desear una esclava?

—Sígueme —dijo Sucha.

—Sí, ama.

Me llevó a otra sala. Al pasar junto a la piscina, me indicó las puertas de los almacenes.

—Ésta es la puerta trasera. Por aquí es por donde entramos. —Era una pequeña puerta de hierro.

—No hay picaporte a este lado —señalé.

—No —dijo Sucha—. Sólo puede ser abierta desde el exterior.

Miré al fondo del pasillo, a la otra puerta que estaba guardada por un soldado.

—¿Entonces por qué hay un guardia en el pasillo?

Sucha me miró.

—¿Es que no has visto las otras puertas?

—Sí.

—El soldado está para guardarlas.

—¿No está por nosotras?

Sucha se rió.

—Nosotras somos lo menos valioso de la fortaleza.

—Oh.

Seguí caminando detrás de ella, pero sin dejar de mirar por encima de mi hombro la pequeña puerta. Era muy sólida, y no podía abrirse desde nuestro lado. Más allá de ella, en el mismo pasillo, estaban las salas que almacenaban la mercancía realmente valiosa, la mercancía que protegían con soldados. Al caminar por el pasillo había pasado por varios de tales almacenes, todos cerrados pero sin guardia en la puerta. En ellos se guardaban las mercancías menos valiosas, las baratijas.

Sucha pasó junto a una sala pequeña y llegó a un corto pasillo que partía de la gran habitación. En el pasillo había una gran puerta de barrotes y otra puerta detrás de la primera. Desde aquellas enormes puertas había gritado el hombre que llamó a Sulda, la esclava, para el diván de Hak Haran. Pero ahora no había guardias ni soldados a la vista, aunque las dos estaban bien aseguradas con pesados cerrojos. Para cada puerta eran precisas dos llaves. Las puertas estaban separadas por una distancia de unos seis metros. Detrás de ellas se veía un ornamentado pasillo, lleno de alfombras y jarrones. Miré las dos pesadas cerraduras de la puerta más lejana.

—No se pueden forzar —dijo Sucha—. Son cerraduras de casquillo. El casquillo impide la entrada directa de un alambre o una ganzúa. Y además, dentro del casquillo

hay una espita, un cono de metal que debe ser desenroscado antes de meter la llave, y ninguna ganzúa podría hacer saltar el casquillo.

—¿Hay alguna cosa en nuestras salas que pudiera servir como ganzúa, algo con la longitud suficiente como para intentarlo? —pregunté.

—No.

Me agarré con desmayo a los barrotes.

—Estás presa, esclava —dijo Sucha—. Vamos.

Me volví para seguirla, con una última mirada a los barrotes y las pesadas cerraduras. Sucha me condujo hasta la pequeña habitación junto a la que habíamos pasado antes. Era una habitación para que se prepararan las esclavas, y estaba llena de espejos. En ellos vi una preciosa chica de negros cabellos, desnuda y con un collar turiano, y me vi a mí misma seguida por una hermosa mujer de pelo negro y túnica amarilla, y un látigo en la mano.

Sucha me señaló una de las pequeñas bañeras, y las toallas y aceites.

—Eres una chica ignorante —dijo—. Ni siquiera sabes darte un baño.

Yo me sonrojé.

Entonces me lavaron y me secaron el pelo, que luego cepillaron sacudiendo todo el polvo del camino que lleva a Piedras de Turmus y del sudor de la tarde.

—Tengo hambre —dije.

—Siéntate en el suelo.

Yo me senté desnuda sobre los azulejos.

Ella arrojó ante mí una cuerda llena de anillos y campanas. —Ponte las campanas.

Extendí el tobillo izquierdo y puse en fila las cuatro anillas, que se cerraban de arriba abajo con un pequeño cierre. Deslicé unas pequeñas barritas dentro de los cuatro cierres y los anillos se cerraron ajustándose a mi tobillo. En cada uno de ellos había cinco campanitas de esclava.

Miré las campanas, que ahora estaban atadas a mí.

No me atrevía a mover el pie por miedo a atraer a algún hombre.

—¿Puedes bailar desnuda? —preguntó Sucha.

—No conozco las danzas de una esclava —musité—. No puedo bailar.

—¿Sabes colocarte las sedas del placer?

—No, ama —dije bajando la cabeza.

—¿Conoces los perfumes y cosméticos de una esclava, y su aplicación?

—No, ama.

—¿Las joyas?

—No, ama.

—¿Conoces el arte de darle a un hombre el placer exquisito?

—No sé casi nada, ama. —Tenía miedo de mover los pies a causa de las campanas.

—¿Es que no te han adiestrado en nada?

—No sé casi nada, ama. Eta, una esclava, tuvo la gentileza de enseñarme las cosas más simples para poder complacer mínimamente a los amos y no ser azotada demasiadas veces.

—¿Quién fue tu último amo? —me preguntó Sucha.

—Tup Ladletender, un buhonero.

—¿Y antes de él?

—Thurnus del Fuerte de Tabuk, de la Casta de los Campesinos.

—¿Y antes?

—Clitus Vitellius, de Ar, de la Casta de los Guerreros.

—Bien —dijo Sucha.

—Pero fui suya por muy poco tiempo.

—¿Y antes de él?

—Dos guerreros —dije—. No sé quiénes eran, sólo sé que fui suya. —Sucha no cuestionó esto último. No es extraño que una chica ignore quién es su amo; puede ser capturada al atardecer, esclavizada a la noche y vendida por la mañana.

—¿Y antes?

—Era libre.

Sucha me miró riendo.

—¿Tú?

—Sí, ama.

Sucha se rió y yo me sonrojé. Vi que el collar me sentaba como algo natural.

—Sabes muy poco, o más bien nada, sobre las artes de una esclava —dijo Sucha—. No pareces saber nada acerca de los movimientos y las miradas, las posiciones, posturas y actitudes de una esclava, no hablemos ya de las técnicas, habilidades y sutilezas que pueden determinar el que los hombres te permitan vivir o no.

Yo la miré asustada.

—Pero eres bonita —añadió—, y los hombres son más tolerantes con las chicas bonitas. Tienes alguna esperanza.

—Gracias, ama —musité.

—¿Por qué no has movido el pie izquierdo?

—Por las campanas —murmuré.

—¿Qué pasa con las campanas?

—Me dan vergüenza —dije—. Con ellas me siento más esclava.

—Excelente —dijo Sucha. Luego dio una palmada—: ¡En pie, esclava!

Me levanté de un salto con un tintineo de campanas.

—Ve hasta el fondo de la habitación y vuelve.

—No, ama, por favor —supliqué. Ella alzó el látigo y me apresuré a obedecer. Cuando volví, y para mi desmayo, ella me tocó.

Giré la cabeza y me mordí el labio llena de vergüenza.

—Excelente —dijo—. Un simple tintineo de campanas, y estás preparada para los brazos de un hombre.

—Por favor, ama —rogué.

—Eres una zorrita caliente —dijo—. Arrodíllate ante el espejo.

Yo obedecí.

—Existen ciento once tonos básicos de barras de labios para una esclava, y dependen del estado de ánimo del amo.

—Sí, ama.

Más tarde, muchas de las otras esclavas se reunieron con nosotras en aquel tocador, ya que todas debíamos servir durante la cena. En las fortalezas goreanas es costumbre, si no están sitiadas, que la tarde sea un tiempo de placer para los hombres.

—Dentro de cinco ehns —gritó un hombre desde el exterior— deberéis estar en la sala de la fiesta.

Las chicas se agitaron nerviosas, dándose los toques de última hora, ajustando las sedas y los adornos. Algunas se maquillaban. Dos de ellas casi se pelean por un pequeño estuche de sombra de ojos, pero Sucha restalló el látigo entre ellas y las separó. Sulda estaba radiante cuando volvió del diván de Hak Haran; se estaba pintando los labios. Las chicas alisaron sus sedas.

Me miré al espejo y vi a una chica increíblemente bonita atada con una cuerda de seda roja, maquillada, perfumada, de aire dulce y vulnerable, con pulseras y brazaletes y cuentas doradas en su collar turiano.

—Es muy hermosa —murmuré. Sucha me había ayudado mucho.

—Demasiado hermosa para ser la esclava de un buhonero —sonrió Sucha.

—¿Cuáles son mis obligaciones?

—Exquisita belleza y obediencia absoluta —dijo Sucha.

Oí el sonido de una barra de metal en la puerta que daba a las habitaciones de las esclavas.

Las chicas estaban asustadas. Incluso Sucha parecía asustada.

—¡Deprisa! —nos urgió—. Deprisa.

Salimos del tocador y nos dirigimos ligeras hacia las puertas. Pronto atravesamos las dos puertas y nos encontramos descalzas sobre las alfombras del pasillo flanqueado de jarrones, apresurándonos a dar placer a nuestros amos.

12. LA HOJA DE PLATA

—¿Amo? —pregunté.

Me arrodillé ante él alzando el plato de carne.

Él utilizó el tenedor turiano para servirse carne. La chica que estaba junto a él de rodillas le ofreció vino.

Me levanté para ir a arrodillarme ante el siguiente hombre y ofrecerle carne de la fuente que llevaba.

La música sensual de Turia llenaba la habitación. La chica de las sedas amarillas danzaba paseando su belleza entre las mesas.

Llevaba ya más de un mes en el alcázar de las Piedras de Turmus.

Generalmente estaba obligada a quedarme hasta muy tarde sirviendo a los hombres. Sucha me había enseñado mucho, y ahora era una chica muy diferente de aquella que fue vendida por seis tarks de cobre a Borchoff, capitán del alcázar de las Piedras de Turmus, que bien podía felicitarse por su adquisición.

Éramos veintinueve esclavas en el alcázar de las Piedras de Turmus, y la población en las salas de esclavas había cambiado; cinco chicas habían sido vendidas a mercaderes turianos de paso, y a lo largo de los meses, se habían comprado otras seis chicas. De esta manera se iban renovando las esclavas para los hombres.

—A ti no te venderán, Dina —me había dicho Sucha—. Eres un trofeo.

—Sí, ama.

Las chicas del alcázar eran esclavas de placer, pero hay que dejar bien claro que éramos las únicas mujeres del alcázar, y por lo tanto también servíamos como esclavas de trabajo. Había que barrer y coser y lavar y planchar las ropas, y hacer la limpieza. Ayudábamos también en la cocina, generalmente preparando las verduras y fregando platos y sartenes; también había que llevar agua a los hombres de los parapetos. Había muchas tareas bajas y serviles que era natural que nosotras, las esclavas del alcázar, lleváramos a cabo. Aunque por lo general, creo que no teníamos muchos motivos de queja. Se nos permitía dormir hasta tarde en los cuarteles de esclavas, y la mayoría de nosotras terminábamos con los trabajos al comienzo de la tarde de forma que podíamos descansar y prepararnos para la noche.

—¡Carne, Dina! —gritó otro hombre. Yo me apresuré a arrodillarme ante él para servirle. Iba ataviada de seda roja, con campanas y un collar dorado entrelazado con mi otro collar.

Vi a Sucha besando a un teniente que la tenía entre los brazos. Qué bien se acurrucaba en ellos.

—¡Dina! —me llamó un hombre.

Corrí hacia el hombre que me había llamado antes, y al que no había oído. Un soldado me pegó por haber tardado en responder a la llamada. Pasé junto a la chica

que bailaba entre las mesas vestida con sedas.

Me arrodillé ante el hombre.

—¿Estás sorda? —me preguntó.

—Perdona a esta esclava estúpida, amo —supliqué—. No te había oído.

—Dame carne.

Yo alcé el plato y él se sirvió la comida, ardiendo de especies turianas, en un plato de metal.

—Traed al prisionero —dijo Borchoff, capitán del alcázar de las Piedras de Turmus.

Aquella mañana yo había ido a lo alto del alcázar para llevar agua a los hombres de los parapetos. Me quedé allí un momento, mirando por encima de las murallas a los vastos campos, a más de veinticuatro metros por debajo.

—¿Acaso piensas arrojarte abajo, Dina? —me preguntó un soldado que se acercó por mi espalda.

—No, amo —respondí—, no soy una mujer libre, sino una esclava. —Me volví cortésmente hacia él y levanté la cabeza. Él me puso las manos en los hombros.

—Atiende a tus obligaciones, esclava.

Volví a mirar por encima del muro.

—Amo...

—¿Sí?

—Hay una nube de polvo allí —dije señalando el camino que llevaba a la fortaleza.

—Le han cogido —dijo el soldado a mi espalda.

Hacia el alcázar se acercaban dos tharlariones, lentos y majestuosos, montados por dos guerreros armados de lanzas. Detrás de ellos, también con lanzas en la mano, iban otros ocho guerreros del alcázar. Entre los tharlariones, cargado de cadenas, avanzaba un hombre que se tambaleaba entre los estribos de las bestias. Tenía el pelo oscuro. Iba encadenado, con las manos atadas a la espalda.

—¿Quién es, amo? —pregunté.

—No lo sabemos —dijo el soldado—, pero hemos oído que ha estado haciendo preguntas sobre el alcázar, acerca de sus defensas y esas cosas.

—¿Qué van a hacer con él?

—Si le han traído hasta aquí, sin duda le harán esclavo. No envidio su suerte.

Yo miré al hombre que caminaba con orgullo. Sabía que también había esclavos en Gor, pero nunca había visto ninguno. Casi todo son esclavas, porque a los hombres cautivos suelen matarlos.

—Lleva el agua a los hombres, esclava —me dijo el soldado.

—Sí, amo. —Cogí su copa y me apresuré a lo largo del parapeto para servir a los demás.

Cuando bajé las escaleras y llegué al patio entre las murallas, vi que habían abierto la puerta para dejar paso a la comitiva con el prisionero. Tras ellos se cerró la puerta. Borchoff, el capitán del alcázar, vino para examinar al cautivo. Yo me quedé por allí, picada por la curiosidad, con la bolsa de agua vacía sobre el hombro.

El prisionero era un hombre moreno, de negros cabellos, alto y fuerte. Iba cargado de cadenas, y tenía las manos atadas a las espaldas. Se erguía orgulloso entre las dos bestias, soportando sin esfuerzo el peso de las cadenas que colgaba de su collar de cautivo.

Me gustó ver a un hombre cautivo. Llevaba pesadas cadenas de hierro y no podía hacerme daño. Me acerqué más, sin que me detuvieran los guardias.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo Borchoff.

—No me acuerdo.

Uno de los guardias le golpeó.

—¿Con qué propósito intentabas averiguar la naturaleza de nuestras defensas? —preguntó Borchoff.

—Se me ha ido de la cabeza —dijo el hombre.

Fue golpeado de nuevo. Él apenas se inmutó, aunque los golpes fueron crueles.

Borchoff se alejó del hombre para hablar con el teniente, uno de los hombres a lomos de los tharlariones, a fin de conocer los detalles de la captura.

Yo me acerqué más al prisionero. Nadie me detuvo.

Él me miró, y yo me sonrojé. La escasa túnica que llevaba apenas cubría mi cuerpo, y llevaba un collar. Cuando un hombre goreano mira a una mujer parece desnudarla con la vista y ponerla a sus pies. Me sentí desnuda. Me llevé la mano a la túnica como para cerrarla más, pero lo único que conseguí fue subírmela aún más sobre los muslos. Me pareció que sus ojos advertían cada detalle de mi cuerpo. Di un paso atrás.

Borchoff volvió al momento.

—Búrlate de él, Dina —me dijo.

—Te lo advierto, capitán —dijo el prisionero—. No me insultes con las burlas de una esclava.

—Búrlate de él —me dijo dándose la vuelta.

El prisionero bufó en silenciosa ira. De pronto me sentí muy poderosa. Él estaba indefenso. Y también de repente me sentí embargada por una tremenda furia contra los hombres por lo que me habían hecho, por mi collar y mis cadenas. Y éste era un hombre de Gor, y un momento antes me había mirado como mira un amo a una esclava.

—Sí, amo —le dije a Borchoff, capitán del alcázar de las Piedras de Turmus.

Me acerqué al prisionero, mirándole a la cara. Él apartó la vista.

—Eres alto y fuerte, amo —le dije—, y muy guapo.

Él apartó la mirada, furioso.

—¿Por qué no me tomas en tus brazos y me besas como a una esclava? —gimoteé—. ¿Es que no me encuentras atractiva?

No dijo nada.

—Oh —seguí yo—, llevas cadenas.

Le besé en el brazo. Me llevaba más de veinte centímetros de altura, y debía pesar el doble que yo. Me sentía muy pequeña a su lado.

—Permite que Dina te dé placer, amo. —Le desgarré la túnica con los dientes—. Deberías dejar que Dina te complaciera —dije—, porque pronto te marcarán, y entonces no serás más que un pobre esclavo como Dina. —Le rompí la túnica con los dientes, desnudándole hasta la cintura. Su pecho era muy fuerte. Le acaricié los costados y le chupé y le mordí en el vientre—. A un esclavo se le puede matar solamente por tocar a una esclava. —Alcé la mirada hacia él—. Dina siente mucho que pronto vayas a ser un esclavo, amo.

—No seré un esclavo —dijo él.

Yo le miré atónita, y él volvió a apartar la mirada.

Cogí con los dientes su túnica a la altura de la cintura.

—No lo hagas, esclava —me dijo.

Yo retrocedí asustada.

—Vete, Dina —me dijo Borchoff acercándose al prisionero.

—Sí, amo.

Les dejé para volver a los cuarteles de esclavas, para bañarme y refrescarme antes de los deberes de la tarde.

—Traed al prisionero —dijo Borchoff levantándose de la mesa en la sala turiana de los placeres y alzando la copa.

Yo me arrodillé junto al hombre al que había servido carne. Ahora la fuente estaba vacía.

En la sala debía haber unos cincuenta hombres, y casi todas las esclavas.

—Bienvenido —dijo Borchoff cuando trajeron al prisionero, con los tobillos encadenados y las manos atadas a la espalda. Le habían dado una paliza.

Arrojaron al prisionero a los pies de Borchoff, capitán del alcázar de las Piedras de Turmus.

Dos guardias hicieron que se quedara de rodillas.

—Eres nuestro huésped —dijo Borchoff—. Esta noche participarás de la fiesta.

—Eres generoso, capitán —dijo el hombre.

—Mañana —continuó Borchoff—, hablarás ante nuestros métodos de persuasión.

—No lo creo.

—Nuestros métodos son eficientes.

—Todavía no han dado resultado.

Borchoff pareció enfadarse.

—Pero hablaré cuando se me antoje.

—Estamos humildemente agradecidos —dijo Borchoff.

El prisionero inclinó la cabeza.

—Tú eres de la Casta de los Guerreros —dijo Borchoff.

—Tal vez —dijo el hombre.

—Me gustas —dijo Borchoff. Luego gritó—: Sulda, Tupa, Fina, Melpomene, Dina, complaced a nuestro misterioso invitado, este que tan difícil encuentra acordarse de su casta, de su nombre y de su ciudad.

Nos apresuramos a arrodillarnos ante el hombre encadenado.

—Confiamos en que al próximo atardecer —dijo Borchoff—, su memoria haya mejorado mucho.

—¿Es la hora decimonona? —preguntó el prisionero.

—No —dijo Borchoff.

—Hablaré en la hora decimonona.

—¿Es que te dan miedo nuestros métodos de persuasión? —quiso saber Borchoff.

—No —respondió él—, pero hay un momento y un lugar para hablar, y hay un momento y un lugar para endurecerse.

—Es un dicho de los guerreros —dijo Borchoff.

—¿Sí? —preguntó el hombre.

Borchoff levantó la copa a modo de saludo. También Borchoff era de la Casta de los Guerreros.

—Es una lástima —dijo—, que hayas caído en nuestras manos. Se necesitan esclavos para el mantenimiento de los corrales de tharlariones en Turia.

Mucho rieron entre las mesas la agudeza de Borchoff. También las chicas nos reímos alegremente. Aquello suponía un gran insulto para el prisionero si era de la casta guerrera.

El prisionero no respondió a las palabras de Borchoff. Éste nos hizo un gesto con la cabeza, y bebió de su copa.

—Pobre amo —le dije al prisionero arrodillado y encadenado. Me arrodillé a su lado y le cogí la cabeza con las manos y le besé—. Pobre amo.

Él me miró.

—Tú eres la zorra del patio —me dijo.

—Sí, amo.

—Estaré encantado de marcarte la oreja. —Yo no le entendí.

Las chicas comenzamos a besarle y acariciarle, a llevarle vino y deliciosas viandas. Mucho nos esforzamos en servirle.

—Es la hora del placer general —gritó Borchoff.

Los hombres de la sala se agitaron ansiosos.

—¡Dina! —me gritó el hombre al que antes le había servido la carne.

Yo besé rápidamente al prisionero encadenado, con uno de esos besos insultantes que tan a menudo les dan las mujeres de la Tierra a sus maridos.

—Perdóname, amo —dije—, pero ahora debo ir a servir a otro. —Y me alejé.

Oí que el prisionero le preguntaba a Borchoff la hora.

—Es la hora decimoctava —dijo Borchoff.

—Un poco de vino para Dina, amo —supliqué.

Me arrimé más a él. Todas las chicas nos habíamos arrastrado entre las mesas. Algunos hombres son más generosos que otros. Fina se acercó.

—¡Fuera! —le ordené. Ella se fue enfadada a buscar a otro—. Un poco de vino para Dina, por favor, amo —supliqué. Él me cogió del pelo para echarme la cabeza hacia atrás y arrimó la copa a mis labios. Yo reí, sintiendo el vino en la boca y en el cuello bajo el collar, y sobre la seda por encima de mi pecho izquierdo.

De pronto se abrió de golpe la puerta de la sala, y entraron hombres con cascos y armas.

—¡Han cortado el cable de tarn! —gritó un hombre. Luego se tambaleó sangrando por una herida de espada.

Borchoff se levantó borracho. Los soldados turianos miraron aturridos a su alrededor. Se detuvo la música. Desde fuera de la habitación llegaban gritos y ruidos de pelea.

—¡A las armas! —gritó Borchoff—. ¡Dad la alarma!

Más hombres entraron en la sala. Los soldados turianos corrieron hacia los muros para coger sus armas. Las esclavas gritaban.

Y entonces la habitación cayó en poder de los extranjeros. Eran hombres rápidos, fieros, eficientes, terribles. Llevaban cascos grises con crestas de pelo de larl y eslín. Deduje de su piel que eran tarnsmanes.

—¡La llave de las cadenas! —ordenó el prisionero poniéndose en pie.

Varias espadas se cernieron sobre el cuello de Borchoff. Sus hombres tiraban las armas. Les habían cogido totalmente por sorpresa, y la música había impedido que oyeran nada.

Habían cortado el cable con ganchos afilados y luego lo arrancaron de los postes. Los tarnsmanes se habían aproximado volando bajo por el sector oscuro, apartados de las lunas, escondidos entre las sombras, y entonces de pronto habían alzado el vuelo, la primera oleada rompiendo el cable, la segunda, la tercera y la cuarta, cayendo a través de la abertura en los parapetos, en los tejados y en el patio de la fortaleza. Y casi al instante se abrieron camino hasta la sala. Parecían conocer bien el plano del alcázar. Se movían sin vacilaciones.

Borchoff, iracundo, casi pasados los efectos del alcohol, arrojó la llave de las cadenas del prisionero a uno de los intrusos, que se apresuró a desencadenarle. El

hombre se irguió con orgullo frotándose las muñecas.

—¿Eres el jefe de estos hombres? —preguntó Borchoff.

—Sí —respondió el hombre.

—Te capturamos haciendo averiguaciones —dijo Borchoff— a propósito de la estructura de nuestra fortaleza y la naturaleza de sus defensas.

—Las averiguaciones —dijo el hombre— ya habían sido realizadas con anterioridad, y los planes ya estaban trazados. Sólo necesitaba dejar que me atrapais.

—¿Facilitaste tu propia captura?

—Sí. De este modo fui traído a la fortaleza donde podría hacer más averiguaciones para facilitar la entrada de mis hombres. —Entonces se volvió hacia dos de sus tenientes para dar algunas órdenes que los tenientes comunicaron a sus hombres. Los soldados se apresuraron a cumplirlas.

—Has sido muy observador —dijo Borchoff.

—No he perdido el tiempo —dijo el hombre con una sonrisa—. Y tal como yo había previsto, tus hombres han sido una gran ayuda, han hablado sin reservas ante alguien que pensaban destinado a las cadenas de esclavo.

Borchoff miró a sus hombres.

Le dieron al jefe de los intrusos una bolsa que se colgó al hombro y una espada.

—Me gustaría seguir con la conversación, capitán —dijo—, pero ya comprenderás que debemos actuar con diligencia.

—Naturalmente, capitán —dijo Borchoff—. Estamos dentro de los límites de la patrulla de los tarnsmanes de Ar.

—La patrulla de la tarde se retrasará —dijo el hombre—. Parece que ha habido alguna distracción, unos campos ardiendo a unos pasangs al sur. Deberán ir a investigar.

Borchoff apretó los puños.

—Encadenadle —dijo el hombre señalando las cadenas en las que él mismo había estado prisionero.

—¿Quién eres? —preguntó Borchoff furioso, encadenado de pies y manos.

—¿Es la hora decimonona?

—Sí —respondió Borchoff.

—Soy Rask —dijo—, de la Casta de los Guerreros, de la ciudad de Treve.

Las esclavas gritamos y salimos corriendo. Oímos que estaban dictando órdenes a nuestra espalda. La fortaleza sería saqueada.

Corría con todas mis fuerzas por un oscuro pasillo. Oía los pasos de un hombre a mis talones, pero se desvió para perseguir a otra chica. Las sedas que me vestían estaban desgarradas.

Intenté arrancarme las campanas del tobillo. Una chica pasó corriendo a mi lado

girando por otro corredor. Miré a mi alrededor desesperada, y vi una puerta de hierro que no estaba guardada. Atravesé el umbral y salí a un pasillo. Abrí otra puerta y vi un nuevo corredor en el que ardía una lámpara colgada de una cadena. Me acordé de este segundo pasillo, por el que me habían conducido mi primer día en Piedras de Turmus. Estaba flanqueado por puertas de barrotes, pero me alejé de ellas porque no habría sido sensato esconderse allí dentro, en caso de que hubiera podido entrar, porque albergaban tesoros, y era seguro que serían saqueados. Debía encontrar las grandes salas de almacenaje, donde se guardaban las mercancías sin valor. Recordaba que estos almacenes estaban más lejos en el pasillo. Llegué a la pesada puerta de hierro, que ahora estaba sin vigilancia, y la dejé atrás. Avancé por el corredor, y fui probando, una tras otra, las puertas que llevaban al área de almacenaje de la mercancía barata, pero todas estaban bien cerradas. Forcejeé con los barrotes, pero no pude abrirlos, y lloré de frustración. Me volví asustada a mirar al otro extremo del pasillo. Si alguien entraba en el corredor, me vería de inmediato, una bonita esclava fugitiva vestida con sedas y campanas. Sacudí de nuevo los barrotes de una puerta. ¡No podía esconderme! No había lugar alguno donde ocultarse. Me di la vuelta apoyando la espalda en los barrotes y gimiendo. Entonces vi al final del pasillo la puerta de la oficina de Borchoff, corrí hacia allí y entré. Oí unos gritos que venían del pasillo al que daba la otra puerta del despacho de Borchoff. Oí el batirse de las espadas y los gritos de una chica. Oí a una mujer gritando lastimeramente, golpeando y arañando histéricamente al otro lado de la puerta. Yo titubeé. Y un instante después, oí cómo se la llevaban y entonces me acerqué a la puerta por la que había entrado. Estaban intentando abrir la otra puerta. Oí las patadas que daban los hombres, y entonces las maderas saltaron en astillas y apareció una mano buscando la cerradura para abrir la puerta. Me volví y salí huyendo por donde había venido.

Oí cómo los hombres entraban en la habitación que yo acababa de dejar.

Corrí por el pasillo sin aliento, desgarrándome los pies desnudos en las piedras del suelo.

Atravesé la puerta de acero, y me volví rápidamente, tanteando con las manos para encontrar una forma de cerrarla. Grité de desesperación; no podía echar los cerrojos, porque estaban fijados a una barra vertical que había sido arrancada.

Eché a correr otra vez.

No sabía si los hombres que habían entrado en la oficina de Borchoff me perseguían o no.

Volví a detenerme intentando quitarme una a una las cinco anillas con las veinte campanas de esclava que tenía atadas al tobillo. Pero habría necesitado alguna herramienta, porque yo no tenía la fuerza necesaria para romperlas con los dedos.

Oí a los hombres en el pasillo, y me dio un vuelco el corazón.

Todavía llevaba las campanas.

Entonces pensé que si podía llegar al tocador de esclavas, encontraría la llave de las campanas, que se guardaba en una caja de madera dentro de aquella habitación, una caja cuya llave solía guardar Sucha. Si la caja estaba cerrada, tal vez podría romperla para sacar las llaves de las campanas.

Corrí de nuevo por el pasillo.

Llegué en pocos momentos a la pequeña puerta de hierro por la que me habían llevado por primera vez a las salas de esclavas.

Se abría de este lado.

Rasgué unos jirones de seda de mi túnica y los coloqué en los orificios de los cerrojos de la puerta para que no se cerrara a mi espalda.

Corrí hasta el tocador, que estaba en el más absoluto desorden. Deduje que aquí habrían atrapado a algunas esclavas. La caja de las llaves estaba rota y abierta, tal vez por los hombres en su búsqueda de joyas. Las llaves estaban tiradas por el suelo.

Oí unos gritos.

Probé frenéticamente las llaves en la primera cerradura. Al otro lado de la puerta vi pasar a Sulda a toda prisa. Di un paso atrás.

La atraparon al final de la piscina.

—No me marquéis —gritó ella. Luego la oí chillar. Momentos más tarde la vi con las manos atadas a la espalda, los cabellos sobre el rostro, mientras un guerrero se la llevaba trastabillando a su lado, cogida del brazo.

—Llevala al parapeto —dijo alguien.

Encontré la llave de las campanas de esclava, y abrí la primera cerradura y luego las otras cuatro. Las cuatro anillas se abrieron y yo me quité las campanas.

Luego salí del tocador y me deslicé junto a la piscina hasta llegar a la pequeña puerta de hierro. Pero no la atravesé. Porque oí al otro lado el ruido de hombres que se aproximaban. Me di la vuelta y atravesé a la carrera la puerta de barrotes que llevaba a los cuarteles de esclavas. Atravesé también la segunda puerta, y caí en una alfombra a mis pies.

¡Debía encontrar un escondite!

Corrí a lo largo del pasillo.

De pronto vi a dos hombres salir al extremo del corredor, Llevaban entre ellos a Tupa.

Di media vuelta de nuevo y seguí corriendo.

Pero ahora venían detrás de mí dos hombres más, sin duda los mismos que yo había oído tras la pequeña puerta de hierro y que habrían entrado en los cuarteles de esclavas y en el tocador atravesando después las dos puertas.

Estaba atrapada en el pasillo. Me pegué a la pared.

Ellos se acercaron.

—Es Dina —dijo uno.

—Deja que se vaya —dijo el otro.

Entonces los cuatro hombres se marcharon hacia la gran sala, llevándose a Tupa.

Yo me apreté contra la pared respirando pesadamente, asustada, aterrorizada. No me habían atrapado.

No entendía nada. ¿Es que no me querían? ¿Es que no era lo bastante buena para ellos?

Al fondo del pasillo, lejos de las puertas que llevaban a los cuarteles de esclavos, vi la figura de un hombre, un hombre alto y guapo, fuerte, espléndido, con los rasgos de un jefe de soldados goreanos.

Era el llamado Rask de Treve. Me di la vuelta y salí corriendo.

Me agazapé en un rincón del oscuro pasillo. La pequeña luz se acercaba desde el fondo del corredor.

Detrás de mí había una puerta de barrotes, cerrada.

La luz se acercaba.

A ambos lados de mí se alzaban paredes de piedra.

Él levantó la lámpara, y la luz cayó sobre mí. Me arrodillé.

—Ten piedad de una pobre esclava, amo —musité.

—De rodillas —dijo él—, el vientre y la mejilla contra la pared, y cruza las manos a la espalda.

Eso hice, y él dejó la lámpara a un lado sobre un estante y la espada en el suelo, y se inclinó sobre mí. Me ató fuertemente las muñecas con una correa; ahora estaba indefensa. Me cogió de los brazos y me volvió, sentándome en el suelo con las rodillas alzadas y la espalda contra el muro de piedra.

—Ten piedad de una pobre esclava, por favor, amo —susurré.

Él sacó algo de su bolsa y lo sostuvo ante mí.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó.

Era como una pequeña hoja de metal, veteada y de forma ovalada. En el extremo más ancho tenía un pequeño agujero en el que había un pequeño alambre haciendo un lazo. En la hoja había grabado un signo y una escritura diminuta.

—¿Conoces este signo? —preguntó el hombre.

—No, amo.

—Es el signo de Treve.

—Sí, amo.

—¿Puedes leer esto? —me preguntó señalando la escritura.

—No, amo —le contesté. No podía leer goreano.

—Es mi nombre —dijo el hombre—, Rask.

—Sí, amo.

—Con esto es con lo que en Treve marcamos el botín de nuestras incursiones.

—¡No, amo, por favor! —grité.

Me apreté contra la pared. Él me tiró del lóbulo de la oreja izquierda. Yo chillé encogiéndome mientras el alambre me perforaba el lóbulo. Luego él ensartó el alambre y retorció las puntas formando un lazo del que colgaba la hoja de plata junto a mi mejilla.

—Ahora no te muestras tan insolente como antes —me dijo.

—No, amo —sollocé.

Me cogió de los tobillos y me alejó de la pared. Eché la cabeza atrás con un gemido. Me había perforado una oreja. Esto en sí mismo no es nada, pero en Gor es algo muy importante, porque es algo insólito.

Alcé una mirada de reproche hacia Rask de Treve. Él rió.

—¿Es ésta tu venganza, amo? —le pregunté.

—Todavía no he comenzado a cobrar venganza, pequeña esclava —me dijo. Me cogió los tobillos y me abrió las piernas.

Decidí resistirme a él. Volví a un lado la cabeza y oí el sonido que hizo al tocar el suelo de piedra la pequeña hoja de plata en su lazo atado a mi oreja.

Pero sus manos eran fuertes y seguras.

—No —supliqué—, no me violes.

Pero él no vio apropiado tratarme con piedad. Grité de desesperación, perdida en las sensaciones, estrechando contra él mi cuerpo hambriento de sus caricias.

Cuando terminó conmigo yo yacía a sus pies, una esclava violada.

Él alzó la cabeza.

—Humo —dijo.

Yo también podía olerlo.

—La fortaleza está en llamas. En pie, esclava.

Me levanté.

Corrimos atravesando salas en llamas. En pocos ehns salimos, después de subir unas escaleras, a uno de los tejados y desde allí pasamos al parapeto a través de un estrecho puente. Había allí varios tarns, enormes y fieros pájaros utilizados en Gor como montura. Vi cómo el fuego lamía otro tejado. El parapeto estaba atestado. Junto a las sillas de los tarns se acumulaban las mercancías, y atados a los pomos había sacos de platos y jarrones. Las esclavas estaban junto a los monstruos alados, con las manos sobre las cabezas, atadas a los estribos de las bestias con esposas de esclava. Cuando las aves levantaron el vuelo colgarían dos esclavas a cada lado. Detrás de algunas bestias habían atado cestas de tarn, donde habían colocado mercancías y también algunas chicas. Vi a Sucha atada a uno de los estribos de un tarn; parecía aterrorizada. Los hombres montaron a toda prisa en las sillas. Abajo en el patio estaban Borchoff y los soldados, encadenados juntos. Estaban rodeados de humo. Los tharlarones estaban sueltos por el patio, y los soldados luchaban por no ser pisoteados. Mi captor tiró de mi brazo.

—Deprisa, capitán —dijo uno de los hombres.

—Debemos movernos al abrigo de la oscuridad —dijo un teniente—. Debemos estar en la cita de los mercaderes antes del amanecer.

—A tu montura, teniente —masculló Rask de Treve.

El hombre hizo una mueca y se encaramó a la escala que pendía de la alta silla de la bestia.

Vi que abajo habían abierto la gran puerta de la fortaleza. Los tharlariones salieron en desbandada.

Me arrojaron en brazos de un soldado que me llevó hasta las cestas de tarn.

Borchoff miró hacia arriba desde el patio. Rask de Treve alzó la mano a modo de saludo guerrero. La puerta estaba abierta, Borchoff y sus hombres podrían salir, aunque seguían encadenados, y ponerse a salvo.

Entonces Rask de Treve miró a su alrededor, haciendo una rápida inspección de hombres y tarns, mercancías y esclavas.

El soldado me levantó en el aire y me arrojó de pie dentro de una de las cestas de tarn. Empujó mi cabeza hacia abajo, empotrándome entre las otras chicas. Apenas podía moverme. Alcé la vista y vi cómo cerraba la tapa de la cesta, atándola para que no pudiera abrirse. Me arrodillé, porque no podía estar en pie; éramos ocho dentro de aquella cesta, con las manos atadas a la espalda. También habían metido allí dentro seda y oro. Miré a mi alrededor. Las otras chicas, al igual que yo, tenían pendida de la oreja izquierda una hoja de plata, la marca que les habían puesto los hombres que las capturaron.

—¡Oh! —gritó Rask de Treve.

Mi cabeza chocó contra la pared de la cesta.

—¡Oh! —gritaron los hombres de Rask de Treve.

Sentimos un tirón, y luego la cesta comenzó a elevarse. Nuestro jinete hizo que la cesta pendiera sobre el patio antes de ganar altitud, y luego se alejó de los muros de la fortaleza siguiendo a los demás. Cuando la cesta cayó del parapeto hacia el patio todas gritamos asustadas, pero entonces quedó colgada del tarn, y sentimos cómo nos izaban en el aire, como si nos dirigiéramos a las mismísimas lunas de Gor.

Me pregunté cuántas esclavas indefensas y atadas, con una pequeña hoja de plata colgando de la oreja, llevarían los hombres de Treve en las cestas, y cuántas más, en el futuro, se encontrarían en sus manos.

Alcancé a ver el alcázar de las Piedras de Turmus en llamas, alejándose debajo nuestro.

13. ME VENDEN EN SUBASTA PÚBLICA

Me arrancaron la sábana y yo grité sorprendida.

—Sube a la tarima, esclava —dijo el hombre.

—Sí, amo —dije yo. Él me aguijoneó con el látigo.

Miré las sólidas escaleras de madera que ascendían en espiral. Eché una mirada a las otras chicas, Sulda y Tupa entre ellas, sentadas al pie de la tarima, aferrándose a sus sábanas.

—Esto no me puede estar pasando a mí —me dije—. No pueden venderme.

Volví a sentir el látigo en mi espalda, y lentamente comencé a ascender por los anchos y cóncavos escalones, desgastados por los pies desnudos de las incontables esclavas que los habían subido antes que yo.

—Deprisa, esclava —me dijo el hombre al pie de las escaleras. Yo vacilé. Llevaba al cuello una ligera cadena de la que pendía un disco oval. En este disco figuraba un número, mi número de lote o número de venta. Sucha me dijo que era el ciento veintiocho. Ella era el ciento veinticuatro. Nos iban a vender en la Casa de subastas de Publius, en la calle de las Marcas de Ar. Es una Casa de subastas menores en la que generalmente se ofrecen los esclavos más baratos. La sala era un anfiteatro alumbrado con antorchas. Con anterioridad me habían expuesto en jaulas de exhibición para que los posibles compradores pudieran examinar la mercancía de cerca y hacerse una idea de su valor para que sus pujas, suponiendo que estuvieran interesados en hacerlas, fueran ajustadas y realistas. En las jaulas de exhibición estábamos obligadas a obedecer las órdenes de todos los hombres, moviéndonos de una forma determinada según sus indicaciones y cosas por el estilo, pero no se les permitía tocarnos. Nosotras teníamos que sonreír y mostrarnos bellas. Yo compartía mi jaula con veinte chicas, todas con una cadena y un disco en el cuello. Fuera de la jaula estaban nuestros números de lote o números de venta, que correspondían con los números del disco, y una lista de algunos de nuestros rasgos y medidas.

Oí que el hombre se apresuraba por la escalera detrás de mí.

Yo había pasado ocho días en los corrales de esclavas, esperando la noche de la venta. Me habían hecho un examen médico muy detallado y me habían administrado, mientras yo yacía atada e indefensa, una serie de dolorosas inyecciones cuyo propósito no entendí. Los llamaban los sueros estabilizadores.

—¿Para qué son los sueros estabilizadores? —le había preguntado a Sucha.

—Te mantendrán tal como eres ahora —dijo—, joven y bella.

—Chica ciento veintiocho —dijo el subastador desde lo alto del escenario. Me miró sonriéndome y me tendió la mano—. Por favor —dijo.

—Estoy desnuda.

—Por favor —dijo acercándose más la mano.

Yo levanté mi mano hacia la suya y él me ayudó a subir a la tarima.

Era una tarima circular de unos seis metros de diámetro. Estaba cubierta de serrín.

El hombre me llevó de la mano al centro de la tarima.

—Es un poco reticente —le dijo a la multitud a modo de explicación.

De pronto me arrojó con enfado al suelo a sus pies, y oí el silbido del látigo. Me azotó cinco veces mientras yo gritaba cubriéndome la cabeza con las manos. Me quedé allí a sus pies, azotada y temblorosa.

—Es la chica ciento veintiocho —informó a la multitud. Un ayudante le dio un tablero lleno de aros y papeles. Él leyó el primer papel del tablón—. Ciento veintiocho —dijo con irritación—. Pelo castaño y ojos castaños. Mide cincuenta y un horts de altura. Sus medidas son veintidós horts, dieciséis horts, veintidós horts. Su talla de anilla es la número dos para la muñeca y también para el tobillo. La talla de collar es diez horts. Está iletrada y para la mayoría de las actividades no está entrenada. No puede danzar. Su marca es la dina, la flor de la esclava. Tiene las orejas perforadas.

Bajó la cabeza para mirarme y me dio una ligera patada.

—En pie, esclava.

Me apresuré a obedecerle.

Miré a mi alrededor desesperada. A la luz de las antorchas pude ver a la multitud en los anillos del anfiteatro. A un lado había una nave lateral, y dos pasillos entre la fila de palcos donde la multitud que atestaba el lugar comía y bebía. De vez en cuando veía entre los hombres alguna mujer, con túnica y velos, que me observaba. Una mujer bebía vino a través de su velo. Todos estaban totalmente vestidos, excepto yo, que sólo llevaba una ligera cadena de la que pendía el disco de venta.

—Mantén te erguida —dijo el subastador.

Yo obedecí. Me dolía la espalda horriblemente de los latigazos que me había dado antes.

—Aquí tenéis a la ciento veintiocho. ¿Alguna oferta?

—Dos tarks —dijo un hombre de la multitud.

—He oído dos tarks —dijo el subastador.

—Cinco tarks —dijo un hombre gordo, envuelto en túnicas, sentado en un palco medio a mi derecha. Bebía en una copa.

Me estremecí. Apenas podía ver las caras de la mayoría de los compradores, que estaban a la sombra de las antorchas que me iluminaban.

—Seis tarks —gritó un hombre.

—Seis tarks —repitió el subastador—. Camina, pequeña Dina —me dijo—. Y anda bien.

Las lágrimas me afloraron a los ojos, y mi cuerpo enrojeció de vergüenza.

Pero caminé, y caminé bien. Me daba miedo su látigo. Los hombres gritaron de placer ante la chica de la tarima.

—Advertid la fluidez y la gracia de sus movimientos —dijo el subastador—, la dulzura de su figura, la forma de su espalda, el orgulloso porte de su cabeza. Por unos pocos tarks de cobre podréis poseerla.

Una lágrima me surcó el rostro cayendo por mi mejilla izquierda.

—Compradla y trabajará para vosotros —dijo el subastador—. Podréis tenerla desnuda en vuestro collar, arrodillada, limpiando los azulejos de vuestras alcobas. Imaginadla limpiando y fregando y cosiendo para vosotros. Imaginadla comprando y haciendo la comida. Imaginadla entreteniendo a vuestros invitados. Imaginadla esperándoos entre vuestras pieles.

—Diez tarks —dijo un hombre.

—Once —dijo otro hombre a la izquierda.

—Quince.

—Quince —repitió el subastador. Yo sabía que Rask de Treve me había vendido a un mercader por quince tarks de cobre, y el mercader me vendió a la Casa de Publius por veinte tarks de cobre. Sin duda el subastador no ignoraba esto.

El subastador me miró.

—Niña —me dijo en voz baja y amenazadora—, te vendamos o no, esta noche la pasarás en nuestros corrales. ¿Has entendido bien?

—Sí, amo —musité.

No estaba satisfecho con la puja. Si yo no llegaba hasta un precio que satisficiera a la casa, pasaría la noche sometida a la disciplina goreana de esclava.

Sin duda me azotarían a base de bien.

—Veinte —dijo un hombre.

—Veinte —repitió el subastador. Me quitó el pie de encima y me dio unos golpecitos en la espalda con el látigo, diciéndome—: De rodillas.

Me arrodillé en la tarima, abatida, en la posición de esclava de placer, la cadena y el disco de venta pendiendo de mi cuello.

—Tengo una oferta de veinte tarks de cobre por esta pequeña y deliciosa belleza —dijo el subastador—. ¿He oído una oferta mejor? —Miró a la multitud.

—Veintiuno —dijo un hombre.

—¿He oído una oferta de veintiún tarks? —dijo el subastador—. ¿He oído una oferta superior?

La multitud quedó en silencio.

De pronto me asusté. ¿Y si la casa no estaba satisfecha con el beneficio que había obtenido? Sin duda era bastante escaso.

—En pie, carne de collar —me dijo el subastador.

Me levanté.

—Parece —siguió diciendo— que tendremos que dejar ir a esta belleza por tan sólo veintiún tarks de cobre.

—Por favor, no te enfades conmigo, amo —supliqué.

—Está bien, pequeña Dina —me dijo con sorprendente amabilidad, teniendo en cuenta la rudeza con que me había tratado sobre la tarima.

Me apresuré a arrodillarme ante él alzando la mirada.

—¿Está el amo complacido? —pregunté.

—Sí.

—¿Entonces Dina no será fustigada?

—Claro que no —dijo él mirándome con amabilidad—. No es culpa tuya que la venta sea un proceso lento.

—Gracias, amo.

—Y ahora, levántate, preciosa, y sal deprisa de la tarima porque tenemos más animales que vender.

—Sí, amo —le dije levantándome de un salto. Me volví para bajar de la tarima por las escaleras que estaban al otro lado del camino de subida.

—Un momento, pequeña Dina —me dijo el subastador, Ven aquí.

—Sí, amo —le dije corriendo hacia él.

—Ponte las manos en la cabeza, y no las muevas hasta que se te dé permiso.

—¿Amo?

Me puse las manos en la cabeza. Él me cogió por la nuca y me volvió la multitud.

—Contemplad, nobles damas y caballeros —dijo.

De pronto solté un grito al sentir la correa del látigo.

—¡Basta! ¡Por favor, amo, basta! —grité desesperada. No me atrevía a mover las manos de mi cabeza—. ¡Basta, amo, por favor! —grité retorciéndome mientras él me agarraba del cuello. Intenté luchar contra el dolor del látigo.

—Retuércete, Dina, retuércete —dijo.

Yo gritaba, rogándole que se detuviera.

—¿De verdad pensabas —siseó— que nos contentaríamos con un tark de beneficio? ¿Crees que somos tan estúpidos para comprar a una esclava por veinte tarks y venderla por veintiuno? ¿Crees que no conocemos nuestro negocio, zorra?

Grité suplicando piedad.

Y entonces él terminó con su demostración y me soltó el cuello. Caí de rodillas ante él con la cabeza gacha, las manos todavía sobre la cabeza.

—Puedes bajar las manos —dijo. Yo oculté la cara entre ellas sollozando. Apreté fuertemente las rodillas, estremecida por los sollozos.

—Cuarenta tarks de cobre —oí que decían abajo— de la taberna de las Dos Cadenas.

—Las Sedas del Placer ofrecen cincuenta tarks —oí.

Me habían engañado. El subastador me había cogido por sorpresa, forzándome a revelarme como una auténtica esclava de forma espontánea, inadvertida, inevitable.

—La Anilla de Oro ofrece setenta.

Había hecho muy bien su trabajo. Había obtenido de la multitud el mayor precio posible en el mercado antes de revelar la deliciosa riqueza y vulnerabilidad de las potencialidades susceptibles de ser explotadas en la esclava, que formaban parte de ella del mismo modo que sus medidas. Mis responsabilidades, así como mi inteligencia, mis servicios y mis habilidades, iban juntamente con mi precio. Al goreano sólo le satisface una chica en su totalidad, y lo que compra es una chica en su totalidad.

—La Jaula de Plata ofrece ochenta y cinco tarks.

—La Jaula de Plata ofrece ochenta y cinco tarks —repitió el subastador—. ¿Alguien da más?

—El Collar de Campanas ofrece un tark de plata.

La sala quedó en silencio.

—Tenemos una oferta de un tark de plata —dijo el subastador. Era evidente que se sentía complacido.

Yo bajé la cabeza temblando, muy juntas las rodillas. Las últimas pujas provenían de los agentes de tabernas de Paga. Las chicas ataviadas de sedas y campanas que servían en tales tabernas eran bien conocidas en Gor. Su deber era complacer a los clientes de su amo e iban incluidas en el precio de una copa de Paga.

—En pie, pequeña Dina —me dijo el subastador.

Me levanté.

Me sacudí el cabello y contuve los sollozos.

Miré a la multitud, a los hombres y a las mujeres.

—Tengo una oferta de un tark de plata de la taberna el Collar de Campanas —dijo el subastador—. ¿Alguien sube la oferta?

Curiosamente, en ese momento pensé en Elicia Nevins, que había sido mi rival en el colegio. Cómo le divertiría, pensé, ver cómo me vendían, desnuda en una tarima.

—¡Vendida a Collar de Campanas por un tark de plata! —dijo el subastador.

Entonces me empujó hacia la escalera que estaba al extremo opuesto de los escalones de subida, y yo bajé trastabillando con paso inseguro.

—¡Chica ciento veintinueve! —oí que decía.

Al pie de la tarima, el hombre de la casa me cogió de la muñeca y me encadenó. Fijó a la cadena unas esposas de esclava, y me arrojó detrás de la última chica de la cadena, que estaba de rodillas, abrazada a la cadena y con la mirada alejada de mí; tenía la cabeza gacha.

—De rodillas —me dijo. Yo me arrodillé. Él me encadenó las muñecas con las esposas de esclava. Luego encadenaron a la misma cadena a la siguiente chica que

vendieron. Y luego a la siguiente y a la siguiente. Me quedé de rodillas, encadenada con las esposas, atada a una cadena. Me habían vendido.

14. DOS HOMBRES

—¿Paga, amo? —pregunté.

Él me indicó que me alejara.

Me volví con un tintineo de campanas, mirando a mi alrededor. La chica de la arena era muy buena. Apenas se movía, inclinada, juntos los tobillos, los brazos sobre la cabeza, una muñeca junto a otra con las palmas de las manos hacia afuera. Pero danzaba sutilmente al ritmo de la música de una flauta. Algunos hombres la observaban. Teníamos cinco bailarinas en el Collar de Campanas; yo pensaba que todas eran buenas. La mejor de ellas actuaría más tarde, por la noche. Cada día actuaban cuatro y una descansaba. Yo no sabía danzar. Sólo había un músico a un lado de la arena. Más tarde se le unirían otros. El líder era Andronicus, que tocaba el citar.

—Paga —pidió un hombre.

Me apresuré hacia él con la gran jarra de bronce llena de Paga que colgaba de una correa sobre mi hombro.

Me arrodillé y escancié su copa. No me ordenó ir con él a la alcoba. Me levanté y fui a la puerta de la taberna, siempre con mi jarra de Paga, para salir un poco a tomar aire fresco.

Me quedé bajo el cartel del Collar de Campanas que colgaba sobre mí. Era un gran collar del que pendían varias campanas.

—Saludos, Teela —dijo un hombre al pasar.

—Saludos, amo —respondí.

Yo era Teela, una esclava de Paga del Collar de Campanas, cosa que podía leerse en el collar metálico que llevaba. Un collar de diez horts.

Miré más allá del puente, hacia las torres y cúpulas, y a la puesta del sol sobre las murallas de Ar. Los puentes se recortaban en el cielo, con el movimiento de la gente sobre ellos. Mucho más allá, en las calles, se veían carros y carretas tirados por tharlariones.

—Saludos, Teela —dijo una chica a mi lado que venía de la taberna. Igual que yo llevaba campanas de esclava en el tobillo izquierdo, una corta túnica de seda amarilla y el collar de la casa. Estábamos descalzas sobre el puente.

Aparté la mirada sin responder.

—Siento haber peleado contigo por el caramelo —me dijo.

—Yo lo gané —exclamé enfadada.

—Sí, Teela. —Y añadió con enfado—: Cayó más cerca de mí. Debía haber sido para mí.

Busebius, nuestro amo, a veces antes de enviar a bañarnos y prepararnos para bajar, nos tiraba un puñado de caramelos. Los caramelos eran muy preciados y nos

peleábamos por ellos en el suelo de la sala de esclavas.

Miré a Bina.

Yo había saltado a por el caramelo, y ella lo atrapó con la mano. Yo le abrí la mano y me lo metí en la boca. Ella me pegó y me tiró del pelo. Nos peleamos rodando por el suelo, gritando como bestias, a mordiscos, a patadas, tirándonos del pelo. Busebius nos separó con el látigo. Nos apartamos la una de la otra, humilladas, castigadas.

—Parecíais dos locas —rió Busebius. Nosotras nos sonrojamos. Sólo éramos unas chicas. ¿Acaso esperaba que lucháramos como los hombres? Qué pequeñas y débiles nos sentíamos.

—Ahora corred a los baños —continuó Busebius—, y de allí al tocador, porque pronto deberéis estar abajo en la taberna.

—Sí, amo —dijimos.

Ahora, allí fuera de la taberna del Collar de Campanas, dimos un paso atrás y nos arrodillamos.

Bran Loort, que una vez perteneciera al Fuerte de Tabuk, entró en la taberna llevando una mesa baja. Solía representar extraños números en la taberna a cambio de hospedaje y un tark a la semana. Nos habíamos arrodillado porque era un hombre libre. Pero yo me pregunté si sería libre en su corazón. Parecía un hombre derrotado, un hombre de baja casta. Pasó junto a nosotras con la mesa que había llevado al taller de un carpintero y esmaltador para que le incrustara un tablero Kaissa. Ahora retornaba la mesa a la taberna. Él pasaba la noche en la taberna, y se le permitía utilizar a las chicas de la taberna ya que era su lugar de trabajo. Sin embargo, nunca había usado a ninguna. Yo me temía que no pudiera hacerlo.

Ya había pasado la hora decimonona, y de nuevo estaba abajo en la taberna.

El local estaba atestado. La música tronaba muy alta. Nuestra mejor bailarina, Helen, una chica de la Tierra rubia y delgada, hipnotizaba en sus cadenas de plata a los clientes de Busebius. Llevaba el mismo collar que yo. No había escape ni para ella ni para mí. Nuestras marcas, nuestros collares, la sociedad, garantizaban nuestro cautiverio. Si escapábamos, un amo sucedería a otro. Éramos esclavas.

La puerta de la taberna se abrió de golpe. Por un momento se detuvo la música. Helen se quedó congelada a medio movimiento. Todos los ojos se volvieron hacia la puerta, y, me dio un brinco el corazón.

En el umbral se alzaban unos hombres impresionantes, guerreros, aunque no con los atavíos de Ar.

Su jefe, ataviado con una capa y un medallón, aunque sin casco, hizo un gesto para que siguiera la música.

Los músicos siguieron tocando y Helen reanudó su danza.

El jefe de los recién llegados se quitó lentamente los guantes y se los metió en el

cinto.

Sus ojos recorrieron el cuerpo de Helen como recorren los ojos del amo la carne de una chica de su propiedad.

Busebius corrió hacia él haciendo reverencias.

El extraño apartó la mirada de Helen y ella se mordió el labio, llenos los ojos de lágrimas; ya no estaba bajo su mirada.

El hombre me miró, y yo me erguí. Era increíblemente guapo y fuerte. Quería que me viera en toda mi hermosura.

Volvió su atención a Busebius, que le estaba hablando.

—¿Quién es? —oí que preguntaba un hombre.

Bina temblaba junto a mí. Leyó el medallón del extraño.

—Mira el medallón —dijo un hombre.

Busebius condujo a sus visitantes, huéspedes de honor, a un rincón privado de la taberna desde cuyo estrado tenían una magnífica vista de la sala, los músicos y la bailarina.

—¿No sabes quiénes son? —preguntó un hombre.

—No —respondió el otro.

—Son la delegación de la Confederación Saleriana —dijo el primero.

—¿Su jefe?

—Thandar de Ti.

Ahora comprendí la agitación de Bina. En un tiempo Lady Sabina, hija del mercader Kleomenes del Fuerte de Saphronicus, había estado prometida a él. Los saqueadores habían atacado la caravana del cortejo, robando los tesoros y llevándose a Lady Sabina entre otros. Para abortar el contrato de la compañía y para prevenir la alianza del Fuerte de Saphronicus con la Confederación Saleriana, Lady Sabina había sido reducida a la esclavitud, perdiendo todo su valor en los asuntos de estado. La alianza entre el Fuerte de Saphronicus y la Confederación de Saleria nunca tuvo lugar, y ahora no se encontraban en buenos términos.

—Qué hermoso es —suspiró Bina. Thandar de Ti y Lady Sabina nunca se habían conocido. Su matrimonio había sido acordado como un asunto de estado.

Thandar de Ti miraba en nuestra dirección. Nosotras nos arrodillamos, dos hermosas esclavas, dos pobres esclavas de orejas perforadas, dos esclavas de Paga. Para unas esclavas como nosotras era un gran honor que un hombre como Thandar de Ti se dignara siquiera a dirigirnos la mirada.

Thandar de Ti apartó la vista.

Yo sonreí para mis adentros ante la ironía de la situación.

Al mirar a una de nosotras, a una insignificante esclava, había estado mirando a la que fue una vez Lady Sabina.

Bina tenía los ojos llenos de lágrimas.

Thandar de Ti era muy apuesto.

—Te queda muy poco Paga —dije—. Mi jarra está llena, yo les serviré.

—Tiene que servirles más de una esclava —dijo Bina—. Por favor, Teela.

Me levanté, y Bina hizo lo propio.

Busebius venía corriendo hacia nosotras. Nos hizo un gesto, y también a otras cuatro chicas. Nos envió a servirles. Todas estábamos muy excitadas.

—Vosotras seis les serviréis —dijo señalando a los hombres del estrado. Dos de las chicas soltaron una exclamación de placer por haber sido elegidas—. Id rápidamente al tocador, y vestíos como para el juego de la caza.

Me quedé atónita. Los invitados debían ser realmente importantes. Corrimos al tocador. Busebius fue a dar órdenes a los hombres de la cocina.

Debíamos servir rápidamente los vinos de entrante, junto con la carne y los quesos.

En el tocador nos arrancamos las túnicas. Volvimos a perfumarnos y retocamos nuestro maquillaje. Debíamos aparecer bellas, perfumadas y sensuales.

Busebius asomó la cabeza al tocador.

—Pendientes —dijo—. ¡Joyas! —Luego volvió a desaparecer.

—No quiero llevar pendientes —gimió una chica.

—Póntelos esclava —exclamé yo. No quería que me azotaran por culpa de una de nosotras.

Me puse aros dorados en las orejas y collares en la garganta. Me puse mi brazalete.

Bina estaba junto a mí, poniéndose los pendientes sin protestar.

—¿No vas a protestar tú también por tener que llevar pendientes? —le pregunté.

—No —dijo—. Soy una chica de orejas perforadas. —Advertí que los pendientes le sentaban muy bien.

Me acerqué a una cesta a coger la red de caza. Está hecha con cuerdas muy resistentes, con una trama de unos dos horts, alrededor de cinco centímetros.

Envolvimos hábilmente la red a nuestro alrededor, desde el cuello hasta la marca, encima del muslo. Íbamos ataviadas como “presas de cazador”.

Nos miramos en el espejo, algunas conteniendo el aliento. Rara vez ofrecíamos un aspecto tan excitante.

—¡Deprisa! —dijo Busebius apareciendo de nuevo en la puerta del tocador. Los vinos, las carnes y los quesos estaban listos.

—Teela, espera —dijo Bina.

Las otras chicas salieron de la habitación.

—Tenemos que darnos prisa —dije.

—Sé lo que te propones, Teela —dijo Bina—, y no me parece bien.

—No entiendo.

—Tú te propones algo, Teela, te conozco. No eres goreana y no puedes entender estas cosas. —Yo la miré furiosa—. Aparte de gustarle más que yo, aparte de animarle a comprarte, lo que tú te propones es decirle quién era yo.

La miré atónita. ¿Cómo podía saber mis planes?

—Crees —siguió hablando— que entonces me liberará, y te liberará a ti también por haberle dicho la verdad.

No dije nada.

Ella volvió a un lado la cabeza.

—Mis orejas están perforadas, Teela —dijo—. Si le revelas mi estado no harás más que deshonrarle.

—¿No quieres que te quiten el collar? —pregunté tocando la anilla de acero que tenía en mi cuello—. ¿Es que quieres llevar esto? —grité—. ¿Quieres ser una esclava completamente a merced de los hombres?

—No quiero deshonrar a Thandar de Ti —dijo—. Le serviré sin que sepa quién era, le serviré tan sólo como lo que soy, una insignificante esclava de Paga.

—Tal vez tú quieras servirle como una estúpida sin que sepa quién eres —le dije—, pero yo no pienso permitirlo.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —gritó una de las otras chicas.

—Entonces tienes la intención de informar a Thandar de Ti de mi anterior identidad.

—Sí. Me jugaría cualquier cosa por una esclavitud más llevadera. Y ahora apártate de mi camino.

Ella me miró enfadada, sin moverse del sitio.

—Soy más fuerte que tú —le dije—. Quítate de mi camino.

Seguramente recordó cuán fácilmente le había arrebatado el caramelo esa tarde. No era contrincante para mí.

De pronto grité cuando ella se me echó encima arañándome. Apenas me pude defender. Me cogió del pelo y me tiró contra las mesas del tocador ante el gran espejo. Resbalé sobre la mesa, rompiendo cepillos y frascos de perfume. Ella estaba a mi espalda, rompiendo la red y enredándomela en las piernas.

Me revolví, pero no pude liberarme. La miré furiosa. Me ató y amordazó.

—Eres la presa de la cazadora —dijo Bina.

—¡Bina! —oí—. ¡Teela!

—Ya voy —gritó Bina—. Teela está enferma.

Entonces me mandó un beso y salió corriendo de la sala.

Yo me revolví impotente.

Era la primera hora de la mañana, de esa misma noche, cuando Bina volvió, radiante. Me desató, me quitó la mordaza y la red.

—¿No se lo has dicho? —quise saber.

—No. Naturalmente que no.

—Eres tonta.

—De las seis chicas, fue a mí a quien eligió para servirle el Paga.

—¿Seis? —dije yo.

—Cuando te pusiste enferma —rió—, Busebius mandó a Helen para servir con nosotras.

—Ya veo.

—Toda mi vida recordaré la noche en que fui esclava de Thandar de Ti.

Bajé la mirada. Recordé el gozo de haber sido una vez la esclava de Clitus Vitellius, de haber sido dominada y gobernada por él.

Entonces recordé que le odiaba.

—Teela —dijo una voz de hombre, la voz de Busebius.

—Sí, amo.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Sí, amo.

—Entonces, ¿por qué no estás vestida y sirviendo Paga?

Miré su látigo.

—Voy corriendo, amo.

Ahora había menos parroquianos en la taberna, y en otro ahn todos podríamos cerrar las puertas.

Ya habían dado permiso a algunas de las chicas para que se retiraran. Me arrodillé ante el hombre y le serví el Paga con la cabeza gacha.

Busebius ya me había quitado los brazaletes de las esposas de garfios. Llevaba tan sólo campanas y seda. Ya era tarde. Los pendientes, los collares y el brazalete los había dejado en el tocador. Ahora no era más que una simple esclava de Paga.

Tan sólo había otra chica en la sala.

—Paga —dijo la voz de un hombre. Me volví hacia él. Vi que se sentaba con otro hombre.

Me arrodillé ante ellos con la cabeza baja y escancié el Paga en su copa.

—Sírveme el Paga —dijo el hombre.

Dejé en el suelo la jarra de Paga que llevaba para poder asumir sin estorbos la posición de servir Paga o vino a un hombre goreano.

—Primero quítate la túnica.

Le obedecí. Era un cliente y yo estaba a sus órdenes.

Entonces me arrodillé desnuda ante él con la cabeza gacha.

—Ahora puedes servir el Paga —me dijo.

—Sí, amo.

Fui a coger la copa.

De pronto, al ir a levantar la copa, con un destello y un ruido metálico, sobre mis

muñecas se cerraron dos brazaletes de esposas de esclava.

Alcé la vista sorprendida.

—¡No! —grité.

—Ya te tenemos —dijo el hombre. Intenté zafarme, pero él me sostuvo agarrando la cadena de las esposas, presas mis muñecas en los brazaletes.

—Has sido objeto de una intensa y difícil búsqueda —dijo la segunda voz.

Les miré aterrorizada.

—Te he vendido a estos caballeros por dos tarks —dijo Busebius. Me quitó las campanas del tobillo y las puso en una mesa. Metió una llave en la pequeña pero resistente cerradura de la parte de atrás de mi collar. Lo abrió y lo puso también sobre la mesa—. Es vuestra, señores —dijo.

—¡Oh, no, no! —supliqué.

Busebius se dio la vuelta y se alejó de la mesa.

—Hemos pagado por ti dos tarks de plata —dijo uno de los hombres. Me arrodillé desnuda ante ellos, aterrorizada, presa en sus brazaletes.

—Ahora eres nuestra —dijo el otro hombre.

—No me matéis —supliqué.

—Sírvenos Paga —dijo el primero.

Desnuda, esposada y temblorosa, les ofrecí el Paga, primero a uno y luego a otro. Bebieron lentamente, disfrutando de su triunfo y mi desesperación.

—Ahora debemos ponernos en camino —dijo el primero.

Me cogieron cada uno de un brazo y me sacaron casi a rastras de la taberna.

—Por favor, no me matéis —rogué.

Eran los dos primeros hombres que había encontrado en Gor cuando desperté desnuda y encadenada al cuello en los campos. Entonces ellos habían querido cortarme el cuello.

—¡Por favor, no me matéis! —supliqué—. ¡Por favor, amos, no me matéis!

Me forzaron a salir de la taberna cogida entre los dos, esposada, y me llevaron a lo largo del puente bajo la noche goreana.

15. ME HABLA MI AMA

Me arrojaron al suelo ante la figura reclinada en la silla curul.

—Ésta es tu ama —dijo uno de los hombres señalando a la hermosa figura reclinada, ricamente vestida y velada, sentada con pose real en la silla curul.

Me arrodillé y alcé los ojos. Me habían quitado las esposas y me ataviaron con una escasa túnica blanca sin mangas.

Era todo lo que llevaba. Estaba descalza.

—Dejadnos —dijo la mujer. Los dos hombres se marcharon.

Yo alcé la vista atónita.

—¿No me conoces, Judy? —preguntó la mujer.

—No, ama.

La mujer echó hacia atrás la cabeza y rió alegremente.

Mi mente se desbocó. No podía conocerla, y a pesar de todo ella hablaba como si yo debiera saber quién era. Y me había llamado Judy. No me habían llamado Judy desde que abandoné la Tierra.

—Judy Thornton —rió la mujer. Por su risa supe que era joven, que, igual que yo, no era más que una chica, tal vez un poco mayor que yo. Mi ama era una chica. ¡Yo era la esclava de una mujer!

—¿Ama? —pregunté.

—¿Ha sido muy dura la esclavitud para ti, adorable Judy? —preguntó.

—Oh, sí, ama.

—¿No te gustaría ser libre?

—¡Sí, ama! —exclamé.

Con un gracioso gesto, la mujer se levantó el velo sonriendo, revelando su rostro.

—¡Elicia Nevins! —grité sollozando de gozo. Me arrojé llorando en sus brazos. Y ella me abrazó. No podía controlar mis emociones. La ordalía había llegado a su fin. Me estremecí, medio riendo medio llorando. Detrás de mí quedaban ahora el acero de las esposas de esclava, el temor del látigo, el dolor y la degradación de una esclava—. ¡Te quiero, Elicia! —grité—. ¡Te quiero! —Ahora sería libre. Pronto, con la ayuda de Elicia, volvería a salvo a la Tierra. ¡Me había rescatado!—. ¡Te quiero, Elicia! —sollocé.

La mujer me apartó de ella y yo retrocedí atónita, perdiendo pie y cayendo al suelo. Quedé de rodillas.

La miré sorprendida.

—Está bien que una esclava quiera a su ama.

—Por favor, no bromees —supliqué.

—¿No me estás agradecida? —me preguntó.

—¡Sí! ¡Sí! —grité—. Te estoy agradecida, te estoy muy agradecida, Elicia.

—Está bien que una esclava sienta gratitud porque su ama permite que viva en vez de hacer que la maten.

—¿Elicia? —pregunté.

—Sigue de rodillas —dijo fríamente.

—¿Cuándo me liberarán para volver a la Tierra? —pregunté.

—Siempre fuiste una estúpida —dijo ella—. Siempre me he preguntado qué es lo que los chicos veían en ti.

—No entiendo.

—Por eso tú eres una esclava y yo soy libre.

—Seguramente —musité—, no pretenderás mantenerme como esclava. ¡Tú eres de la Tierra!

—Esto no es la Tierra.

—Oh, por favor, Elicia...

—Silencio —dijo ella.

Guardé silencio.

—Fuimos grandes rivales, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dije yo.

—Va a ser muy divertido tenerte como esclava de servicio.

—¡Oh, no, Elicia! —supliqué.

—Incluso en la Tierra te veía como una esclava —dijo ella fríamente—. Cuando te veía en las clases, en la cafetería, en la biblioteca, caminando por el campus, asistiendo a las funciones, saliendo con chicos, riendo, aplaudiendo, tumbada junto a la piscina, adoptando poses para los chicos, encantadora y hermosa, intentando ser más bonita que yo, te veía como eras verdaderamente y como merecías ser, y como algún día serías: tan sólo una pequeña y adorable esclava.

—¡Libérame! —supliqué.

Ella rió.

—Me preguntaste si quería ser libre —gemí.

—¿Y quieres?

—¡Sí! ¡Sí! —exclamé.

—Eso hace que poseerte sea más gozoso —dijo ella—. Pero no serás libre. Eres una esclava por naturaleza, como muchas mujeres de la Tierra.

—¡Tú eres de la Tierra! —grité.

—Sí, pero no soy una esclava por naturaleza. Yo soy distinta.

Bajé la cabeza.

—¿Conoces los deberes de una esclava de servicio? —me preguntó.

—¡Elicia!

—¿Los conoces? No quiero malgastar mucho tiempo aleccionándote.

—Hasta cierto punto —dije fríamente.

—Para eso es para lo único que sirve una cosita como tú. Voy a sacar mucho partido de ti.

—Por favor, Elicia —dijo rompiendo a llorar.

—Ve a mi habitación —dijo—, por esa puerta a tu derecha. En la pared hay un collar de esclava abierto y un látigo de esclava. Tráelos.

Entré en una sala muy hermosa, llena de arcones y espejos, y con un baño excavado. Cogí el collar y el látigo y volví.

Le di el collar y el látigo.

—De rodillas —me dijo.

Yo retrocedí y me arrodillé.

—Estabas muy hermosa en la tarima —dijo.

—Me viste —gemí.

Bajé la cabeza. Me había visto cuando me exhibían desnuda y me vendían.

—¿Por qué no me compraste entonces? —le pregunté.

—Había excelentes razones para no hacerlo. Me bastaba con conocer tu paradero y saber dónde podía adquirirte.

—No comprendo.

—Para asegurarme que no te seguían otros.

—No entiendo.

—Tu búsqueda ha sido muy larga.

—Has tenido muchos problemas —dijo— para asegurarte los servicios de una esclava.

—Tu nombre es Judy —dijo ella, poniéndome nombre.

—Sí, ama.

—Por supuesto, ya entenderás que ahora es un nombre de esclava.

—Sí, ama. —Mi nombre podría ser cambiado a su voluntad.

—Me llamarás Lady Elicia, mi ama, o, como ya lo has hecho, simplemente ama.

—Sí, Lady Elicia, mi ama.

—Excelente, Judy —dijo—. Aprendes deprisa. —Se inclinó hacia atrás—. Oh, voy a disfrutar mucho teniéndote. Te rebajaré y te humillaré, te haré trabajar y haré contigo lo que quiera.

—Sí, Lady Elicia, mi ama —musité. Mi anterior rival ahora me poseía.

Se levantó sin esfuerzo de la silla curul y se irguió ante mí, sosteniendo el collar abierto. Era un collar de hierro, delgado pero sólido, decorado con pequeñas flores rosas, un collar adecuado para la esclava de una mujer. Había una diminuta escritura en el esmalte.

—¿Ves la escritura? —me preguntó.

—Sí, ama.

—Ya sé que no sabes leer, así que te la leeré yo. Dice: “Soy Judy. Devuélveme a

Lady Elicia, de las Seis Torres”. —Luego añadió—: Agacha la cabeza, esclava.

Me arrodillé, baja la cabeza, y el collar se cerró en torno a mi cuello.

Ella dio un paso atrás.

—La señorita Judy Thornton —dijo— con un collar a mis pies. —Se dio la vuelta con la deliciosa túnica que llevaba, alzados los brazos y cerrados los puños y los ojos—. ¡El triunfo! ¡El placer del triunfo! —gritó.

—¿El collar tiene mi nombre? —susurré.

—Sí —contestó mirándome—. Lleva mucho tiempo esperándote.

—Es un collar de diez horts —musité.

—Justamente tu talla —rió ella.

Me pregunté cuándo me había tomado la medida. Por lo que dijo, supuse que el collar no había sido hecho últimamente, que había sido hecho antes de que me vendieran en Casa de Publius, antes de la subasta en la que se habían hecho públicas mis medidas de esclava.

La miré.

—Se te tomaron medidas cuando estabas inconsciente —sonrió—, antes de que abandonaras la Tierra.

—¿Cómo llegué hasta aquí?

—Inconsciente, desnuda, en una cápsula de esclava.

Me estremecí.

—¿Sabes —continuó— quién te eligió para esclava, quién te designó para llevar el collar, quién te escogió, entre otros cientos de chicas, para ser atrapada?

—No, ama.

—Fui yo.

—¿Pero por qué, ama?

—Porque me complacía, y porque quería que fueras mi esclava.

Yo la miré horrorizada. Me acercó el látigo a la boca.

—Pon los labios en el látigo —me dijo.

Obedecí.

—¿Cuál es el deber de una esclava? —preguntó.

—Obediencia absoluta —musité.

—Besa el látigo.

Obedecí.

Ella volvió a la silla curul y se sentó sin dejar de mirarme. Sostenía el látigo en la mano derecha, las correas caían en la izquierda.

—Estoy segura de que nos llevaremos bien, ¿verdad, Judy?

—Sí, Lady Elicia, mi ama.

Me miró intensamente.

—¿Cómo es en realidad la esclavitud?

—Horrible, ama.

—Quiero decir, ser la esclava... de un hombre.

—Es horrible, ama.

—Me figuraba que una chica como tú, no como yo, habría disfrutado con ello.

—Oh, no, ama —dije—. Es humillante, degradante y terrible. Debemos obedecerles en todo. No puedes imaginar lo que eso significa.

—¿No eres lo que se dice una “esclava ardiente”? —preguntó.

—¡Oh no, ama! —protesté.

—Como mujer libre —dijo—, tuve pocas oportunidades de ver abusar de una esclava.

Me miró con curiosidad.

—Tellus —llamó—. ¡Barus!

Los dos hombres que me habían comprado entraron en la habitación.

Lady Elicia hizo un gesto hacia mí.

—Divertíos con ella —dijo.

—¡Ten piedad de tu esclava! —supliqué.

Me cogieron por los brazos y me arrojaron al suelo.

Sollocé. Me habían arrancado la túnica, y mi cuerpo rojo y desnudo se agitaba sobre los azulejos.

—¿Se puede seguir? —preguntó con curiosidad Lady Elicia.

—Todavía no ha experimentado ni el primer orgasmo de esclava —dijo Tellus agachado junto a mí, alzando la vista.

Miré dolorida a uno y otro lado. Alcé los ojos hacia él. Intenté quedarme quieta, pero mi cuerpo saltaba al tocarlo él. Grité desesperada.

—¿Falta poco? —preguntó ella.

—Sí —dijo Tellus—. Advierte su respiración, el sudor en su piel, sus movimientos, sus ojos.

—¡Oh, por favor, ama, ten piedad de mí! —gemí—. No dejes que me siga tocando. ¡Por favor, por favor, ama!

Entonces grité echando atrás la cabeza. Me aferré a Tellus.

—¡Tú eres mi amo! —susurré roncamente—. ¡Eres mi amo!

—No te muevas —me dijo él.

—Oh, por favor, amo —gemí.

—No puedes moverte.

Yo grité y me aferré a él con los ojos cerrados, arañándole, intentando unir más nuestros cuerpos. Entonces eché hacia atrás la cabeza con una mirada salvaje, abiertos los labios, y grité, rindiendo mi cuerpo a mi amo.

—Es el primero de los orgasmos de esclava —dijo Tellus.

—¡Te quiero, amo! —gemí abrazándole. La presencia de Lady Elicia había

desaparecido. Yo, una esclava, estaba en brazos de un macho goreano. Le cubrí de besos y caricias mientras gemía:

—Por favor, toca a tu esclava, amo.

—Puta —exclamó Lady Elicia.

—¡Tócame más, amo! —supliqué.

—Sabía que serías así. Incluso cuando estábamos en el colegio. ¡Adorable Judy! ¡Una putilla!

Yo lamía el vello del brazo de Tellius.

—Por favor, amo —le supliqué.

—Eres menos que una puta —dijo Lady Elicia. Me miró furiosa—. ¡Eres una esclava!

—Te quiero, amo —le susurré a Tellius.

—Acaba con ella —dijo Lady Elicia levantándose enfadada de la silla curul—. Y cuando hayas terminado, asegúrate de que la asean y la arreglan, y que se presente ante mí con una túnica limpia.

—Sí, ama —dijo Tellius.

Lady Elicia salió de la habitación.

Miré a Tellius con terror.

—Por favor, no termines deprisa con tu esclava, amo —supliqué.

—No temas, zorra —dijo él.

Y no terminaron conmigo deprisa, sino que me infligieron los deliciosos castigos de mi esclavitud.

Cuando Barus se levantó de mi lado, dándome una patada, había abusado bien de mí.

—De rodillas —dijo Lady Elicia.

Estábamos en su dormitorio. Me arrodillé ante ella con mi túnica limpia.

—Has tardado mucho —dijo.

—Perdona a esta esclava.

—¿Albergas alguna duda —me preguntó— con respecto a tu condición de esclava?

—No, ama —dije con la cabeza gacha. Recordé a Tellius y Barus.

—Prepárame el baño.

Fui a sacar agua de la cisterna, y encendí el pequeño fuego en el trípode debajo del termo.

—El baño está listo, Lady Elicia, mi ama —dije arrodillándome ante ella.

—Desata mis sandalias —dijo sentándose en la cama—, y desnúdame.

Obedecí.

—Quítate la túnica.

Me quité la túnica.

—Ahora mira el gran espejo, ¿quién es la más bella?

Me arrodillé mirando al espejo y reprimiendo una lágrima. Siempre había pensado que tal vez yo era la más hermosa, pero ahora que estábamos desnudas, veía que mi ama era más hermosa que yo. Elicia Nevins, que había sido mi rival en belleza, era realmente superior a mí en hermosura. Yo no lo había sabido hasta entonces.

—¿Quién es más hermosa? —preguntó.

—Tú, Lady Elicia, mi ama.

—¿De verdad? —sonrió.

—Sí —dije con la cabeza gacha—, Lady Elicia, mi ama.

Caminó hasta el borde de la bañera.

—Tráeme el látigo —dijo.

Cogí el látigo y se lo di.

—Ahora eres la esclava de una mujer.

—Sí, ama.

—Te comportarás con dignidad —dijo—. No harás que me avergüence.

De pronto me pegó con el látigo, y el golpe me hizo dar la vuelta. Volvió a pegarme y caí contra la pared. Me pegó otra vez y caí de rodillas, la cara y las manos contra la pared. Y me pegó de nuevo.

—Si miras siquiera a un hombre —me dijo—, te arrancaré la piel a latigazos.

Me acurruqué junto a la pared.

—Sí, Lady Elicia, mi ama,

—Ahora atiéndeme, me voy a bañar.

Entró graciosamente en el agua, envueltos los cabellos en una toalla, gozando de las multicolores espumas de belleza. Levantó los miembros, lavándose con indolencia, con elegancia.

Me arrodillé junto a la bañera para esperar sus órdenes, por si necesitaba alguna cosa.

—¿En qué estás pensando, Judy? —me preguntó.

—Libérame, ama —supliqué yo—. Libérame.

—¿De verdad crees que fuiste traída a Gor para ser liberada y devuelta a la Tierra?

—No sé por qué me trajeron a Gor.

—Yo sí lo sé.

—¿Solamente para ser tu esclava?

—Podía haber sido por eso.

—¿Pero hay algo más?

—Por supuesto —dijo ella—. Necesitábamos una chica, una chica que llevara un mensaje. Sería colocada, y atada, en un punto determinado. La recogerían cuando no

hubiera riesgos, y la entregarían al contacto adecuado. Allí entregaría el mensaje. — Me miró—. Por desgracia, Tellus y Barus te perdieron.

—¡Iban a matarme! —exclamé.

—Querían que les transmitieras el mensaje. Entonces no sabían de qué forma lo llevabas. Yo sí lo sé. Ha sido una suerte para nosotros, y para ti, que no te mataran al pensar que te habías librado del mensaje, ocultándonos su contenido.

—Querían cuentas de esclava —dije—. No tenía ninguna.

—Sí.

—No llevaba ningún mensaje.

—Sí, pero no lo sabías.

—¿Y no podía llevar el mensaje un hombre? —pregunté.

—Las esclavas llaman poco la atención, excepto por su cuerpo. Pueden ser compradas y vendidas, y cambian fácilmente de manos, Suelen ser llevadas a través de largas distancias. Si permanecen ignorantes, pueden ser magníficos correos. Ni siquiera ellas saben que llevan un mensaje, ni siquiera ellas pueden sospechar. ¿Por qué iban a sospechar los otros, que no ven más que a otra esclava encadenada?

—Eres muy lista, ama.

—Y además —añadió—, si el mensaje cayera en malas manos, está tan escondido que nadie sabría que es un mensaje, y aunque se supiera que lo es, está muy bien cifrado.

—Tu inteligencia es brillante, ama —musité.

Ella levantó un brazo, dejando que el agua resbalara por él.

—Estás envuelta en una guerra —dije.

—Sí. Soy agente de una potencia política y militar, una gran potencia cuya existencia no conoces, una potencia interplanetaria. Se llama el Kurii. Hay mundos envueltos en una guerra, fiera y silenciosa, desconocida para ti y para millones de personas. Gor y la Tierra también están implicados.

—En esta guerra serán importantes las comunicaciones —aventuré yo.

—Y difíciles. Los enemigos no son estúpidos.

—¿No se puede utilizar la radio? —pregunté. Presumí que dispondrían de tales dispositivos.

—Las señales pueden ser interceptadas —dijo—. Y además es peligroso introducir tales materiales en la superficie de Gor. El enemigo los localiza rápidamente y los destruye.

—¿Cuál es el mensaje que llevo? —pregunté.

—No lo sé.

—Cualquier chica podía haber llevado este mensaje.

—Cualquier pieza de carne de esclava —dijo Lady Elicia.

—¿Entonces por qué fui elegida?

Ella rió.

—En el colegio competías conmigo —dijo—, me desafiabas, te atrevías a erigirte en mi rival. Fue entonces cuando decidí que tú, una encantadora e insignificante estúpida, serías mi esclava de servicio.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Por la mañana se te identificará, y serás transportada por un tarn, como esclava desnuda, al puerto de Schendi, desde el que un barco de esclavos te llevará a la isla de Cos.

—¿Identificada? —pregunté—. ¿Barco de esclavos?

—Una pequeña marca química que llevarás en la piel, una señal para que te identifiquen nuestros agentes en Cos.

—¿Una marca química?

—Será invisible hasta que se te aplique el producto adecuado.

—¿Y no puede quitarse?

—Sí, pero tú no te la podrás borrar. Para eso se necesita una mezcla determinada de productos químicos.

—¿Me la borrarán?

—Claro que sí, después de que haya cumplido su misión, identificándote ante nuestros agentes. Sería una estupidez dejártela grabada. Llamaría la atención de los curiosos y quizás revelaría tu identidad como mensajera ante los agentes enemigos.

—Sí, ama.

Levantó la mano llena de espuma y sopló, observando las burbujas elevarse en el aire.

—El barco de esclavos no será un lugar agradable.

—¿Qué me harán en Cos?

—Te quedarás en el Chatka y Curla, una taberna de Paga. Y allí entrarás en contacto con nuestros agentes.

—¿Entenderé el mensaje?

—No, no lo entenderás. No harás más que entregarlo.

—¿Y cuando entregue el mensaje?

—Entonces te devolverán a mí.

—¿Y luego?

—Luego —dijo reclinándose en la bañera, gozando del agua cálida y espumosa—, comenzarás tu vida como mi esclava de servicio, Judy.

—Sí, Lady Elicia, mi ama.

16. EL BARCO

Tellius, el criado de Lady Elicia de Ar, me había llevado en tarn hasta Schendi. Este infame puerto es el puerto de arribo de los famosos esclavistas negros de Schendi, una liga de mercaderes de esclavos conocida por sus crueles saqueos en el mar. Pero también es un puerto libre, administrado por mercaderes negros, y lo excelente de sus condiciones junto con los mercados interiores que se extienden al norte y al este, atrae un importante comercio. Se piensa que hay un acuerdo entre los mercaderes de Schendi y los miembros de la liga de esclavistas negros, aunque pocos de los que habían proclamado esto en Schendi habían conservado la vida. Lo que es evidente, es que los esclavistas negros tienden a evitar el saqueo de los barcos que van o provienen de Schendi. Operan generalmente en aguas más al norte, y vuelven a Schendi como su puerto de reunión.

El barco en el que me llevaban era el Nubes de Telnus, registrado en Cos, pero con permiso de navegación por aguas de Schendi. Tenía unos seis metros de manga y unos treinta metros de eslora. Era un barco de dos mástiles de aparejo fijo. También estaba equipado con remos, pero sólo se usaban al entrar o salir de puerto. El barco redondo, a diferencia del barco largo o barco de guerra, depende mayormente de las velas. El Nubes de Telnus se consideraba un barco de clase media. Yo suponía que en su inmensa bodega llevaría varias toneladas de carga. Yo lo encontraba un barco precioso, sin tener en cuenta las miserias de la sentina, y era particularmente hermoso con las velas. Las velas, como en la mayoría de los barcos goreanos, eran triangulares.

Telnus, nuestro punto de destino, es la capital de la isla de Cos, uno de los dos mayores Ubaratos marítimos de Gor. Cos está al norte de Tyros y al oeste de Puerto Kar, cuya última ciudad está localizada en el Golfo de Tamber, que yace justo al lado del delta del Vosk. En Cos hay cuatro ciudades principales: Telnus, Selnar, Temos y Jad. Telnus es la más grande de todas y cuenta con el mejor puerto. El Ubar de Cos es Lurius, de la ciudad de Jad. La capital de Tyros, el otro de los más grandes Ubaratos marítimos, es Kasra. La otra gran ciudad de Tyros es Tentium, cuyo Ubar es llamado Chendar. Chendar procede de Kasra, y se habla de él como del eslín de los mares. Hace unos años, Tyros y Cos unieron sus flotas en la guerra contra Puerto Kar, pero fueron derrotados en una gran batalla naval. Puerto Kar carecía del poder y los barcos para llevar su victoria más allá. Tyros y Cos, y Puerto Kar, permanecen desde ese día en estado de guerra.

Sentía el tacto suave de la cubierta en mis rodillas. Había sido lijada con piedras de cubierta, y lavada y restregada. Las chicas de las jaulas de cubierta, de rodillas y con grilletes en los tobillos, se habían encargado de ello.

Miré al agua. El cielo estaba muy claro. Era algo muy valioso estar sobre

cubierta.

—Qué fea eres, esclava de sentina —dijo una de las chicas de las jaulas de cubierta.

La miré. Tenía el pelo castaño rojizo, e iba desnuda. No se permite que las chicas lleven ropas en un barco de esclavas. Ella estaba sentada con las piernas encogidas en la diminuta jaula; no podía estirar del todo el cuerpo.

No me molesté en responder. Si le hubieran rapado el pelo, como nos lo rapaban a las esclavas de la sentina, tampoco ella estaría muy guapa. Me habría gustado ser su esclava superior, látigo en mano, cuando ella limpiaba la cubierta. Entonces no me habría hablado con tanta insolencia.

Oí gritar al vigía desde lo alto del segundo mástil, el más alto. Estaba dando la localización de un barco que no podíamos ver desde cubierta. Los hombres corrieron a la amura de babor, algunos subieron a un mástil. El capitán habló a la tripulación.

Los dos hombres que estaban en los remos que hacían de timón, a popa, viraron a babor.

Los hombres corrieron a los bancos y colocaron los remos en sus lugares. Comenzaron a remar al unísono.

Los hombres corrían de un lado a otro por cubierta. Algunos atendían a las escotas, otros aseguraban objetos que estaban sueltos en cubierta. Se cerraron todas las compuertas.

Yo estaba muy excitada, pero no podía hacer nada. No podía participar en lo más mínimo en lo que iba a suceder.

Sabía que las aguas del Thassa eran surcadas por numerosos barcos, entre ellos barcos piratas. Había oído que Cos y Ar estaban en guerra, al parecer porque no estaban de acuerdo con respecto a la adjudicación de la piratería en el Vosk. Pero Ar no tenía ninguna armada, aunque disponía de una flota de barcos de río que patrullaban el Vosk. El barco también podría ser de Puerto Kar, o de uno de los puertos del norte, o incluso de Torvaldsland.

Yo no podía liberar mis tobillos, mis muñecas y mi vientre de las cadenas que me obligaban a estar de rodillas. Tenía miedo. Si el barco caía en manos de piratas, las otras esclavas y yo seríamos suyas también, adorables esclavas desnudas, botín de los vencedores. Yo esperaba que nos quisieran, porque en caso contrario seríamos arrojadas por la borda. En estas circunstancias, las chicas intentan hacerse desear.

—Lleva a las esclavas bajo cubierta —dijo un oficial.

Yo y las otras cuatro chicas que habían subido conmigo, fuimos arrastradas por la cubierta. La compuerta de la sentina estaba abierta. Para mi horror vi cómo lanzaban a mis compañeras escaleras abajo.

—¡No! —grité. Y entonces también a mí me arrojaron por la escalera, rodando encadenada, hasta dar en el suelo. Me había hecho mucho daño.

—¡No! —oí que alguien gritaba. Entonces las chicas de las jaulas de cubierta también fueron llevadas hasta la compuerta donde se les ordenó rudamente que descendieran a la sentina.

—¡Qué olor! —gritó una de ellas. Y fue lanzada por los aires a través de la puerta. Veinte chicas de cubierta estaban ahora con nosotras. Alzamos la vista y vimos cerrarse la pesada compuerta. Las chicas nuevas gritaron en las tinieblas. Oímos cerrarse los cerrojos de la compuerta.

17. LA CORREA

La pesada puerta se abrió.

Aparecieron varios hombres, uno de los cuales llevaba una pequeña lámpara.

La sala era larga y ancha, de techo bajo, con muchos pilares de madera cuadrados. Las paredes y el suelo eran de piedra. Pensé que podía estar bajo un almacén, cerca del agua. No lo sabía. Me habían traído hasta allí, atada y amordazada, en un saco cerrado, en una barca desde el barco pirata.

Llevaba unos cuatro días en aquella sala.

Los hombres entraron.

Yo no sabía dónde estábamos.

Llevaba el óvalo de esclava cerrado en torno a mi vientre, y una cadena al cuello.

El óvalo de esclava es un lazo de hierro que se cierra en torno a la cintura. Al óvalo se fijan dos anillas para las muñecas. También lleva a la espalda un aro soldado, en el que se puede fijar una cadena para atar a la esclava a la pared o a un objeto. Mis muñecas estaban presas en las orillas del óvalo.

Me senté en el suelo con las piernas encogidas.

Llevaba en el cuello un collar de hierro con una anilla en la parte de atrás, a través de la cual habían pasado una cadena que estaba fija en la pared por sus propios aros. La cadena tenía más de dos metros de longitud. En la misma sala, junto a mí, había unas cincuenta chicas encadenadas, y otras cuarenta o cincuenta al otro lado de la habitación. La sala estaba muy sucia y olía a paja rancia. La luz de la pequeña lámpara que llevaba el hombre parecía centellear en la habitación.

—¿Cuántas de estas chicas provienen del Nubes de Telnus? —preguntó uno de los hombres, con casco y capa y cuatro seguidores, de aspecto superior al que llevaba la lámpara, un tipo bajo y gordo, ataviado con el blanco y dorado de los mercaderes.

El hombre gordo temblaba.

—Dos —susurró.

—Muéstramelas.

El hombre gordo le condujo hacia mí y hacia la chica del pelo castaño rojizo que había viajado en la jaula de cubierta. Estábamos encadenadas la una junto a la otra. Ella llevaba la marca común de Kajira; yo llevaba la Dina. Me sentí inquieta, y ella también. No podíamos arrodillarnos ante los hombres libres; estábamos encadenadas por el cuello a la pared.

—¿Vosotras dos erais del Nubes de Telnus? —preguntó el hombre alto.

—Sí, amo —dijimos.

El hombre alto se inclinó, irritado, junto a nosotras. Uno de los hombres que iban con él llevaba el verde de los médicos. El hombre alto nos miró, y nosotras, esclavas desnudas, desviamos la mirada. Olía a paja.

—La llave de los grilletes —dijo el hombre alto.

El mercader le dio la llave que abriría las anillas de las muñecas.

—Deja la lámpara y márchate —dijo el hombre alto. El mercader le dio la lámpara y se marchó asustado de la habitación.

Los hombres se inclinaron sobre la chica del pelo castaño. Oí cómo abrían uno de los grilletes.

—Vamos a haceros la prueba de la sífilis —dijo. La chica gimió. Yo esperaba que nadie hubiera sido portador de la sífilis a bordo del Nubes de Telnus. Puede transmitirse por las picaduras de parásitos. La sífilis había aparecido en Bazi hacía unos cuatro años. A pesar de que el puerto había permanecido cerrado durante dos años, la sífilis se extendió por el sur y el este en unos dieciocho meses. Algunos eran inmunes a la sífilis, y en otros tenía tan sólo un efecto temporal. Pero con otros, era rápida, letal y aquellos que habían sobrevivido a ella tenían cierta seguridad de que transmitirían su relativa inmunidad a sus descendientes. Los esclavos que contraían la sífilis eran ejecutados sumariamente. Se pensaba que la matanza de esclavos había jugado su papel en el contagio de la sífilis en las vecindades de Bazi.

—No es ella —dijo el médico. Parecía decepcionado, cosa que me asombró.

—¿No tengo la sífilis, amo? —preguntó la chica de cabellos castaños.

—No —dijo el médico con tono irritado. Yo no comprendía su irritación.

El hombre alto volvió a encadenar las muñecas de la chica. Los hombres se inclinaron junto a mí; yo me estreché contra la pared. Liberaron mi muñeca izquierda y el hombre alto me separó el brazo del cuerpo, volviéndome la muñeca para ver la parte interior de mi brazo.

Entonces comprendí que no les interesaba la sífilis, que había desaparecido unos dos años atrás.

El médico me untó el brazo con un fluido transparente. De pronto, para mi asombro y regocijo de los hombres, surgió como por arte de magia una diminuta frase escrita con finos caracteres, de un brillante color rojo. Estaba en la parte interior de mi codo. Yo sabía lo que decía la frase, porque mi ama, Elicia de Ar, me lo había dicho. Era una frase muy simple que rezaba: “Es ella”. Había sido grabada en mi brazo con otro fluido transparente. Yo vi la humedad en la parte interior del brazo, justo en la articulación, y luego se había secado desapareciendo. Ni siquiera estaba segura de que la frase siguiera allí. Pero ahora, bajo la acción del reagente, la escritura había surgido, clara y limpia. Entonces, un momento después, el médico vertió el líquido de otro frasco sobre un paño rojo y, de nuevo como por arte de magia, borró la escritura. La tinta invisible desapareció. Entonces probaron el reagente para asegurarse de que la frase estaba borrada. No hubo ninguna reacción. La marca química que me identificaba ante los agentes asociados con Lady Elicia, mi ama, se había borrado. Luego el médico volvió a limpiarme el brazo con el segundo

fluido, quitando los residuos del reagente.

Los hombres cruzaron las miradas y sonrieron.

Volvieron a ponerme el grillete en la muñeca izquierda.

—¿No tengo la sífilis, amos? —pregunté.

—No —dijo el médico.

El hombre alto sacó del bolsillo un carboncillo, y en la suave piel interior del hombro izquierdo de la chica de los cabellos castaños escribió una palabra.

—Tu nombre es Marla —dijo. Ésa era la palabra que había escrito en su hombro.

—Sí, amo —dijo ella.

Entonces el hombre se volvió hacia mí y escribió algo en la parte interior de mi hombro izquierdo.

—Tú eres la esclava Yata —dijo.

—Sí, amo. —Vi que ése era el nombre que había escrito en mi cuerpo. Aquella marca permanecería hasta que se lavara.

Los hombres se levantaron y salieron de la habitación. Se unieron al mercader en la puerta.

La puerta volvió a cerrarse y nos quedamos a oscuras. Todavía sentía la presión del carboncillo en mi piel. Me habían escrito un nombre en el cuerpo, “Yata”. Yo era Yata.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó el hombre a la chica de pelo castaño.

—Marla —dijo ella—, si le agrada al amo.

—Es aceptable —dijo él.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó a mí.

—Yata, si le agrada al amo.

—Es aceptable.

—Se las he comprado al gran esclavista, Alexander de Teletus —dijo el mercader—, pero sus papeles se han extraviado.

—Me llevo a las dos —dijo el hombre. No regateó mucho, y pronto Narla y yo, compartiendo la misma cuerda al cuello atada a nuestros collares, fuimos sacadas al pasillo fuera de la habitación. La correa colgaba entre nosotras, pendida de nuestros collares de cuero. Llevábamos las manos esposadas a la espalda.

—¿Es un viaje muy largo hasta Telnus, amo? —pregunté.

—Estúpida —me dijo—. Estás en Telnus.

—¿Por qué nos has comprado, amo?

—Para que trabajéis en mi establecimiento como esclavas de Paga.

Narla gimió.

Yo sonreí.

—¿Y cuál es el nombre de tu establecimiento, amo, si puede preguntarlo esta esclava?

—Es el mejor de todo Telnus —dijo.

—¿Sí, amo?

—Se llama el Chatka y Curla.

—Gracias, amo —dije.

A Narla le pusieron una capa y una capucha. La capucha se la ataron bajo la barbilla, impidiéndole la visión, de forma que no supiera de dónde estaba saliendo. La parte de abajo se la ataron bajo la cuerda del cuello. La capa, muy corta, tenía cuatro cortes en forma de círculo oval. Era una indumentaria muy provocativa. Había algo escrito en la capa y yo no dudaba que se trataría de publicidad del Chatka y Curla. A mí también me pusieron capa y capucha. No podía ver nada. Sentía la capa sobre los muslos y el aire pasando a través de las aberturas. Entonces comencé a andar respondiendo a la cuerda del amo.

Estaba en Telnus.

18. EL SACO DE ESCLAVA

El Chatka y Curla es una gran taberna de Paga, de cuatro pisos. Tiene un gran patio abierto de suelo de madera, con un pabellón circular excavado a unos cuatro metros de profundidad, y sobre él, dos balconadas circulares, de unos dos metros de altura.

Esa noche estaba atestada.

Me dirigí a la segunda balconada, pasando junto a esclavas y clientes que iban y venían por las rampas de madera. Llevaba la bandeja con mucho cuidado; no está bien tirar una bandeja. En el Chatka y Curla trabajaban muchas chicas, más de cien. Subí con cuidado, las rampas se habían elevado para cubrir los desniveles, que se elevan unos sobre otros medio metro para facilitar el paso.

Oí gritar a una chica en una de las alcobas.

El cordel rojo, o Curla, estaba atado en torno a mi cintura, con el nudo, un nudo que se deshacía con un simple tirón, sobre mi cadera izquierda. Por encima de la Curla, por delante, deslizándose por mi cuerpo y entre las piernas y pasando por la Curla a la espalda, estaba la Chatka, una fina tira de cuero negro de unos veinte centímetros de ancho por un metro y medio de largo. También llevaba un vestido muy corto y abierto, sin mangas, de cuero negro, el Kalmak. Un hombre me lo abrió cuando intenté pasar junto a él en la rampa. Me detuve sin poder hacer nada, siempre con la bandeja en la cabeza. Me besó dos veces.

—Pequeña belleza —dijo.

—Esta esclava se alegraría de poder complacerte en una alcoba —le dije yo. Era éste un proceder que nos habían enseñado y que estábamos obligadas a adoptar, pero yo no lo dije sin cierta sinceridad. Él ya me había poseído hacía unos días, cuando trabajé por primera vez en la taberna Chatka y Curla, y sabía muy bien cómo obtenerlo todo de la belleza de una esclava indefensa.

—Más tarde, esclava —me dijo.

—Sí, amo —musité, siguiendo mi camino.

Además de la Curla, la Chatka y el Kalmak, llevaba un collar, y campanas que pendían de una anilla negra en el tobillo; cinco anillas de pequeñas campanas doradas, y un collar turiano de esmalte negro, que también tenía cinco campanas pendidas de cinco cadenas de oro. Mi pelo comenzaba a crecer después de que me afeitaran la cabeza en el barco de esclavas, pero todavía lo llevaba muy corto. Llevaba una ancha Koora que, como un pañuelo, me cubría la cabeza. Cuando Narla y yo llegamos al Chatka y Curla, nos asearon escrupulosamente, para limpiarnos de todo residuo de parásitos o suciedad acumulada en el viaje. Nos bañaron en agua saturada de productos químicos tóxicos para los parásitos; tuvimos que cerrar los ojos y la boca bajo el agua mientras las chicas nos lavaban. Nos tenían presas por un aro

enganchado al lóbulo de la oreja derecha. Más tarde se nos permitió bañarnos nosotras mismas. De pocos baños había disfrutado yo tanto en toda mi vida.

—¡Paga! —gritó un hombre.

—Llamaré a una esclava, amo —le dije al pasar junto a él en la primera balconada mientras me dirigía hacia la segunda, que era el cuarto piso de la taberna.

En la rampa de la balconada alta pasé junto a Narla que volvía de allí.

—El hombre de la mesa seis de la primera balconada quiere Paga, esclava —le dije.

—Sírvesela tú, esclava —respondió.

—Estoy ocupada, esclava.

—Pues peor, esclava.

—Tiene un látigo, esclava.

Palideció su rostro. Algunos parroquianos traen látigos o fustas a la taberna. Si no se sienten complacidos, se lo hacen saber a las chicas; en cada mesa hay una anilla de esclava con correas, así que todas las chicas nos esforzábamos por servir bien. Sonreí para mis adentros al ver a Narla apresurarse por la rampa para servir el Paga.

—¿Desean los amos algo más de Yata, su esclava? —pregunté, tras servir en la mesa de la segunda balconada.

—Márchate, esclava —dijo una voz de mujer. Era una mujer libre, ataviada con túnicas y velos, arrodillada a la mesa con su escolta, que se sentaban detrás de la mesa con las piernas cruzadas. A veces vienen al Chatka y Curla mujeres libres con su escolta. Su voz no había sido muy agradable.

—Sí, ama —musité recogiendo la bandeja y marchándome con la cabeza baja. Tal vez, de no haber estado ella presente, pensé, los hombres habrían deseado algo más de Yata, su esclava. A menudo, para irritación de otros parroquianos, me retenían a su mesa, atándome las muñecas a la anilla de esclava para reservarme para más tarde.

Fui a la baranda de la balconada y miré hacia abajo. Estaba a unos ocho metros sobre el suelo de madera. Hay varias bailarinas en el Chatka y Curla, y en este momento estaban entre las mesas. A veces, si una bailarina es buena, se exhibe ella sola en el centro del suelo de madera escarlata, dentro del anillo de esclava pintado en amarillo.

Los hombres entraban y salían. Yo me quedé allí, en la balconada alta, con la bandeja bajo el brazo.

Todavía no habían establecido ningún contacto conmigo. De momento, no era más que otra esclava de Paga. Servía igual que las otras, exactamente igual.

En ese momento acababa de estallar una pelea abajo en la que empezaron a enzarzarse varios hombres.

Sentí un tirón en la correa de cuero que tenía anudada en la muñeca.

—Amo —dije.

Era el hombre que antes me había abierto el Kalmak besándome. A mí no me disgustaba verle, ni tampoco que me tuviera atada.

—Ven a la alcoba —me dijo.

Dejé sobre un estante la bandeja que llevaba. El hombre tiraba de la correa atada a mi muñeca izquierda, llevándome a una alcoba en el piso de la balconada superior.

—Ésta —dijo el hombre indicando una alcoba.

Me quitó la correa de la muñeca y me hizo pasar primero. Subí los cinco escalones y entré en la alcoba.

De pronto se me ocurrió que nadie había visto cómo me traía a la alcoba. Todos los ojos estaban fijos en la pelea que había estallado abajo.

Me arrastré hasta el fondo de la habitación, y desde allí me volví para mirar al hombre al que ahora debería complacer, puesto que él me había elegido.

Él me daba la espalda mientras corría las cortinas de cuero, para que no nos molestaran desde el exterior.

Me indicó que me quitara las ropas y yo le obedecí, despojándome incluso de la Koora roja que llevaba en la cabeza. Me hizo entonces un gesto para que me acercara y me arrodillara ante él sin mirarle. Cuando hice esto, me ató las muñecas a la espalda.

—No te vuelvas a mirarme —me dijo.

—Sí, amo.

Oí cómo sacaba, entre un revuelo de pieles, algo de su túnica. De repente, sentí en la boca la mordaza de un capuchón de esclava, con el que me cubrió rápidamente. No podía emitir ni un sonido. Estaba amordazada. Luego me cubrió toda la cabeza con el capuchón, que ató bajo mi barbilla. Me arrojó hacia delante y yo caí sobre las pieles con el hombro derecho. Me ató los tobillos. Sentí cómo retiraba algunas pieles. Luego me hizo doblarme y metió mis pies en un saco de esclava. Me senté y me empujó la cabeza hacia abajo. Entonces cerró el saco sobre mi cabeza y lo ató.

Luego, y para mi curiosidad, le oí abrir una puerta. Debía estar detrás del perchero al fondo de la alcoba. Metió el saco por la abertura y luego lo arrastró por el suelo de madera de un pasillo. Se lo echó al hombro y comenzó a descender cortos tramos de escalera.

Yo me agité en el saco, pero no pude hacer nada. Él era muy fuerte.

19. HAGO UN COLLAR DE CUENTAS

Estaba de rodillas.

Sentí que me desataban el cordel de las muñecas y de los tobillos.

Me quitaron el capuchón de esclava. ¡Podía ver! El cuero de la capucha caía sobre mis pechos, atado a la mordaza. Me desataron las correas de la mordaza y una mano me sacó de la boca la densa estopa, poniéndola en el suelo para que se secara. Casi vomité al verme libre de ella. Eché la cabeza hacia atrás y respiré profundamente. Me quitaron del todo el capuchón y la mordaza. Uno de los hombres se los puso al cinto. Dos hombres se agacharon junto a mí y otros dos se quedaron de pie a mi lado. El hombre de mi izquierda cogió mi muñeca con las dos manos; el hombre de mi derecha cogió mi muñeca derecha también con las dos manos. Tirando los dos de mis brazos me hicieron ponerme en pie entre ellos.

Estaba desnuda, salvo por el collar de esmalte negro, igual que había estado en la alcoba del Chatka y Curla. Tenía la cara enrojecida por el capuchón de esclava y el cuerpo sofocado por la humedad y el calor del saco de esclava.

Me encontraba en un enorme antro iluminado por antorchas. Una gran alfombra roja y estrecha, de unos cuarenta metros de longitud, llevaba hasta una gigantesca puerta blanca, guardada por dos soldados con cascos y espadas. A cada lado de la puerta había escudos y espadas cruzadas.

Retrocedí mirando las altas puertas.

Sentí una presión en las muñecas.

—Vamos, animal —dijo uno de los hombres.

Me llevaron hacia la gran puerta. Yo tenía mucho miedo, porque sabía que éstos debían ser los hombres asociados con mi ama, Lady Elicia de Ar, y creerían que llevaba un mensaje para ellos. Pero no lo llevaba.

Los guardias abrieron las puertas. Me empujaron de rodillas al suelo.

—Besa el suelo, esclava —dijo uno de los hombres.

Besé el suelo mientras ellos me obligaban a inclinarme sosteniéndome el brazo a la espalda. Luego me obligaron con rudeza a levantarme y me metieron en la sala.

Era una sala grande y hermosa, como la de un palacio. El suelo era de brillantes azulejos púrpura. Había brillantes columnas blancas y esbeltas y cortinas de oro. Me llevaron hasta un estrado en el que se sentaba un hombre enorme y corpulento, reclinado sobre unos cojines. Sus ropas blancas, bordadas en oro, estaban manchadas de vino y grasa. Su rostro era pesado, grueso, lleno de motas allí donde los pelos, uno a uno, habían sido arrancados con pinzas. Era calvo, y llevaba sobre la cabeza una corona de hojas de parra. Sentí en él inteligencia, vanidad, riqueza, crueldad y poder.

Ante mí, a los pies del estrado, justo delante de donde yo ahora me arrodillaba, los hombres que me trajeron habían puesto una mesa. Era una mesa baja, y sobre ella

había hilos y cuentas metidas en unas pequeñas copas, cuentas de madera, cuentas de esclava, cuentas de colores, de muchos colores.

Yo miré la mesa de madera, las cuentas en las pequeñas copas. Y me eché a temblar. Me parecía que ya había estado allí antes, o en un lugar parecido, en un sueño que me atormentó una vez en el Fuerte de Tabuk. Me pregunté si ya habría estado antes en un lugar así, o si no era más que el fragmento del sueño de una esclava. El sueño había sido muy real. Me pregunté si su significado era un recuerdo o una anticipación. Pero borré esas tonterías de mi cabeza. Sin embargo, la similitud de este lugar con la habitación del sueño era extraña y daba miedo.

Uno de los hombres levantó sobre mí un látigo de esclava. Entonces me asusté de verdad, porque también esto lo había soñado.

—¿Qué es esto? —sabía que preguntaría una voz.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre.

—Un látigo de esclava, amo —dije, sabiendo que era eso lo que iba a decir.

—¿Y tú qué eres? —preguntó la voz.

—Una esclava, amo —dije. Quería gritar que no sabía nada de sus mensajes ni de cualquier cosa que estuvieran buscando. Quería gritarles que sólo era una pobre esclava y que no sabía nada. Sólo quería piedad.

—¿Vas a obedecer? —dijo la voz.

—Sí, amo.

Yo temblaba. También en el sueño había sucedido esto. Pero yo no pensaba que el sueño fuera profético. Más bien entendía que el sueño me había traído a la memoria un ritual en el que yo había participado.

Eché hacia atrás la cabeza, esperando la presión del látigo de esclava en mis labios.

Esto asombró al hombre, pero representó su parte poniéndome el látigo en los labios. Aunque lo hizo con enfado, no le gustó que me anticipara a sus intenciones. El grueso cuero del látigo azotó mis labios, sentí en la boca una gota de sangre. Luego sentí el latigazo en los dientes.

—Besa el látigo, esclava —dijo el hombre.

Besé el látigo.

Se hizo el silencio.

—¿Quién me lo ordena? —pregunté. Sentía un repentino respeto por quienquiera que hubiera sido el creador del ritual en el que participábamos. La última pregunta que hice no es una pregunta propia de una esclava. Si el hombre no quiere informarla, no lo hace. Todo lo que necesita saber la chica es que es una esclava y ha de obedecer. Pero de todas formas, la pregunta tampoco estaba totalmente fuera de contexto. Cualquiera hubiera entendido que la chica no estaba acostumbrada a la esclavitud y no sabía que una cuestión así la puede hacer merecedora del látigo. Otra

sutileza es que después de la pregunta no había incluido la expresión “amo”.

El hombre corpulento miró a uno de sus tenientes. Intercambiaron miradas.

Mi pregunta me había identificado ante ellos. La identificación quedaría confirmada por las respuestas siguientes.

El hombre corpulento levantó su enorme, rotundo, inmenso peso de los cojines.

—Te lo ordena Belisarius, esclava —me dijo. Yo no sabía si “Belisarius” era su auténtico nombre o un nombre en clave.

Sin embargo, sabía a ciencia cierta que éste era el contacto, éste era el individuo a quien debía comunicarle el mensaje que se suponía que llevaba.

Quería gritar que no sabía nada. Los pequeños ojos, enterrados en los pliegues de aquel rostro enorme, me miraron.

—¿Cuál es la orden de Belisarius? —Apenas pude oír mis propias palabras.

—Es muy simple.

—Sí, amo.

—Haz un collar, esclava.

—Sí, amo.

De pronto pareció invadirme un extraño estado de consciencia. Era consciente de lo que estaba haciendo, y a pesar de todo me parecía actuar según un patrón preestablecido.

Me sentía como en un sueño.

Acerqué la mano hacia los hilos sobre la mesa y las copas de pequeñas cuentas.

No sé por qué elegí en primer lugar una cuenta amarilla. Luego una azul y una roja. Después otra amarilla. Comencé a trenzar un collar.

Anudé el hilo al final del collar.

Lo alcé hacia Belisarius. Uno de sus hombres lo cogió cuidadosamente y se lo entregó. Él lo puso en el estrado ante él.

Sacudí la cabeza. Tan pronto como el collar estuvo terminado, retornó mi habitual estado de consciencia. Me sentí despertar de un sueño.

Vi a Belisarius mirar con atención las cuentas que había ante mí. Para hacer el collar había repetido más de una vez el mismo orden de colores. El collar era largo y suelto, podría dar al menos dos vueltas en torno al cuello de una chica. Parecía no distinguirse de los miles de collares que yo había visto en otras esclavas.

Belisarius no estuvo mucho tiempo mirándolo.

De pronto golpeó complacido el estrado con su enorme puño.

—¡Por fin! —dijo—. ¡Por fin!

Los hombres no preguntaron el mensaje que había leído en el collar, y Belisarius tampoco explicó lo que había visto en la disposición de las cuentas.

Sentí un cuchillo en la garganta.

—¿La matamos? —preguntó un hombre a mi espalda.

—No —dijo Belisarius—. El mensaje ya ha sido entregado.

—¿Y si cae en malas manos? —preguntó un hombre.

—No importa —dijo Belisarius mirándome—. Teje un collar igual, esclava —me dijo.

Yo temblaba. De repente supe que no podría. No me acordaba del orden de las cuentas.

—No puedo, amo —dije—. ¡Por favor, no me mates!

—Incluso aunque pudiera rehacer el collar —dijo Belisarius—, nadie comprendería el mensaje, no tiene significado para ningún otro. —Rió—. Y aunque pudieran entender su significado, sería demasiado tarde para que el enemigo pudiera hacer nada. Tan sólo conocerían el peligro que les amenaza.

Retiraron el cuchillo de mi garganta. Casi me desmayo.

Belisarius me miró.

—Además —dijo—, Lady Elicia quiere a esta pequeña belleza como esclava de servicio.

—Lady Elicia —dijo uno de los hombres— estaría muy bien desnuda y con un collar.

Todos rieron.

—Tal vez más tarde —dijo Belisarius—, cuando haya cumplido su parte.

Los hombres rieron.

Me ataron las manos a la espalda. Me metieron en la boca la estopa de la mordaza del capuchón de esclava, y me ataron la mordaza con fuerza entre los dientes.

Miré a Belisarius, atada y amordazada ante él.

—Utilizadla para la caza de la esclava —dijo—, y luego devolvedla al Chatka y Curla.

Me subieron el capuchón de esclava sobre la cabeza, y lo ataron bajo mi barbilla, las cinchas de cuero anudadas dos veces en torno a mi cuello.

Me arrastraron de un tobillo sobre el suelo hasta un extremo de la habitación.

20. LA VENGANZA DE UNA ESCLAVA

Después de revelar el mensaje a Belisarius y de haber servido para entretenimiento de sus hombres, volví al Chatka y Curla, siempre encapuchada y embutida en el saco de esclava al igual que me habían sacado de allí los mismos hombres, a través de la puerta secreta al fondo de la alcoba. Ya en la alcoba me sacaron del saco, me desataron, me quitaron el capuchón y la mordaza. Entonces, los hombres que me habían sacado de allí y que ahora me habían vuelto a traer, se apresuraron a utilizarme para su placer, y se marcharon rápidamente a través de las cortinas de piel que cubrían la puerta. Me puse las ropas de la taberna. Miré al fondo de la alcoba, donde había una puerta de hierro. La toqué con los dedos y tímidamente, suavemente, intenté girar el picaporte. Pero estaba cerrado. Al parecer lo cerraron al salir el hombre que me había traído. No había ninguna llave ni cerradura por el lado de la alcoba. Salí de la alcoba para volver a mis deberes en la taberna, los deberes de una esclava de Paga. El hombre que me había sacado de la alcoba y luego me devolvió a ella, por lo que yo imaginaba, me había llevado y traído de la Casa de Belisarius. Me llevaron un rato en un pequeño barco, y luego en carro. Encapuchada y metida en el saco de esclava, no tenía ningún sentido de la dirección y muy poca noción del tiempo. Pero por lo que había oído imaginé que los contactos habían sido establecidos por hombres enmascarados que hablaban en clave. Dudaba que mi captor original conociera él mismo la identidad de estos otros hombres.

Después de entregar el mensaje, no me protegía la misma seguridad en el Chatka y Curla. Ahora a veces, como otras chicas, se me permitía salir, antes de las horas de trabajo en la taberna, para atraer clientes para el propietario, mi amo, Aurelion de Cos. Yo llevaba un collar de campanas y campanas también en el tobillo, y un escaso ropaje de seda negra. Sobre la seda, en amarillo, figuraban las palabras que Narla me había traducido: “Soy Yata. Puedes poseerme en el Chatka y Curla”.

Fui a los muelles.

Un gran barco estaba atracando, sus velas latinas recogidas en los largos mástiles. Era un barco de guerra de Cos. Vi a otras chicas de otras tabernas corriendo hacia allí.

Me uní a ellas rápidamente.

Me arrodillé con ellas en una línea de unas siete u ocho esclavas, anunciando todas los precios de nuestros respectivos establecimientos. Pero cuando los hombres desembarcaron, llevando sus bolsas y armas, ninguno se detuvo ante mí.

Me levanté mirando a mi alrededor. En el barco quedaban algunos oficiales y unos pocos miembros de la tripulación. Me volví para alejarme.

Un marinero pasó junto a mí. Llevaba al hombro un gran petate cerrado. Vi que la bolsa se movía e imaginé que llevaba una mujer atada. Por las aberturas del saco vi

que estaba desnuda. Me pregunté si sería una esclava o una mujer libre. Él subió a bordo de uno de los muchos barcos y descendió bajo cubierta.

Ya había pasado el mediodía, y yo me iba inquietando. Todavía no había encontrado clientes para las mesas de Aurelion y no se envía a las chicas al puerto para que disfruten del aire fresco. Se las manda allí medio desnudas en sus collares para que traigan clientes de pago.

Me abrí la túnica un poco y corrí a arrodillarme ante un marinero. Alcé la mirada hacia él.

—Poséeme en el Chatka y Curla, amo —le dije. Él me apartó con el pie, tirándome sobre los calientes maderos del muelle. Corrí a arrodillarme ante otro.

—Soy Yata —dije—. Por favor, poséeme en el Chatka y Curla, amo —supliqué.

Él me apartó de su camino abofeteándome con el dorso de la mano, tirándome al suelo sobre mi hombro. Tenía en la boca el sabor de la sangre. Me arrodillé enfadada sobre los maderos calientes de alquitrán. Se había ido. No era necesario que me pegara.

De pronto me detuve atónita. Entonces me escondí detrás de una gran caja. Él estaba lejos, pero lo supe con seguridad. Comencé a respirar apresuradamente mientras me martilleaba el corazón.

No podía ser, pero era.

No sabía qué hacer. Al principio me invadió un irreprimible torrente de júbilo y amor. Sentí la increíble alegría, el increíble amor que sólo puede sentir una esclava.

Él se acercaba desde el fondo del muelle, con atuendo de marinero. Llevaba un petate de mar.

Yo quise correr hacia él gritando a lo largo del muelle para arrojarme sollozando a sus pies y cubrirlos de besos.

¡Era mi amo, Clitus Vitellius de Ar!

—Oh, amo —quise gritar—. ¡Te quiero! ¡Te quiero, amo!

Entonces le vi mirar a una chica de Paga que se volvió hacia él y le habló.

¡De pronto los odié a los dos!

Él rechazó a la chica, pero le había visto mirarla como un guerrero, como un amo.

Fue Clitus Vitellius el primero que me había esclavizado. Me había marcado con el hierro al rojo, marcándome en la piel como una esclava. Me había obligado a servirle. Me había hecho amarle y luego, cuando le vino bien, me arrojó a un lado entregándome a los campesinos.

En mi mente se fue forjando un plan, implacable y terrible. Respiré profundamente, llena de resolución y de helada ira.

Descubriría que la venganza de una esclava no es cosa de risa.

Me erguí. Abrí mi túnica de seda lascivamente. Alcé la cabeza entre tintineos de las campanas del collar.

Corrí hacia él con pasos cortos y me arrodillé a sus pies besándoselos. Cuando estuve ante él me inundó de pronto una ola de amor, la debilidad de una chica a los pies de su amo; pero luego me repuse, y se heló cada fibra de mi ser, fría y calculadora y sensual. Cogí con mis manos sus pieles y le miré.

—Dina —dijo él.

—Mi amo me llama Yata, amo.

—¿Eres tan inocente y desmañada como antes?

—No, amo —dije bajando la cabeza. Y comencé a besarle a un lado de la pierna, mordiéndole suavemente, chupando su vello.

—Ya veo que no —dijo riendo.

—Me han enseñado a complacer a los hombres.

—¿Eres buena? —me preguntó.

—Algunos amos no se han sentido disgustados del todo.

—¿Crees que podrías complacerme?

Me dio un vuelco el corazón. Me apliqué todo lo que pude, acariciando su pierna dulcemente, besándole lentamente, mordiéndole con suavidad junto a la rodilla.

—No, amo —susurré—. Yata nunca podrá complacer a un gran guerrero como tú. Él miró a su alrededor.

—Di solamente “un marinero” —dijo—. Aquí no soy Clitus Vitellius, capitán de Ar, sino solamente un marino, un simple remero de Tyros llamado Tij Rejar.

Yo le miré.

—Como el amo desee. —Y volví a dedicarme a sus piernas—. El amo no me rechazará, ¿verdad? —supliqué.

—Tengo sed de Paga —dijo él.

—Conozco un lugar.

—¿El Chatka y Curla?

—Sí, amo.

—¿Pero hay chicas allí? —preguntó.

—Sí, amo.

—¿Y eres tú una de ellas?

—Sí, amo.

—Ha pasado mucho tiempo desde que te poseí.

Yo le miré temerariamente.

—Poséeme en el Chatka y Curla —susurré.

—Tengo otros asuntos que atender.

Alcé la mirada asustada.

—Por favor, amo —supliqué—. Ven con Yata al Chatka y Curla.

—Estoy ocupado.

—Pero el amo está sediento.

Él sonrió.

—Llévame a tu taberna, esclava.

—¡Gracias, amo! —Respiré aliviada. Bajé la cabeza para que no viera la sonrisa de victoria, de triunfo, que embargaba mi rostro. Sumisamente, entre el tintineo de las campanas del collar y el tobillo, me levanté ligera, me volví y muy excitada, sin atreverme apenas a respirar, descalza como una esclava, emprendí el camino hacia el Chatka y Curla.

Oía sus pasos detrás de mí.

La doble puerta de barrotes de hierro se cerró a mis espaldas.

De pronto me di la vuelta gritando, señalando al que me había seguido.

—¡Es de Ar! —grité—. ¡Es un enemigo! ¡Cogedle!

Clitus Vitellius me miró atónito.

—¡Cogedle! —gritaba yo. Él se llevó la mano a la cadera izquierda, pero su espada no estaba allí.

Strabo, ayudante de Aurelion de Cos, se arrojó sobre él y fue rechazado. Clitus Vitellius lanzó una mirada salvaje a su alrededor.

—¡Cogedle! —grité.

Dos de los hombres que trabajaban en la taberna se apresuraron hacia las puertas. Los hombres se levantaron de sus mesas.

Clitus Vitellius se volvió hacia la doble puerta y forcejeó con los barrotes, pero no pudo abrirlas porque los cerrojos se habían cerrado.

Un hombre se arrojó sobre él, pero se lo sacudió de encima. Se inclinó sobre Strabo para arrancarle las llaves del cinto. Había muchas llaves. Golpeó con ellas en la cara al segundo hombre de la taberna, que cayó gritando y sangrando. Le golpeó con las pesadas llaves atadas a la enorme anilla de unos quince centímetros de anchura. Otro hombre saltó sobre él cogiéndole las piernas, y otros dos saltaron sobre su cuerpo. Lucharon. Luego otros dos corrieron hacia él, y pronto hubo una espada apuntando a su pecho, donde la túnica de marino se había rasgado. Entre cuatro hombres lo agarraron contra los barrotes de la puerta. Aurelion de Cos se acercó corriendo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Yo señalé al cautivo poderoso y ensangrentado.

—Es Clitus Vitellius de Ar —grité—. ¡Es un capitán de Ar!

—¡Un espía! —gritó un hombre.

—¡Muerte a los espías! —exclamó otro.

—Él dice que es Tij Rejar, un remero de Tyros, pero es Clitus Vitellius. ¡Es de Ar! ¡Es un capitán!

Aurelion me miró.

—No sería nada bueno para ti —me dijo— que te equivocaras en estos asuntos.

—No me equivoco, amo —dije.

—¿Quién eres? —preguntó Aurelion.

De pronto me asusté. Si su identidad era bastante sólida para parecer realmente un remero de Tyros, estaba perdida. Me cocerían viva en aceite de tharlarión. Empecé a sudar.

—No me dignaré a ocultar mi identidad de la gente de Cos —dijo él—. Soy Clitus Vitellius, un capitán de Ar.

—Que traigan cadenas —dijo Aurelion.

Clitus Vitellius me miró, y yo retrocedí. Le encadenaron.

—Ya está bien atado —dijo Strabo, que tenía la cara hinchada como consecuencia del golpe de Clitus Vitellius.

Entonces encadenaron también los tobillos del guerrero de la gloriosa Ar, y cerraron una cadena desde sus muñecas hasta la cadena de los tobillos.

Le pusieron al cuello un collar con dos cadenas de guía, una a cada lado.

Strabo, habiendo recuperado sus llaves, abrió la doble puerta. Cuatro hombres se aprestaron a sacar a Clitus Vitellius de la taberna.

—Llevad al espía a galeras pesadas —dijo un hombre.

—Es mejor matarle ahora —dijo otro.

—No —dijo Aurelion—. Llevadle a los magistrados. Ellos se divertirán con él antes de encadenarle a un remo.

Las galeras pesadas son barcos grandes y redondos que generalmente llevan cargas de poco valor, como madera o piedra. Era raro que se contratara hombres libres para remar en estos barcos.

Clitus Vitellius me miró una vez más. Vi que iba bien encadenado.

Me acerqué a él.

—Pronto serás un esclavo en una galera pesada —le dije. Me erguí ante él en pose de esclava, abriéndome la túnica. Los hombres rieron—. Mira bien, amo, porque entre los remos de una galera no hay muchas chicas. —Di una vuelta y volví a mirarle—. No olvides a Yata, amo. Recuerda que fue ella la que te puso las cadenas, la que te puso en el remo de una galera.

Él me miró sin decir nada.

Me acerqué a él y de pronto le abofeteé con todas mis fuerzas. Él apenas se movió.

—¡La venganza de una esclava es algo terrible!

—También lo es la venganza de un guerrero —dijo él mirándome.

Retrocedí asustada.

—Lleváoslo —dijo Aurelion.

Clitus Vitellius fue sacado de la taberna.

—Has hecho bien, esclava —dijo Aurelion.

—Gracias, amo —respondí. Y entonces me arrodillé de pronto ante él. Había prestado un gran servicio al Estado de Cos—. Libérame, amo —supliqué.

—Trae un látigo —le dijo Aurelion a Strabo.

—¡No, amo, por favor! —grité.

—Ponla en la anilla de esclava y dale diez latigazos, y luego tírale un pastel. Lo ha hecho bien.

21. UN CONVOY PARTE DEL PUERTO DE TELNUS

Apenas noté que me esposaban las muñecas a la espalda. Llevaba una corta túnica amarilla de esclava, de tupido teletón. Estaba cerca de la puerta del Chatka y Curla.

—Ven, Yata —dijo Strabo encaminándose hacia los muelles. Yo le seguí con la cabeza gacha, descalza y esposada.

Ahora sabía que realmente amaba a Clitus Vitellius de Ar. Aunque, para mi dolor, le había traicionado. Cómo me gustaría poder deshacer lo hecho. Cómo me gustaría poner mi pequeña fuerza en el pesado remo que ahora debía estar empujando. Si pudiera, me cambiaría por él, me pondría en su lugar encadenada a un remo. Yo, una insignificante esclava, en mi vanidad y petulancia había hundido no ya a un guerrero, sino a mi amado. ¿Qué importaba que yo a él no le interesara, que no fuera en sus poderosas manos más que carne de collar? No importaba nada. Nunca pensé que se pudiera amar tan profundamente como le amaba. Había provocado en mí una emoción, una ira y un odio que yo no hubiera creído posibles. Yo había vivido para vengarme, había soñado con ello, y cuando obtuve mi venganza, sólo encontré un dolor ceniciento, y una angustia inconmensurable, porque mi venganza me había costado una parte de mí, aquel a quien amaba, Clitus Vitellius de la ciudad de Ar.

Strabo se volvió a mirarme.

—Perdóname, amo —le dije. Había gemido de angustia.

Continuamos nuestro camino hacia los muelles.

La noche que había traicionado a Clitus Vitellius me habían azotado. Me habían obligado a complacer a un marinero borracho.

Las dos noches siguientes también fui azotada.

—No vales nada como esclava de Paga —me dijo Aurelion de Cos, mi amo.

—Perdóname, amo —le dije yo.

—Tal vez sea tiempo de devolverte a Ar.

Ya podía oler la sal y el pescado, porque nos acercábamos al puerto. Entre los edificios, veía las galeras atracadas. Bajamos hacia los muelles.

Ya no llevaba el collar de esmalte negro, ni en el tobillo la anilla del Chatka y Curla.

Oí a los hombres gritar y les vi correr. Parecía que había agitación.

Ahora llevaba un collar de barco, de acero gris con una frase. Me habían dicho que la frase rezaba: “Enviadme a Lady Elicia de Ar, de las Seis Torres”.

Strabo me cogió del brazo. Yo me asombré, porque llevaba esposas en las muñecas. Tiró de mí entre la multitud. Los hombres corrían de un lado a otro. El fuego del humo blanco estaba encendido junto al mástil del estandarte, aunque todavía no era mediodía. Oí sonar una alarma. En lo alto del mástil del estandarte

ondeaba un disco escarlata.

—Ven —dijo Strabo abriéndose paso entre la muchedumbre y tirándome del brazo.

—¡Se escapan! —oí.

—¡Han escapado! —gritó un hombre.

Vi correr a los guardias con lanzas y escudos. Había gente en los tejados.

—¿Quién ha escapado? —pregunté.

La alarma seguía sonando. Strabo me arrastró entre la multitud y me llevó rápidamente hacia uno de los muelles.

—¿Quién ha escapado? —grité.

—De rodillas —dijo él.

Me arrodillé junto a la pasarela de un buque de espolón, el Joya de Jade. Estos barcos se utilizan a veces con propósitos comerciales. Llevan mucha menos carga que un barco redondo, pero al ser estrechos y de poca quilla, son mucho más rápidos. Strabo conferenció brevemente con uno de los oficiales del barco que tenía una lista de carga. Strabo me señaló y el hombre asintió.

—En pie —dijo Strabo.

Me levanté.

Entonces él me arrojó por la pasarela sobre la cubierta del barco. Medía unos cuatro metros de manga.

Strabo le dio al oficial del barco la llave de mi collar y éste se la guardó en el bolsillo.

Luego el oficial hizo un gesto a uno de los marineros y me señaló con un movimiento de cabeza. El hombre trajo un juego de finas cadenas de barco. Me esposaron los tobillos, con unos treinta centímetros de cadena entre ellos; a esta cadena ataron otra de un metro de longitud que terminaba en dos finas anillas. Strabo me quitó las esposas y se las metió en el bolsillo junto con la llave. Entonces el marinero me puso las anillas en las muñecas, de forma que mis tobillos estaban atados, y mis brazos encadenados a ellos.

—Te deseo suerte, esclava —dijo Strabo.

—Te deseo suerte, amo —dije yo. Entonces se marchó. Subieron la pasarela y soltaron amarras. Vi a tres marineros alejando el barco del muelle con largos bicheros. Los remeros, marineros libres, se sentaron en los bancos. Los tambores estaban en su lugar. El capataz de remeros estaba bajo el hombre que tocaba el timbal. Vi al capitán en cubierta. Lenta y suavemente el barco comenzó a alejarse del muelle. Los remeros no descansarían hasta estar bien alejados del embarcadero. Las velas no se soltarían hasta dejar atrás la entrada del puerto.

En los muelles aún parecía haber agitación. Había más guardias, y la alarma seguía sonando. El humo blanco se elevaba de la plataforma cercana al mástil del

estandarte, donde ahora ondeaba un disco escarlata.

Me acerqué a la borda. El oficial de carga estaba allí. Vi que otros barcos también se alejaban de los muelles. Éramos un convoy.

—¿Quién ha escapado, amo? —pregunté.

—Una cadena de veinte hombres de Ar.

—¿Cómo han podido escapar? —pregunté.

—Los ha liberado un prisionero fugado —dijo—. Se baten como larls.

—¿Qué prisionero los liberó?

—Uno llamado Clitus Vitellius.

Me estremecí allí sobre cubierta. Creí que iba a desmayarme. Sentía un júbilo increíble.

—La última vez que los vieron se dirigían a una taberna de Paga —dijo el oficial—, el Chatka y Curla.

Yo temblaba sin decir nada.

—Parece que allí una zorra traicionó a su jefe, Clitus Vitellius. —Rió cruelmente—. No me gustaría estar en su pellejo.

Miré hacia el puerto que parecía alejarse lentamente de nosotros.

—¿La conoces? —me preguntó. Sabía que yo venía del Chatka y Curla.

—Sí, amo —respondí—. Pero no la encontrará allí. Se la han llevado.

—Ha tenido suerte esa zorra traidora.

—Sí, amo.

El Joya de Jade puso proa a la entrada del puerto. Había en la proa dos grandes ojos azules con el perfil y las pupilas negras, que miraban hacia la entrada del puerto. Oí el grito del capataz de remeros.

—¡Listos, remeros! —Los remeros se inclinaron sobre los remos—. ¡Remad! —Y los remeros, veinte en cada lado, hundieron al unísono los remos en el agua, tiraron de ellos y los izaron, cayendo de ellos el agua en enormes gotas.

Me sentía inmensamente feliz, aunque también algo aprensiva. Clitus Vitellius estaba libre y disponía de sus hombres.

El oficial me miraba. Yo estaba junto a él, encadenada.

—Eres la única esclava a bordo —me dijo.

Yo le miré y reí encantada. Él me miró atónito.

—Seré una maravilla para ti, amo —reí—. Seré una maravilla para ti.

Yo intenté estrecharme contra él. Ansiaba sentirme en sus brazos. De repente, liberado Clitus Vitellius junto con sus hombres, el mundo parecía de nuevo maravilloso. Y volví a gozar de la hermosura de los hombres y de mi condición de esclava. De nuevo quería gritar de alegría. Les encontraba profundamente atractivos, irresistibles. El oficial hizo un gesto al marinero que me había encadenado y él se acercó.

—Aunque seas la única mujer a bordo —dijo el oficial—, no pienses que te vamos a tratar con suavidad.

—No, amo.

—Llévala bajo cubierta y encadénala del cuello a una anilla.

El marinero me echó sobre su hombro. Yo sabía que me mantendrían encadenada bajo cubierta hasta que mis necesidades fueran más vehementes y estuvieran más frustradas.

Luego, cuando ya estuviera sollozando, me arrastrarían hasta cubierta.

22. LO QUE OCURRIÓ AL SURESTE DE COS

—¡Una vela! —gritó un hombre—. ¡Una vela!

El hombre estaba descalzo, en la elevada plataforma de vigía en el largo mástil, muy por encima de la verga y de la vela triangular. La plataforma de vigía es un disco de madera fijado al mástil. El hombre tenía las manos en la anilla que también bordeaba el mástil.

—¿A qué distancia? —preguntó un oficial desde cubierta, sacando un pequeño telescopio.

—A medio barco de Schendi —gritó el hombre. Teníamos al nuevo barco en ángulo recto con nuestra amura de babor. Los marinos de Cos generalmente se refieren al lado izquierdo del barco con el punto de destino y al lado derecho con el punto de registro.

El capitán del Joya de Jade se apresuró al puente. El oficial que estaba allí le dio el catalejo.

—Tiene dos mástiles y dos velas —dijo—, y diez remos por banda. Así que debe ser un barco redondo.

—Esgrime la bandera de Puerto Kar —dijo el capitán alegremente.

—Mira —dijo el oficial señalando.

—Ya veo. Está virando.

Otro oficial ascendió al puente. También él llevaba un catalejo.

—Es un barco redondo —dijo el primer oficial.

—Está bastante hundido —dijo el que acababa de llegar al puente.

—Va muy cargado —dijo el primer oficial.

El capitán bajó el catalejo, pero seguía mirando al agua. Se humedeció los labios.

El Joya de Jade era un gran barco de espolón, aunque ahora sirviera como mercante.

—¡Escapa! —dijo el primer oficial—. ¡Vamos a por él!

El segundo oficial no dejaba de mirar el barco.

—Parece muy largo para no llevar más que diez remos por banda.

—Ondea la bandera de Puerto Kar —dijo con urgencia el primer oficial—. ¡Vamos a por él!

—Ya le alcanzaremos —dijo el capitán—. Comunica al barco insignia nuestras intenciones.

—Sí, capitán —dijo el primer oficial y dio rápidamente la orden a los hombres para que izaran el estandarte de Cos.

El capitán habló brevemente con los capataces de remo y el Joya de Jade viró en persecución del barco de Puerto Kar.

Los remeros saltaron sobre sus puestos y los remos se deslizaron fuera del casco.

El capataz de remo ocupó su lugar en los escalones bajo el timbal. Las armas yacían bajo los bancos de los remeros. Aquello iba a ser una fiesta. La cubierta no estaba despejada. Nadie me advirtió, o si lo hicieron, no me enviaron bajo cubierta. La artillería pesada no estaba preparada, todavía no habían traído arena a la cubierta. Ni siquiera habían tenido tiempo de arriar la vela y bajar el mástil, que es lo que suele hacerse en este tipo de naves antes de un combate. Sería un trabajo fácil, y habría botín para todos.

El capitán sonreía.

El Joya de Jade, como un organismo vivo, corría en pos del barco fugitivo.

Tan sólo el segundo oficial, que seguía mirando por el telescopio, parecía preocupado. Pero le ordenaron volver a su puesto.

Yo me quedé cerca de la borda, bajo los escalones que llevaban al puente.

Las banderas de Cos flameaban al viento. Detrás de nosotros, en la distancia, venía el convoy.

Pronto nos uniríamos a ellos. Yo estaba muy excitada. Nunca había visto un abordaje. Cuando el Nubes de Telnus fue capturado yo estaba encerrada en la sentina con las otras esclavas. Y no supe quiénes eran mis nuevos amos hasta que la puerta se abrió y vimos a los extraños.

—¡Más deprisa! —gritaba el capitán.

—¡Remad! —gritó el capataz de remo—. ¡Remad!

El convoy se aproximaba.

—¡Capitán! —llamó el vigía—. ¡Mira! Está plegando mástiles. ¡Está virando!

Desde donde yo estaba podía ver cómo bajaban las vergas y arriaban las velas y plegaban los mástiles en el otro barco. También vi que viraban.

—Tal como me temía —dijo el segundo oficial, que no se había mostrado tan seguro en la persecución.

Subió al puente.

—¡Alto! —gritó el capitán.

—¡Alto! —repitió el capataz de remo. Los hombres le miraron atónitos.

—¡Mirad! —dijo el segundo oficial—. ¡Mirad!

—Deberías estar en tu puesto —gritó el capitán.

—Sugiero, capitán, que demos media vuelta.

El capitán observó el otro barco con el catalejo. El segundo oficial hizo lo mismo.

Yo sabía que los barcos redondos tienen generalmente dos mástiles fijos.

Pero en aquel barco no podía verse ningún mástil.

—Mira los remos, capitán —insistió el segundo oficial—. Ahora son veinte por banda.

Habían sacado remos adicionales.

—No es un barco redondo, capitán —dijo el joven oficial. La poca altura de la

borda no era debida al peso de su carga, sino al propio diseño del barco, rápido y terrible, como una poderosa nave de carreras. Tan sólo habían revelado la mitad de sus remos. Ahora habían bajado los mástiles. Los barcos de espolón entablan combate bajo la fuerza de los remos.

—Te sugiero, capitán —gritó el joven oficial—, que viremos o que pongamos el barco a toda velocidad para embestir.

El barco se aproximaba a nosotros velozmente.

—¡Mirad la bandera! —gritó el primer oficial.

Ahora flameaba otra bandera junto a la de Puerto Kar en la nave que se aproximaba hacia nosotros, hendiendo el agua como un cuchillo a golpe de remo.

Era una bandera ancha, blanca con barras verdes verticales. Sobre las verdes barras, gigantesca y negra, figuraba una cornuda cabeza de bosko.

—¡Es la bandera de Bosko de Puerto Kar! —gritó el primer oficial.

—¡Virad! ¡Virad! —gritó el capitán.

—¡Estamos perdidos! —exclamó un marinero levantándose del remo aterrorizado.

Yo grité y vi que el barco enemigo parecía alzarse sobre el agua. Luego oí el rasgado crujir de la madera y un torbellino de agua que golpeó el barco y los hombres gritaron y vi caer las vergas y las velas retorcidas en cubierta agitándose y empapándose y caí y me agarré a unos cabos atados a un mástil y rodé por la cubierta. Por un momento el barco pareció enderezarse. El barco enemigo se separó de nosotros y pareció poner proa en lontananza. Entonces la cubierta del Joya de Jade se inclinó hacia donde el barco había sido golpeado. El agua entraba por el agujero.

Los hombres saltaron al agua.

De nuevo pareció que el barco se enderezaba, pero comenzaba a hundirse. Yo me aferré aterrorizada al cabo atado al mástil. De pronto sentí en los pies el frío del agua del Thassa. La cubierta estaba inundada. El otro barco se alejaba de nosotros.

En el puente estaba el capitán solo, apoyadas las manos en la borda.

Miré a mi alrededor. El timón estaba abandonado, los bancos de remos desiertos. Oí a un hombre gritar en el agua.

Y a lo lejos oí las señales de los cuernos.

El capitán bajó la mirada hacia mí.

—Aquí no estás a salvo —me dijo—. Suelta el cabo y tírate al agua.

Sacudí la cabeza.

—¡No! ¡No! —Estaba aterrorizada.

De pronto me miró como un amo goreano y comenzó a descender la escalinata.

—¡Sí, amo! —grité. Solté el cabo y me lancé al agua por la borda. Era una esclava. Temía menos el agua que a un amo goreano.

El agua era verdosa y fría. Me sentí muy desgraciada. Caí bajo la superficie y

luego emergí.

—Aléjate del barco —me dijo un hombre.

Nadé hacia él. Me encontraba a unos metros del barco cuando se hundió bajo las aguas. Fui arrastrada por el remolino y también me hundi, pero en breve me las arreglé para ganar la superficie.

No podía ver nada con los ojos llenos del agua salada que por un momento quemaba también mi nariz. Escupí agua.

Una mano me agarró acercándome a un tablón arrancado de la borda del barco.

Vi otros barcos del convoy. Había varios a nuestro alrededor convergiendo hacia nosotros.

—¡Un momento! —dijo uno de los hombres—. ¡Están virando!

—¡Hay más barcos! —gritó otro.

Yo me incorporé con dificultad sobre la almadía. Pude ver que varios barcos del convoy estaban virando. También vi en la distancia que otros barcos se aproximaban.

—Están atacando al convoy —dijo un hombre.

Vi al joven oficial en el agua, ayudando al capitán del Joya de Jade hasta que se cogieron a una tabla.

De pronto, vi surcar el agua una enorme y blanca aleta. Un barco pasó cerca de nosotros, pero era el barco que ondeaba el estandarte de Puerto Kar, una galera ligera. No se detuvo a recogernos. Vi en el cielo la estela de humo de un proyectil lanzado desde la catapulta de un barco. A lo lejos a la izquierda vimos arder una galera. Era un barco de Cos.

Se oían sonar los cuernos.

Se aproximaron dos barcas botadas de una de las naves del convoy. Una de ellas recogió del agua al capitán y al joven oficial, además de algunos hombres. La otra se dirigía hacia nosotros. Los cuatro hombres subieron a la barca.

Yo también me dispuse a subir, pero me detuvieron empujándome.

—No tenemos sitio para una esclava —dijo uno de los hombres.

—¡Por favor, amos! —supliqué.

Me arrodillé sobre la almadía. La túnica amarilla que llevaba estaba empapada y me colgaba sobre la piel.

Me subieron a la barca.

Me arrodillé entre sus pies con la cabeza gacha, intentando hacerme pequeña.

En pocos momentos llegamos a la nave y todos subimos a ella.

Me llevaron de inmediato a la bodega.

—¡Una esclava! —dijo la voz de una mujer. Había una lámpara diminuta.

—Perdóname, ama —dije arrodillándome. Ella subió los escalones.

—No pienso compartir la bodega con una esclava —gritó.

—Calla, mujer —dijo con enfado un hombre desde la cubierta. Ella intentó abrir

la pesada puerta, pero estaba bien cerrada. Volvió a bajar las escaleras furiosa. Yo no me atrevía a mirarla.

—Perdóname, ama —supliqué. Ella paseaba arriba y abajo. Nos habían metido a las dos en la bodega. Ambas éramos mujeres.

La mujer libre, que no se dignó a hablarme, y yo pasamos varias horas en la bodega mientras continuaba la lucha a lo largo de la tarde y de la noche. Oíamos los gritos que venían del exterior, y el sonido que hacían al romperse las cuerdas de las catapultas lanzando los proyectiles ardientes. Más tarde fuimos alcanzados, perdiendo algunos remos de proa. Pocos momentos después fuimos abordados, pero se repelió el ataque.

Después de rechazar al enemigo, la puerta de la bodega se abrió un momento.

—El barco está seguro, Lady —dijo el capitán—. Haré que te traigan comida.

Ella subió los escalones hasta llegar a cubierta. Yo me arrastré subrepticamente hasta lo alto de la escalera.

Todavía estaba oscuro. Sobre cubierta había algunas linternas. A veces, en la distancia, veía surgir de algún barco una llamarada que ardía en el aire y luego el globo se abría ardiendo con fuerza y descendía para posarse en el agua y extinguirse. Las aguas estaban iluminadas a nuestra izquierda por varios barcos en llamas.

—No me quedaré más tiempo en la bodega —le dijo la mujer al capitán.

—Bajarás por tu propia voluntad o haré que te lleven allí y te encadenen al último escalón.

—¡No te atreverás! —gritó ella.

—¡Traed cadenas!

—Cumpliré vuestros deseos, capitán —dijo ella enfadada, y bajó las escaleras. Yo me deslicé hasta abajo delante de ella. Volvieron a cerrar la esclusa, que sólo abrieron unos instantes para traer comida y agua. La mujer no las compartió conmigo.

Supe que la mañana había llegado al oír el cambio de guardia.

Entonces me dormí.

Me despertaron los golpes que daba la mujer libre en la puerta, pidiendo ser liberada.

No nos sacaron de allí, de lo cual deduje que el peligro no había pasado.

Por lo que pude oír, el convoy había mantenido una gran disciplina y había rendido al máximo. Al parecer ahora estábamos flanqueados por otros barcos del convoy.

Entonces oímos un grito:

—¡Una vela! ¡Una vela!

Una vez más los hombres comenzaron a correr por cubierta. Sentimos que el barco se movía al tocar el agua los remos. Oímos la voz del oficial de remo.

—¡Vienen otra vez! —oímos—. ¡Ahí vienen otra vez!

El barco viró.

—¿Y si nos embisten estando nosotras aquí bajo cubierta? —me preguntó la mujer libre. Era la primera vez que me hablaba.

—Tal vez alguien se acuerde de abrir la puerta, ama.

—Anoche nos abordaron —dijo ella.

—Sí, ama.

—Si hubiera caído en manos del enemigo, ¿qué me habrían hecho?

—Te habrían desnudado, ama, para ver si puedes complacer a los hombres.

—¿Y si así fuera? —preguntó.

—Te habrían hecho esclava —dije—. Perdóname, ama —añadí.

—¿Y si no les hubiera complacido?

—No lo sé, ama. Los enemigos son hombres de Puerto Kar. Tal vez te hubieran arrojado a los tiburones.

Dio un gemido de miedo, y a mí me gustó oírlo. Pienso que entendió su femineidad un poco más que antes.

Oímos acelerar el ritmo del timbal de los remeros. No había muchos más ruidos sobre cubierta.

Tal vez medio ahn más tarde sentimos de repente que el barco escoraba a un lado. Oímos romperse algunos remos.

—¡Quiero saber qué está pasando! —gritó la mujer libre golpeando la puerta de la bodega. Nadie le prestó atención.

Un cuarto de ahn después oímos gritar a los hombres y no más de tres o cuatro ihns más tarde, y para nuestro horror, la pared saltó hacia nosotras con un ruido de maderas rotas. Al principio no pudimos ver nada, golpeadas por un torrente de agua fría que entró por el agujero. Gritamos. Luego vimos algo de luz y el horizonte, y la proa de un barco contra el nuestro, y el espolón del predador entre nuestro casco. El atacante retiró sus remos y el espolón, ya cumplida su labor, destrozando más tablas. El agujero del casco tenía más de un metro de anchura. El agua no dejaba de entrar, haciendo imposible acercarse a él. De pronto, teníamos ya el agua por la cintura. El barco se bamboleó y vimos el cielo y el agua dejó de entrar. Luego volvió a bambolearse y de nuevo comenzó a entrar el agua a borbotones.

La puerta se abrió, y vimos el cielo. En el umbral estaba un oficial con la espada desenvainada.

Subimos tambaleándonos hasta cubierta. Él cogió del brazo a la mujer libre, llevándola hacia una gran barca. Nadie me prestaba atención. El barco enemigo se alejaba en busca de otra presa. Había muchos barcos. Al parecer era temprano por la mañana. Sobre las aguas colgaban jirones de una niebla que se espesaba hacia el norte. El combate seguía. Oí gritos provenientes de otro barco, y batir de espadas. Debía haber unos cuatro o cinco barcos en un espacio de cien metros. Dos estaban en

llamas. Los hombres se apiñaban en torno a los dos botes. Uno de los botes volcó en el agua. En el segundo de ellos iba la mujer libre. Los hombres luchaban para darle la vuelta al volcado. La popa comenzó a hundirse en el agua. Los hombres saltaron por la borda nadando hacia otros barcos. Yo les miraba y no vi acercarse al segundo barco. Era un barco de Cos a toda velocidad; dada la proximidad de las naves, no tenía tiempo de virar, así que embistió al barco en el que yo iba. Caí gritando al suelo. La cubierta estaba inclinada y resbaladiza. Intenté trepar arañándola para llegar a proa. Allí me agarré a la borda, y al ver que el barco se hundía de popa, me tiré al agua y nadé lejos de él. El mástil se había soltado de sus ligaduras y se había deslizado hasta el agua. Me agarré a él alzando la cabeza y las manos por encima del agua. El mástil giró en el agua y fue sumergido al desaparecer el barco, pero en un momento volvió a salir a la superficie. Estaba a menos de cinco metros de un barco en llamas. La superficie del agua estaba cubierta de maderos. Oí la señal de los cuernos y vi las banderas sobre los mástiles señalizadores. Vi a dos hombres luchando en el agua. Y de pronto la niebla del norte comenzó a cerrarse sobre nosotros. El barco incendiado parecía borrarse entre la niebla gris. Oí más cuernos. A mi alrededor se oían gritos. Y luego pareció que no había nadie. Grité. El barco en llamas se hundió entre las aguas. El ruido de los cuernos se alejaba. Los hombres que habían estado en el agua cerca de mí parecían haber desaparecido. De pronto estaba sola.

Grité, indefensa.

De pronto grité de miedo cuando se acercó a mi pierna un animal de largo hocico y mandíbulas de dientes afilados. Gritaba intentando agarrarme al mástil. Pero no me mordió la pierna. Yo no podía ver qué era, pero sentía su cuerpo. El mástil se me deslizó de la mano. Me hundía hacia abajo. El hocico me rozó la pierna y yo lo golpeé con el puño y toqué algo duro, algo pesado y vivo. Vi un cristalino ojo redondo y lancé un grito salvaje. Mis dedos se deslizaron del mástil y golpeé una y otra vez a la fiera. Luego, entre mis gritos aterrados, me alejó del mástil y se agitó bajo las aguas, hundiéndose después. Yo le arañé, y le golpeé, pero no pude liberarme. El agua se arremolinaba a mi alrededor, y perdí el sentido de la orientación, sin saber ya dónde estaba la superficie. No podía respirar. Mis golpes eran cada vez más débiles. Luego me pareció ver en la distancia el débil parpadeo de una luz. Era la superficie. Intenté alcanzarla y tragué agua. Había algo más en el agua moviéndose bajo la superficie. Todo se oscureció. Intenté débilmente librarme de aquellas mandíbulas largas y estrechas, de finos dientes. Toqué los dientes con la mano. No podía respirar. No podía luchar. La superficie se alejó. Advertí débilmente un movimiento en el agua cerca de mí, algo que no era la bestia que me tenía presa. Tanteé con la mano y no encontré nada. Cerré los ojos. Decidí respirar, tenía que haber algo que respirar. De pronto la bestia me sorprendió girando en un furioso y

cerrado círculo, y entonces el agua pareció cambiar, parecía más viscosa y más gris. El animal nadaba furioso. Sentí que aflojaba el bocado en mi pierna, y de pronto, se agitó en espasmos. Algo me arrastró lejos de él. Lo vi girarse lentamente en las oscuras aguas, dando vueltas sobre mí. Me mordió la pierna un pequeño pez. Otros se lanzaron como dardos en pos del titán que me había arrastrado. Sentí que me cogían del brazo y me subían hacia la luz lejana. Ahora veía al animal debajo de mí. Me subieron rápidamente a la superficie. Incapaz de ver nada, con los ojos llenos de agua salada, mi cabeza irrumpió fuera del agua tosiendo y boqueando. Me agarraba un fuerte brazo. Me estremecí y perdí el conocimiento.

Creo que no estuve desmayada más que unos segundos. Cuando me desperté me arrastraban hacia una gran almadía de madera de fuertes tablones.

Me tumbé boca abajo y luego me incorporé sobre los codos y vomité dos veces en el agua. Después me desmayé de nuevo.

A poca distancia de la almadía flotaba sin vida en el agua un grotesco saurio marino con aspecto de reptil de más de cuatro metros de longitud.

Junto a él vi aletas de tiburón que acercaron los hocicos y comenzaron a morder.

Advertí los pies de un hombre junto a mí. El Thassa todavía estaba cubierto de niebla.

El hombre me cogió de los brazos y me dio la vuelta con rudeza, arrojándome ante él de espaldas sobre los maderos de la gigantesca almadía. Yo llevaba los jirones mojados de la túnica amarilla de tela que colgaban pegados a mi piel revelando mi cuerpo como si fuera desnuda. Levanté una rodilla; yacía de espaldas, indefensa a sus pies. Abrí los ojos.

—¡Amo! —grité. Me arrodillé apresuradamente ante él, inundando de gozo mi corazón—. ¡Te quiero! —grité. Bajé la cabeza hasta sus pies y se los cubrí de besos y lágrimas. Me estremecí de emoción—. ¡Amo! ¡Te quiero!

Él me levantó bruscamente.

—Hembra de eslín —dijo con voz fría y amenazadora.

Me soltó y yo retrocedí.

—¿Amo? —De pronto me sentí aterrorizada—. ¡Oh, no, amo! ¡Te quiero!

Él miró a los tiburones que rondaban el cuerpo inerte y flotante del saurio. Otros tiburones más pequeños, de blancas aletas, se movían inquietos en torno a la almadía.

—¡No, amo! —grité—. ¡Te quiero! ¡Te quiero, amo!

Él se acercó a mí y me cogió del cuello y del tobillo. Me levantó así sobre su cabeza.

—¡No, amo! —sollocé.

Se acercó al borde de la balsa.

Yo no podía hacer nada. Él podía arrojarme a los tiburones en un instante.

—No —dijo enfadado—. Es demasiado suave como venganza de un guerrero. —

Me arrojó a sus pies sobre los tablones.

Miró a su alrededor. Había una anilla en la parte más alta de la almadía escorada. Me llevó hasta ella y me rasgó las vestiduras. Se puso a horcajadas sobre mí y con las tiras de tela de mi túnica me ató las manos sobre la cabeza asegurándolas en la anilla. Yo yacía de espaldas ante él, más alta la cabeza que los pies, con el cuerpo inclinado unos diez grados. Apartó de una patada las ropas que me había quitado. Llevaba al cinto un cuchillo ensangrentado con el que había matado al saurio marino.

Sacó el cuchillo y me miró.

—Te voy a cortar en pedazos, y te arrojaré trozo a trozo a los tiburones.

Podía hacer conmigo lo que quisiera. Yo era suya.

Alzó el cuchillo por encima de su cabeza y yo cerré los ojos.

El cuchillo se clavó en la madera junto a mí, hundiéndose varios centímetros. Abrí los ojos temblando.

Él me miraba.

—Ahora te tengo —dijo.

—Sí, amo.

Él se inclinó a mi lado sobre una rodilla. Vio la inscripción que llevaba en el collar y la leyó en voz alta: “Enviadme a Lady Elicia de Ar, de las Seis Torres”. Se echó a reír.

—Eres la esclava de una dama —se burló.

Luego levantó mis caderas y volvió a arrojarlas apretándolas contra los maderos. Cerré los ojos, desmayada casi ante su contacto.

Me soltó y se levantó sin dejar de mirarme.

—Te quiero, amo.

Me dio una patada con saña y yo grité.

—¡Esclava mentirosa! —exclamó.

Volvió a agacharse junto a mí y liberó el cuchillo de la madera. Sentí que me lo ponía en la garganta.

Luego volvió a arrojar el cuchillo a unos centímetros de mí. Me miró.

—No —dijo pensativo—. El cuchillo y los tiburones son demasiado buenos para ti.

—Ten piedad de una pobre esclava —supliqué. Pero vi en sus ojos que no tendría piedad de mí.

Sentí en mi cuerpo su mano derecha.

—Te he estado siguiendo —me dijo—. Los del Chatka y Curla tuvieron la amabilidad de decirme que habías embarcado en el Joya de Jade. Capturamos una pequeña galera de remo y nos unimos a los barcos de Puerto Kar. Te busqué en medio de la batalla. No fue fácil. Hicimos hablar a los cautivos. Los sobrevivientes del Joya de Jade fueron recogidos por el Luciana de Telnus, un barco de espolón. Buscamos el

barco y lo encontramos. En la lucha la galera fue destruida. Mis hombres nadaron hasta un barco de Puerto Kar. Yo proseguí la caza.

—Tu caza ha tenido éxito, amo —dije—. Me has atrapado.

—Vas a saber, zorra, que la venganza de un guerrero es terrible.

—Soy tuya, amo —dije. Le miré a través de la niebla. Sentí que la almadía se movió bajo nosotros.

Me cogió con la mano izquierda, moviéndose su mano derecha por mi cuerpo. De pronto sus dientes y sus labios se apretaron salvajes contra mi cuello por encima del collar.

—¡Te quiero, Clitus Vitellius! —grité.

Él me golpeó con furia porque yo, una esclava, había pronunciado su nombre.

Luego continuó dedicándose a mi cuerpo. En pocos momentos, allí, entre el cielo y el mar, indefensa ante su hombría, grité que era suya.

23. ME ENCADENAN EN LA SENTINA DE UNA GALERA

—Despierta, esclava —dijo Clitus Vitellius dándome una patada. Yo recordé al mirarle que era la mujer que le había traicionado. Él soltó mi collar de la anilla, cogió una cuerda que había improvisado con los jirones de mi túnica y me ató con ella los tobillos. Me arrancó el último jirón de ropa que me quedaba y lo arrojó al mar. Me senté desnuda sobre los tablones, atadas las manos a la espalda, atados los tobillos.

Un barco se acercaba lentamente, una galera de tipo medio, con veinte remos por banda. La vela latina flameaba. Clitus Vitellius esperaba en pie sobre la almadía.

En el mástil ondeaban dos banderas, la de Puerto Kar y la otra blanca con barras verdes verticales y la cabeza de un gigantesco bosko. Había aprendido a identificar esa bandera dos días atrás. Era la bandera de Bosko de Puerto Kar.

La galera se acercó a la almadía. En la borda había un hombre alto de anchos hombros y aspecto ágil, con grandes manos, un rostro ancho, ojos azul grisáceo y rizado y desordenado pelo rojo. Había algo en él de animal, impredecible, tenaz, inteligente, cruel. Al mirarle se adivinaba en seguida que era un guerrero. Me habría dado miedo ser suya. Sus ojos, al mirarme, me hicieron consciente de mi esclavitud.

Clitus Vitellius levantó la mano en el saludo de los guerreros. El hombre hizo lo propio.

—Soy Clitus Vitellius de Ar —dijo él—. ¿Soy vuestro prisionero?

—Poca querella tenemos con los de Ar —dijo el hombre—. Y poco barco tienes tú.

Clitus Vitellius rió.

—Clitus Vitellius y sus hombres —dijo el guerrero—, por los informes que me ha dado Samos de Puerto Kar, participó en la acción de anteayer en beneficio de la Joya de Thassa.

Los habitantes de Puerto Kar suelen referirse a él como la Joya de Thassa. Otros hombres hablan de él en distinto tono, como una madriguera de ladrones y asesinos, una cueva de piratas. La ciudad está bajo el gobierno del Consejo de Capitanes.

—Hicimos lo poco que pudimos —dijo Clitus Vitellius—. Como ya sabes, Cos guerrea con Ar. —Entonces miró al guerrero del barco—. ¿Mis hombres? —preguntó.

—Sanos y salvos en el barco de Samos, el Thassa Ubara.

—Excelente.

—Tu nave —dijo el hombre sonriendo— parece flotar, pero es un tanto desmañada.

—Pido pasaje para dos —dijo Clitus Vitellius—. Para mí y para esta esclava. —Me señaló.

El hombre del barco me miró.

—Un hermoso y dulce animal.

—Una traidora.

—Sin duda la castigarás bien —dijo el hombre.

—Ésa es mi intención.

Yo bajé la cabeza.

—Te concedo tu pasaje —sonrió el hombre del barco.

Me cogió un marinero y me izó por la borda. Me puso junto al mástil atada de rodillas.

—Virad —dijo el guerrero a los timoneles.

Lentamente la galera comenzó a virar.

El hombre que nos había acogido a bordo me miró. Yo alcé la vista hacia él, atada y desnuda.

—Como cortesía —dijo Clitus Vitellius— os doy a ti y a tus hombres derechos de esclavitud sobre esta mujer. Pero más allá de eso, me la reservo para mí. Si deseas algo de ella más allá de mi permiso, habremos de discutirlo.

—¿Deseas reservarla para tu disciplina? —preguntó el hombre.

—Sí.

El guerrero se inclinó hacia mí y me abrió la boca con las dos manos.

—Es bárbara —dijo.

El amo, un hombre libre, me permitió cerrar la boca. Cogió con los dedos la inscripción de mi collar y rascó la sal que la cubría.

—Me iban a enviar a Lady Elicia de Ar —dije—, mi ama.

—Deberías pertenecer a un hombre —dijo él.

—Pareces interesado en la esclava —dijo Clitus Vitellius sorprendido.

—Eres una esclava de la Tierra —me dijo el hombre.

—Sí, amo.

—¿Te enviaron en una ocasión a una taberna de Paga en Cos llamada el Chatka y Curla?

—Sí, amo.

Me cogió los brazos con fuerza.

—Excelente. —Me miró y me sentí aterrorizada—. Ahora te voy a hacer una simple pregunta y me vas a contestar la verdad de inmediato si es que quieres vivir otros cinco ihns.

Dos marineros cogieron a Clitus Vitellius que se debatía. Yo le miré desesperada.

—¿Has oído hablar de alguien llamado Belisarius?

—Sí, amo —musité—. Le llevé un mensaje.

—¿Qué mensaje?

—¡No lo sé! —exclamé.

Él se levantó.

—Obtendremos ese mensaje.

—¡No sé cuál es! —grité.

—¡Soltadme! —exclamó Clitus Vitellius.

—Thurnock —dijo el hombre—, lleva a la esclava abajo. Ponla en el Sirik. Encadénala en la sentina.

Un hombre alto y fuerte de pelo rubio me echó sobre su hombro.

—¡Amo! —le grité a Clitus Vitellius.

Oí cómo él luchaba.

—Soltadle. —Los marineros le dejaron libre.

—Ven al puente conmigo. —El hombre se dio la vuelta dirigiéndose hacia el puente. Clitus Vitellius le siguió furioso.

El hombre alto descendió un pequeño tramo de escaleras encaminándose hacia una puerta abierta.

La sentina era de techo bajo, y el hombre se inclinó llevándome en brazos. Había allí muchos efectivos, armas, riquezas. El convoy había sido saqueado. Habían capturado muchos barcos, y allí había un gran botín. Calculé que sólo aquel barco llevaba el rescate de una docena de Ubares.

El hombre me hizo tumbar de costado. Junto a la pared había cinco chicas iluminadas por la luz de un diminuto candil de barco. Iban desnudas, encadenadas por el tobillo izquierdo a una misma anilla.

El hombre trajo un Sirik y lo cerró en torno a mi cuello, mis muñecas y mis tobillos. Luego con una cadena atada a la que colgaba del collar del Sirik hasta mis muñecas y tobillos me aseguró a una pesada anilla. Sólo entonces me quitó las ataduras de las muñecas y tobillos, dejándome encadenada en el Sirik, atada a la anilla.

—Sacaron a los hombres del barco —dijo una de las mujeres— y los encadenaron en un barco redondo.

—¿Qué hombres? —pregunté asombrada.

—Los hombres que estaban conmigo en la balsa —dijo ella—. ¿No te acuerdas de mí?

—No.

—Estuvimos juntas en el Luciana de Telnus.

—¡Tú eres la mujer libre! —exclamé.

Ella rió con desconsuelo y levantó con su pequeña mano la cadena atada a su débil tobillo. Me señaló a las otras chicas a su lado.

—Todas éramos libres.

—Nos llevan a Puerto Kar para vendernos —dijo una.

—¿Qué barco es éste? —pregunté.

—Es el Dorna.

—¿Y quién es el capitán?

—Es Bosko, de Puerto Kar.

24. EL MENSAJE

Alcé la ristra de cuentas hacia el hombre de mandíbula cuadrada y de rapado pelo blanco. Tenía el rostro curtido y en cada oreja llevaba una pequeña anilla de oro. A un lado se sentaba con las piernas cruzadas el llamado Bosko de Puerto Kar. Cerca de él, atento a lo que ocurría, estaba Clitus Vitellius. Junto al hombre que había ante mí, llamado Samos, de Puerto Kar, había un hombre de ojos grises que pertenecía a la Casta de los Médicos. Era Iskander, del que se decía que fue una vez maestro de medicina en Turia y conocedor de ciertos entresijos del cerebro humano.

Volví a arrodillarme sentada sobre los talones. En la habitación había otras dos esclavas ataviadas de sedas, con collar, arrodilladas a la espera de servir a los hombres. Yo estaba desnuda igual que lo había estado cuando trencé el collar de cuentas para el llamado Belisarius en Cos.

Samos puso las cuentas sobre una pequeña mesa y las miró con asombro.

—¿Esto es todo? —preguntó.

—Sí, amo.

Iskander, de los médicos, me había dado un extraño bebedizo.

—Esto te calmará —me había dicho—. Y te provocará un inusual estado de consciencia. Cuando yo te hable tu memoria estará fresca, recordarás con precisión los más mínimos detalles. Y además, serás susceptible a mi hipnosis.

Yo no sabía de qué droga se trataba, pero parecía muy efectiva. Poco a poco, bajo su influencia y ante la suave pero autoritaria voz de Iskander, comencé a hablar, obediente a sus órdenes, de la Casa de Belisarius y de lo que allí había ocurrido. Ya en mi estado normal de vigilia me habría acordado de casi todo lo que pasó, incluso de las palabras que se dijeron, pero en el inusual estado de consciencia que Iskander provocó en mí mediante la droga y la hipnosis, veía con lucidez y fidelidad los detalles más triviales, las pequeñas cosas que una consciencia despierta suprimiría de modo natural como insignificantes e irrelevantes. Una esclava llamada Luna, ataviada con una breve túnica azul, tomaba notas. Su túnica sugería que una vez perteneció a la Casta de los Escribas. Tenía unas bonitas piernas. Estaba arrodillada junto a Bosko de Puerto Kar.

—¿Qué importancia tiene —preguntó Samos a Iskander— el que una palabra sea pronunciada antes o después que otra?

—Han preparado a la chica cuidadosamente —dijo Iskander—. Está bajo una poderosa hipnosis. Debemos abrirnos paso a través de ella, pero no tenemos ninguna garantía de que no demos con un falso recuerdo introducido en su mente para confundirnos. Lo que supongo que encontraremos son recuerdos mezclados, la verdad con la falsedad. Parece que el mejor proceder consiste en reconstruir el comportamiento que pondrá en marcha la reacción apropiada.

—¿Entonces sospechas que han podido introducir en su memoria distintas disposiciones de las cuentas? —preguntó Bosko.

—Sí —dijo Iskander—. Cada una de ellas correspondiendo a un mensaje diferente.

—Así pues —continuó Bosko—, ¿no sabremos cuál es el mensaje auténtico?

—Precisamente. Pero ahora sabemos la secuencia que pondrá en marcha el mensaje crucial.

—De otro modo —dijo Bosko—, tampoco el portador del mensaje sabría cuál de los mensajes es el auténtico, ¿no es así?

—Correcto —dijo Iskander.

—Procede, pues —dijo Samos—, con tus intentos de reconstruir el mecanismo de este asunto.

Entonces Iskander siguió interrogándome.

Alcé el collar de cuentas hacia el hombre de mandíbula cuadrada y rapado pelo blanco llamado Samos de Puerto Kar.

Volví a arrodillarme sentada sobre los talones.

Samos puso el collar en una pequeña mesa ante él. ¿Esto es todo? —preguntó.

—Sí, amo —dije.

—No tiene sentido.

—Ése es el collar —dijo Iskander—. He hecho todo lo que he podido. Si tiene alguna importancia, han de ser otros los que lo averigüen.

—Dame el collar —dijo Bosko de Puerto Kar.

Samos se lo tendió.

El pirata lo miró.

—Advertí la frecuencia de las cuentas amarillas —dijo—. De cada tres cuentas hay una amarilla. ¿Qué significará esto?

—No lo sé —respondió Samos.

—De ese hecho —dijo Bosko— podemos deducir que las unidades de significado consisten en pares de cuentas separadas por una cuenta amarilla. Este par consiste en una cuenta roja seguida de una azul, y este otro es una cuenta amarilla seguida de una roja. Hay varias combinaciones de este tipo. Así pues, podemos suponer que una cuenta roja seguida por una azul corresponde a una letra del alfabeto.

—¿Y si el orden fuera invertido? —dijo Samos.

—Entonces sin duda esa combinación correspondería a otra letra —dijo Bosko.

—No tenemos la clave del código —dijo Iskander.

—Podemos probar todas las combinaciones —exclamó Samos con un puñetazo en la mesa.

—Supongo que podemos suponer, como hipótesis de trabajo, que el mensaje está en goreano —dijo Bosko—. Por lo que sabemos, Belisarius, a quien sólo conocemos

de nombre (y puede ser un nombre en clave), es goreano.

—¿Sí? —dijo Samos.

—Mira —dijo Bosko examinando el collar—, la combinación de colores más frecuente es azul y rojo.

—¿Y? —preguntó Samos.

—En goreano —continuó Bosko—, la letra más utilizada es la Eta. Así pues, podemos comenzar suponiendo que la combinación de azul y rojo significa Eta.

—Ya veo —dijo Samos.

—Después de Eta, las letras más frecuentes en goreano —dijo Bosko— son Tau, Al-Ka, Omnion y Nu. Después de éstas, están Ar, Na, Shu y Homan, y así en adelante.

—¿Puedes leer el código? —preguntó Samos.

—No. Mira las repeticiones de las cuentas. El collar está hecho con varias repeticiones. El mensaje es muy corto.

—¿Tal vez sea imposible descifrarlo?

—Sí.

Samos me miró.

—Entonces me pregunto por qué no acabamos con esta zorra. ¿Por qué no le rebanamos el cuello?

Me estremecí.

—Al parecer, poco tenían que temer —dijo Bosko—. Su seguridad era inexpugnable.

—¿Puedo hablar, amos? —dije.

—Sí —me dijo Samos.

—Belisarius dijo que otras personas no entenderían el mensaje aunque pudieran leerlo, que no tendría significado para ellos.

Samos miró a Bosko.

—Capitán —dijo él—, empieza a trabajar.

—Lo haré, capitán —sonrió Bosko. Se volvió hacia la esclava Luna—, Copia en el papel el orden de las cuentas, en filas bien separadas. Y luego dame el lápiz y el papel.

—Sí, amo —dijo ella.

En breves momentos sus ágiles manos realizaron la tarea, tras de lo cual entregó el lápiz y el papel a Bosko de Puerto Kar.

—Comenzaremos —dijo Bosko— suponiendo que la secuencia de azul y rojo corresponde a Eta. La secuencia más frecuente después de ésta es naranja y rojo. Supondremos que corresponde a Tau.

Yo me senté sobre los talones y observé. Nadie hablaba, Samos y Clitus Vitellius estaban muy atentos. Bosko trabajaba con agilidad, pero en ocasiones parecía

enfadado. Más de una vez tuvo que alterar sus hipótesis iniciales para ciertas letras, sustituyendo una letra por otra, y a veces aun por otra y otra.

Al final dejó a un lado el lápiz y miró con pesar el papel que tenía ante él.

—Tengo el mensaje —dijo lacónico.

Samos se volvió hacia las dos esclavas arrodilladas a un lado.

—Fuera de aquí, esclavas —dijo. Rápidamente las chicas salieron de la habitación.

Bosko miró a Luna.

—Sí, amo —musitó ella. Se levantó y vestida con su breve túnica azul se apresuró a salir de la habitación.

—¿Deseas que me vaya? —preguntó Clitus Vitellius.

Samos miró a Bosko de Puerto Kar, y luego dijo:

—Quédate si quieres, Clitus Vitellius, capitán de Ar.

Clitus Vitellius asintió.

Yo seguía de rodillas, una esclava desnuda y cautiva.

Bosko miró con enfado las palabras en el papel que tenía delante.

—No tiene sentido —dijo.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó Samos.

El llamado Bosko de Puerto Kar leyó el papel:

—Llega Media-Oreja —dijo. Luego añadió—: No tiene sentido.

—No —susurró Samos con la cara pálida—. Sí que tiene sentido.

—¿Qué es lo que significa? —preguntó Bosko.

—¿Cuándo entregaste ese mensaje, esclava? —me preguntó Samos.

—La última vez que pasé de manos, amo.

—Yo se la arrebaté a dos hombres cerca del territorio de la Confederación Saleriana —dijo Clitus Vitellius—, al principio de la primavera.

—Es demasiado tarde —dijo Samos tristemente.

—¿En qué sentido? —preguntó Bosko de Puerto Kar.

—Sin lugar a dudas Media-Oreja ya está sobre la superficie de Gor —dijo Samos sombríamente.

—¿Quién es Media-Oreja?

—No sabemos su auténtico nombre Kur. En Gor sólo se le conoce como Media-Oreja.

—¿Quién es? —quiso saber Bosko.

—Es un gran general de guerra de los Kurii —respondió Samos.

—¿Es significativa su llegada a Gor?

—Sin duda ha venido para hacerse cargo de las operaciones Kurii sobre este mundo.

Yo no entendía nada de esta conversación sobre Kur y Kurii. Supuse que serían el

enemigo.

—Significa, me temo, que la invasión es inminente —dijo Samos.

—¿Invasión? —preguntó enfadado Clitus Vitellius.

—Hay enemigos —dijo Samos.

—¿De Ar?

—De Ar y de Puerto Kar y de Cos y Tarna y del mundo entero —dijo Samos.

—Media-Oreja —dijo Bosko pensativo—. Me gustaría vérmelas con él.

—¡Y a mí! —exclamó Clitus Vitellius.

—Sé algo de él —dijo Samos—. No creo que me interesara mucho entrar en tratos con él.

—Tenemos que localizarle —dijo Bosko.

—No tenemos ninguna pista —dijo Samos—. Ninguna. —Samos miró el collar que yacía sobre la mesa ante él—. Sólo sabemos —dijo— que en algún lugar de Gor, Media-Oreja está entre nosotros.

Oí el chisporroteo del aceite de la diminuta lámpara que colgaba cerca de nosotros.

Samos me dirigió una mirada ausente, y luego le dijo a los guardias que había a mis espaldas:

—Llevala a los corrales y encadenadla bien.

25. LO QUE SUCEDIÓ CON ELICIA NEVINS, MI AMA

—Tu baño está listo, ama —dije arrodillándome con la cabeza baja ante Lady Elicia de Ar, de las Seis Torres.

Ella estaba sentada en el gran sillón y extendió los pies hacia mí. Yo, de rodillas, le quité las sandalias, las besé y las puse a un lado. Se levantó, yo me incorporé tras ella y le quité los vestidos. Los besé y los dejé en el sillón.

Ella sonrió con aprobación.

—Tal vez después de todo pueda hacer de ti una esclava de servicio, Judy —me dijo.

—Espero ser del agrado de mi ama —respondí.

Me hizo un gesto y yo acerqué y besé la toalla en la que envolví sus cabellos para que no se le mojaran.

Fue entonces hasta el borde del baño y deslizó el dedo del pie dentro del agua, luego se metió en el baño y se reclinó hacia atrás.

—Excelente, Judy —dijo.

—Gracias, Lady Elicia, mi ama. —Había calculado bien la temperatura del agua, mezclando el agua de la cisterna con la calentada en el termo sobre el trípode de hierro. La temperatura era aceptable. No me azotarían.

Alzó su fino brazo por encima de la espuma y lo lavó lentamente con la mano, mirándoselo con aprobación.

Al igual que muchas mujeres frías, era increíblemente vanidosa en su belleza. No entendía que ni ella ni su hermosura tenían ningún sentido biológico si no eran presas entre los brazos de un hombre.

—Qué rudos y despreciables son los hombres, Judy —me dijo.

—Sí, ama.

Muchas veces en el baño, por alguna razón, hablaba de los hombres y de su desprecio por ellos.

—Hoy en el mercado —me dijo—, he visto a un hombre pegando a una esclava que estaba atada a una anilla. Fue terrible.

—Sí, ama. —Me pregunté qué habría hecho la chica, supuse que le había contrariado en algo. Aquel día yo no había acompañado a mi ama al mercado. Me había quedado en casa, encadenada a la anilla a los pies de su lecho.

—Después —continuó hablando— aquella chica miserable le cubrió los pies de besos.

—Terrible, ama. —Supuse que la chica había intentado aplacar a su amo, y expresaba su gratitud, su gozo por esta confirmación de su dominio sobre ella.

—Sí, terrible. El recado que tenía que hacer me llevó cerca de la calle de las

Marcas. Allí vi una cadena de esclavas desnudas, al aire libre. Todos los hombres las miraban. ¡Qué desagradable!

—Sí, ama.

Levantó la pierna derecha grácilmente, cayendo de ella agua y espuma. Tenía una pierna muy bonita.

—¿Crees que soy hermosa, Judy? —me preguntó.

—Sí, ama.

—¿Crees que los hombres me encontrarían de su agrado?

—Sí, ama.

Terminó de lavarse las piernas lánguidamente.

Oí el pequeño ruido que llevaba varios días esperando.

Ella se reclinó en la bañera sumergiendo su adorable cuerpo en el agua, con los ojos cerrados. El agua, las multicolores espumas de belleza, le llegaba a la barbilla. Luego se incorporó un poco, con el agua por los hombros. Volvió a abrir los ojos y miró al techo.

—¿Cómo es ser la esclava de un hombre? —preguntó.

—El ama pronto lo sabrá —dije.

Se dio la vuelta y de pronto lanzó un grito sorprendida al verle.

—¿Quién eres? —gritó.

—¿Eres Lady Elicia de Ar, de las Seis Torres? —preguntó él.

—¡Soy yo!

—En nombre de los Reyes Sacerdotes de Gor te acuso de ser una agente de los Kurii, y como tal, estás sujeta a la pena correspondiente.

—No entiendo una palabra de lo que me dices —exclamó ella.

Él sacó de su túnica un papel amarillo doblado y cerrado con un sello. En el papel amarillo vi estampada en tinta negra la marca común de Kajira de Gor.

—Aquí tengo una orden de esclavitud firmada por Samos de Puerto Kar. Examínala, confío en que encuentres que todo está en orden. —Arrojó el papel al suelo.

—¡No! —gritó ella asustada, intentando cubrirse. Luego exclamó—: ¡Tellus! ¡Barus!

—Tus esbirros te serán de poca ayuda —dijo el hombre—. Se entiende que son de Cos. Ya están bajo la custodia de los magistrados de Ar.

Era un hombre alto y fuerte, ataviado con el escarlata de los guerreros. Llevaba una larga espada al cinto.

—Sal del baño y disponte a aceptar las ataduras de esclava —dijo.

—¡Tiene que ser un error! ¡Déjame! ¡Estás allanando los aposentos de una dama!

—Sal del baño para aceptar las ataduras de esclava.

—¡Nunca!

—¿Eres virgen? —preguntó él.

—Sí —dijo ella con enfado.

—Si tengo que sacarte del agua, serás poseída en ella.

—Tráeme la túnica —dijo Elicia.

El hombre cogió la túnica que estaba sobre el lecho, pero en vez de dársela la examinó alzándola a la luz. Encontró una aguja en una vaina diminuta cosida en una manga. Sacó la aguja y luego se acercó al baño. Ella se retrajo asustada. Él lavó la aguja, la secó con una toalla y volvió a ponerla en su vaina. Yo no sabía de su existencia, tan escondida estaba en la tela.

Él miró a Lady Elicia.

Imaginé que la aguja estaba envenenada.

—Me has desarmado, guerrero —dijo ella—. Por favor, ¿me acercas ahora mi túnica?

Él arrojó el vestido a un lado. Ella lo miró, arrugado al otro lado de la habitación.

Elicia Nevins se levantó en la bañera y alzó las manos por encima de la cabeza en actitud de rendición.

El hombre la miró abierta y lentamente, con la mirada valorativa de un amo.

Ella temblaba de miedo bajo la vista de un guerrero goreano.

Entonces él fue hasta la bañera. Ella dio un paso atrás en el agua. Él agitó la espuma y examinó con cuidado las paredes de la bañera. En un momento retiró la pequeña daga que había escondida detrás de un azulejo. Limpió el veneno del filo del puñal, lo secó con una toalla igual que había hecho con la aguja, y luego lo arrojó a un lado de la habitación donde yacía la túnica. Yo tampoco sabía de la existencia de aquel pequeño puñal envenenado ni de su escondite.

Elicia estaba de pie en el agua con las manos en alto, en un extremo de la larga bañera.

—Serás una esclava deliciosa —dijo él, añadiendo—: Puedes bajar las manos y examinar la orden de esclavitud de rodillas. Esclava —dijo dirigiéndose a mí—, quítale la toalla de la cabeza y deja que se seque las manos con ella.

—Sí, amo.

Se la quité con cuidado, por si contenía otra aguja o algún otro tipo de arma. La maravillosa cascada de pelo negro le cayó sobre la espalda.

Elicia se secó las manos y rompió el sello tristemente para examinar el papel.

—¿Sabes leer? —quiso saber el hombre.

—Sí —dijo ella agriamente.

—¿Nombre?

—Elicia Nevins —leyó. El documento la designaba por su propio nombre. Estaba temblando, y el documento se agitaba en su mano.

—¿Es ése tu nombre?

Ella me miró y luego volvió los ojos hacia el guerrero.

—Sí, es mi nombre.

—¿Destino?

—La esclavitud —leyó. Le tendió el documento al soldado con mano trémula.

—Dispónete a ser atada.

Miró en torno casualmente mientras volvía a guardarse el documento en su túnica. En ese momento Elicia se levantó de un salto y corrió hacia un extremo de la habitación donde cogió la pequeña daga. Yo grité. Ella se volvió rápidamente esgrimiendo la daga. Él cerró su túnica después de meter en ella el documento, y la miró sin moverse.

No creo que Elicia supiera en ese momento que había comenzado su aprendizaje.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Tengo un cuchillo! ¡Te mataré! ¡Fuera!

—Ya has terminado con tu baño, estás fresca y preparada. Adórnate con cosméticos y perfumes.

—¡Fuera!

—Pareces muy lenta en obedecer —señaló él.

Ella dirigió una mirada salvaje hacia la puerta abierta de sus aposentos.

—No hay escapatoria —dijo él—. La puerta exterior está bien cerrada con una cadena.

Ella corrió hacia la puerta exterior. Nosotros la seguimos. Llegamos a la habitación de la silla curul, la habitación en la que por primera vez nos vimos ella y yo, su nueva esclava.

Tiró de la cadena que cerraba la puerta y clavó en ella el cuchillo histéricamente. Luego se dio la vuelta sin aliento, el cabello en la cara, y nos miró. Entonces salió corriendo de nuevo hacia la cámara que acababa de abandonar y cerró la puerta asegurándola con los cerrojos.

El guerrero se levantó de la silla curul en la que se había sentado y fue hacia la puerta. Yo me quedé atrás, observando con estupor. Él golpeó dos veces hasta que destrozó la puerta que quedó colgando de las bisagras. Entonces la abrió de una patada. Dentro de la habitación Elicia Nevins desesperada blandía el cuchillo.

—¡No te acerques! —gritó.

Él entró en la habitación. Yo también me deslicé dentro de la cámara, quedándome detrás de él.

—No has obedecido todavía mi orden de adornarte con cosméticos y perfumes —observó él—. ¿Me estás desobedeciendo?

—¡Fuera!

—Parece que necesitas algo de disciplina.

—¡Fuera! ¡Fuera!

Él se acercó con presteza. Ella le golpeó y el hombre la cogió por la muñeca,

dándole la vuelta brutalmente y poniéndole el brazo a la espalda. Elicia gritó de dolor. Estaba de puntillas mientras él le agarraba el brazo izquierdo y le retorció el derecho detrás de la espalda. El cuchillo cayó al suelo, y él lo apartó con el pie. La tuvo así agarrada un momento, ella con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y apretando los dientes. Y entonces, él le dio una patada en los pies y Elicia cayó de rodillas ante él con la cabeza gacha y el brazo retorcido, agarrada su muñeca por el guerrero. Se arrodilló cerca de la bañera.

—Necesitas disciplina —dijo él.

Le soltó la muñeca y el brazo y la cogió de los pelos, arrojándola boca abajo sobre los azulejos al borde de la bañera, con la cabeza sobre el agua.

—¡Compraré mi libertad! ¡Déjame que te pague!

Él le metió la cabeza en el agua bajo las espumas de belleza. Después de un rato la dejó emerger resoplando.

—¡No quiero ser una esclava! —boqueó ella con el agua resbalando de su cabeza.

Él volvió a sumergirla, y la sacó después de un largo rato. Ella jadeó escupiendo agua y tosiendo.

—No te pertenezco. No quiero ser una esclava.

De nuevo volvió a hundirle la cabeza en el agua, sacándola después.

—Obedeceré, amo —jadeó ella.

Él le pasó por la cabeza el lazo de la correa. Ajustó rápidamente el nudo, deslizando la anilla en su lugar para evitar que se aflojara. De esta forma, la correa se podía ajustar más, pero no podía soltarse.

Elicia Nevins se volvió de lado con incredulidad. Tocó la correa. Estaba atada. Alzó la mirada hacia el guerrero.

—¿Amo?

—Dime.

—¿A quién pertenece la correa?

—A Bosko de Puerto Kar.

—¡No! —exclamó ella. Imaginé que ya había oído hablar de su enemigo.

—Sí —dijo Bosko de Puerto Kar.

Ella temblaba atada en la correa. Pensé que la suya no sería una esclavitud fácil. No la envidiaba. El nombre de Bosko de Puerto Kar era temido entre las mujeres.

Tirando de la correa, él la obligó a arrodillarse. Elicia alzó la vista hacia él.

Él me hizo un gesto.

—¿Dónde está la llave de su collar? —le preguntó.

—En el cajón amarillo del tocador —dijo ella precipitadamente—. Bajo la seda.

—Cógela —me dijo Bosko de Puerto Kar.

Corrí hacia el cajón y cogí la llave.

Me indicó que la diera a Elicia y me arrodillara de espaldas a ella.

—Quítale el collar —le dijo el guerrero a Elicia.

Ella lo abrió temblorosa y me lo quitó, dejándolo en el suelo junto con la llave.

Él miró a Elicia, cuyos labios temblaban.

—Eres una agente de los Kurii —dijo—, y también eres una hermosa presa.

—¿Me llevarán a Puerto Kar para interrogarme? —preguntó Elicia.

—Sí.

—Cooperaré. Diré todo lo que sé. —No quería que la sometieran a las torturas de Puerto Kar.

—Por supuesto —dijo él.

Bosko de Puerto Kar miró por la enorme ventana de los aposentos hacia las Torres de Ar. Todavía había luz, y el cielo aparecía de un azul intenso sobre las imponentes torres de la ciudad.

—Es una hora temprana de la tarde —dijo ella—. Será difícil sacarme de la ciudad de día. Sin duda esperarás a que caiga la noche.

—Es cierto, prisionera.

Ella le miró con la correa al cuello.

—No temas —dijo él—, ya encontraremos la forma de pasar el tiempo.

—¿Cómo me vas a sacar de la ciudad?

—Desnuda, atada a la silla de un tarn.

—Extraño modo de transporte para una mujer libre.

—Para cuando caiga la noche —dijo él—, serás la carga apropiada para tal modo de transporte.

Ella se estremeció.

—Ve al tocador y arrodíllate ante él.

Ella obedeció, y entonces él le ató los tobillos con el largo cabo sobrante de correa. Ahora la cuerda iba de su cuello a sus tobillos. Tenía las manos libres.

—Ponte cosméticos y perfumes —dijo él— Tienes que estar perfectamente hermosa.

Ella cogió apesadumbrada las pequeñas cajas y pinceles.

—Ve a la otra habitación —me dijo Bosko—. Encontrarás un hierro entre mis cosas. Prepara un brasero y calienta el hierro. También encontrarás pendientes y una aguja. Tráelos.

—Sí, amo.

Era ya el final de la tarde cuando introduje el brasero en la habitación del baño, cogiéndolo por las asas con trapos. No lo había hecho antes para que la habitación no se calentara demasiado.

Ella estaba sentada con las rodillas encogidas en unas pieles en el suelo a los pies del lecho. Ya no llevaba la correa. Tenía las manos y los pies atados. Advertí que su tobillo izquierdo estaba atado con unos dos metros de cadena a una anilla al pie del

lecho. Muchas noches había dormido yo allí encadenada. Bosko había decidido que sería marcada atada a la anilla de su propio lecho.

—Judy —gimió—, ¿qué me va a hacer?

—Va a marcarte.

—¡No!

Él la cogió bruscamente tumbándola sobre el costado derecho, sujetándola en el ángulo entre el suelo y la piedra del lecho. Le ató los muslos fuertemente utilizando la correa y dejando un espacio entre las cuerdas donde poner el hierro. A un gesto suyo, le acerqué el brasero. Me indicó que le diera el trapo con el que cogería el hierro.

—Ayúdame, Judy —sollozó Elicia.

—Nadie te obligó a venir a Gor, Elicia —le dije. Estaba tumbada sobre su costado derecho, atada contra el pie del lecho. Las pieles ayudaban a inmovilizarla. Bosko echó su peso sobre ella.

El hierro cumplió pacientemente su tarea. Olí la piel quemada. Bosko no se apresuró. Hizo bien su trabajo.

Oí los sollozos de la chica. Me miraba con los ojos llenos de lágrimas. Había sido marcada.

—Llévate el brasero y el hierro —dijo Bosko de Puerto Kar—. Pon el hierro a enfriar.

Cuando volví a la cámara del baño, la nueva esclava estaba sentada en el suelo y él estaba perforándole la oreja izquierda con una aguja. Vi cómo pasaba la aguja a través de una diminuta gota de sangre. Ya le había perforado el lóbulo derecho. Entonces cogió los pendientes, unas anillas de oro de unos dos centímetros de diámetro, y se los puso en las orejas. Luego me dio la aguja para que la limpiara y volviera a ponerla entre sus pertenencias.

Había liberado a Elicia de sus ataduras, a excepción de la cadena de su tobillo izquierdo que la ataba a la anilla a los pies del lecho.

Ella estaba tumbada en el suelo, encadenada por el tobillo, marcada y con pendientes.

Me miró.

—Saludos, esclava —le dije.

—Saludos, ama.

—Trae vino —me dijo Bosko de Puerto Kar—. La esclava me servirá.

—Sí, amo. —Traje el vino y lo dejé en el suelo al alcance de la chica.

—¿Ni siquiera sabe cómo arrodillarse? —preguntó él.

Le enseñé a Elicia rápidamente la postura de esclava de placer.

—¿Cómo la llamaremos? —me preguntó Bosko.

—Como el amo desee.

—Entre mis cosas encontrarás un collar. Tráelo —me dijo Bosko.

—Sí, amo —Me apresuré a obedecer.

Él cogió el collar. Era un simple collar de acero, sencillo y seguro.

—Léelo —le dijo a la esclava.

—Soy la esclava Elicia —leyó ella—. Pertenezco a Bosko de Puerto Kar.

Le miró con horror. Llevaría su propio nombre como esclava.

—Sométete —dijo él.

Me dirigió una mirada triste y salvaje. Yo la ayudé. Le mostré cómo arrodillarse sobre los tobillos con los brazos extendidos hacia él, cruzadas las muñecas y la cabeza gacha entre sus brazos.

—Di “me someto” —le dije.

—Me someto —dijo ella. Él le ató las muñecas fuertemente.

—Alza la cabeza —le dije yo. Ella alzó la vista y él le puso el collar. Me sentí muy complacida al verla con el collar de Bosko de Puerto Kar.

Entonces Bosko salió de la habitación. Le oí subir al tejado. Sin duda estaba inspeccionando su vía de escape. No sabía si le esperaría un tarn en el tejado o si llamaría desde allí a uno.

Miré a la nueva esclava, marcada, con collar, atadas las muñecas delante del cuerpo, arrodillada en las pieles a los pies del lecho.

Bosko entró en la habitación.

—Todo está dispuesto —nos dijo—. A medianoche amordazaré a la esclava y la ataré a la silla de montar. Luego saldré volando de Ar.

—El amo debe tener cuidado con las patrullas —dije.

—Los he observado desde el tejado. Sus vuelos tienen un itinerario fijo.

—Ya veo, amo. —Bosko lo había pensado todo, sin dejar nada en manos del azar. Aunque a pesar de todo, no dejaría de haber riesgos. Pero yo no temía por él. Si yo fuera un guardia de Ar no creo que le persiguiera en tarn.

Miró a Elicia, arrodillada en la postura de esclava de placer, con las muñecas atadas y el tobillo encadenado a la anilla de esclava.

—¿Puede hablar la esclava? —preguntó.

—Sí.

Ella le miró.

—Sé que me vas a llevar a Puerto Kar donde seré rigurosamente interrogada.

—Sí.

—Diré todo lo que sé —dijo ella.

—Eso es cierto, esclava.

—¿Pero entonces? —dijo con voz suplicante—. ¿Qué pasará cuando haya dado toda la información y ya no os sea útil? ¿Qué harán conmigo entonces? ¿Me atarán para arrojarme a los urts del río?

—Tal vez —dijo él.

—¿No tengo ninguna esperanza?

—Sí. Eres bonita —le respondió él como explicación.

—Intentaré ser complaciente —dijo ella presionando los labios en sus muslos.

Yo no tenía dudas de que, aun cuando Elicia perdiera su valor político, su belleza haría que la conservaran para placer de los hombres. Volví a mirarla. Ya no era un agente de un misterioso poder de alcance interplanetario; ahora no era más que una adorable esclava goreana.

—En pie, esclava —le dijo Bosko de Puerto Kar.

Ella se levantó prestamente.

Él tenía en la mano la mordaza que le pondría antes de llevarla al tejado.

—Por favor, amo —suplicó ella—. Un momento, amo, por favor.

Él dio un paso atrás.

Elicia se acercó a mí.

—Ahora las dos somos esclavas, Judy.

—Sí, Elicia.

—El instituto queda muy lejos.

—Sí —sonreí.

—Te quiero, Judy —dijo de pronto.

—Yo también te quiero, Elicia. —La abracé, y nos besamos.

—Te deseo suerte, esclava —me dijo.

—Te deseo suerte, esclava.

Luego, Bosko de Puerto Kar le puso la mordaza. Ella me miró.

Entonces Bosko me ató las manos a la espalda y me amordazó.

—Tu cuello —me dijo—, es para el collar de otro hombre. —Yo no le pregunté nada, porque estaba amordazada. Luego añadió—: De rodillas. —Me arrodillé—. Cruza los tobillos. —Obedecí. Entonces ató mis tobillos con la misma cuerda que se ataba las muñecas. Unos quince centímetros de cuerda separaban mis muñecas atadas de mis tobillos atados. Luego sin decir nada más, Bosko quitó la cadena que cerraba la puerta, se echó al hombro sus pertenencias y cogiendo a Elicia del brazo atravesó el umbral. Los oí subir las escaleras hacia el tejado.

Me quedé sola, de rodillas en el suelo ante la puerta abierta. Había pasado la medianoche. Era una esclava atada y amordazada.

Al rato oí unos pasos que se acercaban subiendo las escaleras que llevaban a los aposentos.

Mi corazón dio un brinco. Conocía aquel paso.

Clitus Vitellius apareció en el umbral. Me miró agitado. Yo quería gritar mi amor por él, el vulnerable e inevitable amor de una esclava.

Él me miró enfadado. Yo no entendía su ira.

Me desató los tobillos y me quedé tumbada en el suelo ante él. Quería decirle lo mucho que le amaba, pero no pude porque estaba amordazada. Se inclinó enfadado y me acercó tirando de mi tobillo hasta estar casi debajo de él. Me arrancó la corta falda que como esclava se me había permitido llevar y abusó de mí con rudeza. Yo eché la cabeza atrás, deleitándome con sus caricias. Terminó conmigo rápidamente y cortando un largo cabo de la correa que me ataba las muñecas volvió a atar mis tobillos. Yo le miré con lágrimas en los ojos. Le amaba. Quería hablarle de mi amor. Quería decirle lo mucho que le quería. Pero él no me quitó la mordaza. No me permitió hablar. Me arrojó sobre su hombro y me sacó de los aposentos.

26. DE RODILLAS EN EL CÍRCULO AMARILLO

Yacía a sus pies. Clitus Vitellius estaba en sus aposentos, sentado en la silla. Miró malhumorado por la ventana a las torres de Ar.

Me incorporé de rodillas ante él.

—Amo —dije. No pensaba que pudiera disuadirle. Llevaba una breve túnica de calle y su collar al cuello.

Puse la cabeza en su rodilla y sentí su mano en mi pelo. Una lágrima asomó a mis ojos.

—Me inquietas —me dijo.

—Lo siento, si te he disgustado.

—No entiendo lo que siento por ti —dijo él, sosteniéndome la cabeza con las manos y mirándome—. No eres más que una esclava.

—Sólo tu esclava, amo.

Me alejó de él tirándome al suelo. Le miré.

Se levantó enfadado. En los días pasados me había tratado con gran brutalidad.

—Me das miedo —dijo de pronto.

Yo estaba atónita.

—Yo mismo me doy miedo —dijo enfadado—. Te temo a ti y a mí mismo. —Me miró.

Yo retrocedí, porque era una esclava.

—Me haces sentirme débil. —Estaba enfadado—. Yo soy un guerrero de Ar.

—Esta esclava se ríe de la debilidad del amo —grité con enfado.

—¡Trae el látigo! —pidió iracundo.

Corrí a por el látigo y se lo di arrodillándome ante él. Le miré enfadada. Cogió con las manos mi túnica por el cuello y los hombros y se dispuso a arrancármela para que cayera desnuda a sus pies agitándome bajo la dura disciplina de su dominio. Tenía la mano en mi túnica, y el látigo alzado. Entonces me soltó y arrojó el látigo a un lado. Me cogió la cabeza con las manos.

—Oh —dijo—. Eres una interesante esclava inteligente. Ésa es una de las razones de que seas tan peligrosa, Dina. Eres demasiado lista, demasiado inteligente.

—Azótame —supliqué.

—No —dijo enfadado.

—¿Se interesa el amo por Dina?

—¿Cómo podría yo, Clitus Vitellius, capitán de Ar, interesarme por una esclava?

—Perdóname, amo.

—¿Te libero? —me preguntó.

—No, amo —dije—. Entonces no podría evitar oponer mi voluntad a la tuya. Lucharía contra ti.

—No temas. Soy Clitus Vitellius de Ar. No libero a las esclavas.

Camino del Curúleo, nos detuvimos en el Collar de Campanas. Allí Clitus Vitellius me desató las manos para que pudiera servirle como una esclava de Paga.

Vi a Collar de Esclava sirviendo a los hombres. Era temprano por la tarde.

Algunas de las chicas que yo recordaba, y en especial Collar de Esclava habían venido a besarme y a hablar conmigo con el permiso de Busebius, el amo de la taberna. Creo que varias de ellas tenían envidia de mi amo, pero les informé que me llevaba al Curúleo para ser vendida.

—¿Necesitas una esclava, amo? —preguntó Helen, la bailarina de la Tierra, del Collar de Campanas, y extendió tímidamente la mano para tocarle la rodilla—. Cómprame —susurró—. Te serviré bien.

Él la abofeteó rudamente haciéndole sangre en la boca. Ella alzó la vista desde el suelo, asustada.

—Baila para nosotros, zorra de la Tierra. —Su acento la había traicionado.

—Sí, amo.

Y, ante la mesa, al ritmo de la música del cuarteto, Helen bailó con lágrimas en los ojos, ante un amo goreano. Luego él la despidió y ella se alejó. Yo no estaba disgustada.

Vi a Bran Loort entrar en la taberna con una cesta de verduras. Él me vio y apartó la mirada, yendo hacia las cocinas. Hacía pequeñas labores en la taberna.

—¿Dónde está Marla, amo? —pregunté. Yo la había considerado mi mayor rival en cuanto al interés de Clitus Vitellius.

—Se la vendí a un mercader especializado en entrenar bailarinas.

Recordé los largos cabellos negros de Marla, su hermoso rostro, su perfecta figura. Estaría muy hermosa en la tarea de baile, pensé. Sería una maravillosa bailarina.

—A Eta la di al guardia Mirus —dijo Clitus Vitellius.

—Me alegro, amo.

—Collar de Esclava, como ya sabes —continuó Clitus Vitellius—, pertenece ahora a Busebius.

—Sí, amo.

—A Lehna, Donna y Chanda se las regalé a dos de mis hombres; Lehna a uno de ellos y Donna y Chanda al otro, por un buen servicio en la batalla.

Asentí. No es extraño entre guerreros entregar bellas esclavas como premios por buenos servicios o actos de valor. Las esclavas son deliciosos regalos.

—¿Vamos a ir pronto al Curúleo, amo? —pregunté.

—Sí —dijo él—. Pero primero espero la llegada de un amigo.

—¿Puedo preguntar de quién se trata, amo? —dije.

—Sólo si deseas ser azotada.

Me quedé callada.

Pronto oí el canto bravucón de un campesino. Thurnus, cualesquiera que fueran sus virtudes, no tenía mucha habilidad musical.

—¡Es Thurnus! —reí.

—Sí —dijo Clitus Vitellius.

—¡No vuelvas a entregarme a él! —supliqué.

—No temas, pequeña esclava. —Clitus Vitellius se levantó de un salto y Thurnus, que llevaba su vara, y él se abrazaron entre las mesas.

Al momento estaban en nuestra mesa. Thurnus ya estaba borracho, pensé. Me resultaba extraño que se encontraran aquí, aunque sabía que eran amigos. Thurnus estaba en Ar por cuestiones de negocios.

—Saludos, pequeña Dina —rugió.

—Saludos, amo.

Tenía un aspecto fuerte y poderoso, y muy satisfecho de sí mismo. La sequía se había acabado e imaginé que los campos iban bien.

Me pregunté qué negocios le habrían traído a Ar. Estábamos en otoño.

Advertí a Bran Loort mirando desde las cortinas, pero luego se retiró con el dolor marcado en el rostro. No se atrevía a dejarse ver en este lugar, realizando groseras y vulgares tareas; había pertenecido a la Casta de los Campesinos. Recordé el deshonor en el que Bran Loort había abandonado el Fuerte de Tabuk. Pensé que antes que Thurnus, jefe de casta del Fuerte de Tabuk, le viera trabajando en la taberna, preferiría morir.

Miré a Collar de Esclava, muy ocupada en servir a Thandar de Ti y a cuatro de sus hombres. Al parecer mientras estaba en Ar, negociando arreglos comerciales entre Ar y la Confederación, frecuentaba el Collar de Campanas. Había allí una chica que le gustaba especialmente. Era Collar de Esclava.

—¡Paga sul! —gritó Thurnus golpeando la mesa con su enorme vara.

—Cállate —dijo desde una mesa cercana un hombre que bebía con otros cinco amigos.

—¡Paga sul! —gritó Thurnus, golpeando en la mesa.

—Silencio —dijo el tipo de la otra mesa.

—¿No hay Paga de sul? —dijo Thurnus.

—No, amo —respondió Busebius—, no tenemos Paga de sul.

—Entonces, cantaré.

Pensé que era una espléndida amenaza.

Y fiel a su palabra, Thurnus estalló en magnífico canto. Llegados a este punto, incapaz de contenerse, uno de los hombres de la otra mesa se arrojó sobre Thurnus y comenzó a darle de puñetazos, actividad a la que pronto se unieron otros varios. Clitus Vitellius, para mi sorpresa, se hizo a un lado. Yo me arrastré entre las piernas

de los contendientes. Vi a dos hombres elevarse sobre el suelo alzados por la mano de Thurnus. Sus cabezas hicieron un ruido sordo al chocar una contra otra. Una esclava gritó. Entonces vi a Thurnus desaparecer bajo una pila de atacantes. Junto a mí pasó una enorme mole. Me cubrí la cabeza y retrocedí. Vi a Bran Loort agarrar a un hombre por el cuello y levantarlo en el aire. El tipo cayó con gran estrépito entre dos mesas.

—¡Estoy perdido! —gritó Thurnus desde algún lugar bajo la pila de hombres. Pero vi que su mano surgía y agarraba una copa de Paga que vació mientras los hombres luchaban sobre él, batallando por pegarle, golpeándose unos a otros.

—¡No temas, jefe de casta! —gritó Bran Loort. Agarró a dos hombres del cuello y entrechocó sus cabezas con un ruido que me hizo dar un respingo. Golpeó a otro hombre que no tuvo tiempo de ver el gran puño que como un martillo le recompuso el rostro. Bran Loort luchaba como un poseso.

Para entonces Thurnus se había escabullido de debajo de la pila de cuerpos y estaba a un lado con una copa de Paga en la mano.

—Lucha bien —le dijo a Clitus Vitellius.

—Sí —respondió éste moviendo a un lado la cabeza para esquivar el vuelo de una botella. Entonces vimos a Bran Loort acorralado contra la pared, mirando en torno con ojos salvajes. Vio a Thurnus.

—¡No son más que veinte! —dijo Thurnus—. Y tú eres de los campesinos. —Le arrojó la vara a Bran Loort que la cogió al vuelo. Un hombre gritó. La vara silbó en el aire, casi invisible, como un huracán. Vi volar dientes y sangre, y mandíbulas rotas. Un hombre aullaba miserablemente con la espinilla partida. Creo que a más de uno le rompió la pierna. La vara saltó golpeando el estómago de otro hombre. Se movió a un lado y oí el ruido de costillas rotas. Los hombres se arrastraban a un lado para alejarse del joven campesino. Thurnus rompió una mesa sobre la cabeza de uno. Busebius no paraba de gimotear.

—¡Basta, basta, amos! —gritaba.

Ahora Thurnus y Bran Loort luchaban espalda contra espalda. Thurnus había dejado la copa de Paga en manos de Clitus Vitellius. Bran Loort esgrimía la vara, y Thurnus protegía su espalda utilizando la mesa rota, golpeando una y otra vez con ella. Finalmente lanzó los restos de la mesa a la cabeza de un bruto que retrocedió conmocionado. Entonces Thurnus y Bran Loort quedaron uno junto a otro con la pared a la espalda.

Oí una espada salir de su vaina. Después se oyeron otras seis espadas desenfundándose. Tuve miedo.

—No —dijo Thandar de Ti, de pie junto a una mesa. Había sacado su propia espada, y lo mismo hicieron uno tras otro los cuatro hombres que iban con él. Todos eran guerreros.

Los hombres de Ar miraron enfadados a Thandar de Ti y a sus hombres.

—No —repitió Thandar de Ti.

También la espada de Clitus Vitellius, mi amo, había dejado su vaina, y ahora estaba entre Thurnus y Bran Loort y los hombres que les amenazaban.

—Estoy de acuerdo con mi compañero guerrero —dijo Clitus Vitellius—. No es apropiado que atacéis con acero a aquellos que se defienden con madera.

—Es cierto lo que dice —convino un hombre—. ¡Somos de Ar! —Guardó su espada.

—¡Paga gratis para todos! —gritó Thandar de Ti.

—Y la segunda ronda corre de mi cuenta —dijo Clitus Vitellius.

—¡Salud para los campesinos! —gritó un hombre con la cara ensangrentada.

—¡Salud para los campesinos! —gritaron todos. Entonces rodearon a Thurnus y a Bran Loort palmeándoles la espalda.

—No cantaré —prometió Thurnus.

—¡Traed Paga! —gritó Busebius a las esclavas, que se habían retirado asustadas y que ahora se apresuraron a cumplir su deber entre un tintineo de campanas.

—¿Y qué estás haciendo tú aquí, infeliz Bran Loort? —preguntó Thurnus.

Bran Loort bajó la cabeza.

—Trabajo aquí —dijo—. Me avergüenzo de que me hayas encontrado en este lugar.

—Tienes razón —rugió Thurnus.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Bran Loort—. ¿No es el tiempo de la cosecha de Sa-Tarna?

—Estoy buscando hombres que ayuden en la cosecha.

—Yo soy fuerte —dijo Bran Loort con lágrimas en los ojos.

—Bien —dijo Thurnus. Bran Loort le abrazó llorando—. Bebe una copa de Paga, luego tendremos que irnos. La Sa-Tarna se impacienta.

Bran Loort gritó de alegría y se puso a dar saltos con los brazos en alto como un chiquillo corriendo bajo el sol. Cogió una copa, le arrebató la bota de Paga a una atónita esclava y él mismo se sirvió. Echó la cabeza atrás, apuró la copa y la lanzó por los aires.

—Tiene mucho que aprender —dijo Thurnus—, pero algún día será jefe de casta. Y pronto tendrá su propia Piedra del Hogar.

—Me alegro —dijo Clitus Vitellius— de haberte sido de utilidad.

Thurnus estrechó su mano.

—Mi agradecimiento, guerrero —dijo.

Bran Loort me miró.

—¡Soy tan feliz! —gritó—. ¡Eres tan hermosa, Dina! ¡Tan hermosa!

—Estoy contenta si el amo está contento —dijo Yo.

Bran Loort miró a Clitus Vitellius. El guerrero sonrió y alzó su mano.

—Oh —exclamé. Bran Loort me cogió del pelo que ya me había crecido bastante para que un amo lo agarrara.

—Ven, hermosa esclava —gritó. Me cogió del cuello doblándome hacia delante mientras yo intentaba agarrarle las muñecas, y me arrastró hacia la alcoba más cercana. Ni siquiera cerró la cortina. Me di la vuelta. Retrocedí hasta tener la espalda contra la pared.

—¡Qué hermosa eres, Dina! —gritó—. Qué hermosa eres. ¡Soy muy feliz y tú eres muy hermosa! ¡Eres tan hermosa! Quítate inmediatamente la túnica o te la arrancaré.

Me cogió de los tobillos y me acercó a él lleno de alegría, y entonces me abrió las piernas con la rudeza de los campesinos.

—¡Oh! —grité—. ¡Oh! —Y me aferré a él echando la cabeza hacia atrás. Creo que Bran Loort, arrebatado por su alegría, no tenía paciencia para su placer ni para el mío.

Cuando terminó conmigo me dejó temblando. Me cubrió de besos.

—¡Soy tan feliz! —gritó. Se agachó junto a mí y volvió a besarme—. Hay que cosechar la Sa-Tarna —dijo.

—Sí, amo.

—Te deseo suerte, Dina.

—Te deseo suerte, amo.

Y salió a toda prisa de la alcoba para reunirse con Thurnus. Salieron juntos de la taberna. A mí me dejó tumbada en las pieles. Tras unos instantes, me puse la túnica, me abroché los botones y el cinturón, y fui a arrodillarme junto a Clitus Vitellius, que estaba bebiendo con Thandar de Ti y sus cuatro hombres. Collar de Esclava les servía.

—La Conferencia Saleriana —decía Clitus Vitellius— es una amenaza para la seguridad de Ar.

—Exacto —convino Thandar de Ti.

—Pareces distraído —dijo Clitus Vitellius, que al parecer quería discutir de política.

Thandar de Ti observaba a Collar de Esclava, que con la cabeza gacha le servía vino.

—Una hermosa esclava —dijo Clitus Vitellius.

—Sí —dijo Thandar de Ti. Se inclinó y tocó suavemente a Collar de Esclava en el cuello mientras ella escanciaba el vino. La esclava enrojeció y se echó a temblar sin alzar la cabeza.

—Arrodíllate ante la mesa, esclava —le dijo.

Ella puso la jarra de Paga a un lado y obedeció. Se arrodilló en posición de

esclava de placer.

—¿Crees que debería comprarla? —le preguntó Thandar de Ti a Clitus Vitellius sin dejar de mirar las curvas y la belleza de la chica. Collar de Esclava temblaba de emoción, y casi rompió la posición de esclava de placer.

—Es una belleza —dijo Clitus Vitellius—. Si te gusta, puedes hacerle una oferta a Busebius.

—¡Busebius! —llamó Thandar de Ti.

Pensé que Collar de Esclava iba a desmayarse.

—Me he encaprichado —le dijo Thandar de Ti a Busebius, que había ido corriendo a la mesa— con esta pequeña zorra esclava. —Señaló a Collar de Esclava—. Te daré por ella un tark de plata.

—El señor es muy generoso por ofrecer tanto por tan miserable esclava.

—¿De acuerdo entonces?

—Cinco tarks —dijo Busebius.

—¡Bribón! Te daré dos.

—¡Hecho! —rió Busebius complacido. Había sacado bastante beneficio con Collar de Esclava a la que había comprado por menos de un tark de plata en el mercado, y además había quedado bien con Thandar de Ti, un valioso cliente.

Collar de Esclava cayó al suelo desvanecida. Todavía estaba inconsciente cuando Busebius le quitó las campanas, el collar y las sedas, dejándola desnuda en el suelo ante la mesa. Aún no había vuelto en sí cuando Thandar de Ti le puso sus esposas de esclava, atándole sus pequeñas muñecas delante del cuerpo.

En pocos momentos se recobró, abrió los ojos y se descubrió desnuda y esposada ante la mesa.

—¿Soy tuya, amo? —preguntó alzando hacia él sus pequeñas muñecas esposadas.

—Sí, esclava.

Se arrodilló ante él, llorando de júbilo. Me dirigió una rápida mirada para decirme que no revelara la que otrora fue su identidad.

—Te quiero, amo —dijo ella.

—Levántate, esclava —dijo Thandar.

Y ella se alzó ante él, esposadas las muñecas.

—Encantadora —dijo él.

—Gracias, amo.

Él examinó su muslo.

—Una buena marca —dijo. Le echó el pelo hacia atrás y volvió su cabeza de un lado a otro cogiéndola por la barbilla—. Orejas perforadas. Excelente. —Dio un paso atrás admirando su soberbia esclava.

—Una buena compra —dijo uno de sus hombres.

—Sí —respondió él.

La miró a los ojos.

—Creo que te llamaré Sabina —le dijo.

—¿Amo? —preguntó ella atónita. Me miró, pero yo también estaba confusa. No le había contado a nadie el secreto.

—¿No es un nombre adorable para una esclava? —preguntó él.

—Sí, amo —dijo ella—. Es un nombre adorable para una esclava.

—¿Es qué crees, pequeña hembra de eslin —rió él cogiéndola por los brazos— que no sé quién fuiste una vez?

—¿Amo?

—Fuiste una vez Sabina, la hija de Kleomenes —rió él—, prometida a mí por Contrato de Compañía.

Ella le dirigió una mirada salvaje.

—Por supuesto, ahora no eres más que una esclava.

—Sí, amo.

—Cuando nuestra unión se estaba considerando por el Consejo de la Confederación, me deslicé en tarn hasta el Fuerte de Saphronicus, para espiarte y ver si me complacías.

—¡Complacerte! —gritó ella. Complacer a un hombre viola la dignidad de una mujer libre. Son las esclavas las que complacen a los hombres.

—Sí —dijo él.

—Te debió resultar muy difícil determinar si te complacía, vestida como iba con las ropas de compromiso.

—¿Te acuerdas de tus habitaciones y la ventana, alta en el muro?

—Sí.

—Se podía llegar a ella con una cuerda desde el tejado.

Ella contuvo el aliento.

—Estabas muy hermosa en el baño —dijo él.

Ella bajó la vista confusa y sonrojada.

—¿Es eso modestia de esclava?

—No, amo. —Alzó la vista y le miró con timidez—. ¿De verdad te gustaba?

—Sí, mucho.

—Estoy contenta —dijo ella.

—Ya puedes entender mi dilema. Al verte te deseaba. Eras una de esas mujeres tan femeninas y atractivas que sólo se puede pensar en ellas y desearlas como esclavas. Yo quería poseerte. Te quería desnuda a mis pies, con mi collar. Sin embargo, ibas a ser mi compañera libre. Pero, ¿qué relación puede haber con una chica tan femenina y bonita como tú, que no sea la relación del amo con la esclava?

—No lo sé —dijo ella.

—Además, eras de los mercaderes. No es apropiado que un guerrero tome como

compañera a la hija de un mercader. Yo detestaba a los políticos que habían determinado tal unión. Desde luego, yo no fui consultado en las negociaciones.

—No, amo —dijo—. Ni yo tampoco.

—Además, como mujer libre eras una arrogante hembra de eslin. Necesitabas la esclavitud, el collar y el látigo.

—Sí, amo —dijo asustada.

—Había determinado rehusar el matrimonio. Tenía pensado huir de la ciudad. —Sonrió—. Pero de esta forma no ha sido necesario.

—¿Cómo me encontró el amo? —preguntó ella.

—Hay amistad entre los guerreros —dijo Clitus Vitellius, y sonrió.

—Gracias, amo —le dijo Collar de Esclava, ahora Sabina, a Clitus Vitellius.

Él hizo un movimiento de cabeza.

Sabina se volvió para mirar a Thandar de Ti, alzando la vista hacia él.

—Me has encontrado, soy tuya —dijo con lágrimas en los ojos—. Yo esperaba que mi identidad permaneciera oculta para ti.

—¿Por qué? —preguntó él asombrado.

Ella le miró tristemente con los ojos llenos de lágrimas.

—Porque quería ser tu esclava. Siento que tú eres mi auténtico amo, y yo tu verdadera esclava.

Los hombres se miraron unos a otros, conociendo bien la confesión de la pequeña y hermosa esclava.

—Tampoco quería que se supiera mi identidad para no deshonrarte.

—Que la piel de la hija de un mercader esté marcada con el hierro es algo que no puede deshonrarme —dijo Thandar de Ti.

—Ya veo que no —dijo ella un poco enfadada.

Pero era verdad. ¿Qué significa en Gor que una chica sea atrapada, marcada y convertida en esclava?

—Pero, al conocer mi identidad, el honor exigiría que me liberaras.

—¿Sí? —dijo él.

—Sí. Ahora me liberarás y los planes del Fuerte de Saphronicus y la Confederación Saleriana se realizarán como en un principio. Seré entregada a ti como mujer libre, y a pesar de nuestros deseos, las cosas serán como en un principio.

—Eres la hija de un mercader. Las hijas de los mercaderes sólo pueden ser esclavas de los guerreros.

—¡Vas a liberarme! —gritó ella.

—Arrodíllate para que te ponga el collar.

—¡Amo! —gritó.

—Traed un látigo —dijo Thandar de Ti a uno de sus hombres.

Ella se apresuró a arrodillarse. El látigo no sería necesario. Sabina, la esclava,

alzó hacia Thandar de Ti unos ojos llenos de estupor, amor y júbilo. Conocía la fuerza y la naturaleza del hombre que la poseía.

—Traed el collar —le dijo él a uno de sus hombres.

Le trajeron el collar de entre sus pertenencias.

—He encontrado una esclava que me complace. Voy a ponerle mi collar.

No le importaba la política de las ciudades, ni temía la ira de los estados. Era un guerrero.

Se colocó detrás de la chica, y le echó hacia atrás la cabeza para ponerle el collar.

—Sométete —le dijo.

—Me someto totalmente, amo.

Cerró con brusquedad el collar, rodeando su deliciosa garganta con la dura banda de acero de esclava. Y entonces la arrojó al suelo con el pie.

—Arrójame entre tus mujeres, amo —suplicó ella.

—Lo haré —dijo él. Luego se dio la vuelta y salió de la taberna.

Pero yo no dudaba que la encantadora Sabina sería su esclava preferida.

—¡Seré su esclava! —me dijo Sabina con júbilo—. ¡Qué fuerte y qué maravilloso es! Lo único que temo es no ser capaz de amarle lo bastante.

La besé.

—Te deseo suerte —gritó Sabina—. ¡Te deseo suerte!

—Te deseo suerte —grité yo.

Las demás esclavas de Paga de la taberna también le desearon suerte.

Los hombres de Thandar de Ti fueron hacia la puerta. Uno de ellos se volvió.

—¿Será necesario atarte, esclava?

—¡No, amo! —gritó Sabina, y se apresuró a seguirles.

Les vimos salir de la taberna.

—Es hora de que vayamos al Curúleo —dijo Clitus Vitellius.

Yo le toqué tímidamente.

—Por favor, amo —supliqué.

Él me miró casi con ternura. Pensé que estaba triste.

—Muy bien —dijo.

Me hizo un gesto para que le precediera hasta una de las alcobas.

Entré en ella y me despojé de la túnica de calle. Él cerró la cortina.

—Muchas veces —dije suavemente— he complacido a los clientes de Busebius en esta alcoba.

Me cogió en sus brazos. Me asombró la suavidad con que me tocó.

—Te echaré de menos, Dina.

—Hay muchas chicas.

—Sí, hay muchas chicas.

—Pronto me olvidarás.

Él me acarició el pelo.

—Tu pelo... estaba demasiado corto, hasta la primavera.

—¿Vendrás a verme en las jaulas de exposición?

—No —dijo él.

—¡Quédate conmigo!

—No.

Intentaba no llorar.

—Es extraño —dijo—. Me he enfrentado al eslin salvaje y al acero de fieros enemigos. Soy guerrero, un gran guerrero entre los guerreros. Y aun así, tú, una simple esclava, puedes conquistarme con una lágrima y una sonrisa.

—Te quiero —le dije.

Me abofeteó haciéndome sangre en la boca.

—Esclava mentirosa.

Entonces me agarró para descargar su furia contra mí. Me utilizó bien.

Cuando terminó me dijo:

—Levántate. Debemos ir al Curúleo.

Me puse la túnica y abroché el cinturón y los botones uno a uno. Deseé que me la arrancara y me hiciera marchar por las calles desnuda para que las otras mujeres vieran la fuerza del hombre que me poseía.

Salimos de la taberna y nos dirigimos al Curúleo, llegando a la entrada trasera.

Miré la puerta de hierro detrás de la cual iba a ser vendida.

—Tenemos que entrar —me dijo Clitus Vitellius.

Llamó a la puerta de hierro.

—Creía que Clitus Vitellius era fuerte —dije—. Pensaba que era un guerrero. Pensaba que tenía poder para hacer su voluntad con una mujer. Ahora veo que es demasiado débil para hacer con una mujer lo que verdaderamente desea, lo que le complace.

Volvió a golpear en la puerta de hierro.

—Es débil —dije—. Esta esclava le desprecia.

—No me pongas furioso —me dijo.

Desvié la mirada. No tenía nada que temer de él.

Oí unos pasos que se aproximaban a la puerta desde el otro lado. Se abrió un pequeño panel lateral.

—¿Qué deseas? —preguntó una voz.

—Vengo a vender una esclava.

El panel se cerró y un momento después se abrió la gran puerta.

—Entra, amo —dijo un hombre.

Entramos en una gran habitación con suelo de cemento en el que había pintado un círculo amarillo de unos tres metros de diámetro y un borde de unos quince

centímetros de anchura. A un lado había un hombre sentado ante una pequeña mesa de cuatro patas.

—Quítale la túnica y el collar —dijo el hombre.

Clitus Vitellius hizo lo que le pedían. No dijimos nada.

—Arrodíllate en el círculo, esclava.

El tipo que había abierto la puerta estaba a un lado, con una cuerda de cuero colgándole del cinto. Fui al círculo y me arrodillé sobre el cemento. El hombre entró en el círculo, desató la cuerda de su cinto y me la ató al cuello, con el nudo a un lado, bajo mi oreja izquierda. Retrocedió dejándome unos dos metros de cuerda, el resto de la cual sostenía enrollada con la mano derecha. Sabía que la utilizarían para azotarme si fuera necesario.

—Dame lo que creas que vale —dijo Clitus Vitellius—, y envía el dinero a los aposentos de Clitus Vitellius, en las Torres de los Guerreros.

—Sí, amo —dijo el hombre en la mesa.

Clitus Vitellius se dio la vuelta y salió del Curúleo.

Me quedé sola arrodillada en el círculo amarillo de cemento.

Sentí que tiraban de la cuerda atada a mi cuello. Cerca de mí quedaba el resto de la cuerda.

El hombre se levantó de la mesa y vino al círculo. Me miró.

—Bien, ahora, pequeña belleza, vamos a ver lo que puedes hacer.

—Sí, amo.

27. LO QUE OCURRIÓ EN EL CURÚLEO

La primera vez que una es vendida es la más dura, aunque supongo que nunca es fácil. Lo más duro es tal vez el no saber, de todas las caras en la oscuridad, cuál de ellas será la del hombre que te compre. La esclava está iluminada, expuesta, forzada a actuar. A un lado está el subastador con el látigo. La esclava actúa, y actúa bien. No puede ser de otra forma. Sientes en los pies la madera de la tarima y sobre ella la arena. La tarima está desgastada. Muchas chicas han sido vendidas sobre ella, unas más bonitas que otras. En Gor, los animales suelen ser vendidos en tarimas cubiertas de arena. La esclava es un animal. La esclava alza la cabeza a la luz de las antorchas. Oye la primera puja, y por la voz intenta deducir la naturaleza del amo. Luego, otra puja. Sonríe, se vuelve, camina, alza los brazos, se arrodilla, se tumba de espaldas a los pies del subastador, se alza de rodillas con los brazos sobre la cabeza como si estuvieran esposados, se tumba sobre su estómago, le mira por encima del hombro. Responde al instante a sus órdenes, adoptando poses y actitudes provocativas a la vista de los compradores, exhibiéndose como una esclava. La esclava suda, el cuerpo lleno de arena que se pega a los cabellos. Si disgusta en lo más mínimo al subastador, su látigo se apresura a indicarle su error. Al final, respirando pesadamente, se pone en pie desnuda. Tal vez ha sido azotada.

Se acepta la última puja. Se cierra el puño del subastador. La esclava ha sido vendida.

Muchas chicas sueñan con ser vendidas en el Curúleo. Su gran tarima es tal vez la más famosa de Ar; también es la más grande. Es una tarima semicircular de unos doce metros, pintada en su mayor parte de azul y amarillo, los colores de los esclavos, y decorada con intrincados dibujos. Tal vez mide unos cinco metros de altura. Un detalle interesante es que sobre ella, en la parte semicircular de cara a la multitud, hay esculpidas las figuras de nueve esclavas. Se supone que representan a las primeras nueve chicas capturadas, hace miles de años, por los hombres de una pequeña villa llamada Ar. Puede verse que los cuellos de las nueve chicas están rodeados por collares de cuerda, hechos probablemente con plantas. Se dice que en aquel entonces los hombres de Ar no conocían el hierro. También se dice que las chicas eran obligadas a dar descendencia a sus captores.

—Esclava —dijo el hombre.

—Sí, amo. —Llevaba un collar con una cadena a cada lado que me ataba con las esclavas a mi izquierda y a mi derecha.

Nos encontrábamos en el pasillo que llevaba a la tarima. Había otro pasillo para salir de ella.

—¿Sabes cómo debes actuar? —me preguntó.

—Sí, amo. —Me habían entrenado bien. Muy poca cosa se deja al azar en la

tarima del Curúleo.

Miré a la chica de mi izquierda y a la de mi derecha. Qué hermosas eran. Todas llevábamos cosméticos goreanos. Todas habíamos sido expuestas desnudas en las jaulas de exposición, para que los compradores pudieran vernos objetivamente. Ahora era responsabilidad suya, en la puja, el estar en guardia.

De pronto sentí un leve rumor en la cadena. Me incliné hacia delante. El susurro se extendió rápidamente por la cadena “La venta ha comenzado”, decía el rumor.

—Tengo miedo —dijo una chica.

—Todo Ar viene a comprar al Curúleo —dijo otra.

Yo no oía nada, pero sabía que la primera chica ya había subido a la tarima.

Me senté en el largo banco de madera, de unos veinte centímetros de anchura que se extendía a lo largo de la pared del pasillo. Cerré sobre mí las sedas verdes que me ataviaban y que parecían una túnica, pero no lo eran. Esas bandas serían desatadas y quitadas una a una, comenzando por la cabeza y terminando por los pies, desnudándome poco a poco. Hacia el final quedaría casi desnuda y entonces me ordenarían, desnuda salvo por la última banda de seda que cubre mis pechos y muslos, tumbarme boca arriba a los pies del subastador, que se alzaría ante mí cogiendo las sedas. Cuando la multitud, fiera en su impaciencia, lo pidiera, me arrancaría las bandas en dos veces, dejándome finalmente desnuda con las piernas dobladas, las manos sobre la cabeza con las palmas hacia arriba, expuestas como el resto de mi cuerpo. Me quedaría así tumbada, una esclava resignada esperando que la violen. Probablemente las pujas subirían mucho. Entonces estaba obligada a obedecer las órdenes del subastador, que probablemente me forzaría a levantarme y adoptar posturas adecuadas de esclava.

—Avanzad un puesto —nos dijo el subastador.

Obedecemos.

—Las ventas van rápidas —dijo una chica unos puestos a mi derecha. Era un buen signo. Significaba que el subastador estaría de buen humor y por tanto sería menos cruel con nosotras sobre la tarima. El subastador nos daba miedo. En la tarima es nuestro amo. Si las ventas van bien, aunque una chica no sea vendida tiene una oportunidad de librarse del látigo.

—Moveos —dijo el hombre.

Nos movimos otra vez.

La mayoría de las chicas son vendidas individualmente, pero a veces las venden en grupos o en lotes, generalmente con algo en común entre todas, como tener el pelo rubio o hablar un determinado dialecto. Los lotes también pueden estar formados por chicas que una vez fueron de castas complementarias o que están marcadas con diversas y representativas marcas. Cuando una chica es esclavizada pierde su casta así como su ciudadanía y todos sus derechos; cuando es esclavizada se convierte en

un animal, sometido al látigo y a la voluntad de su amo. De todas formas, la mayoría de los lotes se venden para trabajar en los campos o en las cocinas. El Curúleo no disponía de este tipo de lotes. Aquella noche iban a ser vendidas dos parejas. Una consistía en una cantante y una chica que tocaba la lira, y la otra eran dos gemelas idénticas de la isla de Tabor, llamada así por su parecido con el tambor goreano del mismo nombre.

Todavía no alcanzaba a oír las llamadas del subastador. Sin embargo a través del túnel nos llegaban los ocasionales rugidos de la multitud.

La esclava de mi derecha comenzó a llorar. Al instante el hombre llegó a su lado alzando el látigo. Ella se apretó contra la pared de cemento. No debía estropearse el maquillaje. Enfadado, el hombre le enjugó la cara con un trapo.

—Ahórrate las lágrimas para la tarima, pequeño animal —dijo.

—Sí, amo.

Yo era la chica noventa y uno en la cadena. Era una buena posición. Las ventas comenzaban al principio de la tarde y, a menos que hubiera a la venta algo especial, comenzaban con bastante lentitud. Generalmente, en ese momento los hombres están todavía entrando al mercado. Los asientos no suelen estar totalmente ocupados hasta el segundo ahn de venta. Yo estaba bastante asombrada por la aparente rapidez de las ventas; por lo que sabía, aquélla era una noche normal de mercado.

—En pie —nos dijo el hombre.

El grupo se levantó.

—Moveos un puesto más.

Nos movimos una posición.

Ya podía oír claramente los gritos del subastador. También oía a los hombres entre la multitud. Un vendedor de helados pregonaba su mercancía.

Ahora me encontraba en la primera cadena del pasillo.

La chica de mi izquierda estaba sentada muy tensa a mi lado, con las uñas hundidas en la madera del banco. Inspeccionaron su maquillaje, y luego fue retirada de la cadena. Al final del pasillo había un hombre con una tabla y un lápiz que le hizo un gesto de que se aproximara. Le miró el número de la cadena utilizado en el Curúleo como número de venta, y que llevaba la esclava escrito bajo la oreja izquierda. El Curúleo no utiliza collares de venta. Era la esclava noventa.

Oí un rugido de aprobación y supe que la chica de la tarima había sido vendida. La chica ochenta y nueve estaba esperando a los pies de la tarima, y un hombre con un látigo la hizo subir. Ella se movía con cuidado al subir las escaleras. Llevaba una bufanda de esclava tapándole los ojos. Era todo lo que llevaba. El hombre de la tabla mandó a la chica con la túnica del hogar hasta el pie de las escaleras de la tarima.

—Mírame —dijo un hombre. Examinó mi maquillaje y le dio algunos toques.

—Eres hermosa —dijo.

—Gracias, amo —murmuré.

Otro hombre me quitó el collar con la cadena que me ataba a la chica de mi derecha. El hombre de la tabla me hizo un gesto para que me acercara. Desde donde yo estaba, al principio del pasillo, veía el techo del Curúleo y a algunos de los compradores agolpados en los palcos altos.

La multitud rugió. La chica de la tarima, desnuda y cegada, estaba actuando ante los hombres.

Gritó cuando le quitaron la venda de los ojos y vio a los compradores.

Fue vendida rápidamente.

—Número —me dijo el hombre de la tabla.

Volví a un lado la cabeza para que pudiera leer el pequeño número que con lápiz de labios habían pintado bajo mi oreja izquierda.

—Noventa y uno —dijo. Lo escribió en las hojas de venta.

El hombre de la tabla me envió al pie de la tarima. Me quedé quieta para no arrugar las bandas de seda que envolvían mi cuerpo. El hombre de la tabla había decidido al parecer no alterar el orden de ventas.

Yo subí a la tarima, que era enorme. No me había dado cuenta de la cantidad de gente que había. La multitud estaba en silencio, y eso me dio miedo.

El subastador también pareció perplejo, pero sólo por un momento.

—Parece que alguien nos ha mandado un regalo —dijo, señalándome con el látigo—. Sus contornos sugieren que será adorable. —Miró al público—. ¿Vamos a verlo?

Pero la multitud, en vez de apremiarle, se quedó en silencio. Su mano tembló un instante. Yo tenía miedo, no entendía el comportamiento de la muchedumbre.

—Vamos a ver —continuó el subastador con fingido humor. Me quitó las bandas de seda que me cubrían la cabeza, levantando un murmullo de admiración entre la multitud. Yo era demasiado vanidosa para no sentirme complacida—. Un hermoso rostro —dijo él, femenino, suave, vulnerable, expresivo. Un rostro fácil de leer para poder controlarlo. —Se alzó de hombros—. Tiene el pelo muy corto, pero los oficiales del Curúleo me han asegurado que crecerá.

Nadie rió entre la multitud.

La mano del subastador temblaba. Estaba nervioso. Adelanté mi pierna derecha levantándola con los pies de punta de forma que sólo los dedos del pie tocaran el suelo. Giré la cadera izquierda y extendí el brazo izquierdo con la muñeca doblada, la palma de la mano hacia la izquierda.

Y poco a poco el subastador me fue quitando la seda del brazo izquierdo.

—Un brazo adorable.

La multitud parecía tranquila, observando intensamente. El subastador estaba claramente perturbado.

—Veamos si hay aquí algo más interesante.

Pude ver que contenía el aliento, pero no hubo ninguna puja.

No terminamos con el número que estaba previsto. Esto depende en gran parte de la multitud, que tiene un papel en el drama de la tarima que muchos de ellos no entienden. Finalmente el subastador, atónito, me quitó todas las bandas de seda, sin hacer que me tumbara en el suelo para desenrollarlas.

—Ésta es la mujer —dijo—. ¿Qué ofrecéis?

No hubo ninguna puja.

—¡Mirad! —gritó una voz. La multitud se volvió, y también el subastador y yo miramos. Al final del pasillo central se perfilaba en la puerta del mercado un guerrero ataviado con toda la panoplia guerrera. No dijo nada. Llevaba espada y escudo, y de su hombro izquierdo colgaba la vaina de una pequeña espada. También llevaba casco.

—¿Amo? —dijo el subastador. Le fallaba la voz.

El guerrero no dijo nada.

El subastador me señaló, apartando la atención de la figura que acababa de entrar en el pasillo.

—Ésta es la mujer —dijo débilmente—. ¿Qué ofrecéis?

En ese momento el guerrero comenzó a descender el pasillo. Le vimos aproximarse.

En un momento estaba en la tarima mirando a la multitud. Golpeó la madera con su gran escudo.

—¡Kajira canjellne! —dijo—. ¡Reto de esclava! —Se volvió a mirarme y yo me arrodillé sin poder hablar. Me parecía que iba a desmayarme.

Volvió a darse la vuelta para mirar a la multitud.

—Tendré a esta mujer —dijo—. Por ella lucharé contra Ar y contra el mundo entero.

—¡Te amo, Clitus Vitellius! —grité con lágrimas en los ojos.

—¡No te he dado permiso para hablar! —exclamó el subastador alzando el látigo para golpearme.

Pero la punta de la lanza de Clitus Vitellius ya estaba en su garganta.

—No la azotes —le dijo.

—Sí, amo —dijo el subastador con la cara pálida, bajando el brazo y retrocediendo asustado.

Clitus Vitellius miró a la multitud de Ar.

—Kajira canjellne —dijo—. Reto de esclava.

El público no respondió. Entonces un hombre se levantó y se golpeó el hombro izquierdo. Se levantó otro e hizo lo mismo. Pronto estaba en pie toda la multitud, riendo y golpeándose el hombro izquierdo. Clitus Vitellius estaba en la gran plataforma, su gran escudo circular en el brazo izquierdo, su poderosa lanza, de unos

dos metros de altura, de punta de bronce, en su mano derecha. Alta la cabeza, limpios sus ojos de guerrero.

—Es tuya, amo —le dijo el subastador.

Me arrodillé a sus pies llena de gozo. Ahora me liberaría para tomarme como compañera. Dejó a un lado el escudo y la lanza y me hizo levantar como su igual.

—Tu látigo —dijo Clitus Vitellius al subastador.

—No querías que la azotara —respondió éste.

—Soy yo quien puede azotarla —dijo Clitus Vitellius. El subastador le dio el látigo.

—¿Amo? —pregunté.

—¿Sí?

—¿No vas a liberarme?

—Sólo un estúpido libera a una esclava.

—¡Amo!

—Arrodíllate ante el látigo.

Obedecí. Bajé la cabeza y crucé las muñecas como si estuvieran atadas, doblando la espalda para recibir el castigo que tuviera oportuno infligirme. Estaba consternada y temblaba. ¿Podría seguir siendo una esclava? ¿Era su intención mantenerme como esclava? Seguramente no. ¡Seguramente no!

—No quiero hacerle marcas —le decía Clitus Vitellius al subastador—. ¿Hay algo para cubrir la espalda de esta miserable esclava?

Oí cómo caía sobre la madera de la tarima una bolsa pesada, llena de metal.

—¡La gratitud de la casa, amo! —exclamó el subastador. Desató las cuerdas de la bolsa y, con un grito de placer, derramó en el suelo las monedas de oro. Las contó con experta rapidez—. ¡Ahí hay cien discotarns de oro! —gritó.

La multitud rugió su aprobación.

Yo lloraba y mis lágrimas caían sobre la madera, mezclándose con la arena. Aquello era cien veces mi valor, o más. Entonces vi la estima que me tenía Clitus Vitellius, y lloré de gozo.

No sabía que un hombre pudiera desear tanto a una mujer. ¡Pero se quedaría conmigo como esclava!

Tal vez sólo una esclava puede ser comprada y vendida, sólo una esclava puede ser así deseada.

¡Oh, el indescriptible, el increíble sentimiento de ser poseída, literalmente poseída por un hombre!

Me arrodillé, una esclava dispuesta a recibir el castigo.

—El amo es demasiado generoso —dijo el subastador—. Esto es mucho más de lo que vale la esclava.

—Tienes razón —dijo Clitus Vitellius.

Me agité con furia, pero no me moví de la posición.

—Entonces dame también a la siguiente chica de la cadena.

—¡No! —grité.

Se volvió para mirarme y yo bajé rápidamente la cabeza. ¿De verdad se quedaría conmigo como esclava? ¿Podía ser realmente tan fuerte? No podía creerlo.

—Claro que sí —gritó el subastador—. ¡Noventa y dos! —gritó.

Y subió aterrorizada a la tarima una chica virginal, de dulces hombros y deliciosas piernas, ataviada con una camisola que no la cubría mucho. Sus piernas estaban bien a la vista de los hombres y la dulzura de su pecho era evidente, apenas oculta tras la suave tela de la insinuante camisola.

La multitud rugió, y ella retrocedió en la tarima. Me pregunté qué veían los hombres en ella; no era más que una esclava con una camisola, destinada a servir.

—Ven aquí —le dijo Clitus Vitellius.

Ella se acercó rápidamente a él.

—En posición.

Cayó de rodillas ante él en la postura de esclava de placer.

—Endereza la espalda —dijo Clitus Vitellius.

Se inclinó sobre ella y con el cuchillo del cinto cortó las tiras que le sostenían la camisola. La ropa cayó al suelo entre lentos movimientos en el aire.

Miró a la chica, y luego me miró a mí.

—Me llevo a las dos —dijo.

Vino a mi lado con el látigo.

Le miré a los ojos, y me asusté. Vi que era un amo goreano. Por más que me retuviera a su lado, por más que me deseara, vi que yo sólo podría ser para él una esclava indefensa. Fuera cuales fueran sus sentimientos por mí, vi que sólo me tendría a sus pies como esclava, que obtendría de mí cualquier cosa que deseara, que no me permitiría nunca guardar nada para mí. Él era el amo y yo la esclava. No me atreví a volver a sugerir que me liberara. No me atreví a volver a pensarlo. Era un hombre goreano.

Bajé la cabeza, de rodillas ante el látigo.

—Perdóname, amo —musité.

—Esta tarde tú, una esclava, te has dirigido a mí por mi nombre en vez de llamarme “amo”.

—Perdóname, amo —dije temblando.

—También esta tarde, y más de una vez, has hablado sin permiso.

—Sí, amo.

—Y también te has atrevido a protestar por mi compra de una esclava. ¿Osas oponer tu voluntad a la mía, o cuestionar en lo más mínimo mis deseos?

—No, amo.

—¿Crees que soy un amo blando?

—No, amo.

—¿Me suplicas que te castigue?

—Sí, amo —dije—. Te suplico que me castigues.

Cogía el látigo de esclava con las dos manos. Yo bajé más la cabeza y cerré los ojos tensando el cuerpo. Apreté los puños que tenía cruzados como si estuviesen atados.

Estaba decidida a mantener la posición.

Oí el silbido del látigo. Nunca lo había oído tan furioso. Después del cuarto azote no pude ya mantener la posición.

—Átame a la anilla de esclava —supliqué—. Átame al poste, amo. —Yacía sobre la tarima boca abajo con las manos sobre mi cabeza. La arena se pegaba a mi rostro y a mis labios. Después del segundo azote ya no pude gritar, pero él me golpeó diez veces más. Yo lloraba allí tendida en el suelo mientras me castigaba. Sentí que me ponía al cuello un collar de acero.

Ahora llevaba collar. Él no estaba enfadado conmigo, sólo me castigaba. Me había merecido los azotes, y él me los había dado.

Clitus Vitellius se volvió hacia la chica virginal.

—¿Deseas tener el más mínimo problema? —le preguntó alzando el látigo y riendo.

—¡No, amo! —exclamó ella.

Le puso el collar como había hecho conmigo. Ahora las dos llevábamos su collar. Nos arrodillamos una junto a la otra.

—Me someto totalmente, amo —dije.

—Me someto totalmente, amo —dijo rápidamente la chica virginal siguiendo mi ejemplo.

El látigo de esclava yacía a un lado.

—Creo que hemos retrasado demasiado las ventas del Curúleo —le dijo Clitus Vitellius al subastador.

El hombre hizo una reverencia con la bolsa de oro en la mano.

—Venid, esclavas —nos dijo Clitus a las dos, desnudas con su collar.

Levantó su escudo y cogió su lanza, y luego descendió los escalones de la gran tarima. Nosotras le seguimos. Atravesó el largo pasillo hasta la entrada. Los hombres gritaban su nombre con júbilo, y se golpeaban en el hombro izquierdo cuando él pasaba. Caminaba como un guerrero. Nosotras, sus esclavas, nos apresurábamos tras él.

—¿Nos obligará a andar por las calles desnudas? —preguntó la chica virginal.

—Hará con nosotras lo que quiera —le dije—. Es un guerrero.

28. LA VENGANZA DE UN GUERRERO

Estábamos a cuatro puentes de las Torres de los Guerreros cuando Clitus Vitellius se volvió de pronto y me miró. Yo me detuve, desnuda ante él. La chica virginal también se detuvo bruscamente. Clitus Vitellius se aproximó y se paró ante mí, el escudo en el brazo izquierdo, la poderosa lanza en su mano derecha. Me eché a temblar y me arrodillé con la cabeza gacha.

—¡Oh! —exclamó la chica virginal. Él dejó escudo y lanza a un lado y ahora le ataba las manos a la espalda. La ató por las muñecas a una anilla al pie del puente de las Cuatro Lámparas. Estas anillas son bastante comunes en las ciudades goreanas, en los lugares públicos, y sirven para que los amos aten a sus esclavas. La anilla estaba a un metro de altura en un poste. Ella estaba allí atada al poste, desnuda, con las manos a la espalda, al pie del puente de las Cuatro Lámparas. Desde allí yo veía las luces de la gloriosa Ar. Sobre la esclava caía la luz de una lámpara. Estaba muy hermosa.

—¿Amo? —suplicó.

Él sacó un carboncillo de su bolsa y escribió en su hombro unas palabras en goreano.

Y entonces, para su asombro y el mío, le quitó el collar de la garganta.

—¿Amo? —gimió ella.

Él se metió el collar y el carboncillo en la bolsa.

—¿Sabes leer? —le preguntó.

—Sí —dijo ella.

—Entonces, lee lo que he escrito en tu cuerpo —dijo él.

—No puedo verlo bien, amo. Pero sé lo que pone porque lo he ido sintiendo mientras lo escribías.

—Dilo en voz alta, esclava.

—Has escrito: “Ponme un collar. Poséeme”.

—Sí.

—¿Me vas a dejar aquí para el primer extraño que pase, amo?

—¿Tienes alguna objeción, esclava?

—¡No, amo! —dijo ella. La punta de la lanza de Clitus Vitellius estaba en su cuello.

Entonces fui yo quien sintió en la espalda la punta de su lanza.

—En pie, esclava.

Me levanté con rapidez.

Clitus pasó por delante de mí y comenzó a cruzar el puente de las Cuatro Lámparas. Me apresuré a seguirle obedientemente. Al llegar a la cresta del puente me volví a mirar a la chica atada. La zona al pie del puente estaba desierta. Era tarde. La esclava parecía allí muy sola, la luz de la lámpara sobre ella, atada, esperando al

primer hombre que pasara por allí.

Me di la vuelta y corrí detrás de Clitus Vitellius. Recordé la mirada que me había dirigido cuando, hacía unos momentos, se detuvo y se acercó a mí. Nunca había visto tanta lujuria, tanto deseo en los ojos de un hombre. Me sentí débil. Me pregunté por cuántas mujeres tendría yo que servirle. Él había dejado de lado a la chica virginal, en un gesto arrogante de guerrero, dejándola para cualquiera que pasara y la desease. Y ahora él reclamaría de mí su servicio de esclava y el mío, y aún más. Yo no sabía si podría darle tanto.

Estábamos ya cerca de las Torres de los Guerreros, en el segundo de los puentes que llevan a ellas, cuando Clitus Vitellius se volvió de nuevo a mirarme.

—No puedo esperar —me dijo.

—Sí, amo.

Dejó el escudo en el puente con las cinchas hacia abajo, la superficie convexa mirando a las estrellas.

Me indicó que me pusiera sobre el escudo, y eso hice, bajando la cabeza. Con las cuerdas que salían a los lados del gran escudo, me ató las muñecas bien separadas una a cada lado, al nivel del hombro. Ahora yo yacía sobre el escudo, atada a él.

—Ahora te tengo donde quería, Dina, chica de la Tierra.

—Sí, amo.

Rápidamente me tomó en sus brazos, y yo me rendí a mi amo.

—Te quiero, amo —le dije.

Tenía sus manos en los hombros. Me elevó hacia su boca ansiosa, tirando mis muñecas de las cuerdas que las ataban a los bordes del escudo. Pensé que iba a arrancarme de mis ligaduras. Entonces volvió a echarme hacia atrás, arqueada sobre su superficie. Sentí sus labios en el vientre y en los muslos. No podía protegerme del fiero ardor al que debía someterme. Entonces grité de nuevo, perdido mi amor de esclava en él, en mi amo.

Me desató las muñecas del escudo, y me arrojó de su superficie. Yo rodé hacia un lado sobre el puente. Me quedé allí quieta, llevando su collar.

—Se hace tarde —dijo—. He de llevarte a las pieles del amor.

—Sí, amo.

—Levántate —me dijo, dándome con el pie.

Intenté levantarme, pero apenas podía tenerme en pie. Caí a gatas.

Él se rió de mí.

Caí de lado y alcé la mano hacia él.

—Levántate, chica de la Tierra —dijo.

—Lo intentaré, amo.

Pero de nuevo caí de rodillas.

—No me pegues, amo —supliqué—. Me has debilitado mucho.

—Ya huelo tu debilidad.

—Sí, amo. —Estaba tan inundada de amor por él que no podía tenerme en pie. Nunca había sentido tal debilidad. No tenía fuerzas más que para yacer ante él, tal vez para besarle y abrazarle, para encenderle. Supongo que es éste un recurso de la naturaleza, reducir la capacidad de la hembra para defenderse o luchar, dejándola así a merced de la bestia más fuerte.

—No puedo caminar, amo —dije—. Déjame arrastrarme hasta tus pieles.

Él se colgó el escudo y la lanza a la espalda.

Sentí cómo me cogía suavemente en sus brazos. Así me llevó, mi cabeza contra su hombro izquierdo.

Le serví vino.

Yo era la única chica en sus aposentos, y entendía muy bien lo que eso significaba. Había elegido la perfección de un hombre, el amo, y una mujer, la esclava. Es lo que se llama la atadura perfecta, siendo cada uno todo para el otro.

Esto va bien con algunos hombres, y no con otros. Depende en gran parte de si el hombre ha encontrado a su esclava perfecta y la mujer a su amor perfecto.

Eso era lo que ocurría entre Clitus Vitellius y yo, aunque nunca me habría atrevido a decírselo. Creo que él también lo pensaba.

Cuando le serví vino, me dio un sorbo de la copa. Esto era un gran honor, y su signo de aprobación. De todas formas no me atrevía, por supuesto, a beber en el mismo punto de la copa en que había bebido el amo.

Puse a un lado la copa.

A una indicación suya, extendí las pieles del amor. No las tendí sobre el lecho, sino a los pies. Yo era una esclava. La sala estaba iluminada tan sólo por una pequeña lámpara.

Clitus Vitellius me hizo un gesto y yo me recliné sobre las pieles, a los pies del lecho.

Él se quitó la túnica y se agachó a mi lado. Me di cuenta que apenas podía contener sus ansias por abrazarme.

—Soy tuya —le dije alzando los brazos hacia él—. Tómame, amo.

—Tú me importas.

Le miré.

—Sé fuerte conmigo, amo —susurré—. No quiero desafiarte. No quiero luchar contigo. Quiero servirte y amarte. Quiero dártelo todo, sin guardar nada.

Me miró.

—¿No lo entiendes, amo? —pregunté—. Si hubiera tenido elección, no habría decidido ser libre, sino ser tu esclava.

Había aprendido que una mujer debe elegir entre la libertad y el amor. Las dos cosas son estimables valores. Que cada una elija lo mejor para ella.

—Pero yo no te he dado elección —me dijo él.

—Claro que no, amo. Eres goreano.

Él bajó la vista hacia las pieles.

—Tal vez te venda —dijo.

—Puedes hacer lo que desees, amo.

Él pareció enfadado.

—Dame vino, amo —dije.

De pronto me miró.

—Esta esclava sólo está probando a su amo —sonreí.

De repente me golpeó, abofeteándome cruelmente en la boca. Me hizo daño. Sentí el sabor de la sangre.

—¿Crees que el hecho de que me intereses hará que no sea duro contigo?

—No, amo.

Yo yacía a la sombra de la anilla de esclava. Atada a la anilla había una cadena y un pesado collar.

Mi amo cogió el pesado collar de metal y lo cerró en torno a mi cuello, por encima del collar más fino que yo llevaba, atándome así a la cadena sobre las pieles a los pies de su lecho.

Entonces me tocó.

—Ya veo que serás duro conmigo, amo.

—Qué estúpido soy por preocuparme por una miserable esclava de la Tierra.

—Yo sólo pido amarte y servirte, amo.

—Pero eres muy atractiva.

—Esta esclava está agradecida a su amo por resultarle atractiva.

—¿Así que habrías decidido ser una esclava? —me preguntó.

—Sí, amo.

—Zorra.

—Sí, amo.

—Soy yo el que tiene que decidir.

—Sí, amo.

—Yo decido... —dijo.

—Sí, amo —dije suplicante.

—... que eres mi esclava.

—¡Sí, amo!

Entonces me estremecí en sus brazos cuando él me tocó, explotando en el más profundo éxtasis que una hembra puede conocer, el éxtasis del orgasmo de esclava, sólo conocido por la mujer poseída.

—¿Cómo puedo amarte tanto —me preguntó— si nunca te he poseído realmente, si nunca has sido enteramente mía?

—No lo sé, amo —dije. Clitus Vitellius había confesado su amor por una esclava. Esperaba que no me azotara.

Me cogió del pelo y apretó mi cabeza contra las pieles.

—Un hombre sólo puede amar de verdad a la mujer que de verdad le pertenece. De otra forma, él no es más que la parte de un contrato —dijo.

—Una mujer —dije yo— sólo puede amar de verdad al hombre al que pertenece realmente.

—¿A quién perteneces realmente?

—A ti, amo.

—Me complace, esclava.

—Libérame —dije bromeando.

—¿Quieres sentir el látigo?

—No, amo —me apresuré a decir súbitamente asustada. Era suya, y haría conmigo lo que quisiera.

—Suplica por tu libertad.

—Libérame, amo, por favor —rogué.

Él rió.

—No —dijo—. No te libero. Te mantendré como esclava.

Cerré los ojos. Yo había sido Judy Thornton, de la Tierra. Había sido estudiante en un pequeño pero prestigioso colegio. Fui estudiante de Inglés. Escribía poesía. Era popular en el campus. Y ahora no era más que una esclava marcada, Dina, indefensa en brazos de su amo. Pensé a Elicia Nevins, que había sido mi rival de belleza en el colegio. Ahora también ella llevaba collar. Me pregunté si era tan feliz en brazos de su amo como yo lo era en brazos del mío. Ella había sido antropóloga. Me pregunté si ahora entendía realmente, acaso por primera vez, la naturaleza de la institución de la esclavitud. Tal vez su amo se lo habría enseñado. Yo yacía llena de gozo en brazos de Clitus Vitellius, mi amo.

Abrí los ojos.

—¿No se le permitirá alguna vez a esta esclava decir su opinión?

—En ocasiones tal vez —respondió Clitus Vitellius—, suponiendo que lo haga de rodillas a mis pies.

—Eres un monstruo, amo.

De nuevo sentí su cuerpo sobre el mío y grité cuando me abrió las piernas.

—¡Eres muy rudo, amo! —le reprendí. Luego añadí asustada—: Perdóname, amo.

No me pegó.

Comencé a responder a su cuerpo, estremeciéndome ante las embestidas de su hombría, y rindiéndome a la deliciosa brutalidad de mi violación.

Tenía muchas formas de hacerme suya, y yo debía someterme a todas ellas.

Más tarde oímos a los hombres en los puentes. Era temprano por la mañana.

Abracé a Clitus Vitellius.

—Eres lujurioso, amo —le dije.

—No me avergüenza ni mi fuerza ni mi vitalidad —dijo. Esto lo dijo como un goreano que explica algo a una ignorante esclava de la Tierra—. Y tú eres una exquisita y sensual hembra de eslín, ¿te avergüenza eso?

—Ya no, amo.

—Eso es una señal de tu fuerza y tu vitalidad, y de tu libertad emocional. Indica que eres vigorosa y que no estás reprimida psicológicamente ni estás enferma.

En Gor me había liberado, aunque llevaba collar. Es extraño, ahora que llevaba collar era libre. Sin el collar había sido una auténtica esclava, una prisionera de una cultura enferma, mecánica y retorcida.

—Tal vez soy emocionalmente libre —reí—. Pero difícilmente puedo decir que sea físicamente libre.

—Es cierto. —Tiró de mi cadena haciéndome tumbar en las pieles a los pies de su lecho.

—¿Te quedarás conmigo como esclava? —le pregunté.

—Por supuesto.

—Nunca imaginé que encontraría a un hombre que pudiera desearme tanto como para tenerme de esclava.

—Nunca imaginaste que encontrarías a un hombre que satisficiera tus más íntimas necesidades, las necesidades profundas, escondidas, apenas comprendidas, necesidades que tú misma difícilmente reconoces.

—Eres un sueño secreto que apenas me atrevía a soñar, amo.

—Tú también para mí, esclava.

—¿De verdad serás duro conmigo, amo?

—Sí.

—Y aunque sientes interés por mí, ¿me tratarás totalmente como a una esclava?

—Sí, esclava.

—¿Me someterás a disciplina si te disgusto?

—Te someteré a disciplina a mi antojo, me disgustes o no.

—Entonces, mí esclavitud será absoluta.

—Por supuesto, esclava.

Le toqué tímidamente. Le besé con ternura en el hombro.

—Te quiero, amo.

—Silencio, esclava —dijo irritado.

—Sí, amo.

Entonces me tocó con dulzura, suavemente, y yo le abracé, pero no dije nada, perdida en sus caricias porque me había prohibido hablar. Me hizo el amor con una

ternura que yo sabía que se volvería brutalidad cuando él quisiera. Hay miles de formas de poseer a una esclava, y yo no dudaba que Clitus Vitellius era un maestro en todas ellas. Qué feliz me sentía. Él me dominaba. Yo estaba sometida a él. Era suya, completamente suya. Me resulta imposible expresar mis sentimientos. Tal vez por eso me había ordenado callarme, para que no intentara hablar, y sólo sintiera lo que no puede ser expresado en ningún lenguaje. Así que no intenté hablar, sino que me entregué por completo a las tareas del amor.